Mil Años de Sueños

De Kiyoshi Sigematsu

Basado en:



De Hinorobu Sakaguchi

Gracias a toda la comunidad de EOL, logros360 y en especial a Juanan por su dedicación en la búsqueda de los últimos cuentos.

Los miembros de la familia tienen los ojos llorosos cuando dan la bienvenida de nuevo en la posada a Kaim tras su largo viaje.

-Muchísimas gracias por venir.

Kaim comprende la situación al instante.

La hora del adiós está cerca.

La partida de Hanna

Pronto, demasiado pronto. Pero ya sabía que este día llegaría tarde o temprano, y no en un futuro lejano.

“Puede que no te vuelva a ver más”, le había dicho ella con una triste sonrisa cuando partió de viaje.

Estaba acostada en la cama, sonriendo con su rostro de blancura casi transparente, terriblemente frágil, y por ende indescriptiblemente bello.

-¿Puedo ver a Hanna?
El posadero asiente ligeramente con la cabeza.

-Pero no creo que vaya a reconocerte.

Le advierte a Kaim de que no ha abierto los ojos desde anoche. El ligero movimiento de su pecho indica que aún se aferra a un frágil hilo de vida, pero podía romperse en cualquier momento.

-Qué pena… Sé que para ti era muy importante venir a verla…

Otra lágrima resbala por la mejilla de la mujer.

-No te preocupes, no pasa nada –la tranquiliza Kaim.

Ha presenciado innumerables muertes, y su experiencia le ha enseñado mucho. La muerte arrebata el habla en primer lugar, luego la vista. Sin embargo, lo que sí que aguanta hasta el final es el oído. Aunque el enfermo pierda la conciencia, no es extraño que las voces de los familiares provoquen sonrisas o lágrimas.

Kaim rodea con su brazo el hombro de la mujer.
-Tengo muchas historias de viajes para ella.
Llevo esperando esto todo el tiempo que he pasado fuera.

En lugar de sonreír, la mujer deja escapar otra lágrima y asiente.
-Y Hanna esperaba poder oír tus historias –dice con palabras entrecortadas por el llanto.

El posadero interviene. –Ojalá pudiera pedirte que descansaras del viaje antes de verla, pero…

-Por supuesto, la veré ahora mismo –dice Kaim, interrumpiendo la disculpa del hombre.

Queda muy poco tiempo.

Hanna, la única hija del posadero y de su esposa, probablemente no pase del próximo amanecer.

Kaim deja su equipaje en el suelo y abre sin hacer ruido la puerta del cuarto de Hanna.

Hanna fue muy débil desde su nacimiento. Lejos de disfrutar de la oportunidad de viajar, apenas había salido del pueblo, siquiera del vecindario, donde había nacido y crecido. El médico había dicho a sus padres que aquella niña difícilmente llegaría a adulta. Los dioses habían reservado un triste destino para aquella diminuta niña de rasgos de muñeca extraordinariamente bellos.

Tal vez los propios dioses intentaran expiar esta cruel injusticia haciendo que la niña fuera la hija única de los dueños de una pequeña posada de carretera.

Hanna no podía ir a ninguna parte, pero los huéspedes de la posada de sus padres le solían contar historias sobre ciudades, países, paisajes y gentes que ella nunca conocería. Cuando un nuevo huésped llegaba a la posada, Hanna siempre desplegaba su batería de preguntas:

"¿De dónde eres?", "¿A qué te dedicas?", "¿Me cuentas una historia?".

Solía sentarse y escuchar aquellas historias con ojos brillantes y vivos, instaba al viajero a pasar rápido al siguiente episodio con un "¿Y luego? ¿Y luego?".
Cuando se marchaban, siempre les rogaba:
"¡*Por favor,* vuelve y cuéntame montones de historias sobre países lejanos!
Solía quedarse despidiendo con la mano al viajero hasta que desaparecía de la vista por la carretera. Luego soltaba un melancólico suspiro y volvía a la cama.

Hanna duerme profundamente.

No hay nadie más en la habitación, lo que tal vez indica que hace tiempo que los médicos la dieron por perdida.

Kaim se sienta en una silla cercana a la cama y la saluda con una sonrisa. –Hola, Hanna. He vuelto.

Ella no responde. Su pequeño pecho, que aún no tiene los rasgos del de una adulta, sube y baja casi imperceptiblemente.

-Esta vez fui mucho más allá del océano –le cuenta Kaim-. El océano del lado desde el que sale el sol. Tomé un barco, en un muelle lejos, lejísimos, mucho más allá de las montañas que ves desde esta ventana, y estuve en alta mar desde el momento en que la luna era un círculo perfecto en el cielo, mientras fue haciéndose cada vez más pequeña y luego cada vez más grande, y hasta que estuvo llena de nuevo. Allá donde alcanzaba la vista no había más que mar. Tan solo agua y cielo. ¿Te lo imaginas, Hanna? Nunca has visto el mar, pero estoy seguro de que la gente te habrá hablado sobre él. Es como un charco enorme e infinito.

Kaim se ríe para sí mismo y parece que las mejillas pálidas de Hanna se mueven ligeramente.

Puede oírlo. Aunque no pueda hablar ni ver, sus oídos aún están vivos.

Kaim, convencido y confiando en que eso sea verdad, continúa el relato de la historia de sus viajes.
No dice palabras de despedida.
Como siempre con Hanna, Kaim sonríe con una dulzura que nunca ha tenido con nadie más, y prosigue narrando sus historias con una voz alegre, que a veces incluso acompaña de gestos exagerados.
Le habla del océano azul.

Le habla del cielo azul.

Pero no le dice nada sobre la despiadada batalla naval que tiñó de rojo el océano.

Nunca le habla sobre esas cosas.

Hanna aún era una niña muy pequeña cuando Kaim se hospedó por primera vez en el hostal.
Cuando, con su condición infantil y su sonrisa inocente, ella le asaltó con sus preguntas sobre su origen y le pidió que le contara sus historias, Kaim sintió algo dentro de su pecho.

Aquella vez volvía de una batalla.
Más exactamente, había terminado una batalla e iba camino de otra.
Su vida consistía en vagar de un campo de batalla a otro, y nada de eso había cambiado desde entonces.

Ha segado la vida de innumerables soldados enemigos y presenciado la muerte de infinidad de camaradas en el campo de batalla. En realidad, lo único que separa a los enemigos de los camaradas es una mera cuestión de suerte. Si las ruedas del destino hubieran girado de manera diferente, sus enemigos habrían sido camaradas y sus camaradas, enemigos. Tal es el sino del mercenario.

En aquella época, su ánimo estaba destrozado y se sentía insoportablemente solo. Como ser inmortal, Kaim no temía a la muerte, razón por la cual los rostros de los soldados están deformados por el miedo, y por la que el rostro de cada hombre que murió sufriendo quedó grabado a fuego en su memoria.

Normalmente, solía pasar las noches bebiendo en la carretera. Sumiéndose en el sopor etílico –o fingiendo sumirse en él- intentaba obligarse a olvidar lo inolvidable.

No obstante, cuando vio la sonrisa de Hanna al pedirle que le contara historias sobre su largo viaje, sintió un consuelo más cálido y profundo del que nunca hubiera obtenido del licor.
Le habló de muchas cosas…
De una flor preciosa que descubrió en un campo de batalla.
De la belleza cautivadora de la bruma cuando invade el bosque la noche previa al combate final.

Del incomparable sabor del agua del manantial de un barranco en el que sus hombres y él se habían refugiado tras haber perdido una batalla.
Del vasto e inabarcable cielo azul que vio tras una batalla.

Nunca le contaba nada triste. Omitía todo lo referente a la mezquindad del ser humano y la estupidez que presenciaba sin cesar en el campo de batalla.
Le ocultó su condición de mercenario, las razones que le llevaban a viajar constantemente, y le hablaba solo de cosas bonitas, dulces y agradables.
Ahora comprende que si sólo le contó a Hanna ese tipo de historias bonitas sobre sus viajes no fue tanto por no corromper la inocencia de la niña, sino por el bien de sí mismo.

Quedarse en la posada en la que Hanna esperaba verle de nuevo terminó por convertirse en uno de los pequeños placeres de la vida de Kaim. Narrarle los recuerdos con los que volvía de sus viajes le hacía sentir una ligera redención, por tenue que fuera.

Su amistad con la niña continuó cinco años, diez años. Poco a poco, ella se acercaba a la edad adulta, lo que significaba que, tal como los médicos habían predicho, cada día se acercaba más a la muerte.

Y ahora, Kaim termina la última historia de viajes que compartirá con ella. No podrá volver a verla, no podrá contarle sus historias de nuevo.

Antes del alba, cuando la oscuridad de la noche alcanza su cenit, las pausas en la respiración de Hanna se vuelven más largas.

El frágil hilo de su vida está a punto de ceder mientras Kaim y sus padres la cuidan.

La lucecita que anidó en el pecho de Kaim se apagará. Sus solitarios viajes, esos largos viajes sin fin, comenzarán de nuevo mañana.

-Pronto estarás partiendo hacia tus propios viajes, Hanna –le dice Kaim con dulzura-. Partirás a un mundo que nadie conoce, un mundo que nunca ha aparecido en las historias que has oído hasta ahora. Por fin podrás dejar tu cama y vagar por donde quieras. Serás libre.

Quiere hacerle saber que la muerte no es sufrimiento, sino una mezcla de alegría y lágrimas. –Ahora te toca a ti. Procura contarle a todo el mundo los recuerdos de tu viaje.
Sus padres harán ese mismo viaje algún día. Y algún día Hanna podrá reencontrarse más allá del cielo con todos los huéspedes de que conoció en la posada.

Y yo, sin embargo, nunca viajaré allí.
Nunca podré escapar de este mundo.
Nunca te volveré a ver.

-Esto no es una despedida. Es solo el comienzo de tu viaje.

Le dice una última cosa.
-Nos volveremos a ver.

Es su última mentira.

Hanna parte hacia su viaje.
En su rostro aparece una sonrisa tranquila, como si acabara de decir un “hasta pronto”.
Sus ojos no volverán a abrirse. Una solitaria lágrima resbala lentamente por su mejilla.

Fin

Kaim se encuentra solo entre una multitud de hombres toscos, dando cuenta de su bebida en un rincón de la única taberna de la vieja ciudad.

Un hombre solitario cruza la puerta de la taberna. Recubre sus enormes proporciones el atuendo de un guerrero. Su sucio uniforme sugiere que viene de lejos. La fatiga se refleja en la cara, pero sus ojos tienen un brillo penetrante, la mirada de un luchador en acción.

El retorno de un héroe

El ruido de la taberna se silencia al momento.
Todas las miradas del lugar se clavan en el soldado con respeto y gratitud.

Por fin ha terminado la larga guerra contra el país vecino, y los hombres que han luchado en el

frente vuelven a casa. Ese es el caso de este militar.
El soldado se sienta en la mesa de al lado de Kaim, y engulle un trago de licor con la contundencia de un bebedor habitual, un hombre que bebe para matar su dolor.

Dos tragos, tres, cuatro…

Otro cliente, el típico rufián de ciudad, se le acerca con una botella en la mano y una sonrisa obsequiosa.

-Deja que te ofrezca un trago –dice el hombre -, como muestra de gratitud por tus heroicos esfuerzos.

Sin sonreír, el soldado deja que el hombre llene su copa.

-¿Cómo ha sido estar en el frente? Apuesto a que realizaste muchas hazañas en el campo de batalla.

El soldado vacía su copa en silencio.

El rufián la vuelve a llenar y muestra una sonrisa aún más zalamera.

-Ahora que somos amigos, ¿qué tal si me cuentas algunas historias de la guerra?

Tus brazos son grandes y fuertes, ¿a cuántos soldados enemigos matas...?

Sin mediar palabra, el soldado arroja el contenido de su copa en la cara del hombre.

El rufián se pone hecho una furia y saca un cuchillo. En cuanto sale de la vaina, el puño de Kaim lo

lanza volando por el aire.
Ante la poderosa unión de Kaim y el soldado, el rufián sale corriendo mascullando maldiciones.

Los dos hombretones lo ven huir y comparten una débil sonrisa. A Kaim no le hace falta hablar con el soldado para saber que vive en una profunda tristeza. Por su parte, el soldado, tras haber engañado a la muerte en repetidas ocasiones, es consciente de la sombra que acecha en la expresión de Kaim.

El barullo volvió a la taberna.

Kaim y el soldado comparten unas bebidas.

-Tengo una esposa y una hija que no he visto desde que me enrolé
-dice el soldado -.

Hace ya tres largos años. Por primera vez se permite sonreír tímidamente mientras saca del bolsillo una foto de su mujer y su hija y se la enseña a Kaim: la esposa es una mujer de lozana frescura, la hija es aún muy joven.
-Ellas son la razón por la que he sobrevivido. La idea de volver vivo a casa con ellas era lo que me daba fuerzas en el combate.

-¿Tu hogar está lejos de aquí?

-No, mi pueblo está justo tras el siguiente paso. Estoy seguro de que han oído que la guerra ha terminado y están deseando que vuelva.

Si él quisiera podría estar en casa esta noche. Está muy cerca.

-Pero… –el soldado acaba el trago de licor y gruñe -. Tengo miedo.
-¿Miedo? ¿De qué?

-Quiero ver a mi esposa y a mi hija, pero tengo miedo de que me vean.

No sé cuántos hombres habré matado en estos tres años. No tuve elección. Tuve que hacerlo para seguir vivo. Si quería volver con mi familia, no tenía otra opción salvo matar a un soldado enemigo tras otro, y cada uno de ellos tenía una familia que había dejado en casa. Ese era el código de la guerra, el destino del soldado. Para sobrevivir en el combate, tenías que seguir matando para que no te mataran.

-En el frente no tenía tiempo para pensar en esas cosas. Estaba demasiado ocupado intentando sobrevivir. Aunque ahora lo veo, ahora que la guerra ha terminado. Hay tres años de pecados grabados en mi cara. La cara de un asesino. No quiero enseñar esta cara a mi mujer y a mi hija.

El soldado saca una bolsa de piel de la que extrae una pequeña piedra. Le dice a Kaim que es una gema sin pulir, algo que encontró poco después de marchar al campo de batalla.

-¿Una gema? –pregunta Kaim sin convencimiento. La piedra de la mesa es de un negro apagado sin indicios del brillo que debería tener una gema.

-Brillaba cuando la encontré. Estaba seguro de que a mi hija le encantaría cuando se la llevara a casa. Pero, poco a poco, la piedra perdió su brillo y se volvió oscura.

Cada vez que mataba a un soldado enemigo, algo parecido a la mancha de su sangre aparecía en la

superficie de la piedra. Como puedes ver, después de tres años está casi completamente negra. La piedra está manchada con los pecados que he cometido. La llamo mi “piedra de los pecados”.

-No tienes porqué sentirte tan culpable. Tuviste que hacerlo para seguir vivo.

-Lo sé –dice el soldado-. Lo sé. Pero aún así... Al igual que yo, los hombres que maté tenían pueblos a los que volver y familias que los esperaban allí...

El soldado hace una pausa antes de dirigirse de nuevo a Kaim:
-Supongo que tú también tendrás familia.

Kaim niega con la cabeza.
-No –dice-. No tengo familia.
-¿Un pueblo al menos?
-No tengo hogar al que volver.
-Un eterno viajero, ¿eh?

-Pues sí. Ese soy yo.

El soldado sonríe un poco y muestra a Kaim una sonrisa amarga. Cuesta decir cuánto cree lo que Kaim le ha dicho. Desliza su “piedra de los pecados” en la bolsa de piel y le dice:

-¿Sabes lo que creo? Si la piedra se vuelve más oscura cada vez que quito una vida, debería recuperar algo de su brillo cada vez que salve una.

En lugar de responder, Kaim apura las últimas gotas de licor de su copa y se levanta de la mesa. El soldado permanece en su silla y Kaim, mirándole fijamente, le da un consejo:

-Si tienes un lugar al que volver, deberías volver. Tan solo ve, por mucho que te abrume la culpa. Estoy seguro de que tu esposa y tu hija lo entenderán. No eres un criminal. Eres un héroe: luchaste con el corazón para seguir vivo.

-Me alegro de haberte conocido –dice el soldado-. Necesitaba oír eso.

Le ofrece la mano derecha a Kaim, y éste se la estrecha.

-Espero que tus viajes vayan bien. –dice el soldado.
-Los tuyos acabarán pronto –dice Kaim con una sonrisa dirigiéndose a la puerta.

Justo entonces el rufián se lanza contra Kaim desde detrás, pistola en mano.

-¡Cuidado!- grita el soldado lanzándose hacia Kaim. Conforme Kaim gira, el rufián apunta y grita.

-¡A *mí* nadie me trata así, hijo de perra!

El soldado salta entre los dos hombres y recibe un balazo en el abdomen.

Y así, tal y como ansiaba hacer, el soldado ha salvado una vida. Irónicamente, el soldado ha dado su única vida por la de Kaim, un hombre que no puede envejecer ni morir.

Tumbado en el suelo, casi inconsciente, el soldado pone la bolsa de piel en la mano de Kaim.

-Mira mi "piedra de los pecados", por favor. Quizás… quizás –dice sonriendo débilmente-, haya recobrado algo de su brillo.

La sangre brota de su boca, ahogando la risa.

Kaim mira dentro de la bolsa y dice:
-Ahora brilla. Está limpia.
-¿De verdad?-jadea el soldado-. Bien. Mi hija se pondrá muy contenta…

Sonríe con satisfacción y extiende la mano en busca de la bolsa. Con cuidado, Kaim coloca la bolsa en la palma de la mano del hombre y cierra sus dedos sobre ella.
El soldado exhala su último aliento y la bolsa cae al suelo. La cara del hombre muerto tiene una expresión de paz.

Sin embargo, la "piedra de los pecados" del hombre, que se ha deslizado de la bolsa, sigue negra como siempre.

Fin

Adorables flores blancas adornan la ciudad, por todos los rincones de las calles, no en parterres o jardines dedicados a su cultivo, sino mezclándose de manera natural y en profusión con cada hilera de casas, como si los edificios y las flores hubieran crecido juntos.

Es el comienzo de la primavera y la nieve aún no ha desaparecido de las montañas cercanas, pero la refulgente luz del sol baña ya la franja de océano que lame con delicadeza la orilla sur de la ciudad. Esta es una antigua y próspera ciudad portuaria. Todavía hoy, sus muelles son testigos cada día del ir y venir de transatlánticos y cargueros.

Flores blancas

Sin embargo, su historia está dividida claramente entre el “antes” y el “después” de un acontecimiento que sucedió un día hace mucho tiempo.

Aquí la gente prefiere no hablar sobre aquello: es la marca divisoria grabada en la cronología de la ciudad.
Los recuerdos son demasiado tristes para contar historias sobre ellos.

Kaim lo sabe y, por eso, ha regresado una vez más.

-¿De paso?- le pregunta el dueño de la taberna.

Kaim responde al sonido de su voz con una leve sonrisa.

-Supongo que está aquí por el festival. Debería tomarse su tiempo y disfrutarlo.

El hombre está de muy buen humor. Lleva bebiendo con sus clientes vaso tras vaso y tiene la cara bastante roja, pero nadie muestra signos de culparlo por excederse. Todos los asientes de la taberna están llenos y el aire retumba con las risotadas. De vez en cuando también se oyen voces felices que vienen del camino.

La ciudad entera está de celebración. Una vez al año el festival hace que la gente se divierta toda la noche hasta que sale el sol.

-Espero que tengas habitación para esta noche, señor. Ahora es demasiado tarde para encontrar una. Todas las posadas están a rebosar.

-Eso parece.

-Tampoco es que nadie vaya a ser tan tonto como para pasar una noche como esta tranquilamente en su habitación metido bajo las mantas.

El dueño de la taberna guiña un ojo a Kaim como si le dijera “usted no, señor, estoy seguro”.
-Esta noche vamos a celebrar la mayor y más divertida fiesta jamás vista, y todo el mundo está invitado, sean lugareños o no. Bebida, comida, juego, mujeres: dígame lo que quiere. Le puedo conseguir lo que desee.

Kaim toma un sorbo de su bebida y no dice nada. Planea permanecer despierto toda la noche, por lo que no ha alquilado una habitación; aunque tampoco piensa disfrutar del festival.

Kaim va a ofrecer una oración la hora antes del amanecer, cuando la noche es más oscura y profunda. Se marchará de la ciudad movido por el sol de la mañana conforme este asome la cara entre las montañas y el mar. Al igual que hizo en su última visita.

Por entonces, el dueño de la taberna, que hace unos minutos le contaba a uno de sus clientes habituales que su primer nieto estaba a punto de nacer, era solo un crío.

-*A ésta* invito yo, ¡Beba! –dice el dueño de la taberna rellenando el vaso de Kaim mientras escudriña

a este con recelo-. Viene para el festival, ¿verdad?
-En realidad no –dice Kaim.

-¡No me diga que no sabía nada! ¿Quiere decir que ha venido de casualidad?

-Me temo que sí.

-Bien, si ha venido por negocios, olvídelo. Nadie hablará en serio en una noche tan especial como esta.

El dueño de la taberna le explica lo que de especial tiene esta noche.

-Debe haber oído *algo*. Una vez, hace mucho, mucho tiempo, esta ciudad por poco quedó destruida del todo.

Hay dos clases de acontecimientos que dividen la historia en un "antes" y "después": uno es el nacimiento o muerte de algún gran personaje, un héroe o un salvador.

El otro es algo como una guerra, una plaga o un desastre natural.

Lo que dividió la historia de esta ciudad en un "antes" y un "después" fue un terrible terremoto.

Ocurrió sin previo aviso mientras la gente de la ciudad dormía profundamente; no tuvieron oportunidad de huir.

Con un rugido se abrió la tierra, y los caminos y los edificios se hicieron pedazos.

Surgieron fuegos que se extendieron en un abrir y cerrar de ojos.

Casi todos murieron.

-No puedo ni imaginarlo. Todo lo que yo sé es lo que me enseñaron en la escuela. ¿y qué significa el "Festival de la resurrección" para un niño? Tan solo era algo que había ocurrido hace mucho tiempo. *Vivo* aquí y eso es todo lo que significa para mí, así que un viajero como usted probablemente no pueda ni hacerse una idea de cómo fue.

-¿Así es como llaman a esta fiesta? ¿"Festival de la resurrección"?

-Pues sí. La ciudad resucitó desde su ruina total y se convirtió en *ésto*. De eso trata la celebración.

Kaim sonríe a pesar de todo y apura su trago.

-¿Qué es tan gracioso? ¬pregunta el dueño de la taberna.
-La última vez que estuve aquí, lo llamaban el "Día conmemorativo del terremoto".

No era una fiesta con celebraciones desenfrenadas.

-¿Qué estás diciendo? Ha sido el "Festival de la resurrección" desde que era niño.

-Eso fue antes de que fuera lo bastante mayor como para recordar algo.

-¿Cómo?

-Y antes de eso, se llamaba "Consuelo de los espíritus". Quemaban una vela por cada persona que murió, y rezaban para que descansaran en paz. Era una fiesta triste. Con mucho llanto.

-Habla como si usted lo hubiera visto.

-Lo vi.

El dueño de la taberna ríe con un fuerte resoplido.

-*Parece* sobrio, pero debe de haber perdido la cabeza con el alcohol. Escuche, es la noche del festival, así que va a librarse aunque me haya tomado el pelo, pero no diga bobadas así delante de otra gente de la ciudad. Nuestros ancestros, incluidos los míos, son los que sobrevivieron por poco.

Kaim sabe bien lo que hace. Jamás esperó que el hombre le creyera. Solo quería averiguar por sí mismo si la gente de la ciudad aún transmitía los recuerdos de la tragedia; si, detrás de sus caras sonrientes, todavía quedaba la pena que habían heredado desde la época de sus antepasados.

Cuando otro de los clientes lo llama, el dueño de la taberna deja a Kaim, pero primero le hace una advertencia.

-Cuidado con lo que dice, señor. Ese tipo de tontería le meterá en un lío. De verdad. Piense en ello: ¡el terremoto ocurrió hace doscientos años!

Kaim no le responde. En su lugar, bebe su licor en silencio.

Entre los que murieron en la tragedia hace doscientos años estaban su esposa y su hija. De todas las docenas de esposas y cientos de hijos que Kaim ha tenido en su vida eterna, la mujer y la niña que tuvo aquí le resultan especialmente inolvidables.

En aquellos días, Kaim tenía un trabajo en el puerto.
Solo estaban los tres: él. Su esposa y su niñita. Vivían de forma sencilla y feliz.

El mismo tipo de días que habían precedido a hoy continuarían como mañanas sin fin. Todos en la ciudad lo creían: incluidas la mujer y la hija de Kaim, por supuesto.

Pero Kaim no pensaba lo mismo.

Precisamente porque su propia vida era larga sin fin y en consecuencia había saboreado el dolor de innumerables despedidas. Kaim sabía demasiado bien que en la vida cotidiana de los humanos no había nada "para siempre".

Esta vida que su familia había llevado acabaría en algún momento. No podía continuar sin cambios. Sin embargo, esto no le provocaba pena alguna. Al negárseles el "para siempre", los seres humanos sabían cómo amar y valorar el aquí y ahora.

A Kaim le gustaba especialmente enseñarle flores a su hija, cuanto más frágiles y efímeras mejor.

Las flores que se abrían con el sol de la mañana y se marchitaban antes de que el sol se pusiera podían encontrarse en cualquier parte de la ciudad portuaria; adorables flores blancas que brotaban al comienzo de la primavera.

A su hija le encantaban las flores. Era una niña dulce que nunca cogería una flor que había luchado tan valientemente por abrirse. En su lugar, simplemente las miraba durante horas.
Ese año, también…

-¡Mira qué grandes son los capullos! ¡Están a punto de abrirse! –dijo felizmente al encontrar flores blancas en el camino cercano a la casa.

-¿Mañana, tal vez? –preguntó Kaim en voz alta.

-Seguro –dijo su mujer contenta-. Mañana levántate temprano y échales un vistazo.

-Pobres flores –dijo la niña-. Son bonitas cuando florecen, pero se marchitan enseguida.

-Tanto mejor –dijo la esposa de Kaim-. Da buena suerte verlas florecer. Eso lo hace más divertido.

-Puede ser divertido para nosotros –respondió la niña-. Pero piensa en las pobres flores. Se esfuerzan tanto por abrirse y se marchitan el mismo día. Es triste…

-Bueno, supongo que sí…

Una tristeza momentánea invadió la habitación, pero Kaim la disipó rápidamente con una risa.

-Felicidad no es lo mismo que "longevidad" –dijo.

-¿Qué quieres decir, papá?

-Puede que no florezca durante mucho tiempo, pero la flor *es* feliz si puede ser la más bella y dar el mejor perfume que tiene mientras está abierta.
La niña parecía tener dificultades para comprender esto y simplemente asintió con un ligero suspiro. Entonces se puso a sonreír y dijo:
-Si tú lo dices será verdad, papá.

Tu sonrisa es más bonita que cualquier flor abierta.

Debería habérselo dicho. Después Kaim lamentó no haberlo hecho.
Llegó a comprender que las palabras que *había* pronunciado tan a la ligera resultaron ser una especie de profecía.

-Bueno, damisela –dijo-, si vas a levantarte temprano para ver las flores mañana por la mañana, será mejor que te vayas a la cama.

-De acuerdo, papá, si es necesario…

-Yo también me voy a la cama –dijo la mujer de Kaim.

-Vale. Buenas noches, papá.

La mujer dijo a Kaim.
-Buenas noches, querido, me voy a la cama de verdad.
-Buenas noches –respondió Kaim, disfrutando de una última bebida para calmar la fatiga del día.

Estas resultaron ser las últimas palabras que la familia compartiría.

Un violento terremoto asoló la ciudad "antes" del amanecer.

La casa de Kaim quedó reducida a un montón de escombros.

Los dos seres queridos de Kaim partieron para ese distante mundo antes de poder despertar de su profundo sueño y sin siquiera tener la oportunidad de decirle “buenos días”.

El sol de la mañana se elevó sobre una ciudad que había sido destruida en un momento.

Entre los escombros, las flores brotaban: las flores blancas que la hija de Kaim había ansiado tanto ver.

Kaim pensó en poner una flor como ofrenda par el frío cadáver de su hija, pero rechazó la idea.

No podía coger flores.

Comprendió que nadie, ningún ser vivo sobre la faz de la tierra, tenía derecho de arrebatarle la vida a una flor que solo vivía un corto día.

Kaim nunca pudo decirle a su hija “ve al cielo primero y espérame: estaré allí dentro de poco”.

Tampoco conocería jamás la alegría de reunirse con sus seres queridos.

Vivir mil años significaba soportar el dolor de mil años de despedidas.

Kaim continuó su largo viaje.
Un vertiginoso número de años y meses siguieron: años y meses en los que innumerables guerras y catástrofes naturales azotaron la tierra. La gente nacía y moría. Se amaban y se separaban de los seres queridos. Había alegrías imposibles de medir y penas igualmente inconmensurables. La gente se peleaba y discutía sin parar, pero también se amaba y perdonaba constantemente. Así se desarrollaba la historia conforme las lágrimas del pasado evolucionaban poco a poco en plegarias por el futuro.

Kaim continuó su largo viaje.
Después de un tiempo, rara vez pensaba en la esposa y la hija con las que había pasado aquellos breves días en la ciudad portuaria. Pero nunca se olvidó de ellas.

Y en el transcurso de sus viajes, volvió a detenerse en la ciudad portuaria.

Comforme la noche se hacía más profunda, el barullo de las multitudes aumentaba, pero ahora, según aparecía una luz en el cielo orienta, sin una señal de nadie, el ruido dio paso al silencio.

Kaim ha permanecido en la plaza central de la ciudad. Los juerguistas también han llegado hasta aquí de uno en uno, hasta que antes de que se diera cuenta, la plaza adoquinada se ha llenado de gente.
Kaim siente una mano en su hombro:
-¡No esperaba encontrarle *aquí!*-dice el dueño de la taberna.

Cuando Kaim le sonríe silenciosamente, el duelo de la taberna parece avergonzado y dice:
-Hay algo que olvide contarle antes… -¿Eh…?

-Bueno, ya sabe, el terremoto sucedió hace *mucho* tiempo. Antes de la época de mi padre y de mi madre, incluso antes de la generación de mis abuelos. Puede que suene raro, pero no puedo *imaginar* esta ciudad en ruinas.

-Sé a qué te refieres.

-En realidad creo que es probable que haya cosas en este mundo que no puedan olvidarse aunque no hayas llegado a vivirlas. Como el terremoto: no lo he olvidado. Y no soy el único. Puede que sucediera hace doscientos años, pero nadie de la ciudad lo ha olvidado. No puedo imaginármelo, pero tampoco puedo olvidarlo.

Cuando Kaim asiente de nuevo para indicar que comprende las palabras del tabernero, una lúgubre melodía resuena en la plaza. Es la hora en la que el terremoto destruyó la ciudad.

Todos los reunidos, el dueño de la taberna y Kaim entre ellos, cierran los ojos, juntan las manos y ofrecen una oración.

Con los ojos cerrados Kaim ve las caras sonrientes de su esposa e hija muertas.
¿Por qué estas caras que creen con todo su corazón que mañana vendrá seguro son tan bellas y tristes?

La música termina.

El sol de la mañana se eleva en el horizonte.

Y por todas partes de la ciudad se abren innumerables flores blancas.

En doscientos años, las flores han cambiado.

Los científicos han planteado la hipótesis de que el terremoto cambió la naturaleza misma de latiera, pero nadie sabe la causa con seguridad.

La vida de las flores se ha alargado.

Cuando antes se abrían y marchitaban en un solo día, ahora se mantienen en flor durante tres o cuatro días de una vez.

Humedecidas por el rocío de la noche, bañadas por la luz del sol, las flores blancas se esfuerzan por vivir la vida al máximo, embelleciendo la ciudad como si lucharan por vivir la parte de vida que se les negó a aquellos cuyos “mañanas” les fueron arrebatados para siempre.

Fin

Sabe que es inútil.
Pero no puede reprimir el impulso que brota del interior de lo más hondo de su cuerpo.

En la mente del cautivo

Necesita hacerlo, arrojar su cuerpo entero contra los barrotes.

No sirve de nada. Su cuerpo simplemente rebota contra los gruesos barrotes de hierro.

-¡Número 8!¿Qué demonios estás haciendo?
El grito furioso del guardia resuena por el corredor.

Nunca llaman a los prisioneros por su nombre, solo por los número de sus celdas. Kaim es el número 8.

No dice nada. En su lugar, arremete con el hombro contra los barrotes.

Los sólidos barrotes de hierro nunca se mueven. Tan solo le dejan un dolor sordo y pesado en los músculos y huesos condicionados a la perfección.

Esta vez, en lugar de gritar de nuevo, el guardia hace sonar su silbato y los otros guardias vienen corriendo desde su puesto.

-¡Número 8!¿Qué hace falta para que lo entiendas?
¿Quieres que te metamos en la celda de castigo?
A mí no me mires así. Empieza a resistirte y todo lo que conseguirás será quedarte más tiempo aquí.

Sentado en el suelo de su celda, con las piernas separadas, Kaim ignora los gritos del guardia.

Ha estado en la celda de castigo muchas veces. Sabe que lo han tachado de "prisionero altamente rebelde".

Pero no puede evitarlo.

Algo se retuerce muy dentro de él.

Algo cálido atrapado dentro está bullendo y convulsionándose.

-Vaya un héroe de guerra *has* resultado ser.
Aquí no vales nada. ¿Qué te pasa, soldadito?¿No puedes hacer nada sin un enemigo mirándote a la cara?

El guardia de al lado se burla de Kaim con una carcajada.

-Lo siento mucho por ti, colega, aquí no hay enemigos. Tampoco nadie de tu bando. Te tenemos encerrado completamente solo.

Cuando los guardias se marchan, Kaim se enrosca en el suelo, agarrándose las rodillas, con los ojos muy cerrados.
Completamente solo…

El guardia tiene razón.
Pensé que estaba acostumbrado a vivir solo. En el combate, en la carretera.

La soledad de esta prisión es más profunda que cualquiera que haya sentido antes.
Y da más miedo.

Paredes por tres lados, y más allá de los barrotes nada salvo otra pared cerrando el estrecho corredor.

Esta mazmorra se construyó para evitar que los prisioneros se vieran, o que incluso sintieran la presencia de otros.

También la falta total de cambio en la vista paraliza el sentido del tiempo, Kaim no tiene ni idea de cuántos días han pasado desde que lo metieron aquí.

El tiempo sigue fluyendo, eso seguro. Pero sin un sitio al que ir, simplemente se estanca dentro de él.

La verdadera tortura que inflige una prisión a un hombre no es privarle de la libertad ni obligarle a sentir la soledad.

El auténtico castigo es tener que vivir en un sitio en el que nada se mueve jamás dentro de tu campo de visión y el tiempo nunca discurre.

El agua de un río nunca se pudre, pero enciérrala en un recipiente y eso es exactamente lo que hará con el tiempo.

Aquí ocurre lo mismo.

Quizás partes de su cuerpo y su mente muy dentro de él ya han empezado a despedir un hedor a podrido.

Kaim, consciente de ello, se levanta del suelo de nuevo y se estampa con los barrotes una y otra vez.
No existe la más remota posibilidad de que al hacerlo se rompa un barrote.

Tampoco piensa que pueda lograr escapar de esta forma.

Aun así, lo hace repetidas veces.

No puede evitarlo. Tiene que hacerlo una y otra vez.

En cada intento, justo antes de que su cuerpo choque contra los barrotes, durante una fracción de segundo, un soplo de viento le toca la mejilla. El aire inamovible se mueve, aunque solo sea por ese breve intervalo. El tacto del aire es lo único que le da a Kaim un indicio incompleto del fluir del tiempo.

Los guardias vienen corriendo con caras cargadas de ira.

Ahora veo formas humanas donde antes solo había una pared. Eso solo es suficiente para animarme. ¿Acaso los guardias no comprenden eso?

-Muy bien, número 8, te toca la celda de castigo. Veamos si tres días allí te calman las ideas.

Los labios de Kaim se relajan en una sonrisa cuando oyen la orden.

¿Es que estos tipos no lo entienden?
Ahora el paisaje cambiará. El tiempo empezará a fluir de nuevo. Eso me reconforta.

Kaim ríe en voz alta.
Los guardias le atan las manos a la espalda, le ponen cadenas en los tobillos y se dirigen al cuarto de castigo.

-¿De qué demonios te ríes, número 8?

-Eso, para ya o el castigo será aún peor.

Pero Kaim sigue riendo. Riendo a pleno pulmón.

Si lleno los pulmones con aire nuevo, ¿desaparecerá el hedor?

¿O acaso mi mente y mi cuerpo están ya tan podridos que no puedo librarme del hedor tan fácilmente?

¿Cuánto tiempo van a tenerme aquí encerrado?

¿Cuándo saldré de aquí?

¿Será demasiado tarde entonces?

Cuando todo se haya podrido, ¿seré menos una persona que una cosa, como cuando nuestras tropas contaban los cadáveres enemigos?

Kaim apenas puede respirar.

Es como si le sacaran el aire del pecho y el insoportable dolor lo llevara de vuelta del mundo de los sueños a la realidad.

¿Estaría en prisión en un pasado muy remoto? se pregunta a medias en el espacio entre el sueño y la realidad.

Ha tenido este sueño muchas veces ya, aunque bien podría llamarlo pesadilla. Después de despertar, intenta recordar, pero nada se le queda en la memoria. Aunque una cosa es segura: el aspecto de la cárcel y los guardias del sueño siempre es el mismo.

¿Podría ser esto algo que he vivido de verdad?

Si es así, ¿cuándo ha sido?

No hay forma de que pueda decirlo.

Cuando está despierto del todo, esas preguntas que se hacía en el sueño y la realidad se le borrar de la memoria.

Se levanta con un grito, respirando con dificultad. Con el reverso de la mano se limpia los chorros de sudor de la frente, y todo lo que queda es un terror que hace que se estremezca.
Siempre es así.

Ahora también.

Habla entre dientes consigo mismo conforme intenta recuperar cualquier recuerdo que quede en un rincón distante de su cerebro. ¿Qué clase de vida he tenido en el pasado?

Ahora también.

-¿Qué clase de vida he tenido en el pasado?

Fin

El chico ha perdido la sonrisa pero lo niega.

-No seas tonto, Kaim.

¡Mira! Estoy sonriendo, ¿ves?

Una madre vuelve a casa

Fuerza una sonrisa y deja ver sus dientes marfileños, que contrastan con su piel morena.

-Si esto no es una sonrisa, ¿qué es?

Kaim asiente en silencio. Le da una palmada en el hombro como para decir:

“Claro, claro”.

-Venga, en serio, mírame. Estoy sonriendo, ¿vale?

-Sí, estás sonriendo.
-Bueno, déjalo. Venga, vamos.

El chico es afable y abierto.

Se hizo amigo de Kaim enseguida mientras los demás habitantes del pueblo se mantenían alejados del “extraño forastero”.

Tampoco es que el chico eligiera al milenario Kaim como amigo.

Lleva a Kaim a la taberna, que hoy todavía no ha abierto.

-Odio pedirte que hagas esto pero… si no te importa, por favor.
La voz del chico parece haberse apagado.

En la taberna hay un hombre que emite un alarido de borracho. Hoy parece más perjudicado de lo normal, Kaim reprime un suspiro y entra en la taberna.

El hombre que ocupa el taburete es el padre del chico, ebrio de nuevo ya al mediodía. El chico ha venido para llevárselo a casa. Mira a su padre con ojos tristes.

Kaim toma al padre por el hombro y aparta de él con disimulo la botella de whisky.

-Ya basta por hoy –dice. El hombre se quita de encima el brazo de Kaim y se derrumba sobre la barra.
-Os odio –gruñe.
-Lo sé –dice Kaim-. Pero es hora de volver a casa. Ya has bebido bastante.
-Óyeme bien, Kaim. ¡Vagabundo! Os odio.

Os odio tanto, tanto, tanto.

El padre siempre se pone así cuando se emborracha:

Maldice a todos los “vagabundos”, se pelea con cualquiera que tenga aspecto de viajero y termina durmiéndola en el suelo. Su hijo es demasiado pequeño para llevárselo a casa.

Kaim suspira y vuelve a sostener al padre beodo para que no se caiga del taburete.

El chico mira a su padre, sus ojos dos pozos de tristeza, rabia y lástima.

Cuando mira a Kaim, se encoge de hombros como para decir: "*Lamento hacerte pasar por esto*".

Sin embargo, Kaim está acostumbrado. Lleva un año viendo al padre como una cuba casi a diario, desde que el chico y él se quedaron solos.

-Oh, vamos…-dice el chico forzando una sonrisa como si se resignara a la situación-.
Pobre papá… Pobre de mí.

Con el padre apoyado en el hombre, Kaim sonríe al chico y le dice.

-Sí, pero procura no acabar emborrachándote igual que él.

-Perdona –replica el chico sacando pecho-.

A veces los niños aguantamos más que los adultos.

Kaim amplía la sonrisa, *como dándole la razón.*

"Claro que la tengo", contesta el chico con la sonrisa que le devuelve.

Es la única que el niño de diez años ha conseguido esbozar en todo el año:

Tan amarga que te entumecería la lengua si pudieras saborearla.

La madre del chico (la esposa del padre) se marchó de casa hace un año.

Se enamoró de un vendedor ambulante y abandonó al chico y a su padre.

-Mamá estaba aburrida.
-Dice el chico con frialdad al recordar la infidelidad de su madre-.

Se cansó de hacer lo mismo cada día. Entonces lo conoció.
A la tierna edad de diez años, el chico ya ha aprendido, que algunas historias hay que contarlas con naturalidad.

El padre nació y se crió en este pueblo y trabajaba en la oficina de administración. No tenía ningún talento especial, aunque su oficio no requería ningún virtuosismo ni demasiada inteligencia. Lo

único que tenía que hacer era cumplir órdenes con diligencia y sumisión, y eso era exactamente lo que hacía, año tras año, sin causar nunca ningún problema.

-Decía que nuestra vida era "tranquila", aunque mamá no opinaba igual.

Se quejaba de que era "normal" y "aburrida".

Le atrajo la vida del astuto vendedor ambulante.
Le parecía arriesgada y emocionante, como caminar por lo alto del muro de una prisión: si pisas mal, acabas encerrado.

-Papá le decía a mamá que el vendedor la estaba engañando, que solo la quería por el dinero, pero no conseguía hacérselo entender. Mamá se había olvidado de nosotros.

Con absoluta objetividad, como si lo viera todo desde fuera, el chico reflexiona sobre la tragedia que hundió a su familia.

-Había oído que el amor es ciego. ¡Vaya si lo es! –exclama a la vez que se encoge de hombros y esboza una sonrisa sardónica de adulto desengañado.

Kaim guarda silencio.

También se dice que los niños deben ser inocentes, aunque algo así no debe de tener mucho sentido para un pequeño que ha perdido el amor de su madre.

Y aunque Kaim intentara hablar con él, el chico intentaría quitarle importancia con una media sonrisa y diciendo:

"A veces los niños aguantamos más que los adultos".

El padre del chico, sin embargo, muestra su desagrado cuando su hijo se expresa como si fuera mayor.

-Este mocoso ha espabilado mucho. Ahora me desprecia. Cree que soy patético. En el fondo se ríe de mí por dejar que mi esposa se fuera con otro, el maldito.

Le molesta sobre todo cuando está borracho.
Entonces su desprecio asfixia el cariño que siente por su hijo. A veces incluso lo abofetea, o lo intenta. Cuando se ha pasado con la bebida, al niño no le cuesta esquivar los sopapos, con lo que su padre termina cayéndose al suelo.

Pero aunque se esté ahogando en un mar de licor, a veces recupera la cordura y empieza a hacer

preguntas.

-Dime, Kaim, tú llevas mucho tiempo viajando, ¿verdad?
-Pues sí.

-¿Es tan emocionante como parece? Visitar ciudades desconocidas, conocer gente nueva no puede ser tan… ¿Tan maravilloso es que lo dejarías todo por vivir siempre así?
Pregunta lo mismo una y otra vez. Kaim siempre le responde lo mismo.
-Unas veces disfrutas más y otras menos.

No sabe qué más decir.

-Sabes, Kaim, nunca he salido de este pueblo. Tampoco mi padre, ni mi abuelo, ni mi bisabuelo ni ninguno de mis ascendientes. Siempre hemos vivido y muerto aquí. La familia de mi esposa también. Llevan generaciones echando raíces aquí, así que no entiendo por qué lo hizo. ¿Por qué se marchó?¿Por qué esa necesidad acuciante de dejarnos a mí y a su hijo?

Kaim sonríe sin decir nada. No se puede responder a algo así con palabras. Por mucho que intentara explicársela, la razón por la que algunas personas se lanzan a la aventura no se puede hacer entender a quienes no sienten esa ansia. El padre es de los que nunca entenderán.

Incapaz de obtener una respuesta de Kaim, se hunde de nuevo en un mar de embriaguez.

-Tengo miedo, Kaim-confiesa-. Tal vez mi hijo también lo haga. Puede que algún día se marche y me deje aquí solo. Cada vez que lo oigo hablar como un adulto, me asusto tanto que no lo soporto.

La madre del chico acaba regresando.

El vendedor ambulante le quitó todos sus ahorros y en cuanto vio que ya no le servía de nada, la dejó. La madre, desecha física y mentalmente, solo tiene un sitio al que ir: el hogar que abandonó.

Primero envía una carta desde el pueblo vecino, de la que su marido, después de leerla una y otra vez con el corazón emponzoñado de licor, se ríe burlonamente.

-Le está bien empleado a esa bruja.
Se deleita haciendo pedazos la carta delante de Kaim, sin enseñársela antes a su hijo.

Kaim se lo cuenta al chico y le pregunta:

-¿Qué quieres hacer? Decidas lo que decidas, cuenta conmigo.
-¿Decida lo que decida? –repite el pequeño con su sonrisa de desencanto.

-Si quieres marcharte de este pueblo, te proporcionaré dinero suficiente para que te las arregles durante una temporada –dicelKaim-: Puedolhacerlo.

-Su semblante es de absoluta seriedad.

El padre no tiene la menor intención de perdonar a su esposa. Seguramente la rechazará si esta se presenta, y tal vez incluso ponga una sonrisa de venganza.
No obstante, Kaim sabe que si la madre no vuelve al hogar y abandona el pueblo para siempre, el padre volverá a beber cada día, maldecir la infidelidad de su esposa, a lamentar su suerte, a pagarla con los forasteros y a mostrar todo el tiempo lo peor de sí mismo a su hijo.

Las largas temporadas que Kaim ha pasado en el camino se lo han enseñado. Viajar continuamente significa conocer todo tipo de gente y no cabe duda de que el padre del chico es uno de los hombres más débiles con los que se ha tropezado en la vida.

-Podrías reunirte con tu madre y vivir en otro pueblo.
O, si prefieres ir solo a alguna parte, yo podría conseguirte trabajo.

Kaim cree que cualquiera de las dos opciones es preferible a que el chico siga viviendo así con su padre.

Pese a todo, el chico, que parece intrigado, mira a Kaim a los ojos y le muestra sus dientes blancos.
-Llevas mucho tiempo viajando, ¿verdad, Kaim?
-Pues sí.
-¿Siempre solo?
-Unas veces sí y otras no…

-Hmm…

-El chico asiente con la cabeza y, con el gesto de un adulto, dice- No acabas de entenderlo, ¿verdad?

-¿El qué?

-Con todo lo que has viajado y todavía no has comprendido lo más importante.

Su sonrisa triste se vuelve amarga como de costumbre.

Tres días más tarde Kaim entiende a qué se refería el pequeño.

Una mujer de aspecto cansado y vestida con harapos sale de la carretera y entra en el mercado.

La gente se aparta de ella y se queda mirándola, de tal manera que forma un círculo a su alrededor.

La madre del chico ha vuelto.

Este se abre paso entre la multitud y entra en el círculo.
En cuanto la madre ve a su hijo, una sonrisa se abre entre sus mejillas abrasadas.

Paso a paso, el niño se va acercado a su madre, demacrada y sonriente.

Al principio vacila, pero en seguida se arroja a sus brazos.
Llora. Sonríe. Por primera vez desde que lo conoce, Kaim lo ve sonreír como a un niño inocente.

-Lo siento. Lo siento mucho. Por favor, perdóname…
-Suplica su madre bañada en lágrimas.

Aprieta la cabeza de su hijo contra su pecho y dice, sonriendo a pesar del llanto:
-¡Cuánto has crecido!

Luego añade:
-Nunca volveré a abandonarte. Me quedaré contigo para siempre…

Los curiosos que están más cerca de la taberna se agitan extrañados.

Ahora es el padre quien se abre paso entre la gente hasta llegar al círculo.
Está borracho.
Tambaleándose, se acerca a su esposa y su hijo. Mira a su mujer.

El chico se queda entre ambos para proteger a su madre.
-¡Papá, no! –grita-.
Mamá ha vuelto. Ya está bien, ¿no? ¡Perdónala, papá, por favor! –exclama sollozando.

El padre no contesta.
Los mira y cae de rodillas con los brazos abiertos.

Los abraza.
La familia desmembrada está completa de nuevo.

-Papá, por favor.
El niño llora y ríe.

La madre solloza.

El padre gime de pura rabia.

Kaim, que ha contemplado toda la escena desde el fondo de la multitud, se da media vuelta.

-¿Te vas de verdad?
-le pregunta el niño a Kaim una y otra vez mientras lo acompaña a la salida del pueblo.

-Sí. Quiero atravesar el océano antes de que llegue el invierno.

-Papá ya te echa de menos. Dice que confiaba en que a partir de ahora podríais beber juntos en la taberna.

-Ya beberás tú con él cuando crezcas.

-¿Cuándo crezca?
-el chico ladea la cabeza, un tanto avergonzado, y murmura- No sé si seguiré aquí para entonces.

Nadie lo sabe, por supuesto. Puede que de aquí a unos años el padre se vuelva a dar a la bebida por que su hijo ha abandonado al pueblo y a su familia.
Y aun así…

Kaim recuerda algo que olvidó decirle al cobarde padre del niño.

-Lo llamamos "viaje" porque tenemos un hogar al que regresar. No importa cuántas vueltas dé una persona ni cuántos errores cometa; mientras tenga un hogar al que volver, siempre podrá intentarlo de nuevo.
-No lo entiendo –dice el niño.

Kaim recuerda algo más.

-Sonríe por mí
-dice por última vez poniendo la mano en el hombro del chico.

-¿Así?
Le enseña sus dientes níveos y sus mejillas se arrugan levemente.
Es una sonrisa sincera.

Por fin puede sonreír como un niño feliz.

-Ahora te toca a ti, Kaim.
-Er… Claro.

El chico escruta la sonrisa de Kaim como si fuera a calificarla.

-Tal vez un poco triste –dice. El hecho de que bromee hace que sus palabras duelan más.

El niño sonríe otra vez como para instruir a Kaim.

-Bueno –dice sacudiendo la mano-.

Hoy me voy de compras con papá y mamá.

Kaim le devuelve la sonrisa y hecha a caminar.
Entonces oye al chico gritar su nombre por última vez:
-¡Aunque esto sea un adiós, no pienso llorar, Kaim!
¡A veces los niños aguantamos más que los adultos!

Kaim sin mirar atrás, responde despidiéndose con la mano. La expresión del chico cambiaría si cruzaran la mirada.

Decide ser fuerte hasta el final.

Kaim sigue adelante.

Tras un breve descanso, su viaje sin un hogar al que regresar comienza de nuevo.

Un viaje sin un hogar al que regresar: los poetas lo llaman “errar”.

Fin

Ninguno de los comerciantes soporta a esta niña.

Aunque aún no tiene ni diez años y le queda mucho para dejar atrás la tierna edad de la inocencia, ya se ha ganado el desprecio de los tenderos.

Por una sencilla razón.

Solo sabe contar mentiras.

La pequeña embustera

-¡Eh, señor, acabo de ver a un ladrón entrando en su casa!

-¡Mire, señora, se le ha caído todo el género del mostrador!

-Oigan, ¿saben lo que ha dicho el viajante? ¡Que unos bandidos piensan asaltar este mercado!
Hasta las mentirijillas más inocentes pueden resultar fastidiosas si se repiten una y otra vez, de modo que los tenderos ya están más que hartos.

Más te vale tener cuidado con ese piojo –avisa la verdulera a Kaim-.
Como aquí ya nadie le hace caso, ahora lo que quiere es reírse de los recién llegados y los forasteros. La gente como tú sois la presa perfecta para ella.

Podría tener razón. Kaim lleva poco tiempo en el pueblo. Llegó hace unos días y hoy a empezado a trabajar en la plaza.

-¿A qué se dedican sus padres? –pregunta Kaim mientras descarga un carro de verduras.

La mujer frunce el ceño y suspira meneando la cabeza.

-No tiene.

-¿Murieron?

-Por lo menos la madre sí. Hará unos cuatro o cinco años.
Era una mujer lozana que jamás cogió un resfriado, pero un día cayó enferma y todo acabó para ella.

-¿Y su padre?

Suspira aún más profundamente que antes y dice:
-Se marchó a buscar trabajo a la ciudad.

Los padres regentaban un bazar en el mercado. Aunque la madre se encargaba prácticamente ella sola de comprar y vender la enorme variedad de género con que comerciaban. Cuando murió, los ingresos de la tienda cayeron en picado, de manera que la acabó llevando otra persona. El padre se marchó a la lejana capital en busca de un trabajo bien pagado que le permitiera saldar sus deudas.

Prometió que regresaría al cabo de seis meses, pero ya hace un año que se fue. Al principio enviaba alguna que otra carta a su amigo el sastre, pero ya hace medio año que no se sabe nada de él.

-Es triste que una niña tan pequeña esté esperando a que su padre regrese, pero…

La niña duerme en un rincón del almacén comunal de los comerciantes.

Antes se hablaba de encargarnos de ella, de adoptarla hasta el regreso de su padre.

A Kaim no le extraña. Sabe por experiencia que los comerciantes (no solo esta mujer oronda y bondadosa) son gente generosa y de buen corazón, pese a su escasez de medios. De lo contrario, nunca habrían contratado a un forastero como él.

-Sin embargo, antes de que transcurriera ese medio año, ya estábamos hartos de ella. Cuando su madre vivía, era una niña dulce y educada, pero esta desgracia la ha hecho muy retorcida.

Ahora de dulce no tiene un pelo.

Claro que nos da pena y nos turnamos para alimentarla y vestirla con ropa usada, pero como ahora solo piensa en engañarnos a todos, ya nadie se preocupa demasiado por lo que le pase.

¿Por qué no se da cuenta de que…

-Debe sentirse muy sola, ¿no crees?

La mujer se encoge de hombros, sonríe afligida y exclama:

-Ya basta de cháchara por hoy. ¡Venga, vamos a trabajar! –Dicho esto, corre al interior de la tienda.

Kaim está colocando en la entrada del establecimiento las verduras que ha descargado cuando oye una vocecilla a sus espaldas.

-Oiga, señor, ¿es usted nuevo aquí?

Es la niña.

-Ajá…

-No es de este pueblo, ¿verdad?

-No, no lo soy…

-¿Vas a vivir arriba, mientras trabaje aquí?

-Durante un tiempo. Al menos esa es mi intención.

-Le contaré un secreto, ¿le parece?

Ya empieza. –De acuerdo –contesta Kaim sin interrumpir su trabajo.

-En esta plaza vive un fantasma.
Los tenderos no se lo cuentan a nadie porque es malo para el negocio, pero está aquí. Yo lo veo a menudo.

-*¡¿En serio?!* Exclama Kaim haciéndose el sorprendido.

Decide seguirle el juego en lugar de regañarla por mentir.
A lo largo de su existencia interminable, ha conocido una legión de niños huérfanos y abandonados por sus padres.

La tristeza y la soledad de los niños dejados a su suerte son las mismas que asolan a Kaim en su continuo vagar por el paso del tiempo.

-¿Qué clase de fantasma?

-El de una mujer. Y yo sé quien es.
La niña le explica que se trata del espíritu de una madre que perdió a su hija.

Su niña (su única hija) murió víctima de una epidemia.

Presa de la tristeza, la madre se dejó morir y ahora su fantasma se aparece en el mercado cada noche para buscar a su pequeña.

-¡Pobre madre! Decidió morir para reunirse con su hijita pero tampoco la encuentra en el otro mundo. Por eso la sigue buscando aquí, sin dejar de gritar: "¿Dónde estás? Corre, ven con mamá al otro mundo".
La niña narra la historia con sorprendente seriedad.

-¿A que es muy triste? –le pregunta. Tiene los ojos bañados de lágrimas, lo que le indica a Kaim que está mintiendo.
Aunque la mujer no le hubiera avisado, sabría que es una mentira basada en lo que le contó sobre las circunstancias de la cría.
Kaim amontona con cuidado unos racimos de uvas maduras en una caja de muestra y le pregunta a la niña:
-¿Por qué crees que la madre no puede encontrar a su hija?

-¿Cómo?- pregunta la niña mirándolo extrañada.

-Bueno –explica Kaim-, la niña no está en el otro mundo y tampoco anda vagando por este, así que ¿dónde está?

Kaim no pretende someterla a un interrogatorio.

Solo cree que alguien que miente porque se siente triste puede hallar cierto alivio admitiendo su mentira. La soledad de una niña que ha perdido a su madre y cuyo padre la ha abandonado no consiste en contar una mentirijilla sino en tener que mentir siempre.

-Um, ahora que lo dice, es una buena pregunta –dice la niña sonriendo con calma-. Cierto… ¿dónde está?
A kaim se le pasa por la cabeza señalarla y decir “aquí mismo”
La niña, que se adelanta, prosigue:
-Es la primera vez que me lo preguntan. Usted es… distinto.

-Puede…

-Que sí. Que usted no es como los demás –insiste la pequeña-.

Creo que podemos ser amigos. –Ensancha la sonrisa.

Kaim le devuelve el gesto sin decir nada.

En ese instante se oye la voz de la verdulera procedente de la trastienda y la niña sale espantada.

Justo antes de doblar una esquina y escabullirse por el callejón, la pequeña se despide de Kaim con la mano como si dijera: “¡Hasta pronto!”.
Por primera vez, la mirada de la niña que habla como un adulto revela la infantilidad propia de sus años.

La niña sorprendida se acerca a la tienda para ver a Kaim varias veces al día,
cuando la verdulera no está cerca.

Le cuenta una mentira detrás de otra.

-Anoche ayudé a mi madre a hacer galletas. Quería haberle traído unas pocas, pero estaban tan buenas que me las comí todas.

-Los ladrones me secuestraron cuando solo era un bebé pero mi padre me rescató y les dio una paliza a todos, así que sobreviví.

-¿Mi casa? Es una muy grande y blanca que está al pie de la montaña. Como usted es nuevo aquí, no lo sabrá. Es la más grande del pueblo.

-¿Que no tiene familia? ¿Estás solo? ¡Pobre Kaim! ¡Ojalá pudiera compartir mi felicidad con usted!

Cada una de sus mentiras es fruto de su pesar; se trata siempre de embustes tristes y patéticos que nunca podría contar a los mercaderes que ya la conocen. Siempre que termina de hablar con Kaim, mientras se aleja, se lleva el índice a los labios y le dice:

"Será nuestro secretito. No se lo cuente a la verdulera".

Por supuesto, Kaim no se lo dice a nadie.
Siempre que los comerciantes se ponen a hablar mal de la pequeña, se marcha con discreción.

Tanto las mentiras como los cotilleos son ridículos. No se extienden porque alguien los cuente, sino porque siempre hay quien los escucha y se los cree.

Quien está solo de verdad nunca critica a nadie.

Lo mismo se puede decir de las mentiras.

La niña, puesto que tiene a alguien a quien mentir, no necesita caer en el abismo de la verdadera soledad.

Para proteger la escasa felicidad que le queda, Kaim finge creerse a pies juntillas todo cuanto le cuenta.

Un día en que la niña se acerca a hablar con Kaim, ella toma más precauciones de lo normal para que no la descubran ni la verdulera ni los demás comerciantes.

-Dígame, señor. ¿tiene pensado quedarse aquí mucho, mucho tiempo?
-No, la verdad –contesta Kaim sin dejar de descargar hortalizas y frutas.

-¿Se marchará cuando haya ahorrado suficiente dinero?

-Es posible.

-Pero aún no lo ha ganado.
-Ya me falta menos –dice forzando una sonrisa.

Ahora le tocaba mentir a él. Ya dispone del dinero suficiente para continuar su andadura. En realidad no se ha puesto a trabajar de ayudante porque tenga una necesidad urgente de dinero.

Está aquí porque todavía no ha decidido su próximo destino.
Un viaje sin un lugar adonde ir es un viaje sin fin.

Los sabios dicen que en la vida necesitas tener un sueño y un objetivo.

Pero los sueños que cumplir y los objetivos que perseguir brillan como postes indicadores en el camino de la vida precisamente porque este es finito.
Entonces, ¿cuáles deberían ser las ilusiones y las metas de alguien que carga con el peso de una vida sin final?

Kaim debe tomarse su viaje con calma.

De hecho, no puede afrontarlo de otra manera. Tal vez a vivir a la deriva no se le pueda llamar viaje.

Si yo fuera usted –le recomienda la niña-, me marcharía de este mercado en cuanto ahorrara lo suficiente para dos o tres jornadas de viaje.

Kaim le responde con una sonrisa muda y fría.

¿Qué cara pondría la pequeña si Kaim le contestara:
"Estoy aquí por ti"?

"Por ahora, el sentido de mi vida es ser depositario de tus embustes".

En cuanto se le ocurre esto, algo que no debe revelarle jamás, la mentirosilla mira alrededor furtivamente y dice casi susurrando:

-Si quiere irse pronto, yo sé la mejor manera.

-¿La mejor manera…

-Entre a hurtadillas en la sastrería y robe el dinero.
Encontrará un botecito en el armario de la trastienda. Está lleno de dinero.

-¿Me estás diciendo que robe al sastre?

-Sí.

La pequeña mira a Kaim sin la menor sombra de duda en los ojos. Se pone seria y empieza a explicarse:
Ese sastre merece que le roben. –Argumenta que el dinero del bote está mancillado.

-Conozco a una niña, una buena amiga mía –dice-: es tan triste lo que le ha pasado…
Su madre murió y su padre se marchó a trabajar a la capital, así que está sola.

Su padre debería haber regresado a por ella a los seis meses, pero no se sabe nada de él.

Otra mentira nacida de su dolor.

Kaim le pregunta con tranquilidad: -¿Hay alguna relación entre tu amiga y el sastre?
Por supuesto –contesta la embustera-. Muy estrecha. Lo que pasó en realidad es que su padre le

enviaba dinero cada mes, como prometió, para facilitarle la vida en el pueblo. Y siguió escribiéndole. Quería decirle que había conseguido un buen empleo en la ciudad y que debería irse a vivir con él lo antes posible. Como él está demasiado ocupado, es ella quien tendría que desplazarse a la ciudad. Hasta envió dinero para el viaje. Pero ni el dinero ni las cartas llegaron a sus manos.
¿Y por qué cree usted?

Antes de que Kaim responda, la niña continúa:
-El error del padre fue mandar las cartas y el dinero a la dirección del sastre. Se ha quedado todo el dinero para él.

Kaim aparta la mirada de la niña.

La pequeña, para dar credibilidad a una mentira, ha inventado otra aún más triste con la que además puede perjudicar a otra persona.

Esto es lo más lamentable de todo.

El candado de la trastienda de la sastrería tiene que ser muy fácil de romper. –deja caer la niña, que sale corriendo sin esperar la respuesta de Kaim.

A la mañana siguiente la niña entra corriendo en la verdulería, llamando a gritos a la dueña.
En lugar de con Kaim, habla directamente con la mujer:
-¡Anoche robaron en la sastrería!
Asegura que vio cómo un grupo de ladrones entraba a hurtadillas por la noche, después de que la plaza se vaciara.

-Ay, que tragedia –dice la verdulera fingiendo una sonrisa-. Habrá sido terrible.

-Obviamente, no cree una palabra de lo que dice la cría.

-¡Es verdad! ¡Yo lo he visto!

-Escúchame bien, mocosa, no pienso seguir aguantándote. Si ahora eres una pequeña embustera, no quiero ni pensar que de mayor serás una ladrona o una estafadora o algo peor. Estoy muy ocupada abriendo la tienda, ¿me oyes? Vete a incordiar a otro.

Apenas ha terminado de regañar a la niña cuando alguien grita en la calle.

-¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! –El sastre está en medio de la plaza, aterrorizado y gritando con todas sus fuerzas.

-¡Lad… ladrones! ¡Me han robado todo el di… dinero!

La niña huye en cuanto se acerca el sastre.
Toda la plaza está revolucionada.

La pequeña no mentía; al menos eso es verdad.

Sin embargo, puesto que de la boca de la niña nunca han salido más que invenciones, la gente cree que se trata de un embuste más.
-Quizá lo hizo ella. ¿Qué pensáis?

Y poco a poco… –Tal vez tengas razón.
-¡Estaría fingiendo! –No me extrañaría de ella.

Vamos a buscarla. La obligaremos a hablar… aunque tengamos que ser duros con ella. Nadie se opone a esta idea.

Algunos corren al almacén y otros empiezan a buscar por la plaza.
-¡Aquí no está! –En el almacén tampoco. -¡Huyó con el dinero!

Por fin, cuando los perseguidores regresan con sus conclusiones y sus conjeturas, Kaim lo entiende todo.

Después de tantas mentiras, la niña se ha despedido con la verdad.

-¡No puede haber ido muy lejos!

-¡Sí, todavía podemos cogerla!

-¡Esa ladronzuela! ¡Como le ponga las manos encima!

Los hombres montan en cólera y las mujeres avivan el fuego:

-¡Vamos! ¡Hay que darle su merecido!

-¡Con lo bien que la hemos tratado, y así nos lo agradece! ¡No podemos dejar que se salga con la suya!

Una docena de hombres sale a buscarla.

Pero Kaim se cuadra en medio del camino para impedirles el paso.

-¡Eh, apártate!

Los hombres están sedientos de sangre pero Kaim sabe que si fuera necesario, no le constaría derribarlos sin que lo rozaran si quiera.

En vez de eso, adopta una postura más relajada y arroja a los pies de los mercaderes un zurrón repleto de monedas.

-Ahí tenéis el dinero robado –les dice.

-¿Cómo?

-Lo robé yo, lo siento.
La confusión inicial da paso a un alboroto de jauría.

Kaim levanta los brazos para hacer ver que no se resistirá.

-Haced conmigo lo que queráis. Estoy preparado.

La verdulera sale de entre la muralla de hombres y grita:
-¿Cómo has podido hacerlo, Kaim?

-Quería el dinero, eso es todo.

-¿No lo dirás para proteger a la niña?

La tendera tiene una intuición demasiado afilada.

Kaim fuerza una sonrisa, mira al sastre y le dice.
-Estaba en el bote del armario, ¿verdad?

El hombre afirma enérgicamente con la cabeza.

-¡Es cierto!¡Tiene que haber sido él! ¡Guardaba el dinero en el bote! ¡El ladrón es él!

Aunque en ese bote no solo había dinero, ¿no es cierto?

-¿De qué hablas?

En él escondía también unas cartas. Las del padre de la niña.

-¡Eso es mentira! ¡Estás loco!

-Sin embargo es verdad.

-¡No, ahí no podía haber ninguna carta! ¡Las tiré todas…
El sastre se tapa la boca con la mano.

Aunque ya es demasiado tarde.

La verdulera lo mira.

-¿Qué está ocurriendo aquí? –exige saber.

-Er… No… Yo…

-Más te vale contárnoslo todo.

La gente deja de mirar a Kaim para clavar los ojos en el comerciante.

Días más tarde, llegan dos cartas de la niña a nombre de “la señora de la verdulería” y “el hombre bueno de arriba”.

A Kaim le cuenta que encontró a su padre en la capital.

No tiene manera de saber si es verdad o no.

Es difícil creer que una niña sea capaz de dar con su padre en la gran ciudad con tanta facilidad sin saber ni dónde vive ni dónde trabaja.

Aun así, prefiere pensar que es verdad cuando lo lee:

“Ahora soy feliz”.

El ser humano es el único animal que miente.

Miente para engañar a los demás, para beneficiarse y también para que ni la soledad ni la tristeza le asfixie el corazón.

De no existir la mentira, la gente evitaría muchos conflictos y malentendidos.
Por otro lado, puede que gracias a que este mundo sea un revoltijo de verdades y mentiras, las personas hayan aprendido a creer.

Cuando termina de leer su carta, Kaim mira a la mujer.

La verdulera, que está concentrada leyendo la suya, levanta tímidamente la cabeza al percibir la mirada de Kaim.

-¡No puedo! –exclama-. Escucha esto:

"Os estoy muy agradecida a ti y a los demás comerciantes por todo lo que habéis hecho por mí. No os olvidaré mientras viva".

Qué niña esta, embustera hasta el final –dice con una sonrisa mojada de lágrimas.

Fin

Esta extensa pradera siempre ha estado surcada por fuertes vientos.

Puede que la topografía de la zona tenga algo que ver, pero la dirección del viento siempre es la misma, sin importar la estación del año:

De Este a Oeste, desde levante hasta poniente.

Los Contracorrientes

Debido al viento incesante, los troncos y ramas deformes de los arbustos se inclinan hacia el oeste. Aquí la hierba no crece alto y las plantas que se elevan un poco más acaban doblándose apuntando hacia el Oeste.

Las caravanas, los pastores pasan por el único camino que atraviesa la llanura. No es que "vengan y vayan" sino que sólo van, trasladándose de Este a Oeste, ayudados por el impulso del viento. Los viajeros que se desplazan de Oeste a Este siempre siguen la ruta tortuosa que serpentea alrededor de las montañas del sur. Así es mucho más largo pero también mucho más rápido que atravesar la llanura contra el viento.

El camino que atraviesa la pradera recibe el nombre de Río del Viento.

Del mismo modo que las aguas de un gran río no cambian de dirección jamás, las pisadas surcan este camino en el sentido, desde un pasado remoto, y seguirán así por mucho tiempo: de Este a Oeste.

Las siluetas de los hombres que se recortan contra el horizonte por donde se eleva el sol desaparecen en el horizonte tras el que el sol se oculta.

Nunca se cruzan con ningún viajero, excepto en muy contadas ocasiones.

La primera vez que se encontró Kaim con el Río del Viento, la muchacha era una niña.
-¿Mi abuela vivía entonces?
En respuesta a la pregunta despreocupada de la chica, Kaim sonríe y contesta:
-Sí. Y era una anciana muy agradable.
La joven mira atrás y señala hacia la cordillera que se pierde en la distancia.
-Mi abuela atravesó siete montañas cuando hizo el viaje.
-¿Siete son muchas?
-Ajá. Mi abuela vivió mucho tiempo. La mayoría termina el viaje después de cinco montañas. La gente que dejan atrás excava una pequeña tumba donde finalizó el viaje, y después continúan su andadura…
La muchacha señala el suelo que pisa.
-Esto es todo lo lejos que he llegado -anuncia con una sonrisa orgullosa y jovial. La religión de la joven y su familia profesa la creencia pía de que si dedican su vida a caminar hacia el Este, contra el soplo del Río del Viento, llegarán al nacimiento del mismo.
A los que siguen esa religión la gente los llama "Contracorrientes".
El término amalgama trazas de miedo y tristeza con otras de desprecio y recelo.

Los Contracorrientes desconocen los deseos terrenales. La única finalidad de su existencia es desplazarse hacia el Este a pie. Están libres de duda. Sus hijos nacen por el camino y los crían a medida que avanzan. Cuando envejecen y las fuerzas los abandonan, su marcha acaba. Pero los familiares no se detienen.

Su fe se transmite de los hijos a los nietos, a los bisnietos…

La andadura de la familia de la muchacha la inició su difunta abuela, quien empezó a caminar desde el extremo oeste del Río del Viento junto a su hijo, que entonces tenía la edad que ahora tiene la chica.

Los Contracorrientes no caminan a lo largo de todo el año, por supuesto. Durante la estación en que los vientos soplan con más fuerza de lo habitual (desde finales de otoño hasta principios de primavera), se albergan en los distintos pueblos que hay distribuidos a lo largo de la ruta, en los que ahorran algún dinero realizando los trabajos que los habitantes se niegan a hacer. Algunos Contracorrientes deciden quedarse en los pueblos, mientras que otros, por el contrario, convencen a algún residente para que los acompañen cuando retoman la marcha en primavera. Se trata de personas de las que se han enamorado durante el largo invierno, de jóvenes que sueñan con viajar o de adultos cansados de la vida sedentaria.

Por esto es por lo que los aldeanos miran con desconfianza a los Contracorrientes. La madre de la joven fue de los que se unieron por el camino y tal vez, dentro de unos años, la muchacha se enamore de alguien al hospedarse en algún pueblo. Entonces tendrá que elegir entre establecerse en ese lugar o invitar a su pareja a acompañarla. A día de hoy no tiene ni idea de lo que le deparará el futuro.

Su padre la llama: -¡Hora de continuar!
-El breve descanso ha terminado.

La chica parece lamentar tener que seguir y se pone de pie a regañadientes.
-Lo siento -dice-. Ojalá pudiera seguir conversando contigo, pero hemos de llegar al próximo pueblo antes de que caigan las primeras nieves.
Tiene las mejillas coloradas y secas y los labios agrietados debido al castigo continuo del viento, pero su sonrisa es deslumbrante cuando le desea a Kaim un buen viaje. Es el gesto sereno de quien cree con firmeza en el sentido de su vida, sin albergar la menor duda.

-¿Nos volveremos a ver? -pregunta.
-Quizá

-Responde Kaim, quien le devuelve la sonrisa, que no se puede equiparar a la de la joven. Se encuentra realizando un viaje que lo llevará más allá del extremo oeste del Río del Viento. Se dirige, como el mercenario que es, hacia el campo de batalla para cuando finalicen los combates del Oeste, un nuevo conflicto habrá estallado al Este.

Será un viaje largo y cruel que no le ofrecerá nada en lo que creer.
Cuando por el camino se vuelva a encontrar a la muchacha, la sonrisa de Kaim será aún más lúgubre que ahora.

Tal vez a modo de regalo de despedida, la joven le canta unos versos:

Este viento, ¿de dónde proviene?
¿Dónde su viaje comienza?
¿Viene de donde la vida nace?
¿O empieza donde todo termina?

-Adiós, entonces -dice la chica, que camina penosamente, con paso forzado, mientras el viento le peina el cabello.

Han pasado diez largos años cuando Kaim se reencuentra con la muchacha.

Es primavera y la llanura está moteada de hermosas flores blancas.
Ahora es la esposa de un joven sastre y zapatero de uno de los pueblos.
-Es la tercera primavera que paso aquí -dice al tiempo que se pasa la mano con cariño por la barriga abultada.
Dentro de unos días dará a luz a su bebé. Será madre.

-¿Y tus padres…? -pregunta Kaim.
La muchacha se encoge de hombros y mira hacia el Este.

-Continúan su viaje. Soy la única que se quedó aquí.

Kaim no le pregunta por qué lo ha hecho.

Seguir viajando es un estilo de vida y establecerse en un pueblo es otro.
Lo uno no es más correcto que lo otro. La única respuesta que la joven puede dar la expresa su sola sonrisa.

-Pero no te preocupes por mí -dice mirándolo extrañada-. No has cambiado nada desde el día en que nos conocimos, hace tanto tiempo. Para el milenario Kaim, diez años no son más que un parpadeo.
-Hay a quien le ocurre -dice Kaim forzando una sonrisa-.
Algunas personas no envejecen nunca, por muchos años que tengan.

-Mira a la muchacha, que ya es toda una mujer, y se pregunta de nuevo

si vivir eternamente es una bendición o una maldición.

El comentario de Kaim apenas le sirve como explicación a la joven, pero esta lo mira como si lo comprendiera.
-Si ese es tu caso -observa-, no tendrías problema en llegar a la cuna del viento. Serías el Contracorriente perfecto.

La chica podría tener razón: después de todo, la vida de los seres humanos es demasiado breve para que a ninguno le dé tiempo a viajar en contra del soplo del Río del Viento hasta donde este nace.

Aún así, Kaim responde meneando la cabeza con pesar.
-No estoy preparado para hacer el viaje.
-¿No? Cualquiera puede ser un Contracorriente. Es decir, cualquiera que desee ver con sus propios ojos de dónde brota el viento.
-Dicho esto, empero, la muchacha añade con tono triste-: Aunque supongo que nadie lo ha visto en realidad.

La cuna del viento: ese lugar no existe. Incluso aunque después de un largo viaje se llegara al extremo Este del Río del Viento, allí también soplaría el viento. Y no solo el del este, sino también el del oeste, el del norte, y el del sur: vientos sin límite, sin fin.
Los humanos, que no viven para siempre, se atreven a emprender un viaje sin término. Esta podría ser la tragedia última, aunque también la comedia final. Con todo, Kaim sabe una cosa: no es algo que se deba considerar un ejercicio de futilidad.

-¿Y tú? - le pregunta a la chica-. ¿No piensas retomar tu viaje?
La joven se lo piensa durante lo que dura un suspiro y, a la vez que se acaricia el vientre, ladea la cabeza y responde: -Tal vez quiera vivir siempre como ahora. O quizás me abandonaré algún día al deseo de conocer la cuna del viento.

Todos los contracorrientes sin excepción dicen que nunca se sabe qué te puede hacer retomar el viaje. Un día, sin más, abandonas la vida en el pueblo y empiezas a caminar.
No solo es cuestión de que te encuentres con un Contracorriente y este te haga volver al camino: muchos parten en soledad el día menos pensado.
Según la filosofía de los Contracorrientes, todas las personas albergan el deseo de viajar constantemente. Quizá no sean conscientes de este ansia porque lo tienen tan enterrado en el pecho que ni siquiera lo intuyen.
Pero en cuanto algo lo hace emerger, la persona se convierte en Contracorriente.

-Incluso tú tienes ese deseo -le asegura la muchacha a Kaim.
-Me pregunto…
-Es cierto -dice ella-. No lo dudes.

La mirada de la joven es tan franca y segura como la última vez que la vio.

Apresándolo con los ojos, la chica se señala al pecho.

-Todavía tengo una oportunidad.
-Pero seguro que eres feliz con la vida que llevas.

-Desde luego que sí.
-¿De verdad crees que llegará el día en que querrás reanudar el viaje, aunque ello implique poner fin a tu felicidad? - En lugar de contestar, la muchacha le sonríe con ternura.

Han transcurrido muchos años pero de cuando en cuando Kaim encuentra algo que le trae a la memoria las palabras de la chica: todo el mundo alberga el deseo de viajar ininterrumpidamente.

Para Kaim la vida es en sí misma un viaje infinito.
A lo largo de su periplo ha sido testigo de incontables muertes y ha presenciado innumerables nacimientos. La vida humana es demasiado fugaz, demasiado frágil y efímera.

Aunque mientras más medita sobre su evanescencia, más siente, inexplicablemente, que palabras como "eterna" y "perpetua" definen mejor la vida, finita como es, que ninguna otra cosa.

Kaim ha remontado el Río del **Viento** por primera vez en muchos años, cuando ve que se está celebrando el funeral de un **Contracorriente**.

Junto al camino hay un joven vestido de luto ofreciendo flores silvestres a los viajeros que pasan e instándolos a "ofrendar una flor a un alma noble cuyo largo **viaje ha terminado aquí**".

Kaim toma una flor y le pregunta: -¿Era familiar tuyo?

-Sí, era mi abuela.
-El muchacho asiente con la cabeza.
Es la viva imagen de alguien que Kaim conoció hace mucho.

La anciana del ataud debe de ser la muchacha. Kaim está seguro.

-Mi abuela viajó durante muchos, muchos años. Partió con mi padre cuando él todavía era un niño. ¿Ves aquella montaña de allí? Comenzó a caminar desde mucho más allá y llegó hasta aquí.

Entonces al final la joven decidió retomar la marcha.

Abandonó la vida del pueblo y con su niño de la mano continuó avanzando en su viaje sin fin.

El deseo de conocer la cuna del viento se lo legó a su hijo, que se lo transmitió a su nieto, y así el resto de generaciones.

Dirigirse a un lugar al que no se puede llegar, generación tras generación:
este también es un viaje infinito.

¿Tragedia?

¿Comedia?

Quizá la sonrisa serena de la anciana de ataúd sea la respuesta.

Kaim coloca la flor a sus pies a modo de ofrenda.

Los familiares que viajaban con ella cantan a coro una canción por la difunta:

Este viento, ¿de dónde proviene?
¿Dónde su viaje comienza?
¿Viene de donde la vida nace?
¿O empieza donde todo termina?

El viento sopla.
Acaricia la vasta pradera.
Kaim da un paso largo y lento hacia su destino.
-¡Que tengas un buen viaje! -grita el joven.
Sus mejillas, abrasadas como las de la muchacha hace tanto tiempo, se ablandan al esbozar una sonrisa mientras despide con la mano al caminante.

Fin

Se encuentran a oscuras.
A diferencia de la oscuridad de la noche, esta es cerrada, carente de profundidad o extensión.

Oye una pesada puerta que se abre lentamente.

Un rayo de luz entra disparado, pero no está tan bien definido como eso.

Sin embargo, para unos ojos acostumbrados únicamente a la oscuridad, el débil destello se ve como fuegos artificiales.

Viven en conchas

-¡Parad! Por favor, ¡os lo ruego! ¡Soltadme!

Los gritos de un joven resuenan en el vacío.

Ninguna voz le responde.
En la oscuridad, Kaim cuenta los pasos. Han entrado tres hombres.

Los pasos desacompasados probablemente son los que marca el joven. Los otros dos están perfectamente coordinados.

-Por favor, os lo ruego. Si lo que queréis es dinero, fuera os conseguiré todo el que podáis pedir. Lo prometo. Sabré agradecéroslo. Por favor.

La única respuesta de los dos hombres que han traído aquí al joven es el ruido metálico de una cerradura de hierro al abrirse.

-¡No! ¡No! Por favor, os lo ruego. Haré lo que queráis. ¡Lo que sea!

Un ruido sordo es el sonido de la carne la rasgarse y el hueso al dislocarse. Alguien se desploma sobre el suelo. Un grito ahogado. El ruido metálico de una cerradura de hierro al cerrarse.

Kaim sabe que han arrojado al joven en la concha de enfrente en diagonal a la suya. Cuando estás encerrado en una de estas conchas sin ventanas, tus oídos se vuelven sumamente sensibles.

-¡No lo hagáis!¡Sacadme de aquí!¡Por favor!¡Quiero salir!

Por el sonido de la voz, Kaim imagina la cara de un joven con rasgos infantiles: un matón de poca monta apenas un escalón por encima de un miembro de una banda adolescente.

Sin duda, cuando aún estaba en la calle, solía pavonearse por la acera con sus astutos pero cobardes ojos mirando a todas partes.

Los dos hombres que lo han traído se mantienen en silencio hasta el final; sus pasos se alejan al compás. La pesada puerta se abre y se cierra de nuevo.

Solo en la oscuridad, el joven berrea sus súplicas durante un tiempo, pero cuando comprende que no servirán de nada, grita hasta quedarse ronco, soltando una maldición tras otra hasta que empieza a sollozar.

-Cálmate -grita un anciano desde una de las conchas interiores-. No te servirá de nada montar un alboroto. Ríndete, chaval.

Es la voz del hombre más viejo de los que viven en las alrededor de doce conchas alineadas en la oscuridad. Ya estaba aquí cuando mandaron a Kaim a este lugar.

Siempre calma y da consuelo a los recién llegados escandalosos.

-Si tienes tiempo de vociferar así, mantén los ojos cerrados.

-¿Cómo...?

-Tan solo asegúrate de seguir disfrutando tus recuerdos del exterior, como si fueran un trozo de caramelo.

De las conchas de los alrededores llegan sonidos de risas contenidas.

Kaim se une con una sonrisa y un suspiro.

Se supone que todas las conchas en esta oscuridad están llenas, pero pocos de sus habitantes se ríen.

La mayoría ha perdido las fuerzas para reír.

-Oye, chaval -el viejo sigue en su papel de asesor del recién llegado-. Tanto alboroto no sirve de nada.

La mayoría ha perdido las fuerzas para reír.

-Tan solo cálmate y acepta tu suerte. De lo contrario... - aquí aparece una nota de intensidad en la voz del hombre-, te sacarán de aquí con los pies por delante.

Eso es exactamente lo que le pasó ayer al anterior inquilino de la concha del joven.

Había estado gritando intermitentemente durante un día. Hasta que llegó al punto de golpearse la cabeza contra la pared de la concha. Después nada... hasta que lo sacaron a rastras en silencio.

-Así que aguanta, chaval. No dejes que la oscuridad te trague. Cierra los ojos e imagina un bonito paisaje de fuera, cuanto más grande, mejor: el mar, el cielo o un campo de hierba inmenso. Recuerda. Imagina. Es el único modo de sobrevivir en este lugar.

Siempre da ese consejo a los recién llegados.

Pero el joven grita con lágrimas en los ojos:

-¿A quién diablos crees que estás engañando? ¡Sobrevivir en este lugar? ¿Y después qué? Sé lo que es este sitio. Una prisión "sin salida".

Mandan a los condenados a cadena perpetua aquí, les dan la comida justa para mantenerlos vivos y al final palman de todos modos. ¿Me equivoco? No hay nada por lo que tener esperanza.

Los gritos se convierten en sollozos de nuevo.

Esta es la reacción de la mayoría de recién llegados.

Y sus razones tienen. Esto es una prisión.

Cada "concha" es una celda solitaria con barrotes, y el sol brilla sobre el prisionero solo el día de su funeral.

-Todo el mundo muere, chaval, eso está claro.
Pero no puedes dejar que tu mente se vaya antes que tu cuerpo.
La esperanza no se pierde a menos que tú mismo la deseches
-continúa el viejo en voz baja, y prosigue solemnemente-. El sistema bajo el que vivimos tampoco puede durar mucho más.

El viejo es un prisionero político. Como líder de una facción opuesta al gobierno, se resistió a la dictadura durante mucho tiempo hasta que finalmente perdió la lucha y lo encarcelaron.
Sin embargo, el joven no oye las palabras del viejo. Sigue tirado en el suelo llorando.

Este tipo no estará en su concha mucho más que su predecesor. En unos pocos días, o en menos de un mes como máximo, se hará pedazos.

Así de fuerte es la oscuridad.

Privar al prisionero de luz es bastante más cruel que arrebatarle la vida en un momento.

-Vaya, vaya -reflexiona el viejo- este tipo no nos servirá de mucho en una fuga.
El viejo revolucionario se ríe. Puede que sea una risa auténtica o una fachada atrevida, pero en cualquier caso casi nadie responde con una risa.

Mañana por la mañana, o mejor dicho, y ya que en la oscuridad no hay una "mañana" bien definida, después de que se duerman, despierten y tomen la siguiente comida, sacarán otro frío cadáver de una concha sin una palabra.

-Oíd, muchachos. ¿Cuántos estamos aquí ahora? -pregunta el viejo revolucionario-. Responded si podéis oírme.

-Te escucho -dice Kaim.

La única voz es la suya.

Vaya calamidad. Hace poco estábamos hasta arriba -el viejo ríe entre dientes.

-Me pregunto si habrá pasado algo ahí fuera -dice Kaim.

-Puede que sí -responde el viejo revolucionario-.
En mi opinión, este sería el momento apropiado para un golpe de estado o una revolución. Mi gente no va a estarse quieta mucho más...

-Eh,¿cómo dijiste que te llamabas? ¿Kaim? ¿Te has dado cuenta de lo que ocurre'

Últimamente ya no encierran a tanta gente como antes, y de los que traen nuevos, la mayoría son auténticos don nadie que no merece la pena condenar de por vida.

-Pues sí...

El joven era uno de ellos, tan solo un ladrón de poca monta.

Lo que sucedió es que entró a robar en un almacén que pertenecía a un rico con contactos con un político poderoso. Por eso lo metieron en una concha.

Las conchas siempre solían estar llenas.

Traían aquí a un puñado de hombres, que morían; entonces traían hombres nuevos, y *ellos* morirían...
El chico era uno de esos. El terror de estar envuelto en tinieblas fue demasiado para él, y se hizo pedazos. Aparentemente al final tenía alucinaciones: "Ya voy, mamá, ya voy. Espérame, por favor, mamá...". Repetía una y otra vez al igual que un niño. "¿Dónde estás mamá?¿Aquí?¿Estás aquí?"... y se arrancó los ojos con sus propias manos.

Supongo que las cosas se estaban poniendo feas ahí fuera, con la policía perdiendo el control, y el gobierno a punto de derrumbarse, y por eso las conchas estaban siempre llenas.

Eso es lo que trajo aquí al joven.

Murió con la sangre corriéndole de las cuencas de los ojos y mascullando entrecortadamente:-¿Qué he hecho *yo*? Todo el mundo lo sabe... Hay muchos tipos peores que yo...

-Pero ahora está todo vacío. ¿Sabes lo que significa, Kaim?

Claro. Hay tantos crímenes ahí fuera que el gobierno ya no puede contenerlos.

Lo has pillado. Por lo que sabemos puede que hayan colgado a toda la familia real. Es una

revolución. Ocurrirá cualquier día. Eso significa que tú y yo saldremos de aquí. Mi gente vendrá y nos sacarán. Tan solo aguanta un poco más.

Kaim asiente en silencio. El viejo revolucionario continúa.

-No muchos podrían permanecer en calma como tú, arrojados en una concha y envueltos por las tinieblas de esa manera.

Ni siquiera Kaim puede explicarlo.
Es cierto que estaba extrañamente tranquilo cuando lo metieron en la concha. Parecía reconocer la oscuridad como un recuerdo distante. En el pasado remoto, puede que él también hubiera saboreado la angustia de los habitantes de otras conchas torturados por el miedo de estar encerrados en la oscuridad.

-No, yo no…

Apenas merece la pena hablar de su crimen. Se resistió a las preguntas cuando lo trajeron como sospechoso, por eso se le tachó de rebelde y lo metieron en una concha. Aunque el viejo probablemente tenga razón. Es casi seguro que la dictadura del país está en sus últimos días.

-Ya no queda mucho. Estaremos de vuelta en el mundo real antes de que nos demos cuenta. Tengo esperanza, y no la perderé hasta que no me abandone a mí mismo
-masculla el viejo revolucionario como si tratara de convencerse a sí mismo.

Poco después la prisión cae. Jóvenes armados entran cargando en la oscuridad y abren las puertas de las conchas.

El viejo revolucionario abraza a su gente y sale.

-¡Espera!-grita Kaim, intentando retenerlo.

Pero es demasiado tarde. Ansioso por ver el nuevo mundo después de la destrucción del antiguo sistema, el viejo revolucionario sale afuera y abre los ojos.
Es por la tarde.

Aunque el sol casi se ha puesto, la luz es lo bastante fuerte como para quemar unos ojos acostumbrados a la oscuridad total.

El viejo revolucionario se pone las manos sobre los ojos y con un gruñido cae de rodillas.

Kaim se salva a sí mismo cubriéndose los ojos con el brazo.

Ni siquiera él sabe qué le hizo hacer esto. ¿Acaso los recuerdos del pasado le han enseñado que lo realmente aterrador del castigo en la oscuridad es lo que sucede después de la liberación?

¿Cuánto tiempo he estado prisionero y dónde? Y lo que es más importante, ¿cuánto tiempo llevo en este viaje sin fin?

Con los ojos sangrando, rodeado en el suelo por sus chicos, el viejo revolucionario busca a Kaim.

-Llegué hasta aquí, Kaim, solo para cometer un terrible error al final. Ahora probablemente mis ojos son inútiles.

Por eso precisamente le pide a Kaim un último favor.

-Dime Kaim, ¿cómo es el mundo de fuera? ¿Ha triunfado la revolución? ¿Se ve a la gente feliz? ¿Sonríen con alegría?

Kaim abre los ojos lentamente, y tan solo un poco, bajo la sombra de su mano.

Hasta donde puede ver, el suelo está lleno de cadáveres. Los cuerpos de las tropas reales y las revolucionarias se apilan unos sobre otros, y hay innumerables civiles muertos. Una madre yace muerta con su pequeño hijo en brazos; el sangriento cadáver del padre está junto a ellos, con los brazos extendidos en un intento inútil de protegerlos.

-Dime lo que ves, Kaim.

Kaim reprime un suspiro y responde.

El viejo revolucionario siente la verdad.

-Pase lo que pase, no abandonaré la esperanza, Kaim.
Kaim asiente, consciente de que así lo hará, y comienza a caminar.

-¿Adónde vas?

-No lo sé… A cualquier parte.

-Por qué no te quedas aquí y construyes un nuevo mundo con nosotros? De entre todos, tú puedes hacerlo, lo sé.

-Gracias, pero me marcharé de todas formas.

El viejo revolucionario no trata de retener a Kaim más.

En su lugar, como regalo de despedida, le repite las palabras que tan a menudo decía en la concha:
-Siempre habrá esperanza, donde quiera que estés, hasta que tú mismo la abandones. ¡Nunca lo olvides!

Kaim sigue adelante.

Sus ojos se encuentran por casualidad con el cuerpo de un joven muchacho asus pies. El chico exhaló su último aliento con los ojos completamente abiertos por el miedo.

Kaim se arrodilla y con cuidado cierra los párpados del chico.

Muy adentro sabe, en un recuerdo demasiado alejado para que incluso él lo alcance, que mientras que la oscuridad puede ser una gran fuente de terror, también puede traer paz intensa y duradera.

Fin

Los baluartes caerán en manos del enemigo.
Es cuestión de tiempo.
Iniciarán el ataque al amanecer.
El grueso de las fuerzas aliadas ya se ha retirado del frente.

Tras la barricada solo quedan los mercenarios.
Órdenes: defenderla hasta la muerte.
Estos hombres, curtidos en innumerables batallas,
saben muy bien lo que eso significa.

El mercenario parlanchín

-Nos han abandonado a nuestra suerte -dice Toma riendo entre dientes en medio de una negrura opaca que impide a los hombres ver más allá de sus narices-.
Quieren que ganemos tiempo para que el grueso pueda seguir replegándose. Se supone que somos su escudo y que prestamos un último servicio a nuestros jefes.

Su risa seca y áspera estremece la oscuridad.

Kaim no contesta. Tiene que haber más mercenarios alrededor de ambos, ocultos en la noche, pero todos guardan sus pensamientos para sí mismos.

En el campo de batalla los mercenarios no tienen nada que contarse.

En el siguiente combate podrían estar luchando en bandos opuestos. Sobre todo en un momento como este, en que tienen que defender la barricada del ataque demoledor del enemigo, no pueden permitirse mirarse a la cara siquiera.

Kaim no sabe nada acerca de este combatiente llamado Toma. Su voz es la de un hombre joven. Lo más probable es que tenga poca experiencia como mercenario.

Cuando a un hombre le da por hablar al enfrentarse a la muerte es que, en el fondo, adolece de un punto débil que le impide convertirse en un auténtico soldado.

Un mercenario que dé la menor señal de tener este defecto jamás podrá engañar a la muerte y vivir para contarlo.
Es la ley del campo de batalla, aunque los hombres como Toma no la descubren hasta el momento en que pierden la vida.

-Esto es el fin. Por la mañana estaremos todos muertos. Nos darán esa "bienvenida fría" de la que hablan. No lo soporto. Es superior a mis fuerzas.

La oscuridad envuelve el silencio con que sus compañeros le responden. Es demasiado tarde para hablar de esto.

El día que eligieron la senda de los mercenarios deberían haberse resignado a morir.
Se venden por un puñado de dinero.
Alargan su vida, un enemigo tras otro.
Un mercenario es eso, ni más ni menos.

-Eh... ¿Es que no me oís?¿Cuántos somos? Vamos a morir todos juntos. Al amanecer formaremos

una hilera de cadáveres.

No os calléis. ¡Decid algo!

Nadie contesta. En lugar de llenarse con las voces de sus compañeros, la oscuridad empieza a llenarse con un silencio incómodo.

Aguarda la batalla en silencio, combate al enemigo en silencio y muere en silencio.

Es la regla del mercenario, su "estética", por así decirlo.

Sin embargo Toma ha decidido obviar esa estética.

-Desde el principio he sabido que era inútil. Los del cuartel general han perdido la cabeza. Es imposible que una estrategia así funcione. Vosotros sabéis a qué me refiero, ¿verdad, compañeros? Vamos a perder. Esto es un desastre. Ojalá me hubiera unido al otro bando. Entonces sí que nos hubiéramos hecho ricos. Podríamos beber hasta caer redondos. Podríamos tener todas las mujeres que quisiéramos. Tuve la oportunidad de elegir pero al final escogí luchar en el bando equivocado...

-¡Eh, tú! -exclama una veterano anónimo con tono airado.

-¿Qué? -contesta Toma, emocionado por que por fin alguien quiera hablar con él.

Como para hacer añicos su efímero entusiasmo, el veterano continúa: -¿Por qué no te callas un poco? Si de verdad quieres largarte de aquí, puedo hacer que te vayas al otro lado mucho antes que los demás.

-Lo... Lo siento.

Abatido de repente. Toma guarda silencio y todo vuelve a quedar en calma.

Sin embargo el ambiente es tenso. Mucho más tenso incluso que antes de que toma se pusiera a hablar.

Los veteranos lo saben muy bien: cuidado con los parlanchines.

Ser parlanchín significa confiar en las palabras -confiar demasiado en las palabras-.

En el campo de batalla la charlatanería no vale para nada. Cargas con tu arma en silencio, te das ánimos en silencio, luchas en silencio, matas -o te matan- en silencio. Aquí todos los mercenarios viven así. Todos excepto el parlanchín.

Es muy probable que el soldado que se refugia desesperadamente en las palabras acabe cediendo a otras cosas:

a la dulce escapatoria de la traición, por ejemplo, a las mieles de la deserción en pleno combate o al alivio de la demencia.

Kaim ha visto muchos mercenarios patéticos que, incapaces de soportar el terror de verse cercados

por el enemigo, se desquician y atacan a los de su propio bando.
¿Será Toma de esos? Es muy probable y sin duda los demás también lo creen. Lo miran igual que si de su peor enemigo se tratara, en busca de cualquier cambio de comportamiento. En cuanto perciban en él la menor señal de amenaza, alguien hundirá una espada en el lado izquierdo de su pecho sin miramientos.

El silencio se prolonga.

Esta noche, a diferencia de la anterior, ni siquiera se oye el canto incansable de los insectos. Tal vez huyeran al presentir el ataque del enemigo al amanecer. Eso le recuerda a Kaim que ayer tampoco vio ningún pájaro por la zona. Aunque los animales se acercaban para rapiñar comida cuando los hombres llegaron para levantar la fortificación, hace días que no se ve ninguno.

Los animales conservan una misteriosa capacidad de presentir el peligro que los humanos han perdido. Esto resulta estremecedor cuando se visita un campo de batalla.

No cabe duda de que los animales han huido de esta barricada.

Ahora mismo, en algún bosque lejano, habrá alguna bandada de aves negras volando en busca de restos humanos que descarnar:

"¡El festín aguarda, amigos!"

Lo intuyen, de alguna manera. Para cuando el sol se haya alzado del todo, la batalla habrá terminado. Si no se dan prisa, otra bandada de otro bosque les arrebatará el alimento. Esos pajarracos negros, camuflados bajo el cielo nocturno, estarán aleteando con todas sus fuerzas.

Una voz quiebra el silencio. Es Toma, que llora.

-Escuchad, compañeros… No sé cuántos somos, pero al alba vamos a morir todos… o la mayoría. Tal vez sobrevivan uno o dos, pero no más. Pensadlo bien: no hay salvación. Ya habéis vivido esto antes. Sois veteranos, héroes de guerra, quizá ni siquiera estéis asustados. Pero aun así… Aunque no tengáis miedo, ¿no os parece una estupidez todo esto? ¿Eh? ¡Hablad! Habéis participado en muchas más batallas que yo, así que decidme… ¿Para qué demonios estamos aquí? No odiamos al enemigo, no les debemos nada a los líderes de nuestro bando, pero tenemos que obedecer sus órdenes y aniquilar al enemigo… Todo para acabar muertos. Decidme… ¿No os parece inútil? ¿No os parece

absurdo?

La única respuesta es el chasquido de impaciencia que alguien hace con la lengua seguido del suspiro de fastidio de otro combatiente anónimo.

-No lo soporto más -masculla Toma-. Lo odio… -dice ya sollozando-.

Yo solo quería ganarme un dinero y poder comer y vestir mejor. Hubiera sido feliz así. Qué tremendo error elegir este trabajo. Nunca debería haber aceptado…

Kaim mantiene todos sus sentidos aguzados, atento a cualquier movimiento en la oscuridad.

Aparte de Toma y él, hay otros cinco soldados en cuclillas. Bien: todos son guerreros experimentados. De lo contrario no hubieran aguantado el lloriqueo de Toma. Si perdieran los estribos y empezaran a gritarle, lo agarraran del cuello o le dieran una paliza, acabarían agotados y desmoralizados antes de empezar el "trabajo" al amanecer.

Si estos hombres saben mantener la calma, sus posibilidades de sobrevivir son mucho mayores, suponiendo, claro está, que el parlanchín llorica no se convierta en una carga insoportable para el resto.

Sin dejar de gimotear, Toma sigue maldiciendo su suerte.
De pronto ocurre algo: algo se mueve en la oscuridad.

Cuidado, piensa Kaim, que sube aún más la guardia.

Cuando amanezca, Toma no será más que un lastre. Por su culpa, las posibilidades de sobrevivir se reducen. Los mercenarios lo saben y por eso harán lo que haga falta para aumentar las probabilidades de salir de esta con vida.

-No quiero morir aquí, muchachos. Aquí, ahora, como un perro sarnoso. Vosotros pensáis igual, ¿verdad?

Una abertura entre las nubes deja pasar la luz de la luna.

Por un momento, el rostro surcado de lágrimas de Toma se puede distinguir en la negrura. Es aún más joven de lo que Kaim había deducido por su voz. Es solo un muchacho.

Las nubes ocultan la luna de nuevo y la oscuridad opaca lo envuelve todo otra vez.

Se distingue un destello débil en el corazón de la noche.

Sin decir nada, Kaim sale corriendo como el viento hacia él.

En el espacio de un rayo de luna pudo calcular la distancia que lo separaba de Toma.

Kaim coge a Toma por el brazo. Algo duro cae al suelo. La luz frágil vuelve a centellear, esta vez a los pies de ambos, antes de que se la trague la oscuridad.

Un cuchillo.
Presa del pánico, Toma intentaba cortarse el cuello.

Se revuelve para que Kaim lo suelte, pero este le asesta un golpe en el plexo solar.

Sin hacer el menor ruido, Toma pierde el conocimiento.

Con el muchacho a cuestas, Kaim se abre paso en la oscuridad.

Al final Toma se despierta y patalea para liberarse.

-¡Para! ¡Suéltame!

Kaim lo deja en el suelo.

-De vez en cuando entra algún rayo de luna. Oriéntate con el próximo. Camina derecho hacia la luna -le explica Kaim con amabilidad.

-¿De qué demonios estás hablando?

-Es la única manera de salir de aquí.

Kaim ha escogido la parte más débil del cerco del enemigo. Por supuesto, no hay garantías de que escapar de aquí sea su salvación. En adelante, Toma tendrá que confiar en su suerte y habilidades.
-¿Tú también vienes? -pregunta Toma.

-No, yo vuelvo. Vete solo.

-¿Por qué? Ven tú también. Vayámonos los dos. ¡Ven conmigo!

Toma agarra a Kaim por el brazo para suplicarle que lo acompañe pero Kaim le da una bofetada seca. Sus mejillas tiernas evidencian que no es ningún veterano de guerra. Su piel es la de un jovenzuelo, la de un niño.

-Vete solo.

-¿Pero por qué?

-Porque así sobrevivirás.

-¿Y tú? También querrás vivir, ¿no? Deberías escaparte conmigo. ¿O es que quieres morir?

¿Querer vivir?
No, Kaim no siente un gran aprecio por su vida. Si vive es porque no puede hacer otra cosa. Vive porque no le queda otra opción. Toma es demasiado joven, demasiado débil, para imaginar el dolor de una vida así.

-Vivimos para luchar. Es lo que hacen los mercenarios.

-Pero…

-Desaparece. Lo estás echando todo a perder.

-Nunca ganaréis la batalla. ¿Por qué no escapar?

-Nuestro trabajo es combatir.

Dicho esto, Kaim se da media vuelta y se vuelve por donde vinieron.

Toma permanece inmóvil viendo como Kaim se aleja hasta que por fin decide echar a correr hacia el bosque del Oeste.

Luchar o huir: Kaim no sabe cuál es la mejor manera de sobrevivir.

Cree que es preferible no saberlo.

Aunque…

-Espero que lo consigas, muchacho -murmura mientras sigue adelante.

El cielo empieza a clarear por el Este. Pronto empezará el ataque desplegado del enemigo.

Unos pájaros emprenden el vuelo desde los árboles del bosque del Oeste.

Puede que se haya desatado una batalla menor. O tal vez el pobre aprendiz de mercenario haya caído presa del enemigo.

Kaim no mira atrás ni interrumpe su paso.

Está seguro de que ya conocía al mercenario parlanchín. Antes de que estallara la guerra, el

muchacho vendía fruta en el mercado de la carretera. Era un buen chico, cuidaba de su madre, según las mujeres del mercado.

Que tengas una vida larga y plena, le desea Kaim, que sigue caminando con la vista fija en el resplandor del cielo del Este.

Fin

-¡Hermanote!

Oye gritar a alguien a sus espaldas mientras se abre paso entre el gentío del pueblo.

Al principio Kaim, que busca hospedaje para pasar la noche, no se da cuenta de que es a él a quien llaman.
Sin embargo, siguen gritando con insistencia: -¡Hermano mío!¡Hermanote!

Qué raro.

La última vez que visitó el pueblo fue hace ochenta años. No puede quedar nadie que lo conozca.

No me olvides, ¿me oyes?

-¡Espera, hermanote! ¡No te vayas!

Cada vez se extraña más, pues la voz que lo llama es la de una anciana.

Sin bajar la guardia, se gira poco a poco.
Exacto: es una mujer mayor.

La viejecita, ataviada con ropa de niña, mira fijamente a Kaim y sonríe emocionada.

-Creo que se ha equivocado -le dice Kaim sin ocultar su fastidio.

-No, de eso nada -dice la anciana sacudiendo la cabeza y ensanchando la sonrisa-. ¡Tú eres mi hermanote Kaim!

-¿De qué…

-¿Qué pasa, Kaim, ya no te acuerdas de mí?

-Er… Bueno… Yo…

A Kaim no le acababa de sonar esta mujer. Aunque al final la reconociera, sabe que no conoce a nadie en este pueblo. Se pregunta si no se habrá reencontrado con alguien que conoció algún día en el camino. No, está seguro de que no la conoce y, lo que resulta aún más extraño, ¿Por qué esta mujer que podría ser su abuela lo llama "hermanote"?

¡No finjas que no me conoces, Kaim! ¡No seas malo!

La viejecita grita tanto que la gente se detiene a mirarlos.

No solo porque la anciana esté voceando, claro. En estas calles bulliciosas todo el mundo se ve obligado a levantar la voz para hacerse oír. Pero no llama la atención solo eso. Los gritos de la viejecita suenan distintos a los de un adulto normal. Más bien recuerdan a los chillidos de una niña vociferando a pleno pulmón.

Los viandantes miran extrañados a la anciana y en seguida se desentienden.

Su confusión es comprensible. La viejecita lleva su pelo cano y liso sujeto con un lazo colorido y su vestido tiene el mismo estampado de flores y las mismas mangas holgadas que el de una niña.

Muchos de los transeúntes la miran entre compadecidos y apenados.

Poco a poco, Kaim lo va entendiendo. Se trata simplemente de que esta mujer está demasiado

mayor. Por eso el pasado, encerrado en su memoria, se ha vuelto más auténtico para ella que la propia realidad.

Un hombre de mediana edad que pasa junto a ellos tira del codo de Kaim.

-Yo en tu lugar no le haría caso. No deje que le líe. Solo le traerá problemas.

-Es verdad -confirma la esposa del hombre al tiempo que asiente con la cabeza-. Como usted no es de aquí, no lo sabe, pero esta mujer está senil. Se olvidará de usted en seguida.

Puede que tenga razón, pero el caso es que la viejecita sabe su nombre.
La niña que vive en su cabeza cree que es su "hermanote".

Kaim se esfuerza por recordar.

La última vez que estuvo aquí, hace tanto tiempo, apenas se quedó unos días.

No llegó a conocer a mucha gente y ya no puede quedar nadie que se acuerde de él.
Al ver que Kaim no se aparta de la anciana, el matrimonio entrometido se ofende.
-Intentas ayudar, ¿y cómo te lo agradecen? -resopla el marido.

-Déjalos, ellos verán -añade la esposa-. Vámonos. -Sin más, siguen por su camino.

La anciana afila la voz al máximo y les grita mientras se alejan airados:
-¿No me olvidéis, ¿me oís?!

Es entonces cuando Kaim se acuerda. La viejecita se pone muy contenta al ver que la ha reconocido.
-¿Me recuerdas ahora? -grita la mujer-. Soy Shushu. Yo… ¡Shushu!
Ahora sí la recuerda; era muy pequeña cuando la conoció en este pueblo hace ochenta años.
Entonces apenas levantaba dos palmos del suelo. Era una niña muy espabilada, cuya falta de timidez con los extraños se debía a que era la hija del posadero.

Debió de hacerle gracia una expresión que oyó decir a alguien, de modo que siempre que un huésped se marchaba después de haber pasado algunos días en la posada, en lugar de despedirlo con el típico "adiós" o "muchas gracias", le sonreía y le decía con jovialidad:
"no me olvides, ¿me oyes?".

Sin embargo, cuando por fin distingue a la niña que se esconde bajo la maraña de arrugas, Kaim aparta la mirada del rostro de la anciana.

-¿Qué pasa, hermanote?

Kaim no soporta la mirada vacía de Shushu.

¡Han pasado ochenta años! ¿De qué pueden hablar un hombre que no envejece nunca y una anciana senil a la que conoció de niña?

-Déjenme pasar, por favor. Lo siento, déjenme pasar, por favor.

-Un joven se abre paso entre la gente en dirección a donde está Shushu y Kaim.
-¡Bisabuela!

¿Cuántas veces te tengo que decir que no salgas sin avisarme?
-Tras regañar a la anciana, mira a Kaim y agacha la cabeza a modo de disculpa.

-Lamento si le ha molestado. Está mayor y se le va la cabeza. Le ruego que la perdone.

Sin embargo Shushu frunce los labios y exclama:
-¿Qué estás diciendo? Solo estoy hablando con mi hermanote Kaim. ¿Qué tiene de malo?

Clava los ojos en el joven y pregunta:-¿Quién eres tú?

El muchacho mira a Kaim con ojos tristes y comienza a disculparse de nuevo.

Kaim esboza una sonrisa afligida y lo interrumpe.

Sabe que a veces es más triste y doloroso cuando una vida se alarga que cuando es demasiado corta. Aun así, por dramática que sea la vida de una persona, nadie tiene derecho a pisotearla.

-No comprende que es una anciana.
Si le pongo un espejo delante, pregunta: "¿quién es esta viejecita?"

El muchacho, que se llama Hosee, le explica la situación: -Puede no acordarse de lo que ha desayunado, y sin embargo conserva recuerdos muy vivos de su infancia.

Kaim asiente con la cabeza.

Hosee y Kaim se sientan en un banco de la plaza del pueblo y miran cómo Shushu recoge flores. Está confeccionando una guirnalda para su hermanote, al que hace tanto tiempo que no ve.

Pero, en serio, señor, ¿no le estamos entreteniendo? ¿No tenía prisa?

-No, no pasa nada, no te preocupes.

-Muchas gracias.

Sonríe por primera vez y afirma que hacía varios años que no la veía tan contenta.

El joven está convencido de que su bisabuela cree que Kaim se parece a alguien que conoció de pequeña. Kaim lo prefiere así. Sabe que Hosee ni se imagina que está hablando con alguien que

nunca envejece, ni tiene por qué saberlo.
-Su salud ha empeorado mucho últimamente.

Cada vez que tiene fiebre, nos preguntamos si habrá llegado su hora y nos preparamos para lo peor. Pero luego se recupera como si nada. A veces bromeamos diciendo que se le va tanto la cabeza que se le olvida morir.
Kaim mira al chico, que mantiene la vista al frente. Hosee sonríe con cariño mientras habla de su visabuela. No cabe duda de que de pequeño ella lo abrazaba y jugaba con él. Ahora, ya mayor, la vigila como un padre que cuidara de su hija.

Le grita: -Muy bien, bisabuela. ¡Hacía mucho que no preparabas una corona tan bonita!

Shushu, acuclillada entre la hierba con un ramo de flores en las manos, contesta:
-No es verdad. ¡Ayer le hice una guirnalda!

-Luego le dice a Kaim-:
¿Verdad, hermanote? Te la pusiste para mí, ¿a que sí?

Kaim pone las manos en cuenco alrededor de su boca y le grita:
-¡Claro que sí!¡Olían a gloria!

El rostro de Shushu se retuerce de pura dicha.
Hosee se conmueve y agacha la cabeza.

Kaim le pregunta: -¿Eres el único que cuida de ella?
-Ajá. Junto con mi esposa Cintia.

-¿Y tus padres?
¿O tus abuelos? ¿Ya no viven?

Hosee se encoge de hombros y responde:

A sus abuelos se los llevó la epidemia de hace veinte años.

Su padre murió en la guerra que sacudió la zona diez años atrás.

Su madre, la nieta de Shushu, envejeció más rápido que su madre y falleció hace cinco años.

-Así que mi bisabuela ha asistido a todos los funerales: los de sus hijos y los de sus nietos. Cuando nos dimos cuenta, era la persona más vieja del pueblo. Debe de sentirse muy sola…

-Seguro -confirma Kaim.

-Tal vez sea un favor de los dioses el perder la cabeza cuando se ha vivido demasiado. Al menos es así como yo lo veo últimamente. Aunque nos dé pena, no está sola en absoluto. Vivir mucho significa acumular montones de recuerdos. Puede que no esté tan mal vivir entre ellos durante nuestros últimos días.

Shushu se pone de pie cargada de flores.

-¡Hermanote Kaim! ¡Te voy a hacer una corona de flores ahora mismo!
Si me sobra alguna, le prepararé otra a este muchacho.

Kaim y Hosee se miran perplejos.

-¿Por qué sonreís así? -pregunta Shushu-. ¿Ahora sois amigos?
Abre sus ojos cercados de arrugas cuanto dan de sí, les sonríe con toda su ilusión y se desploma sobre la hierba.

Hosee hace ademán de salir corriendo a buscar a un médico pero Kaim le sujeta del brazo y le dice:
-Será mejor que te quedes con ella.

Por irónico que resulte, Kaim, que en el fondo se imagina cómo se siente una persona al envejecer, ha presenciado por ese mismo motivo incontables muertes a lo largo de los años. La experiencia le dice que esta vez Shushu no se va a recuperar.

La anciana está tendida boca arriba, arropada con las flores que había cogido.

No ha perdido la sonrisa.
-Espera un momento, hermanote Kaim. Ahora mismo termino tu corona de…

Su mente sigue extraviada entre sus recuerdos.
¿Seguirá así hasta el final?

-¡Aguanta, bisabuela! ¡No me sueltes!
-Hosee le coge la mano y le infunde ánimos entre sollozos aunque tal vez ella ni siquiera sepa que es su bisnieto.
-¡Soy yo, bisabuelita, yo, Hosee! ¿No te habrás olvidado de mí, verdad? Anoche te bañé. ¿No me reconocías entonces?

Hosee le habla con desesperación.

Aun así, Shushu, que no deja de sonreir como una niña, se está yendo de este mundo.

-¡Pronto seré padre, bisabuelita! ¿Recuerdas? Te lo dije anoche. Cintia lleva un bebé dentro. ¡Vas a ser una tatarabuela maravillosa! Nuestra familia va a crecer… Otra criatura sangre de tu sangre.

Sin perder la sonrisa en ningún momento, Shushu coge una de las flores entre sus dedos temblorosos.
Se la ofrece a Hosee y, con un hilo de voz, le pide:
-No me olvides, ¿me oyes?

Hosee no comprende.

¿Cómo iba él a saber que ella tenía por costumbre decir eso de pequeña?

Kaim le pone la mano en el hombro y le dice que le responda.

-Entiendo, bisabuelita. No te olvidaré. No pienso olvidarme de ti nunca. ¿Cómo iba a olvidarme de mi bisabuelita?

-No me olvides, ¿me oyes?

-No me olvidaré de ti, bisabuelita, créeme. Siempre te recordaré.

-No me olvides, ¿me oyes?

Sushu cierra los ojos y posa la mano sobre las flores que cubren su pecho, como si buscara algo entre ellas. Parece que quisiera abrir la puerta que lleva a donde viven los recuerdos.
La brisa acaricia.

Las flores que la cubre bailan al son del viento junto con los recuerdos.

Seguramente entre ellos se cuenta el Kaim de hace ochenta años.

Kaim arranca uno de los agitados pétalos y cierra el puño a su alrededor.

Shushu ya no volverá a abrir los ojos.

Ha emprendido un viaje hacia un mundo sin pasado ni presente.

Solo deja atrás a Kaim, que vivirá para siempre, y a Hosee, que será padre dentro de poco.

Sin soltarse del cadáver, Hosee levanta la cabeza y mira a Kaim con los ojos bañados en lágrimas.

-Muchas gracias -le dice a Kaim, el viajero-. Gracias a usted, mi bisabuela fue feliz recogiendo flores en sus últimos momentos.
-No, no ha sido gracias a mí -corrige Kaim.

Aprieta el pétalo que guarda en el puño y le dice a Hosee:
-Estoy seguro de que si hubiera terminado su corona, se la habría regalado a tu bebé.

Hosee ladea la cabeza con timidez y murmura:
-Acto seguido, sonriendo a pesar del llanto, afirma-: Seguro que sí.

-Respecto a la promesa que le has hecho… mantenla y no la olvides.

-No, claro que no.

-Los que se van siguen vivos siempre que alguien los recuerde.

Dicho esto, Kaim empieza a alejarse poco a poco. A sus espaldas oye la voz de Shushu.

No me olvides, hermanote Kaim, ¿me oyes?

Es la voz de la niña que conoció hace ochenta años, que suena más nítida, dulce e inocente que nunca para decir adiós al hombre cuyo viaje no acabará jamás.

Fin

Había una vez una mujer que vino de una tierra extranjera para casarse con alguien de una antigua familia.
Su marido era de un pequeño pueblo de las montañas, pero trabajaba en una próspera ciudad portuaria en el extranjero cuando la conoció y se enamoró de ella. Cuando le pidió que se casara con él, en su país de origen su padre cayó enfermo y murió. Al ser el hijo mayor de la familia, el joven no tuvo otra elección que volver a su tierra natal, llevándose él a su mujer, por supuesto.

Cartas de un debilucho

Se llamaba Myna. Este no era un nombre habitual entre las mujeres del país de su marido. En realidad, su nombre no era lo único diferente en ella.
El color de la piel, el pelo y los ojos, así como el idioma que hablaba eran del todo diferentes.
Si el pueblo natal del joven hubiera sido una ciudad portuaria que presencia el ir y venir de gentes de diferentes tierras, no hubiera habido nada fuera de lo común en esto. En tales lugares hay muchos hogares que dan la bienvenida a la familia a hombres y mujeres extranjeros, generación tras generación.
-Pero esto es lo más profundo del país a lo que se puede llegar -le dijo el joven a Kaim, suspirando, la noche en que convirtió a Myna en su esposa.
Kaim se había apresurado en venir desde la ciudad portuaria del lejano país para asistir a la boda.
En el banquete, el joven había mirado a Kaim y ambos se habían escabullido de las celebraciones.
Estaban en el jardín, mirando el cielo nocturno.

-Cuando el hijo mayor se casa, sus deseos no importan. Lo que importa es "la familia".

Las dos familias negocian el compromiso, se elige una novia aceptable para los padres del novio. Así es como fue con mis padres, y mis abuelos hicieron lo mismo.

-Sé a qué te refieres -dice Kaim asintiendo.

A juzgar por la ceremonia formal de la boda, es fácil imaginar la naturaleza muy conservadora de la zona, e igual de fácil imaginar que los parientes no veían con buenos ojos el ingreso de Myna dentro de la familia.

-Alex-dijo Kaim al joven.
-¿Si? -respondió el joven, aún mirando al cielo.
-Sabes que eres el único que puedes proteger a Myna.
-Lo sé, Kaim.
-Myna es una chica maravillosa.
-También lo sé, por supuesto.
Los tres eran buenos amigos, Kaim y Alex habían trabajado juntos descargando barcos en el mismo muelle, y también a menudo habían ido juntos al vecindario en el que Myna trabajaba en un puesto callejero. Incluso ahora Kaim conserva recuerdos agridulces de Alex y Myna luchando por comunicarse en sus respectivos idiomas.

-¿Sabes, Kaim? -le dijo Alex esa noche bajo el cielo-, creo que tú también lo sentías, pero Myna se veía menos atraída por mí que por…

Kaim le interrumpe.-Olvídalo -le dijo con una sonrisa de pena.

Obviamente, Kaim sabía lo que Myna sentía. Y si hubiera correspondido sus sentimientos, Alex y ella hoy no estarían casados.

Pero Kaim se contuvo. En cambio, animó a Alex a perseguir su amor por Myna y ayudó a que los dos se conocieran. No se arrepentía de haber actuado como un Cupido insólito para ellos. Destinado a continuar con su viaje interminable, Kaim no era capaz de amar a Myna.

Uno de los tíos de Alex salió de la casa, borracho.
-Eh, Alex, ¿qué haces aquí fuera -gruñó-. El novio no puede ausentarse de la recepción.
-Claro, enseguida voy -dijo Alex, girándose hacia su tío.
Kaim le tocó el hombro.
-Haz feliz a Myna, Alex.
-No te preocupes -respondió con una sonrisa.
-Vamos -dijo el tío-. Date prisa. Se supone que el novio tiene que estar allí sentado todo el rato. ¡Toda la familia está aquí y vamos a beber durante toda la noche!
Agarró la mano de Alex, pero cuando miró a Kaim, su dudosa sonrisa de amabilidad no pudo disfrazar un reflejo de desconfianza hacia los forasteros en los ojos.
Kaim estaba seguro de haber notado ese mismo reflejo, aunque quizás no abiertamente, en los ojos que se posaban sobre Myna.
Ese era el tipo de pueblo al que Myna había ido como novia.
-Será mejor que la hagas feliz, Alex -dijo de nuevo Kaim hacia su amigo mientras se alejaba-. ¡Cuento contigo!
Pero el tío ya tenía el brazo alrededor de los hombros de Alex, y ruidosamente monopolizaba la atención de su sobrino. Alex nunca oyó esas palabras de Kaim.

Tres meses después Alex fue a visitar a Kaim al trabajo en el muelle.

-Estoy en la ciudad en viaje de negocios, así que pensé en parar a decir hola -le anunció Alex. Pero, a juzgar por la evidente fatiga de la cara de su amigo, Kaim se hace buena idea de la verdadera razón de su venida.

Con la mayor naturalidad posible, Kaim preguntó: -¿Cómo está Myna?

Alex respondió con una débil sonrisa: -Después de la boda… han pasado cosas.

A Myna no la habían aceptado ni como miembro de la familia ni como vecina del pueblo.

Había demasiadas diferencias: en las costumbres cotidianas, en la cultura.
Pero lo que hacía a Myna demasiado diferente en el pequeño pueblo era el color marrón de su piel.

-Si al menos pudiera hablar con la gente. Myna hace todo lo posible por aprender el idioma, pero mi madre y los otros familiares no intentan aprender el de ella. No más de "buenos días" o "gracias". Insisten en que la nuera debe de hacer todo lo posible por adaptase.

Aun así, Myna se esforzaba por adaptarse a la familia y el pueblo de Alex. Era la primera en ir a los campos por la mañana, trabajaba sin descanso hasta que el sol se ponía y cosía hasta tarde. Intentaba

hablar con la gente en el dialecto local que Alex le había enseñado, utilizando gestos y el lenguaje
corporal, y se excusaba con profusión, con pobres sonrisas, siempre que no lograba comprender lo

que decían.

Kaim podía imaginar fácilmente a Myna haciendo todos estos esfuerzos, por lo que las noticias de Alex le resultaban más dolorosas.

-Deberías venir a visitarnos de vez en cuando, Kaim. A Myna le encantaría verte también. Kaim respondió vagamente asintiendo en silencio. Alex añadió: -Quiero que vengas y la alegres. Kaim no respondió nada.

-¿Qué pasa, Kaim? ¿Estás enfadado?
-No voy a ir a visitaros.
-¿Por qué no?
-Me prometiste que la harías feliz, ¿recuerdas? Acordamos que eras el único que podías hacerlo.
-Pero aún así…
-Lo siento, no tengo tiempo para esto. Tengo que cargar este barco antes del atardecer.

Con esta seca despedida, Kaim se giró y siguió trabajando. Alex le miraba fijamente desde detrás, frustrado y confuso. Kaim podía sentir la mirada de su amigo en la espada. Como podía sentirla, siguió trabajando sin volver la vista atrás.

Alex terminó por darse por vencido y se marchó.

Ninguno dijo palabras de despedida.

Un año después de la boda, Myna tuvo un niño.
El chico tenía la piel marrón como su madre.
Acababa de empezar a gatear cuando Alex visitó de nuevo a Kaim.
Se hablaba de divorcio, dijo Alex.

Nuestra relación no tiene nada de malo. Myna y yo nos queremos, eso es seguro. Pero mi madre y mis familiares dicen que no hay forma de que puedan aceptar a un niño de piel marrón como heredero de la familia. Supuestamente su existencia daña las perspectivas de matrimonio de mi hermano y hermanas menores. Así que quieren enviar al bebé con la familia de Myna. Han ido demasiado lejos…

Alex había perdido mucho peso. Obviamente vivía sufriendo cada día, atrapado entre "la familia" y Myna.

Nada de esto tenía sentido para Kaim.

Por más "atrapado" que Alex estuviera, siempre que se mantuviera firme en lo que era importante para él, solo podría haber una respuesta a las exigencias de la familia, y debería poder llegar a ella sin angustia ni confusión.

-Sé que eres fuerte -suspiró Alex, hablándole a la espalda de Kaim conforme este seguía levantando en silencio enormes y agotadoras cajas.

Aquí pagaban bien a los estibadores por manejar solos las cajas, cargas que normalmente se levantaban entre tres hombres. El sueldo diario se calculaba según el número de cajas que cada hombre levantaba, así que pedir ayuda suponía un recorte de la paga.

Por esta razón, Kaim y los otros nunca se quejaban ni pedían ayuda. Levantaban solos incluso las cargas más pesadas.

Alex también había sido así.
Si alguien de alrededor le preguntaba si necesitaba ayuda con algo, eso no hacía sino animarle más aún a hacerlo solo.
Declinaba la oferta amablemente y apretando los dientes levantaba una carga gigantesca.

Pero Alex ya no era así.

-Empiezo a pensar que, quizás, a largo plazo, atar a Myna a la vida del pueblo va a hacerla infeliz. Mis parientes dicen que mantendrán a Myna y al bebé. Así que no es como si la abandonara o la echara. Es solo eso, por el bien de ambos, empezar una nueva vida…

Tras apilar unas cajas en la cubierta, Kaim se volvió hacia Alex por primera vez. Lo miraba en el muelle.

-¿Y eso te parece bien?

-¿Cómo?

-Si estás convencido de que es lo correcto, entonces adelante y hazlo. Yo no tengo nada que ver con eso.

Kaim volvió al trabajo sin añadir nada más.
Los rasgos de Alex se crisparon por el impacto de las palabras de Kaim.
Su furia y frustración estaban al rojo vivo.

Alex no tenía ni idea de que Myna había estado escribiendo a Kaim desde poco después de la boda.

No decía una palabra de las penurias a las que se enfrentaba en la familia de su marido.

En cambio, siempre le detallaba lo feliz que era con su vida actual y repetía lo mucho que Alex la quería.

Las cartas siempre terminaban así con un "estoy segura de que tú también debes de llevar una vida feliz, Kaim".

Por eso las noticias de Alex sobre la situación en casa le habían llenado de una intensa furia y

frustración.
Nunca había respondido a las cartas de Myna.

Estaba seguro de que si le escribía, con palabras de ánimo o consuelo, o incluso siguiendo su juego de tristes mentiras, algo importante que a ella le daba apoyo espiritual se rompería en dos.

-Ven a ver al bebé, Kaim -le rogó Alex-. Myna estaría encantada si lo hicieras.
En lugar de responder a Alex, Kaim le gritó desde la cubierta:
-¿Ves esa caja de ahí? ¿Puedes levantarla?

La caja junto a Alex era del mismo tamaño y peso que la que Kaim acababa de cargar en el barco.

En los viejos tiempos, Alex no habría vacilado en subirla al barco, con cada músculo de su cuerpo sacudiéndole.

Sin embargo, Alex se limitó a lanzar una tímida mirada a Kaim y, sonriendo para ocultar su vergüenza, admitió no poder levantarla.

Kaim no dijo nada más.

Sentía con fuerza que su larga amistad había terminado, pero de hecho, para Kaim, cuya vida continuaría por toda la eternidad, tan solo había sido un conocido momentáneo.

Desde entonces Kaim ha seguido su viaje interminable.

De vez en cuando vuelve a pensar en los días pasados.

Tanto Alex como Myna hace mucho que pasaron a ser parte de los recuerdos lejanos, la clase de recuerdos que resurgen con una profunda sensación de amargura.
Y ahí están hasta hoy día.

Alex hizo su tercer viaje para ver a Kaim un año después de que el bebé naciera. Su demacrado cuerpo era una mera sombra de lo que era; miraba ausente a Kaim y su voz carecía de toda entonación al anunciar la muerte de Myna.

Se había suicidado.

-Se colgó en el granero…

Kaim estaba sorprendido de su propia indiferencia ante las palabras de Alex.

Las cartas de Myna habían dejado de llegar hacía varios meses, bien porque ya no tuviera que contar esas pequeñas y tristes mentiras sobre su integración en la familia y en el pueblo de Alex, bien porque ya no tuviera fuerzas para seguir inventándolas. De hecho Kaim comprendía ahora que se trataba de lo segundo.

-Hasta el final, no pudo hacer que nadie la aceptara: mi madre, mi familia, el pueblo -dijo Alex llorando-. Estuvo completamente sola, hasta el final...

Sin decir palabra, Kaim golpeó a Alex en la cara.

Alex parecía saber y aceptar el hecho de que el puñetazo iba a llegar. No hizo nada para resistirse o defenderse. El puño le dio de lleno y lo tumbó en la carretera.

-¿Por qué? -Kaim exigía respuestas-. ¿Por qué has dicho que estaba completamente sola? Cuando Alex se puso de pie, le golpeó otra vez en la cara.

Alex comenzó a toser violenta e incontrolablemente, y cuando escupió sangre, un trozo de diente salió también de su boca.

Kaim sabía muy bien que Alex también había estado sufriendo, que había entablado una lucha desesperada por debatirse entre "la familia" y su "esposa". De lo contrario, el musculoso joven que solía ser nunca se habría consumido tan dramáticamente.

Sin embargo, a pesar de saber esto, no podía perdonarlo.

Él se lo había prometido. Le había dado su palabra. Que haría feliz a Myna. Que la protegería. Kaim nunca podría perdonar a Alex por no cumplir su juramento.

Alex se puso de pie, limpiándose la sangre con el dorso de la mano. -Sé que eres fuerte -le dijo a Kaim como la vez anterior, mas esta vez sus palabras adquirieron un tono mucho más triste-.

Pero deja que te diga algo, Kaim. Mi madre, mi familia y los demás... no están tan equivocados, en el fondo. Para vivir en paz y tranquilidad en el campo, tienes que seguir las reglas especiales del campo. Resulta que una de esas reglas era no aceptar a una "novia" como Myna. Nací y crecí en ese pueblo, conozco las reglas del pueblo, las conozco demasiado bien, por eso he estado sufriendo tanto todos estos meses. Supongo que soy un debilucho. A tus ojos, probablemente sea tan débil que querrías escupirme. Así que... ¡ríete de mí! ¡Pégame! ¡Despréciame si quieres! ¡Vamos, pégame otra vez!

Alex le enseñó la cara a Kaim para recibir más castigo, y este le lanzó otro puñetazo que aterrizó de

pleno en su nariz, y puede que la rompiera.
Alex cayó de rodillas. La sangre que le chorreaba de la nariz era más negra que la sangre de la boca. Alex miró a Kaim con una sonrisa de desdén hacia sí mismo.

-Myna debería haber estado contigo. Eso es lo que creo. Si se hubiera casado contigo y no con un debilucho como yo, aún estaría viva.

Con un grito ahogado sin palabras, Kaim embistió a Alex, agarrándolo del cuello y alzándolo sobre sus pies.

Otro puñetazo.

Y otro.

Kaim no pensaba dejar de golpear a Alex.

Aunque ahora, con la mano de Kaim asiendo su camisa, Alex miró de frente a su amigo por primera vez desde que vino al muelle.

-¿Por qué nunca respondiste a las cartas de Myna? Eso es todo lo que ella esperaba, una carta tuya. Así que lo sabía, Alex lo sabía todo.

-El campo es terrible. Cualquiera que lo desee puede averiguar quién escribió cartas y quién las recibió. Todos allí son como una familia; todos menos Myna, claro.

Si Alex hubiera querido, podría haber destruido las cartas de Myna fácilmente. Entonces ninguna desus pequeñas y tristes mentiras habrían llegado hasta Kaim.
Pero en cambio, Alex había leído las cartas, había vuelto a sellar los sobres, y se las había mandado a Kaim una tras otra. Había interiorizado las triste y pequeñas mentiras de Myna y empezó a desear que Kaim respondiera ante ella.

Kaim detuvo el puño en el aire y preguntó: -¿Cómo iba a responderle?

-¿Por qué no? -explicó Alex-. Sabías lo atrapada que se sentía. Tenías que saber cuánto ánimo le habría dado una palabra tuya.

-Pero tú eras su marido.
-Sí, es cierto, pero tú siempre fuiste el que estuviste en lo más hondo de su corazón. Yo lo sabía, y por eso, solo había una cosa que podía hacer.

¡No, no puede ser!

Atónito, Kaim bajó el puño conforme Alex se lo confesaba:-Yo le escribía.

Fingía ser tú, y le escribía una carta tras otra. "Sé fuerte", le decía, "mantén los ánimos", "iré a verte pronto". Tú eres demasiado fuerte, Kaim, así que no entiendes los sentimientos de la gente débil. Pero yo no tengo ese problema: soy débil. Entiendo cómo se sentía una debilucha como Myna.

Alex lloraba, con la sangre corriéndole de la nariz y la boca.

-Hay algo que no sé, Kaim. No sé si Myna creía de verdad que las cartas eran tuyas, o si sabía que lo hacía yo y fingía creerlo. Me lo pregunto. ¿Acaso la vida en el pueblo era tan dolorosa para ella que no podía seguir viviendo sin fingir que creía?

Kaim no trató de responder a la pregunta de Alex.
Lentamente dejó escapar la fuerza de su puño cerrado y soltó la camisa de Alex.

Alex se alejó un paso de él, después dio otro paso, poniendo distancia entre ellos antes de su revelación final.

-Hubo una carta, solo una, que no te envié. Fue hace tres meses.

Fue la primera carta en la que Myna te pedía ayuda. Decía que quería escapar y te pedía que fueras a salvarla. Tan pronto como fuera posible. A rescatarla a ella y al bebé.

Alex tiró esa carta.

Haciéndose pasar por Kaim, le escribió una respuesta de dos palabras: "sé fuerte".
El día después de leer la carta de Alex, Myna se colgó en el granero.

Kaim se quedó clavado en el sitio, alicaído.

Esto lo dejó indefenso por el momento.

Alex le lanzó un puñetazo al plexo solar, aunque su débil golpe apenas podía llamarse "puñetazo".

El dolor infligido puede que fuera mayor para el puño de Alex que para los músculos en perfecta forma de Kaim.
-¡Qué idiota fui! ¡"Sé fuerte"! Tales palabras podrían haber significado algo para alguien como tú, pero cargar a una persona débil como Myna con ellas… No, solo podían hacerla añicos y hundirla.

Alex volvió a sonreír con pena y desprecio ofreciéndole la cara a Kaim.

-¡Pégame entonces! ¡No me importa en absoluto! ¡Pégame todo lo que quieras! ¡Dame una paliza! Pero deja que te pregunte algo, Kaim. Si te hubiera enviado esa última carta, ¿habrías respondido por fín? ¿Habrías podido aceptar a Myna en toda su debilidad?

Kaim no supo responder a esa pregunta. Tampoco volvió a levantar el puño cerrado contra Alex.

Así terminó la historia de Kaim y Alex.

Alex se dio media vuelta y se marchó, pero Kaim no podía llamarlo. Simplemente se quedó allí,

carente de toda emoción, viendo cómo se iba.
Sin embargo, Alex se volvió hacia Kaim una vez más cuando hubo bastante distancia entre ellos para que Kaim apenas oyera su voz.

-Ten una cosa por segura, Kaim -gritó-. ¡Voy a criar a mi hijo!
¡Lo convertiré en un hombre de mi pueblo! Puede que haya sido débil como marido, pero lo haré mejor como padre. Lo haré feliz.

Kaim respondió con un silencioso asentimiento. Alex permitió que un indicio de sonrisa asomara en su cara terriblemente magullada. Después se giró una vez más y se alejó a grandes pasos.

Kaim nunca volvió a verlo.

De vez en cuando, Kaim se acuerda de Alex y Myna al continuar su interminable viaje. Cuando vuelve a pensar en cómo era él mismo en esos días, queriendo solo ser fuerte en todo, el recuerdo es amargo.

Si hubiera sido la persona que es hoy…

El Kaim de ahora no habría rechazado tales debilidades humanas. Ahora puede aceptar el hecho, a veces con una sonrisa dolida, a veces con verdadero dolor de corazón, de que todo el mundo es débil.

¡Ojalá pudiera comenzar de nuevo su viaje!
Myna no hubiera tenido que morir.

Pero eso es solo un sueño imposible.

Los conoció solo una vez, se han ido para siempre; los mortales, los humanos, los que no tienen vida eterna. Eso es lo que les hace apreciarlos aún más. Eso es lo que hace que su pecho arda por ellos.

Consciente de que ha fracasado en amar la debilidad humana durante sus batallas y andanzas, Kaim dirige sus pasos hacia el antiguo pueblo de Alex.

Alex lleva mucho tiempo muerto.

Pero los descendientes de Alex son fáciles de diferenciar. Tienen la piel marrón.

Jóvenes de piel marrón son los que se encargan de las fiestas del pueblo.

Viejas mujeres de piel marrón enseñan a las chicas a hacer adornos florales.

Niños de piel marrón y aquellos que no la tienen igual juegan juntos inocentemente, despreocupados.

Quizás esto pueda suponer un pequeño epílogo para la historia de Alex, Kaim y Myna.

Las tumbas de Alex y Myna yacen juntas encima de una colina baja barricada por el viento. Kaim recoge flores del campo y las ofrece en las tumbas de la desdichada pareja antes de volver a la carretera.

¿Qué es la fuerza humana, después de todo?

Kaim aún no conoce la respuesta a esa pregunta.

Y por eso hoy de nuevo su viaje debe continuar.

Fin

Una granja se extiende ante él sobre una colina, Kaim cosecha verduras, empuñando su azada con profunda concentración.
El cielo de esta tarde de otoño es de un color rojo oscuro.

La campana vespertina

-Quizás deberíamos dar el día por terminado -dice la robusta granjera mientras coloca un puñado de verduras en una cesta.

Kaim asiente y se limpia el sudor de la frente.

-Eres de gran ayuda -dice la mujer-. Mira todo lo que hemos sacado.

Kaim responde al halago con un ligero asentimiento.

-¿Sigues sin recordar de dónde vienes? -pregunta.

-Me temo que no…

-Bueno, mientras trabajes aquí -dice riéndose-, por mí como si vienes de la luna.

-En serio, Kaim, ¿qué harás cuando termine la cosecha?

-Aún no lo sé, no lo he decidido.

-También en invierno hay mucho trabajo que hacer por aquí -dice ella-. No me importaría que quisieras quedarte un poco más…

-Gracias -dice Kaim.

Es una mujer agradable y trabajadora.

Cuando se preparan para marcharse, una pequeña campana comienza a sonar.

Aún es un poco pronto para la campana vespertina de la iglesia.

Kaim echa un vistazo a la carretera colina abajo. Avanza por ella un cortejo fúnebre en el que los dolientes rodean una carreta que lleva un ataúd.

La mujer pone la azada en el suelo, se quita el pañuelo de la cabeza y junta las manos. Kaim escudriña las colinas para ver que todos los labriegos de los campos vecinos hacen lo mismo: juntan las manos, agachan la cabeza y cierran los ojos en dirección al funeral que pasa.

Kaim sigue su ejemplo.

El anciano que abre el cortejo fúnebre balancea una pequeña campana.

Su tañido resuena entre las colinas.

Los dolientes pasan en silencio. Las mujeres con velos negros, los hombres con abrigos negros, las cabezas agachadas.

Los niños en la parte posterior se dan codazos en broma, inconscientes del significado de la muerte.

Cuando el funeral pasa, la mujer levanta la cabeza y parpadea con los ojos húmedos.

-El que ha fallecido va a casa -dice.
-¿A casa? -pregunta Kaim, algo extrañado.

-A casa… a la tierra… al cielo… al mar. Como todos los seres vivos.

Kaim asiente con un silencioso reconocimiento. ¿Cuántas muertes ha visto en su interminable y larga vida?

Toda esa gente deja este mundo nuestro y nunca volvemos a verlos. En ese sentido, la muerte es un acontecimiento infinitamente triste. Aunque, si pensamos que al morir vuelven a sus hogares en otra parte, una especie de consuelo e incluso alegría se mezcla con la tristeza.

Pero Kaim, que no puede envejecer ni morir, nunca irá a casa.

La mujer recoge un puñado de tierra y dice con un profundo sentimiento:
-Muchas vidas son parte de esta tierra: las vidas de criaturas diminutas que no podemos ver, la vida de la hierba marchita… Si lo piensas así, muchas vidas crean estas verduras para nosotros.

-Entiendo…

-¿Puedo pedirte un favor, Kaim?

-Por supuesto…

-Si muero mientras trabajas aquí, ¿esparcirías mis cenizas por este campo por mí? Con un puñado bastaría.

Kaim no tiene palabras. Se esfuerza por sonreír.

Sin su marido, ya fallecido, y con sus hijos lejos de casa, la mujer vive sola en la granja.

Kaim sabe que si sigue trabajando allí, le guste o no, con el tiempo tendrá que velar por la mujer en su lecho de muerte, incluso si muriera dentro de cien o doscientos años.

La campana de la iglesia suena para anunciar el final de la jornada.

La mujer junta las manos delante de ella como hizo cuando pasó el funeral.

-Se me ha permitido acabar un día más a salvo. Por esto doy gracias de corazón. Que mañana sea otro próspero día para mí…

Al rezar, su voz resuena con energía en el pecho de Kaim. Le ocurre cada vez que oye la campana

vespertina de la iglesia: se convence de que no pertenece a este lugar.
-Señora -dice a la mujer después de que el último repique suene.

-¿Si?

-¿Acaso la gente no da gracias por cada día a salvo y reza para tener buena suerte al día siguiente porque sabe que su vida acabará?

-¿Qué ocurre, Kaim?

-Me marcharé del pueblo cuando acabe la cosecha.

-¿Por qué así, de repente..? ¿Qué ha sucedido?

-No tengo derecho a vivir aquí -dice.

Kaim levanta la cesta de verduras con ambos brazos mientras ignora la estupefacción de la mujer.

Echa otra larga mirada al atardecer.

-¿Adonde irás si te marchas, Kaim?

-No lo sé. A cualquier parte.

-¿Vas a seguir vagando así?

-No tengo un hogar al que volver -dice Kaim.

Con la cesta sobre sus hombros, comienza a bajar la colina.

Su espalda brilla al rojo del ocaso.

Fin

Siempre lleva ropas de luto con ella.

De ese modo, puede empezar un retrato en cuanto se lo solicitan.

Y así ha ocurrido hoy.

Después de ponerse el vestido de luto en la cabaña del muelle, sube a bordo del ferry que va río abajo. Tiene las manos ocupadas: en una lleva el maletín con sus herramientas de pintar y en la otra la bolsa para su vestido de luto.

Ha oído que un hombre rico se está muriendo en una ciudad a veinte kilómetros río abajo.

La retratista de muertos

Se llama Rosa.

-Es una carrera contra el tiempo -dice con una lúgubre sonrisa. -Tengo que empezar lo antes posible, antes de que la cara cambie.

-¿Cómo cambia? -pregunta Kaim.
-Es difícil de explicar.
Hay una tensión cada vez más profunda en la sonrisa de Rosa.

-Pero lo reconozco cuando lo veo, cuando la persona pasa de "este lado" al "otro lado". Cuando se marchan, no puedo pintarlos, al menos no de la forma en que le gustaría a la familia. Es simplemente imposible.

Rosa es retratista de muertos profesional.

La costumbre de conservar máscaras mortuorias se practica mucho en esta zona. Las familias demasiado pobres para pagar a un artista untan la cara del recién fallecido con tinte y aplican un trapo contra ella para conservar la expresión del ser querido en su lecho de muerte. Algunas familias hacen máscaras mortuorias con yeso. Solo las familias más ricas pueden contratar a una profesional como Rosa. Merodeando por el fondo de la muerte de una persona se pueden presenciar muchas disputas.

He oído discutir por la herencia a mis espaldas incluso mientras estaba sentada haciendo bocetos del muerto. Una viuda mostró un retrato mío de su marido a un tribunal para demostrar que lo habían envenenado. En otra ocasión, los usureros esperaron a que el hombre muriera e irrumpieron en su casa. Un marido intentó escupir a la cara de su mujer en cuanto ésta pasó a mejor vida. Al parecer, ella le había sido infiel durante años.

Rosa cuenta sus historias con total indiferencia. No muestra emoción alguna.

Dice que eso es indispensable para ser un retratista de muertos destacado.

-Tienes que abrir tu cuaderno de bocetos y poner los pinceles a funcionar con los miembros de la afligida familia delante, dominados por la pena.
No hay forma de hacer un buen retrato si te pones sentimental o dejas que te inunden las emociones de la otra gente de la casa.

Kaim asiente en silencio.

Su única conexión con la mujer es haber subido al mismo barco y haberse sentado en la misma mesa de café en la cubierta. Solo han pasado unos minutos desde que ella empezó a ofrecerle sus historias, pero eso es todo lo que Kaim necesita para percibir el atisbo de nihilismo que acecha en sus bellos rasgos.

-Los artistas respetables desprecian a los pintores como yo.
-¿Y eso qué?
-Bueno, la mitad de ellos nos acusa de ganarnos la vida con la muerte de la gente. La otra mitad nos desprecia porque lo que hacemos no nos afecta. Lo comprendo. Quiero decir, las emociones elevan todas las artes, ya sea pintura, escultura música o literatura. Nosotros no tenemos emociones así: tan solo somos artesanos.

Rosa habla sin un atisbo de orgullo o burla.
Su tono sugiere que tan solo presenta lo obvio de una manera obvia.

Kaim toma un sorbo de su whisky de centeno y Rosa bebe de su té de pétalos de rosa.

El barco sigue su camino río abajo sin prisas.

Es primavera.

El río va crecido por la nieve derretida y unos pájaros de agua blancos se han posado sobre la superficie.

-Qué raro -dice Rosa con una risita-, cuando te vi por primera vez, pensé que tú y yo compartíamos la misma profesión. Por eso me decidí a hablarte...

Kaim sonríe de forma forzada. No tiene ni idea de pintura y está seguro de que no hay nada en su aspecto que haga que le confundan con un artista.
Aunque bien podría ser que Rosa haya reconocido un nihilismo como el suyo en el perfil de este hombre solitario que bebe whisky en la tarde.
O que de nuevo, haya percibido la sombra del "otro lado" pegada con fuerza a la espalda de Kaim.

Hasta hace unos días. Kaim estaba en un campo de batalla.

Allí fue testigo de la matanza de muchos enemigos y aliados.

Pero nada le afectó.

La juventud hacía mucho que había desaparecido en él.

Aunque en apariencia no ha cambiado, Kaim ha vivido varios siglos.

Rosa dice que tiene alrededor de treinta y cinco años y que hace diez que se hizo retratista de muertos, lo que aparentemente la coloca cerca del principio de su carrera.

-Si no te importa -añade-, me gustaría hablar contigo algunas cosas más.

Cuando Kaim asiente conforme en silencio, Rosa le da las gracias y le ofrece su primera sonrisa de corazón de aquel día.

Los retratistas de muertos nunca están presentes mientras el sujeto muere. El mismo hecho de que se llame a uno de estos profesionales significa que la muerte de la persona es inminente. Y su presencia se ve como un mal agüero o incluso como una profanación.

Un miembro de la familia o un amigo que ha estado junto al lecho se atreve a mencionar el tema con tranquilidad en otra habitación.

-¿No creéis que es hora de llamar a un retratista?

La respuesta, ya sea "es demasiado pronto para eso" o "puede que tengas razón", se pronuncia en tono comedido.

Presentando a la familia mediante la iglesia, el retratista nunca entra en la casa por la puerta delantera. En su lugar, lo hace por la parte de atrás y espera en una habitación en la que el sol no puede entrar. Allí, el pintor se pone la ropa de luto y espera que anuncien la muerte.

Al final, a un golpe silencioso en la puerta le sigue una llamada para que aparezca, y el pintor vestido de luto comienza a trabajar.

Por supuesto, no todas las muertes ocurren al final de largas vidas. Demasiado a menudo el pintor debe retratar la cara de alguien que ha muerto joven de enfermedad o en un accidente.

La cara que surge del cuaderno de bocetos del artista irradia la delicada vivacidad de alguien que acaba de cruzar la frontera que separa la vida de la muerte, alguien que unos momentos antes pasaba de "este mundo" al "otro".

El trabajo que se presenta a la familia es una pintura al óleo hecha a partir del boceto, pero Rosa cree que el boceto mismo es el auténtico retrato del muerto.

-No hay nada como la atmósfera de una habitación en la que acaba de morir alguien. ¿Cómo explicarlo? Es como si el fluir del tiempo se parara, o que el propio tiempo desapareciera en el aire... El sonido del llanto y los sollozos podrían durar para siempre, el único movimiento del tiempo es el modo en el que la cara del muerto aparece poco a poco en la página en blanco del cuaderno de bocetos.
Ella le pasa el grueso del cuaderno de bocetos.

-Mira -dice enseñándole un sinfín de caras muertas.-Esto vale por dos años.

Muchas de las caras están en paz, pero otras están cargadas de agonía, y todas sin excepción poseen

una presencia misteriosa. Son inequívocamente distintas de los rostros de personas dormidas. Sin embargo, ninguna parece realmente muerta. Parece como si fueran a abrir los ojos en cualquier momento o fueran a deshacerse en ceniza fácilmente.

Tanto hombres como mujeres se ciernen al borde de la muerte.

-Si el cuerpo se enfría, es demasiado tarde. También es demasiado tarde si la familia ha comenzado los preparativos para el funeral. La partida se gana o se pierde en esos pocos minutos que siguen a la misma muerte. Solo queda empezar a hacer bocetos lo más rápido y eficazmente como sea posible.

Con una dolorosa sonrisa, Rosa añade:- Sin embargo, a los ojos de la familia soy una mujer si corazón.

Kaim pasa las páginas del cuaderno de bocetos sin decir nada.

A él le gustaría decirle que es igual en el campo de batalla. Allí, nadie tiene tiempo de llorar la muerte de un soldado. Si te entretienes derramando lágrimas en lugar de hacer lo siguiente que tengas que hacer, acabas siendo uno de esos a los que obligan a viajar al otro mundo.

El último boceto del cuaderno está sin terminar: es la cara de una niña pequeña.

El contorno general del pelo y la cara están esbozados, nada más.

Kaim mira de manera inquisitiva a Rosa.

-Mi hija -dice en voz baja.

-¿Pero por qué…?

-Un retratista de muertos alcanza la madurez total en la profesión cuando es capaz de pintar a un miembro de su propia familia. Lo cual tiene sentido. Porque, ¿de qué sirve ser fríamente objetivo con la muerte de un extraño pero no con la muerte de un miembro de tu propia familia?

Su hija murió hace dos años; los breves tres años de vida de la niña terminaron de repente con una terrible gripe que rondaba aquella época.

-Agarré sus manos hasta casi el momento en el que murió -dice Rosa-. Yo lloraba, repetía su nombre y le rogaba que se quedara conmigo, que no muriera.

Pero después de que el médico la mirara e hiciera un gesto de impotencia con la cabeza, Rosa soltó las manos de su hija y abrió el cuaderno de bocetos. Tras secarse las lágrimas, cogió un lápiz e

intentó esbozar la cara de su hija.

-Pero no pude hacerlo. Las lágrimas seguían cayendo por mucho que me las secara. Sencillamente no podía trabajar.

Kaim volvió de nuevo la vista al boceto inacabado.

Algunas zonas del papel blanco estaban onduladas; quizás fuera donde las lágrimas de Rosa habían caído.

-Creo que no tengo lo necesario para ser retratista de muertos -dice con una sonrisa mientras mira al río-. Pero aun así… Si tuviera que elegir una obra de arte como legado, sería esta.

La sirena de vapor resuena.

Asustados, los pájaros del río levantan el vuelo como una gran masa.
Kaim cierra el cuaderno de bocetos y se lo devuelve a Rosa.

Medita si alabar la calidad de sus dibujos, pero opta por callar. Cree que tal alabanza podría ser una señal de falta de respeto hacia su trabajo, hacia Rosa misma y hacia su hija muerta.

-No pretendía darte una charla así -dice-. Lo siento.

Se pone de pie y mira a Kaim una vez más.

-Aunque en realidad, sí que pareces de mi gremio.

Kaim sonríe de forma forzada y menea la cabeza.

-Lo siento, no debería haber dicho esto -responde ella con otra sonrisa forzada-.
Y probablemente no te va a gustar que diga esto tampoco, pero si alguna vez necesitas una retratista de muertos, piensa en mí.

-No me hará falta -dice Kaim-. No tengo familia.

-¿No tienes familia? Bueno, entonces cuando llegue tu momento…

Con una risita, Rosa se pone en pie y se marcha. Su mano derecha sostiene el maletín con los útiles de pintura, la izquierda la bolsa con las ropas de luto.

Por desgracia, Kaim nunca necesitará sus servicios. Aún no puede irse al "otro" mundo.

¿Con cuántas muertes deberá toparse en el largo transcurso de su vida?

La sirena de vapor suena de nuevo.

Poco a poco el barco aminora la velocidad y se orienta hacia la orilla del río.

Se acerca al embarcadero.

Cuando abandona el barco, su viaje comienza de nuevo.

Será un viaje largo.

El siguiente campo de batalla está lejos, más allá de las montañas que se ven en la distancia.

Fin

Sucedió hace mucho mucho tiempo.

En una pequeña isla, ya desaparecida, tenían una costumbre.

A los muertos los despedían con un canto, una elegía.

La isla de la elegía

Tales cantos se recitaban sin cesar cuando la persona quedaba postrada en el lecho de muerte, durante el funeral y hasta el final del entierro.

Las elegías se recitaban por muchas razones: para aliviar la pena de la familia, para recordar el legado de los difuntos, para apaciguar el alma de alguien que murió en circunstancias adversas, para celebrar que alguien llegara a viejo o para expresar la rabia por una muerte injusta.

No había melodías ni letras determinadas. Al parecer, los cantos no incluían ningún tipo de verso.

-No se ha salvado ningún documento, así que lo único que podemos hacer es recoger información oral -dice con resignación la arqueóloga mientras mira la isla desde la cubierta del barco.

Los habitantes de la isla no utilizaban ningún sistema de escritura, por lo que no dejaron constancia de su existencia.

-Ojalá pudiéramos hablar con algún superviviente, pero no queda ninguno.
Asesinaron a todos los habitantes.

La arqueóloga del equipo de investigación es una mujer de veintitantos años. Su país es el que arrasó la isla. Sucedió cuando sus antepasados, siete generaciones atrás, conformaban aún un pueblo joven.

-Detesto hablar pestes de mi propio país -comenta con un encogimiento de hombros- pero la verdad es que se excedieron.

"Se excedieron" no es ninguna exageración.

Su país se enorgullecía de su potencial militar. Dominar la islita debió de suponerle la misma dificultad que retorcerle el brazo a un niño.

Así y todo, su país consideraba que debía oprimir a sus vecinos. A los líderes esto les preocupaba más que la propia isla cuando iniciaron el ataque.

Invadirla fue pan comido. Incendiaron de extremo a extremo.

Hasta el último de los habitantes, tanto recién nacidos como ancianos moribundos, fue asesinado sin piedad.

-Aunque me extraña -dice la joven con una sonrisa apagada- que apenas queden registros de aquellos días, ni siquiera en nuestro propio país.

Supongo que lo que hicieron fue tan espantoso que no querían que sus descendientes lo supieran.

Al oír el comentario, algunos de los eruditos veteranos que viajaban a bordo carraspean, lo que le

hace cerrar la boca.

-Lo siento-susurra-, no sois mucho mayores que yo, así que quizá no os apetezca oírme hablar de esto…

-A mí sí.

-¿Qué interés puede tener un marinero como tú por un tema de estudio tan aburrido?
Kaim se limita a menear la cabeza en silencio.

De pronto las cosas se ponen feas en el barco. Se están acercando a la isla y han entrado en una zona de canales intrincados que pondrán a prueba la maestría de la tripulación.

El contramaestre llama a Kaim.

-Oh, lo siento -dice la muchacha-. No debería robarte tu tiempo. Tienes otras cosas que hacer…

Pese a la disculpa, la parlanchina joven arqueóloga le pregunta:

-¿Te importa si te hago una última pregunta?
-Faltaría más -contesta Kaim deteniéndose en seco.

La chica mira alrededor para cerciorarse de que nadie le escucha y susurra:

-Seguro que es la primera vez que guías a un grupo de investigadores.

-Pues sí.

-¿Y es la primera vez que viajas a esta isla?

-Así es…

-Entonces no conocerás las historias escalofriantes que cuentan sobre este lugar, como que los eruditos que ponen los pies en ella quedan malditos. Dicen que enferman mientras estudian el terreno o que pierden la cabeza al regresar a casa. Tengo entendido que algunos incluso se suicidan.

-Hablas de tiempos pasados, ¿verdad?

-Sí. Este es el primer viaje de investigación en cincuenta años.

Hasta entonces siempre que enviaban un grupo, uno o dos de los miembros sufrían la maldición.

Por eso el estudio lleva tanto tiempo detenido.
Así que estoy un poco asustada…

La joven disimula un escalofrío.
-Me preguntaba si podrías enseñarme algún conjuro para volver sana y salva.

Kaim se asoma a sus ojos para ver quién hay al otro lado.

-No te va a pasar nada -le asegura.

-¿Tú crees?

-No me cabe la menor duda.

La muchacha lo mira incrédula.

-Pero si oyes un canto -añade-, tararéalo.

-¿A qué te refieres? -pregunta la erudita, cada vez más nerviosa, pero Kaim no le dice nada más.

-¡Date prisa! -le grita el contramaestre a Kaim, que corre hacia su puesto.

Ha tenido que contarle una mentira piadosa a la joven.

Esta no es la primera vez que se desplaza a la isla.

Ya la ha visitado en anteriores ocasiones.

El primero de tales viajes tuvo lugar hace mucho, mucho tiempo.

Como dijo la arqueóloga, las elegías de la isla no tenían melodías ni letras determinadas. Nacían sobre la marcha y jamás se repetían.

Cada muerte merecía su propio canto.

Además, los dolientes nunca acordaban el tema de la composición antes de empezar a recitarla. Primero cada uno entonaba su propia canción para expresar lo que sentía por el difunto y después se unían los distintos cantos en uno solo, sin que ninguna voz destacara sobre las demás.

Por supuesto, los habituales de la isla, que no conocían la escritura, no empleaban ningún tipo de notación musical. Tampoco tocaban ningún instrumento. Cada doliente, inspirado por la pérdida del ser querido, canalizaba la esperanza de un último viaje en paz hasta dar forma a la canción.

Kaim visitó esta isla por primera vez cuando se encontraba en tiempos de paz, es decir, hace siglos.

Llegó justo cuando había muerto uno de los ancianos de la isla.
Se cantó la misma elegía a todas horas durante tres días. La canción de los isleños, que estremecía la oscuridad y se alzaba hasta el cielo límpido y azul, lo hizo sentirse pleno, a él, un hombre por el que nadie entonaría jamás una elegía.

¡Y que una isla así hubiera sido reducida a cenizas!

Los habitantes huyeron en todas direcciones pero los asesinaron uno a uno.
Aquel baño de sangre puso fin a todo.
Kaim sabe las atrocidades que se cometieron durante la matanza, salvajadas que no se permitió conocer a la generación de la joven arqueóloga.

De haberlo querido, el país de la muchacha podría haber tomado el control de la isla en una sola noche, pero en lugar de eso abusó de su superioridad militar para, a lo largo de varios días, ir dando caza hasta al último de los habitantes, como si quisiera rellenar poco a poco los espacios en blanco de un libro para colorear.

Las elegías inundaron la isla.

Al principio, cuando todavía los vivos eran más numerosos que los muertos, los cantos elegíacos retumbaban por todo el peñón.

Sin embargo, a medida que fueron transcurriendo los días, y el número de muertos fue superando al de los vivos, los cantos comenzaron a extinguirse.

Hacia el final de la batalla, los pocos isleños de la isla, que habían permanecido arrinconados en el extremo norte de la isla, se refugiaron en una gran cueva.

Allí esperaron su suerte.

Lo único que podían hacer era rezar por que se les permitiera morir en relativa paz.
No obstante, los invasores se negaron a concederles esta última voluntad.

El ejército del país de la arqueóloga optó por la crueldad extrema.
Entró en la cueva con todas las armas de las que disponía para sacar y asesinar a un isleño cada jornada.

Hoy asesinaban a un anciano.

Mañana mataban a un muchacho.

Al día siguiente torturaban hasta la muerte a una madre con su hijo en brazos y al otro ejecutaban al pequeño.

Las elegías resonaban sin cesar.

Los ecos de los cantos que salían de la cueva llegaron a los oídos de los soldados encargados del exterminio.

Aquellos que tenían un corazón noble iban derrumbándose uno a uno o enloqueciendo y abandonando el frente.

La canción era la única arma de los isleños, que no podían luchar de otra manera.

Continuaron cantando a pesar del hambre, la sed y el miedo.
El comandante de la tropa de represión de insurgentes ordenó a sus hombres que cegaran la entrada de la cueva. Pensó que si enterraban vivos a los habitantes, ya no tendrían que soportar los cantos.

Pero pese a todo, seguían oyendo las elegías amortiguadas.
Los coros continuaban, un día tras otro.

Se seguían oyendo tanto si llovía como si hacía sol, lo mismo de día que de noche, solo que ahora con pausas, lo que aumentaba poco a poco la duración.

Los cantos dejaron de ser una elegía por una sola persona y se convirtieron en una canción impregnada por la pena de todas las cosas vivas de la isla.
Al final de la estación, cesó el último canto.

El ejército abandonó la isla.

No quedó ningún registro de aquellas operaciones militares.

Nadie se marchó a vivir a la isla nunca más.

El primer grupo de investigación enviado en cincuenta años solo encuentra dificultades.

Casi a diario, el buque que permanece anclado en las inmediaciones de la costa recibe a un nuevo enfermo.

Todos los investigadores gimen de dolor y se tapan los oídos.

La situación es la misma que cuando se prohibió explorar la isla.

Kaim sabe muy bien lo que ocurre.

La brisa marina que peina la isla suena como una canción.

Las ramas que se mecen en el bosque suenan como una canción.

El trino de los pájaros suena como una canción.

El murmullo de un arroyo suena como una canción.

Los pasos sobre las hojas caídas suenan como una canción.

El susurro de las olas que vienen y van suena como una canción.

La elegía por la isla, que antes los habitantes cantaban con todo su ser, ahora la entona el propio peñón.

-Por favor, basta, te lo ruego, ya no más...
-balbucean los eruditos en su delirio, sin destaparse nunca los oídos.
-No sé qué ocurrió. Fueron nuestros ancestros, no nosotros.

Los suplicantes estudiosos sienten la rabia y el dolor que inflaman la incesante elegía.

Lo que dicen es verdad: no es culpa suya.

Sin embargo, nadie les habló nunca de lo que ocurrió aquí en el pasado.

A veces la ignorancia es un pecado capital.

Deberían destaparse los oídos y escuchar bien.
Es lo que siempre ha hecho Kaim.
La elegía que canta la isla no es solo una lluvia de odio y rabia que les empapa el alma.
La isla no pretende torturar a una generación inocente.
En lugar de taparse los oídos, deberían escuchar.
Si lo hacen, recibirán el mensaje. Pues la isla les dice: "debéis saber la verdad. Debéis saber lo que ocurrió aquí hace tanto tiempo".

La investigación termina mucho antes de lo planeado.
La mayoría de los eruditos, desquiciados, han regresado al barco y a los más enfermos se les ha enviado a casa. Ya no es posible continuar el trabajo.

La joven arqueóloga que pidió ayuda a Kaim durante el viaje de ida es una de los pocos que han resistido hasta el final.

-Gracias a ti -le dice.

En cuanto saltó del bote a bordo del barco, vio a Kaim en cubierta y corrió hacia él. Parece agotada pero sin duda su cansancio no es tanto físico como mental.

Aun así, su mirada conserva el brillo de una voluntad inquebrantable.
-¿Has oído el canto? -le pregunta.

-Sí -contesta la muchacha, que afirma con la cabeza y mira hacia la isla -. ¡Es tan triste!

Kaim lo sabía: la joven ha logrado abrir su corazón a la tristeza.
-¿Lo has tarareado?

-Sí, también, en parte porque me lo aconsejaste, aunque me salió de una forma bastante natural.

Kaim asiente con la cabeza y le sonríe.
-Puede que averigüe cosas que a mi gente le parezcan incómodas, pero creo que es absolutamente necesario conocer la verdad… lo que sucedió en realidad.

El barco sale a mar abierto.

Un ave blanca sale volando de la isla como para despedir a los visitantes.

Describe un arco amplio en el cielo azul, espera a que el barco la siga, queda quieta y emite un grito agudo y penetrante.

Ya no se trata de una elegía, sino de un canto de dicha y perdón que anuncia el amanecer de una nueva era.

Fin

¡Oh, bestia maravillosa Aneira,
orgulloso descendiente del clan de las alas blancas!

Solo tú eras mi compañero insustituible.

¿Te enfadaría oírme decir que somos iguales?
¿Acaso no éramos tú y yo la combinación perfecta?
Atados por un solo hilo, el sutil hilo que conocemos como soledad…

El sueño de Sez - Parte I

Aneira, te debo la vida.
Por supuesto, no es que me "salvaras" la vida en el sentido estricto de la palabra.

Ni vida es vida que no puede perderse. Es una carga irrevocable. No voy a morir, no puedo morir,

y por tanto no tenías que salvarme la vida.
¡Oh Aneira!
Ahora veo que lo que salvaste no fue mi vida, sino mi corazón.
Por aquel entonces, hace muchos siglos, yo era pirata, la única mujer pirata en mar abierto.

Sez Balmore: todos los que surcaban los mares conocían ese nombre. Algunos pronunciaban mi nombre con miedo y cautela, mientras que otros lo hacían con la mayor admiración.

Algunos incluso me llamaban la "honrada bucanero", y diría que no estaban muy equivocados.

Los barcos pirata que yo gobernaba tenían *reglas*, reglas que eran claras y estrictas.

Nuestro objetivo era solo un tipo de navío: aquellos opulentos barcos de pasajeros en los que los ricos embarcaban en cruceros de placer. Asustábamos un poco a los pasajeros, tal vez incluso nos pusiéramos un poco duros, pero matar estaba estrictamente prohibido. Lo único que hacíamos era sacar pequeños tesoros del monedero de aquellos que tenían más dinero del que sabían utilizar. Cambiábamos nuestro botín por efectivo con misteriosos traficantes y compartíamos el dinero con los necesitados del mundo.

Me hubiera muerto de vergüenza si me hubieran llamado "campeona de la justicia", pero estábamos orgullosos de ser más que "villanos".

Me hice pirata por una sencilla razón:
Odiaba la ley, y odiaba más aún a aquellos que hacían alarde de la ley para su propio engrandecimiento.

En resumen, quería una vida de libertad.

Siempre que estaba en la proa de un barco pirata que se abría camino a través de las olas y veía el vasto océano extenderse bajo un claro cielo azul, me sentía embargada por la alegría de haber logrado una libertad sin límites con mis propias manos.

Es cierto que no tengo que preocuparme por el miedo a la muerte y a envejecer común para todos los humanos.

Y ya que no puedo envejecer ni morir, para mí el tiempo infinito significa libertad infinita.

No está mal, ¿verdad?

Espiaba al barco que sería nuestra presa del día.

Siempre era la primera en abordarlo, saltando suavemente sobre la cubierta y gritando:

-¡Soy Sez Balmore! Ahora sed corteses y entregadnos vuestro dinero y objetos de valor.

Después, ya con el botín conseguido, mis hombres y yo lanzábamos un grito de victoria y saltábamos de vuelta a nuestro barco.

Era completamente libre.

Nada se interponía en mi camino.

Vida eterna rebosante de libertad…

No está mal, ¿verdad?
-¡¿Honrada bucanera?! ¿Qué clase de tontería fantasiosa es esa? ¿Qué tal "furcia pirata?

Por supuesto que una siempre oye tales desvaríos de celos a cada paso de la vida, pero en especial en un mundo de matones piratas.

Huelga decir que sabía que tenía enemigos.

Incluso un niño comprendería que el que te llamaran "honrada bucanera" solo aumentaba el número de forajidos, violadores y saqueadores que te odiaba entre los piratas de mar.

Pero eso no me preocupaba.

Podían apuñalarme con un cuchillo o dispararme una bola de cañón y aún así no moriría.

Me llamaban la "inmortal Sez", y era cierto al pie de la letra, no solo una forma de hablar.

-no me meteré en tus asuntos -le decía a otros piratas, pero tampoco dejaré que vosotros os metáis en los míos.

No tenía miedo de nada ni de nadie.

Vivía la vida que quería vivir, y no iba a dejar (o no debería haber dejado) que nadie se entrometiera.

Solo me equivoqué una vez, pero era todo lo que hacía falta.

En un momento de descuido, dejé que me capturaran. Por supuesto que por eso solo no tenía que asustarme. Como no dejo de repetir, no puedo envejecer ni morir. No les hubiera servido de nada intentar matarme, y lo sabían. Lo máximo que podían hacer era darme una paliza y amenazarme con que sería peor la próxima vez. Tenían que hacer *algo* para demostrarle a sus hombres lo duros que eran: simplemente no podían dejar que sacara tajada del juego pirata y fingir que nunca había pasado.

Así que dije:
-Daos prisa con la tortura, ¿queréis? No tengo todo el día.
Estábamos en una cueva de una isla desierta.
Estaba encadenada de pies y manos y rodeada de media docena de hombres inmensos, todos capitanes piratas famosos. Uno de ellos sujetaba una larga y gruesa cadena.

-Me revuelve las tripas mirar vuestras caras sudorosas. Vamos, daos prisa y pegadme con la cadena. ¿O preferís estrangularme? Sea lo que sea, daos prisa y terminemos.

Los hombres se rieron en voz alta.

-¿Darnos prisa y terminar? -dijo el líder-. Lo siento por ti, Sez, pero este castigo no es del tipo que se puede precipitar. Siento que no podamos quedarnos contigo hasta el final.

-Sí -replicó otro hombre-, al contrario de los monstruos como tú, los humanos no tenemos todo el tiempo del mundo.

-De acuerdo señores, hagámoslo rápido como quiere la dama.

Relamiéndose, el hombre de la cadena se me acercó y otros dos me agarraron por los brazos desde los lados.

No iban a utilizar la cadena como instrumento de tortura, sino para quitarme la libertad.

Me encadenaron a una roca gigantesca de la cueva.

Reían tanto que apenas podían contenerse.

-Justo lo que necesitas, ¿eh, Sez? Fin del trayecto para ti.
-No podemos dispararte, no podemos matarte a puñaladas, así que simplemente te encerraremos. Jamás volveremos a esta isla.
-Y hasta una pirata de medio pelo como tú sabe que este lugar no está en las rutas marítimas.
-Ni siquiera pasan barcos de pesca.

-Y justo ahora, tus hombres han partido en busca de una isla equivocada.

-Somos los únicos que sabemos que te hemos traído aquí. Ni siquiera nuestras tripulaciones saben dónde estamos.

Nadie vendrá a salvarte, eso es seguro.

-Estarás aquí para siempre.

-No puedes mover ni un músculo y no puedes ni siquiera morir.

-Completamente sola.

-Para el resto de la eternidad.

Con eso, los hombres salieron de la cueva, dejándome allí con un único farol.

-¡Cobardes! -grité-. ¡No huyáis así! ¡No me hagáis esto!

Pero la única respuesta fue el eco hueco de mi propia voz en la cueva.

El farol que los hombres dejaron no era un detalle de cortesía, sino todo lo contrario. Era parte de la condena: cuando por fin se quedara sin aceite y se apagara, me recalcaría el peso de la soledad eterna.

Mientras la lámpara seguía ardiendo, estaba llena de furia contra los hombres.

Pero cuando el aceite empezó a acabarse y la llama empezó a parpadear, me invadió una profunda ansiedad.

Incapaz de moverme, miraba fijamente la llama.

Eternidad: este mundo no tiene tal cosa. O quizás no debería tenerla.

Soledad: Siempre estaba sola.

O, para ser más precisa, siempre terminaba sola. Era mi destino. Podía estar rodeada de compañeros cuyos sentimientos igualaban los míos a la perfección: podía compartir el amor más profundo con otra persona; pero al final siempre los perdía. ¿Sabes lo que se siente al ver sucumbir ante la muerte a innumerables personas mientras que tú misma llevas una vida sin fin? Ah, pero en tu caso, Aneira, en verdad sí que tenías una idea.

Conforme miraba, la lámpara de la cueva se apagó.

Un mundo de tinieblas se desplegó ante mí.

Y allí estaba: sola.

Ya no probaría más la pena de la despedida.
Pero tampoco podría probar la alegría del encuentro.

Eternamente. Sin fin. Sola.

No intenté gritar.

La gente grita y chilla por una sola razón: porque quiere que alguien escuche. Porque creen que alguien en algún lugar oirá sus gritos.

Sin embargo, sí que derramé lágrimas.

No quiere decir que llorara. De ninguna manera la pirata inmortal Sez Balmore se derrumbaría y lloraría.

Un pequeño temblor atravesó la oscuridad: eso fue todo.

Y entonces me di cuenta. ¡Oh! Las lágrimas eran mías.

En realidad, eso es todo lo que fue.

Las horas pasaban. O quizás eran días.

En la oscuridad perdía la cuenta del discurrir del tiempo.

Y hubo algo más que también acabé perdiendo.

Todo lo que me quedaba era permanecer sola, luchando contra la soledad eterna, incapaz siquiera de pudrirme.

¿Cuál era entonces el propósito de vivir en e mundo?

Quizás los hombres que me habían atrapado aquí tenían razón: al no poder envejecer ni morir, era una especie de monstruo.

Entonces, ¿por qué vivía un monstruo así en este mundo?

¿Cuál era su cometido?

No conocía la respuesta.

Nunca conocería la respuesta, hasta el final de mi interminable vida.

Sentí frustración.

Pena. Pero sobre todo, miedo.

La eternidad me asustaba.

Puede que hubiera estado temblando.

O, sin tan siquiera la energía para eso, puede que estuviera completamente consumida.

Lo que fuera que estaba sintiendo, fue entonces cuando sucedió, Aneira, fue cuando apareciste por primera vez ante mí.

Un pequeño estallido de luz suavizó las tinieblas.

Y de la luz, casi antes de que pudiera preguntarme qué era, llegó una voz:

-¿Tú también estás atrapada en la prisión de la soledad?

-¿Quién… quién está ahí?

En la luz, un destello de alas blancas.

Entonces, con un repentino aumento de tamaño e intensidad, la luz me quemó los ojos. Acostumbrados a la oscuridad total, mis ojos no podían soportar el brillo y por un momento no pude ver nada en absoluto.

Haciendo una mueca, cerré los ojos antes de atreverme a abrirlos poco a poco.

Delante de mí flotaba una bestia brillante y de un blanco puro.

Sus alas blancas eran increíblemente bellas.

¡Qué bonito eras, Aneira!

Pero la tuya no era una belleza florida. No, era sutilmente diferente.

Tu belleza llevaba una capa de soledad.

-Soy como tú- y cuando ladeé la cabeza para mirarte con asombro, proseguiste-. He estado buscando a alguien como tú durante mucho tiempo.

Hablabas lentamente, con majestuosidad:

-Oh, mujer pirata inmortal. Tú y yo compartimos un único destino.

Sabía quien era.

-Juntos escaparemos de esta soledad y nos abriremos camino -dijiste con tus ojos fijos en los míos.

Escapar de esta soledad, esas palabras siguen resonando en mis oídos.

Pero no sabía quién era. No estaba segura ni de *qué* eras. Tampoco podía saltar de alegría con la invitación de alguien que no sabría decir si era amigo o enemigo.

-¿Quién eres?-pregunté.

-Soy Aneira, del clan de las alas blancas.

-¿El clan de las alas blancas?

Había oído hablar de ese nombre antes. Se decía que el clan de las alas blancas eran bestias fantásticas que se habían extinguido en el pasado remoto.

-Había oído que el clan de las alas blancas desapareció hace mucho tiempo.

-Soy el último de mi saga.

-¿El único superviviente?

-Así es. Como he dicho, el último.

-¿Por eso hablas de soledad?

En ese punto, casi antes de que lo supiera, apareció en mi cara una sonrisa de burla hacia mí misma: sentía como bajaba la guardia al hablar contigo. Sin embargo, las cadenas se clavaban más hondo en la carne y también me encadenaban el corazón.

-Has usado antes la frase "prisión de soledad".

-Es cierto. Esto es una prisión. Estar sola durante la eternidad es una prisión sin barrotes.
Tú asentiste en silencio ante estas palabras mías.

Pero entonces dijiste:

-Yo también he estado prisionero hasta ahora mismo.
-Seguro que es verdad. Ser el único superviviente…

-He pasado demasiado tiempo solo.

-Sé a qué te refieres.

En la leyenda, se cree que los miembros del clan de las alas blancas viven mil años. Pero incluso si tuvieras que vivir varios siglos como el único superviviente, nunca podrías conocer a un miembro femenino del clan de las alas blancas y esperar tener hijos con ella. El clan nunca resurgirá de nuevo.

El único superviviente debe pasar el resto de sus días solo.

-Par vencer esta insoportable soledad -dijiste- necesitaría a alguien que me acompañara.

-Entonces me miraste fijamente y dijiste- ¡Oh mujer pirata! ¿No estás de acuerdo?

Asentí de acuerdo.

Pero entonces sonreí a propósito y dije de forma tan natural como pude:
-En otras palabras, ¡te sientes solo!
Tu bella cara se suavizó y titubeaste, con cierta vergüenza:
-Puede…
-Según la leyenda que yo he oído, el clan de las alas blancas era orgulloso y amaba su soledad.

Tu bella cara se suavizó y titubeaste, con cierta vergüenza.

Esto solo aumentó tu vergüenza y dijiste:

-La soledad tiene sus límites.

Eso funcionó.

Entonces allí decidí confiar en ti.

-Bueno, si te sientes así, deberías salir y decirlo: ¡quiero compañía!

-¿Compañía?

-Claro: un compañero.

-¿Un compañero?

-Exacto. Está decidido: me uniré a ti.

Eso terminó con cualquier duda. De igual modo que viste en mí alguien con quien compartir tu camino, yo puse toda mi confianza en ti.

-¡Vayamos a divertirnos a alta mar! -grité-. ¿No significa eso "compartir el camino"?

-¿Quieres decir que debería hacerme pirata?

-¿No te gusta la idea?

Te detuviste durante el espacio de un suspiro y reíste bajito entre dientes.
-Siempre quise intentarlo.

En cuanto estas palabras salieron de tu boca saltaste sobre mí.

De un mordisco cortaste la gruesa cadena que me sujetaba.

¡Oh, bestia maravillosa Aneira,
orgulloso descendiente del clan de las alas blancas!

Así fue como tú y yo nos conocimos.

En los novecientos años transcurridos, hicimos estragos en mar abierto de forma más alocada de lo que nunca antes lo había hecho.

Cuando me ponía en la proa de nuestro barco pirata en busca de presas, siempre estabas junto a mí.

Nos convertimos en socios irremplazables, amigos, compañeros… *¡familia!*

Fin

El héroe había dejado el frente y regresado a casa.

Se había portado con valentía en el campo de batalla, lo habían ascendido a general y había hecho una entrada triunfal en su pueblo natal.

Los aldeanos lo recibieron con una gran fiesta. A los adultos se les convidó a beber al caer la tarde y a los niños se les obsequió con dulces. En los pastos, las vacas y las ovejas con las que se sustentaban los aldeanos, bien porque estaban nerviosas debido al inusual revuelo o bien porque era su manera de dar la bienvenida al héroe, emitían mugidos y balidos más estridentes de lo normal que resonaban en el cielo azul del verano.

El héroe

-¡Eres el orgullo de este pueblo, general!

El jefe de la aldea, obviamente henchido de satisfacción, inflaba el pecho mientras recitaba su discurso de felicitación en la ceremonia de bienvenida.

-El hecho de que el héroe más destacado del ejército naciera en esta humilde aldea resulta increíblemente emocionante y grato. ¡No me cabe la menor duda de que nuestros antepasados también están exultantes!
La multitud, apretujada en la plaza del pueblo, estalló en un huracán de vítores y aplausos.

Según las cifras oficiales facilitadas por el ejército, general, te deshiciste de al menos dos mil soldados enemigos con tus propias manos.

Una ovación ensordecedora sacudió la plaza.

-Ahora que caigo, la población de esta aldea no alcanza el millar de vecinos.
Esto significa, general, que eliminaste tú solo a más del doble de la población de este pueblo. ¡Qué suerte para nosotros que no lucharas junto al enemigo! ¡De haber habido un guerrero de tu talla en su bando, ahora estaríamos todos descansando en el cementerio de la colina!

Algunas mujeres fruncieron el gesto al escuchar esta observación, pero los hombres, animados por el licor, respondieron con carcajadas retumbantes.

El general, sentado en medio del escenario, se acarició su barba solemne. Ninguno de los presentes sabía que este era un gesto que hacía cuando algo lo dejaba perplejo. Cuando se marchó del pueblo para alistarse en el ejército, no era más que un soldado raso al que le quedaba mucho para poder dejarse barba.

-General, eres el verdadero salvador de nuestro ejército y, lo que es más, del país entero.
Comprendo que mañana regreses al frente pero todos deseamos que disfrutes plenamente de esta visita excepcional a tu patria chica.

El jefe de la aldea terminó de saludar y se retiró a los bastidores, después de lo cual salió al escenario el mejor humorista del pueblo, ataviado de la forma más cómica posible.
-¡Estimado general!-gritó mientras corría hacia donde el gran hombre estaba sentado y se dejaba caer de rodillas- ¡Oh, escucha mi súplica!
El general lo miraba con desconcierto.
-¿Sería posible que me prestaras tu espada, aunque solo sea un momento?
Pese a lo atónito que lo estaba dejando la situación, el general, obligado por los aplausos y vítores del público, le tendió al cómico su espada borlada e incrustada de joyas.

El humorista ejecutó una marcada reverencia al tomar la espada entre sus manos y volvió a gritar:

-¡Mi gratitud no conoce límites! Fingiendo tambalearse por el peso del arma, se acercó al borde del escenario y alzó la espada en ristre.s

-Y ahora, damas y caballeros, pasaré a escenificar el episodio que disparó la fama de nuestro apreciado general, ¡cuando hizo añicos a dieciocho enemigos!

El público aullaba enfervorizado y el artista, entre movimientos y comentarios exagerados, movía la espada describiendo un gran arco. El público sabía muy bien lo que estaba haciendo. El general no se había hecho popular solo gracias a su capacidad estratégica, sino que además era un guerrero muy reconocido en el campo de batalla. No confiaba únicamente en sus armas, sino que además solía recurrir a su fuerza descomunal. Esto también era motivo de orgullo para los vecinos del pueblo.

-¡Vamos! Uno menos, dos que no lo cuentan, espada atrás, tres eliminados, el cuarto se lleva un tajo en diagonal que le cruza el hombro, el quinto pierde la cabeza. ¡Uf! Ahora tres a la vez: sexto, séptimo y octavo, ¡mira que son molestos! *Ahí* van tres ensartados…

Cuando el actor atravesó con la espada a tres oponentes imaginarios, el público se volvió loco.

Al final el general forzó una sonrisa y aplaudió.
Sin embargo, en cuanto dejó de aplaudir volvió a acariciarse la barba.
-Seguro que comprendes cómo me sentía en aquel momento, en medio de aquel escenario -dice el general a Kaim antes de dar un trago de agua a su bota.
Su barba magnificente es completamente cana y los hechos que rememora quedan ya muy lejos.
Kaim asiente con la cabeza en silencio y el general sigue hablando, como si cada palabra le hiriera:
-Mientras más aprendes sobre la guerra, más te sientes así.
-Seguro que los aldeanos no tenían mala intención. Era su manera de homenajear al héroe local.
-No, desde luego. Todo lo hicieron de corazón. En mi pueblo vive la gente más agradable del mundo y es precisamente por eso por lo que me dolió tanto. Al cabo de un rato, ya no aguantaba más.

Hacer añicos a dieciocho hombres…

Los méritos de un héroe se miden en números.

Sin duda el cómico que blandía jocosamente la espada del general aquel día sobre el escenario jamás podría haber imaginado cómo eran quienes se dejaron la vida en el campo de batalla: su expresión de agonía, el odio con el que perdían la vista en el infinito.

-Aunque es normal. La gente que vive en paz no tiene por qué saber estas cosas. Para eso estamos nosotros: para mantenerlos lejos del frente. ¿No te parece? Gracias a que ya matamos nosotros al enemigo, la gente que debemos proteger no necesita preocuparse por las crueldades de la guerra. A menos que creas eso, ¿qué sentido tiene que nos matemos unos a otros?

Kaim responde con un silencio. Sin apoyar ni negar las afirmaciones del anciano general, observa con aire distraído a las tropas de este.

-¿Cómo has dicho que te llamas? ¿Kaim? Imagino que habrás matado a más soldados de los que puedas contar.

-Sería imposible contarlos a todos.
-Lo suponía. Tienes el carácter perfecto, el que solo se cincela en el campo de batalla. Nadie más que alguien que ha sobrevivido a una guerra tras otra puede seguir adelante con absoluta naturalidad, como tú.

¿Qué hace un hombre así conduciendo un carro por un paso de montaña?

Kaim no dudará en marchare sin contestar si el anciano le formula esa pregunta.

Pero el general no indaga más en el pasado de Kaim. En vez de eso, se adivina cierto alivio en la manera en que sonríe al verlo conceder un descanso a los caballos.

-Tenía dieciséis años cuando participé en mi primera batalla. A partir de ahí, he ido de combate en combate hasta llegar a general. Al principio no se me quitaban de la cabeza los rostros de los hombres con los que cruzaba espadas y mataba. Aunque te esfuerces por olvidarlos, se te quedan grabados en la memoria.
Tenía unas pesadillas terribles. Y por mucho que lo intentaba, tenía la sensación de no deshacerme nunca del hedor de la sangre que me saltaba a la cara y las manos. Era una obsesión mía, claro, pero una vez llegué a pasarme una noche entera metido en un río para limpiarme.

El general se detuvo un momento para meditar sobre su historia y luego prosiguió:

-Pero con el tiempo te acostumbras. Lo normal pasa a ser combatir y matar una y otra vez. El cuerpo, el alma y el corazón: todo se adapta. Así somos. Por lo tanto, dejé de tener pesadillas. Acabé con todos los hombres que pude y olvidé el rostro de todos ellos. Para ti es igual ahora, ¿verdad, Kaim?
-Tal vez.

-Es como una maldición. Si no te acostumbras, se te parte el alma. Por otro lado, si te acabas adaptándote, se te puede acabar congelando el corazón.

El general mira con afecto a sus tropas, a las que ha dado un respiro. Después, bajando poco a poco la mirada hasta el pie de la montaña, dice:
-Y eso fue lo que me encontré cuando regresé con tanta ilusión a mi pueblo.

Como acto final de la ceremonia de bienvenida, salió al escenario un grupo de niños.

-¡Y ahora, en honor a nuestro héroe, los niños ofrecerán al general una guirnalda de flores más

maravillosa que la más reluciente de las medallas!

El público volvió a enardecerse.

Cuando los niños le colgaron la guirnalda del cuello, el general se lo agradeció con una sonrisa cálida, la primera que consiguió esbozar con sinceridad desde que subió al escenario.

-Y por último, como homenaje especial al general, que ha participado en infinidad de batallas, siempre tan lejos de su casa, uno de los niños va a leer una redacción en la que describe la felicidad de llevar una vida pacífica en el pueblo.

Con expresión adulta, el niño pequeño, apenas lo bastante mayor para ir a la escuela, desplegó su redacción y, sosteniendo el papel con ambas manos, comenzó a leerla en voz alta, esforzándose para que todos los presentes lo oyeran.

-Primero voy a hablar sobre una de las cosas más bonitas que me han pasado.
En mi casa tenemos un prado con montones de vacas y ovejas.
Una de las vacas tuvo un bebé hace dos días.
Yo ayudé a mi papá frotando la espalda de la vaca
de heno mientras estaba teniendo al bebé.
como le da calor, le es más fácil parir.
El bebé nació justo antes de que saliera el sol.
Era pequeñito pero se mantenía de pié solo.
¡Un bebé! ¡Qué bien!
Pienso cuidarlo hasta que se haga grande.
Becerrito, no tardes en crecer.

Al general se le habían humedecido los ojos.

-Ahora voy a hablar de una de las cosas más tristes que me han pasado.
Fue cuando mi abuelita se puso mala y se murió.
Era una abuelita muy buena.
Sé que su enfermedad era muy molesta,
pero siempre sonreía cuando yo iba a verla.
Cuando murió me dejó cogerla de la mano.
No dejé de mirarla a la cara en ningún momento
porque sabía que no volvería a verla más
y quería recordarla incluso cuando sea mayor.
Nunca dejó de sonreírme, hasta que se fue.
¿Me ves desde el cielo, abuelita?
¡Nunca te olvidaré mientras viva!

El general tenía el rostro surcado de lágrimas.

Cuando terminó la ceremonia, el general dejó su aldea y partió hacia la ciudad en que estaba ubicado el cuartel general.

Allí escribió una larga carta al rey y entregó su espada a un teniente de su confianza.

El general había decidido retirarse.

-Fue una gran sorpresa para mí, igual que para todo el mundo. Pero cuando escuché la redacción de aquel pequeño, pensé: lo que nos hace humanos es celebrar cada vida que viene al mundo y llorar cada vida que se pierde. Las medallas dejaron de tener sentido. Ya no necesitaba el honor de que se me permitiera estar en presencia de Su Majestad.

Quería volver a ser una persona normal.

En consecuencia, de la noche a la mañana ya no era el héroe del pueblo sino un despreciable traidor.

El general se gira hacia Kaim y le pregunta:
-Y tú, ¿me consideras un cobarde que huyó del campo de batalla o un desertor que traicionó a su patria?

Kaim sonríe comprensivamente al anciano.

-Ninguna de las dos cosas -contesta-. Como soldado tomaste la decisión equivocada pero como persona elegiste bien.

El general se pasa la mano por su barba cana y dice:
-También mis costumbres han cambiado.
Ahora me toco la barba cada vez que siento vergüenza.
Kaim y el general se miran y se sonríen.

-Muy bien, es hora de continuar -dice el general, que gruñe al ponerse de pie. Se dirige a sus tropas. De acuerdo, valientes, a partir de aquí es todo bajada. Todavía hay que hacer un último esfuerzo para llegar al pueblo antes de que anochezca.
Las "tropas" a las órdenes del general se componen de una treintena de ovejas, ninguna de las cuales tiene intención de arrebatarle la vida a nadie.

-Dime, Kaim, ¿tienes pensado volver a luchar más adelante?

-La verdad es que no lo sé -responde.

-Ahora me alegro de pastorear estas ovejas -asegura el general-. No lamento en absoluto la decisión que tomé aquel día. Me gustaría que mi vida te sirviera de lección.

Sin más, el general se da media vuelta y comienza a caminar.

El rebaño lo sigue con las filas establecidas.

En posición de firme, el anciano levanta el brazo derecho para dar una nueva orden a sus tropas.
-¡Adelante! ¡Ar!
La orden con que antes dirigía a decenas de miles de hombres en el campo de batalla ahora resuena agradablemente entre las montañas de su pueblo natal.

Fin

Es inevitable que la aldea se convierta en un campo de batalla.
Las fuerzas enemigas han atravesado el paso septentrional y establecido el campamento en las cercanías.
También están presentes las fuerzas nacionales, que envían a la aldea una unidad detrás de otra para resistir las hostilidades.
La zona es un polvorín.

El pueblo, rodeado por unas montañas en las que se cruzan dos carreteras, es un punto estratégico para el transporte.

No se debe permitir que caiga en manos enemigas, pues de capturarlo, los asaltantes verían incrementadas sus probabilidades de ganar la guerra. Los largos años de lucha han desembocado en este duelo final y decisivo.

Es de una lógica evidente, pura, inevitable. Y en cualquier momento transformará este tranquilo pueblo en un campo de combate.

El ejército ha dado la orden de evacuar la zona.

Los civiles solo servirían para estorbar.

-El enemigo quiere acabar con esto antes de que llegue el frío.
-¿Eso qué significa? ¿Otro mes? ¿Dos semanas?
-¿Habéis liado los bártulos? Sería absurdo que nos sorprendieran y nos mataran aquí mismo. ¡Habríamos muerto por nada!

-Será mejor que no carguéis ni con botes ni con sartenes.
Dejad todo el equipaje posible y huid tan raudos como podáis.
-Pensad en todas las generaciones que nuestros ancestros llevan protegiendo nuestro hogar y nuestra tierra. Me pone enfermo pensar que todo quedará reducido a cenizas cuando estalle el combate…
-No hay nada que podamos hacer. Hemos tenido mala suerte, eso es todo.
-No nos queda más remedio que resistir hasta que acabe la guerra y regresar cuando sepamos quién ha ganado.

-Lo importante ahora es marcharse.

-Sí, no podemos hacer más.

-Debemos sobrevivir. No conviene albergar más esperanzas.

-¿Por qué demonios nos tiene que pasar esto a nosotros?

Los aldeanos se marchan en grupos: los primeros que salen son los que han encontrado un refugio temporal.

Pero cuando el bosque se empieza a teñir de rojo, el pueblo recuerda a un desierto. No queda más

gente que la que vive sola y no tiene a nadie ni ningún sitio adonde ir.
El ejército ha levantado un sencillo campamento de refugiados para los evacuados que consigan atravesar las montañas. Los ancianos pobres van llegando con lo puesto.

La única que permanece en la aldea es la abuela Coto.

El pan de la abuela Coto

Kaim conoció a la anciana Coto poco después de unirse como mercenario a la unidad destinada a proteger el pueblo.

Estaba de ronda cuando vio a una mujer mayor trabajando en el campo. Resultó ser la abuela Coto.

El soldado que lo acompañaba gritó:-¡Oiga, señora, déjelo ya!
Luego otro hombre exclamó:-Váyase de aquí ahora mismo si quiere vivir. La batalla va a empezar dentro de dos o tres días. ¡¿Cuántas veces vamos a tener que decirle que se marche al maldito campamento de refugiados?!

Pese a todo, la anciana Coto los ignoró y siguió removiendo la tierra.

Evidentemente, no estaba cosechando nada.

Si esta fuera la temporada en que el grano ha madurado, aún podría tener sentido que se estuviera apresurando a recogerlo; sin embargo se limitaba a cavar como si hubiera olvidado que la batalla iba a estallar en cualquier momento.

-¿Estará sorda o solo senil?

Con cara de asco, el capitán le gritó a Kaim:-¡Eh, tú, el nuevo! ¡Haz algo! ¡Llévatela al campamento de refugiados, aunque sea a rastras!

No podemos tenerla por aquí. Sería un estorbo cuando empiecen los combates.

El capitán hablaba con arrogancia.

Mientras más cobarde es un comandante, más soberbio y autoritario se vuelve y menos capaz es de disimular su nerviosismo según se va acercando la batalla.

Kaim se acercó en silencio a la anciana del campo.

-¡Continuemos! -gritó el capitán sin girarse hacia quienes lo seguían.

Bastarían unos días para decidir el resultado del enfrentamiento por el pueblo, lo que indicaba lo violento que este prometía ser.

Por este motivo no servía de nada labrar el campo ahora. Los soldados arruinarían a su paso hasta el huerto cultivado con más esmero. La cosecha del próximo año ya se daba por perdida. Nadie sabía cuántos años habrían de pasar para que el pueblo recuperara su tranquilidad habitual.

Cuando Kaim se acercó a la anciana, esta continuó trabajando y le advirtió:

-¡Ni se te ocurra echarme!
-Su aspecto y su voz eran más recios de lo que se adivinaba desde lejos. Tal vez era una de esas personas mayores tozudas y cascarrabias a las que la gente no se acerca ni en tiempo de paz.

-¿No quiere abandonar la aldea? -preguntó Kaim.
-¿Para qué? -gruñó la anciana.

-Han levantado un campamento adonde puede ir…

La anciana Coto resopló y dijo:
-Tú eres nuevo. Nunca te había visto antes.

-Si…

-Entonces ni siquiera sabes cómo es el campamento.
Los soldados no tenéis de qué preocuparos.
-¿A qué se refiere?

La anciana Coto señaló a la escarpada montaña que se elevaba como un telón pintado sobre la cara oeste de la aldea.

-¿Es allí donde está el campamento? -preguntó Kaim.
-Diantre, no. Hay que cruzar primero esa montaña y luego otra para llegar a él.

Hay que cruzar primero esa montaña y luego otra para llegar a él. A mis años ya no se puede caminar tanto. ¿Qué sentido tiene construir un campamento en un lugar así? ¿Cuántos viejos creen que pueden recorrer ese camino? Deberían habernos dejado morir en las colinas, como hacían antes.
Kaim no supo qué decir. La anciana, que continuaba con su labor, masculló:
-Así es como el gobierno lo arregla todo…
No cabía duda de que estaba enfadada, aunque tal vez se sentía sobre todo triste.

-Está de ronda, ¿no? Pues no dejes que te entretenga…

-No, verá…
-No vas a obligarme a marcharme a ningún campamentucho de refugiados. No hay más que hablar. No pienso irme a ninguna parte. Este es el pueblo donde nací y aquí he vivido siempre.
-Sé como se siente, pero dentro de nada esto se va a convertir en un campo de batalla.
-Ya lo sé.

-Entonces…

-¿Entonces qué?

De nuevo Kaim no sabía qué decir.

Al darse cuenta de esto, la mujer sonrió y le dijo:

-Eres un joven muy amable, algo poco frecuente entre los soldados.

-Ahora su gesto no era tan adusto.

Cuando su humor hubo mejorado un poco, puso una sonrisa afable-.
Cuando esto se convierta en un campo de batalla, los hombres morirán. Por decenas. Eso lo sé, no te preocupes. Pero tengo mucho trabajo pendiente, soldadito. Decirme que deje mi labor y me marche es como ordenarme que me muera. Así que si voy a morir de todos modos, y no es que me queden muchos amaneceres que contemplar, quiero que me dejes cumplir con mi obligación. No creo que te cueste tanto.

Kaim se quedó callado. No porque no supiera cómo reaccionar, sino porque opinaba que la anciana llevaba razón. "Voy a morir de todos modos", había dicho. Puesto que él jamás podría afirmar lo mismo, no le quedaba otra opción que aceptar la voluntad de la mujer.

-Hala, hijo, sigue con lo tuyo. Estoy muy ocupada.

-¿Qué hace ahora?

-¿Es que no lo ves?
-Lo siento, no entiendo mucho de campo.

-Como todos los soldados -dijo la anciana Coto con una sonrisa-.
Lo único en lo que pensáis es en matar enemigos. No sabéis hacer nada útil.
Su semblante volvió a ensombrecerse un poco.

Aun así, quizá animada por la amabilidad de Kaim, se dignó a darle una explicación.

-Estoy sembrando semillas -dijo.

Granos de trigo:
Se siembran en otoño, maduran durante el invierno,
crecen bajo el sol de la primavera y doran los campos en verano.

-Siempre siembro cuando las cumbres del norte se cubren de blanco. Cada año. Y esta vez no va a ser distinto.

-¿Madurarán las semillas en los campos pisoteados?

Kaim lo dudaba mucho.

No obstante, la abuela Coto no mostraba la menor ansiedad ni resignación mientras esparcía las semillas por la tierra recién arada.

Sus manos ejecutaban el antiquísimo ritual con facilidad y naturalidad, como para dejarle bien claro a Kaim que lo que estaba haciendo ahora no era ni más ni menos que lo que llevaba haciendo toda su vida.

Como resultado, lo que Kaim dijo a continuación brotó de sus labios con tanta sencillez que hasta él mismo se sorprendió.

-¿Y si las semillas no germinan?

-Entonces las volveré a sembrar el próximo año. Y si el año que viene es malo, lo volveré a intentar en la siguiente temporada. Así es como lo he hecho siempre. Si no siembras, no cosechas. ¿Me entiendes?

-Creo que sí…

-No importa si estamos en guerra o no. Voy a hacer lo que debo hacer. Nada más.
Pese a que hablaba con firmeza, su cara surcada de arrugas acogió una sonrisa cuando aseveró:
-No puedes disfrutar de lo que comes si antes no te lo has ganado.

-¿Quiere decir que esto es lo que le da sentido a su vida?
Esta era la pregunta cuya respuesta Kaim llevaba tanto tiempo buscando.

¿Por qué existía él?

¿Cuál era su cometido?
Había continuado vagando por el páramo infinito de su vida sin conocer las respuestas a estas preguntas, precisamente *porque* las ignoraba.

-Yo no sé de esas cosas -admitió la abuela Coto con timidez-. Yo solo muelo el trigo que he cosechado y cuezo pan en otoño. Es un pan muy especial. Nada sabe tan bien como el primer pan que se hace con el trigo que has recogido cada temporada.

Mi nieto siempre lo espera ansioso. No puedo dejar de sembrar este año, ¿no crees?

-Entiendo.
-No, tú que vas a entender -le espetó-. Tú no eres más que un maldito soldado.

Volvió a endurecer la expresión. Aquel día ya no sonrió más.

Cuando Kaim regresó al cuartel, un soldado que llevaba más de seis meses destinado en el pueblo le dijo:

-Ese vejestorio no puede ni vernos, ¿eh?

-¿Por haber destrozado la aldea?
-En parte por eso, supongo, pero para ella hay algo peor.

La guerra había dejado sin familia a la abuela Coto. Primero murió su marido, en el conflicto de hacía cuarenta años, luego su hijo junto con su nuera, en los combates de veinte años atrás, y ahora el nieto que le dejaron debía luchar en la guerra actual.
-¿Cuál es su unidad? -le preguntó Kaim al soldado.

Este se encogió de hombros con impotencia y mencionó una unidad que habían enviado a una de las zonas más conflictivas.

-¡Ya es mala suerte! Allí los combates son tan sangrientos que, en su lugar, yo me arriesgaría a que me ejecutaran por desertar. Tiene la mitad de probabilidades de 50-50 regresar vivo a casa. No, tal vez menos. 30-70

Si su nieto muriera, la abuela Coto se quedaría sola en el mundo.
Ya no tendría a nadie para quien cocinar su pan.

-Debe de ser duro quedarse sin nadie a su edad -comentó el soldado-. Cuando la veo, siempre me acuerdo de mi madre, que estará en casa. No puedo permitir que me maten. Ella nunca dejaría de llorar. A ti te pasará lo mismo, ¿no, Kaim?

Kaim no contestó. No tenía derecho a equipararse al soldado.

La batalla comenzó tres días más tarde.

El ataque del ejército enemigo fue más cruento de lo esperado. La defensa se vio obligada a concentrar todos sus recursos en el enfrentamiento.
Kaim se alejó de la primera línea en dirección a la casa de la abuela Coto.

La encontró saliendo al campo como siempre.

No se mostraba aterrorizada por el combate. Quien tiene claro lo que debe hacer y no se deja distraer por nada, goza de una fuerza insospechada.

Ahora Kaim sabía que un mortal se podía enfrentar a su vida con más tesón que alguien que no morirá nunca. Puesto que estaba firmemente convencido de esto, se plantó frente a ella para impedirle el paso.

Tomó en sus brazos a la frágil anciana y cargó con ella de regreso a su casa.
-¿Qué haces? ¡Suéltame! ¡No pienso obedecer a ningún soldado! ¡Tengo trabajo que hacer!

-Sí, lo sé-dijo Kaim.

-¡Pues bájame ya!

-No voy a dejar que la maten.

Apretándola contra su pecho, la miró a los ojos y le rogó:

-Quiero que el próximo otoño vuelva a hacer pan con la nueva cosecha de trigo.

La anciana dejó de agitar los brazos y las piernas en su intento vano por liberarse. Miró a Kaim a la cara mientras este le explicaba:

-Mientras tenga a alguien a quien ofrecer su pan recién horneado, quiero que siga preparándolo año tras año.

La anciana Coto suspiró con pesadez y murmuró:
-Sabía que eras un solado muy raro.

Los combates se alargaron durante varios días.
El capitán arrogante y cobarde murió durante el enfrentamiento.

El soldado que le contó a Kaim la historia de la abuela Coto tampoco vio el final del conflicto.

Fallecieron incontables hombres de las fuerzas defensivas y también innumerables soldados enemigos.
El fuego de la guerra calcinó la aldea y los combatientes arruinaron a pisotones el campo de la anciana Coto.
El bando de Kaim repelió a los atacantes, a los que después siguió hacia el Norte.

Atrás dejaron el pueblo, vacío devastado.

La guerra finalizó cuando la primavera iba dando paso al verano.

A costa de las vidas de decenas de víctimas, el ejército impidió la invasión enemiga.

la aldea empezó a recuperarse poco a poco.

Tal como había predicho la abuela Coto, ninguno de los ancianos que huyeron al campamento de refugiados regresó al poblado.

Es otoño y Kaim regresa a la aldea.

Se siente bien cuando contempla los campos y ve a la anciana Coto sembrando trigo.
Después de todo, este año lo está haciendo otra vez.

Y también lo hará el próximo año y el siguiente, y todos los que vengan después, mientras viva.
La anciana ve a Kaim y atraviesa el campo hacia él con una sonrisa de bienvenida. Ha transcurrido un año. La mujer parece haberse encogido un poco durante este tiempo.

-Cuánto tiempo sin verte -le dice-. ¡Así que salvaste el pellejo!
-Yo también me alegro de ver que se encuentra bien.

-Oí que durante las batallas te quedaste cerca de mi casa, que luchaste sin ayuda para que los asaltantes no la quemaran.

Kaim sonríe con timidez. -¿Qué tal la cosecha? -pregunta.

Arruinada, claro. La peor de toda mi vida... Apenas salieron cuatro brotes. Los justos para una barra de pan.

La anciana hablaba con una sencillez sorprendente.
Luego clava los ojos en Kaim y le pregunta:-¿Quieres probarlo?

-¿El qué...

-El pan, ¡Qué va a ser! Puedo cocinar una barra de pan para comérnosla entre los dos.

-Bueno, claro, pero...
-La abuela Coto nota que Kaim vacila y le explica con una sonrisa serena-:
Sí, mi nieto murió. La noticia me llegó al final del verano. Tenía esperanza... Confiaba en prepararle pan en cuanto regresara a casa.

Cuando ve a Kaim agachar la cabeza sin decir nada, continúa hablando con un tono más enérgico, como si le correspondiera a *ella* animarlo a *él*.

-Vamos, prueba lo que él no pudo saborear. Como la cosecha fue tan mala, estará más duro de lo normal, pero seguro que a mi nieto le gustaría saber que he cocinado mi pana para el hombre que

me salvó la vida.

Al final la guerra le ha arrebatado toda su familia a esta anciana.

En otras palabras, no queda nadie que disfrute de su pan.
Aun así, sin dejar de esparcir las semillas de la próxima cosecha, le pide a Kaim:
-Aguarda un minuto mientras acabo con esto.

Lo hace porque es lo que ha hecho siempre.

Porque es lo que se supone que debe hacer.

Kaim decide no ofrecerse a ayudarla y se queda mirando su espalda encorvada.

El resplandor otoñal del sol poniente la hace tristemente diminuta y hermosa.

Kaim come el pan recién horneado.
La anciana Coto llevaba razón: el pan, cocinado a partir de un grano que ha sufrido, está duro, seco y un tanto insípido.

Pese a todo, comparado con cualquiera de los panes que había probado -y probará- a lo largo de su existencia interminable, este es sin duda el más delicioso.

Fin

Puede esforzarse al máximo por poner una expresión amenazadora, pero la sonrisa que viene después es indescriptiblemente dulce y casi de adoración.

Hasta siempre, amigo

Por eso Kaim siempre está diciéndole que lo olvide.

Esto sucede cuando están sentados en los taburetes de una taberna o ganándose la paga del día en la cantera, o caminando por la plaza del mercado, o cuando están de pie en la calzada de piedra.

-Pero, ¿porqué, hermano mayor? -
dice Hosee haciendo un mohín. Siempre llama a Kaim "hermano mayor", y aunque Kaim nunca le ha pedido su compañía, aprovecha cualquier oportunidad para seguirle. Siente "adoración" en ese sentido.
-Por favor, llévame contigo cuando te marches de la ciudad, hermano mayor, Kaim- le ruega como un niño. Aunque es lo bastante mayor como para tener un trabajo normal.

Navegar por el océano, atravesar continentes, mi corazón bate con fuerza cuando imagino esa clase de libertad - dice con los ojos brillantes como los de un niño.

-Siempre he querido conocer a un viajero como tú, hermano mayor. Llévame contigo, por favor. Ya no aguanto más esta ciudad de paletos.

Podría agarrar la mano de Kaim y aferrarse a ella como un niño pequeño, y a menudo mira a la gente de la calle a su alrededor o a las muchedumbres en la taberna, poniéndoles abiertamente caras infantiles para mostrar a Kaim si descontento.

-Vienes de otra ciudad, así que sabes de lo que hablo.
L único que tiene este lugar es su historia. Claro que es antigua, pero está medio muerta. Mira las caras de la gente. Ninguna tiene chispa. Todo lo que quieren es pasar un día normal tras otro sin ningún problema. Es el peor sitio de mundo. Si tengo que quedarme encerrado aquí mucho más, va a empezar a crecerme musgo.

¿Que no tiene chispa? Kaim no lo ve así. Aquí la gente se comporta con el refinamiento y modales delicados propios de una ciudad histórica conocida como "la antigua capital". Sencillamente no tiene ese gusto por el tipo de ambiciones que va con las grandes esperanzas y el peligro.

Al no haber salido nunca del sitio en el que nació y creció, Hosee no sabe nada de otras ciudades.

Kaim sabe demasiado sobre ellas: las hay que solían ser las orillas izquierda y derecha de una única ciudad separadas por un río pero que ahora chocan con odio en una guerra continua e intensa; ciudades asoladas por el hambre en las que los residentes se roban comida unos a otros; ciudades económicamente florecientes con el crimen descontrolado llevado por la avaricia; ciudades con casas que se pudren, abandonadas por gente partida a buscar riqueza y prosperidad mientras que, justo sobre la colina, brillan otras ciudades en las que la gente celebra su riqueza toda la noche.

En su viaje interminable, Kaim ha visto innumerables ciudades.

Y no solo lo piensa sino que se lo dice a Hosee: que esta es una buena ciudad.

Peo una alabanza es lo último que Hosee quiere oír de su ciudad natal.

-No me tomes el pelo -dice.

-Para nada -dice Kaim-. Es una buena ciudad, en serio.

-Que no, que no puede ser verdad.

-Ningún sitio es perfecto, por supuesto.

No hablo de perfección. Solo has estado aquí unos meses.
No lo sabes. He estado encerrado en esta ciudad de paletos desde el día en que nací. No puedes saber cómo me siento. Me muero de aburrimiento. Estoy harto de este sitio. Ya no lo aguanto más.

Kaim es consciente de lo que Hosee trata de decirle.

Aun así… No. Kaim menea la cabeza y sonríe a Hosee amargamente.

-Sabes -dice-, hay gente en el mundo que daría cualquier cosa por disfrutar lo que es tener suficientes días en paz para aburrirse.

-Bien… Puede que sea así…

-Creo que tienes suerte de haber nacido en una ciudad como esta, en la que la gente es tan feliz.

Cuando duermes en una posada de esta ciudad, no tienes que pasarte la noche pendiente de ruidos amenazadores en el pasillo. Las chicas pueden caminar por las calles de noche sin tener que llevar una daga para protegerse. Los niños tienen mucha comida, sencilla pero nutritiva, y pueden jugar en la calle hasta que se pone el sol.

La vida del viajero te enseña estas cosas. Cuantas más ciudades ves, más profunda es la marca que te deja la lección. Las cosas que Hosee da por sentadas son de hecho claves indispensables para la felicidad.

-No estoy tan seguro, hermano mayor.
¿Acaso no consiste la felicidad en hacer que los sueños se cumplan?
Si todo lo que necesitas es continuar viviendo en paz y con seguridad, ¿de qué sirve vivir entonces?

Hosee no está siendo obstinado y está discutiendo por el placer de discutir.

Con los ojos fijos en los de Kaim, hace estas preguntas con toda seriedad y sinceridad.

Kaim sabe que Hosee es un tipo rotundamente franco y que, precisamente porque tuvo una educación cómoda y sin problemas, se siente limitado en la ciudad en la que nació. La ironía de la situación provoca una punzada de dolor en el pecho de Kaim. Sin embargo esta hace que desafíe a Hosee.

-Entonces dime: ¿cuál *es* tu sueño?

-¿Mi sueño? Es obvio, ¿no?
Salir pitando de aquí tan pronto como sea posible.

-¿Y adónde irías?

-A cualquier parte. Cualquier sitio menos este.

-¿Y qué harás cuando llegues allí?

-No lo sé.

-¿Qué ocurrirá si terminas en un sitio que no es lo que esperabas?

-He dicho que no lo sé, ¿no? Deja de ser tan duro conmigo, hermano mayor.

No estoy siendo duro contigo. Tienes que pensar en estas cosas.

Bueno, ya basta. Un forastero como tú no puede saber cómo me siento.

Aunque se aleja a zancadas enfadado, Hosee volverá por la mañana, con tanta adoración por su "hermano mayor" como siempre.

Tiene la personalidad sencilla y despreocupada de un niño.

Hosee tiene una esposa, la joven, tranquila y aniñada Cintia, que conoce desde la infancia.

Cintia lleva dentro la cristalización de su amor.
Hosee pronto será padre.
Los padres de Hosee, los familiares y amigos colman con sus bendiciones a la "joven pareja" que pronto serán los "jóvenes padres".

Pero Hosee le dice a Kaim que eso no es lo que quiere.

Frunciendo el ceño, casi escupe las palabras cuando los dos se sientan en el extremo alejado de la barra de una taberna.

-¿No quieres ser padre?- pregunta Kaim, lo que aumenta la expresión de amargura de Hosee.

Hosee asiente, pero como si quisiera negar la respuesta, masculla:
-No, me alegro bastante de tener un crío. ¿Cómo podría disgustarme eso?

Pero… No sé… Simplemente no es lo que quiero.
Dice que no puede explicarlo con palabras.

Ladea la cabeza unas pocas veces como si fuera a explicarse, y luego apura un trago.

-Hermano mayor, tú no tienes familia, ¿verdad?
-No, yo no…

-¿Qué se siente al estar totalmente solo en el mundo?

La única respuesta de Kaim es una sonrisa forzada.

Hosee interpreta la expresión y el silencio de Kaim para decir lo que quiere.

-Eres completamente libre, ¿verdad?
No tienes que soportar cargas, ni grilletes…

-¿Crees que los hijos son grilletes?

-En cierto sentido… sí.
Para ser sincero, Cintia también lo es. Y mis padres; cuando se hagan viejos, serán otra carga. Trabajar cada día para Cintia y el niño, criar al niño, cuidar de mis viejos padres… y mi vida termina. Eso es el nacimiento de un hijo: una sentencia a cadena perpetua. Te quedas clavado.
Kaim no muestra su acuerdo con esto.
Tampoco intenta discutir en contra.

Hosee interpreta también este silencio como le conviene.

-Sé lo que estás pensando -frunce el ceño-:
"cállate, muchacho, no sabes de qué estás hablando".

Kaim no dice nada.

Hosee, incómodo, mira a otro lado.

-Me alegro -dice, más para sí mismo que para Kaim-. Me alegro de que vaya a tener un hijo con

Cintia.

Voy a hacer todo lo que pueda por ellos. Es verdad, a ti no te mentiría.
Tienes que creerme, hermano mayor. Soy feliz de verdad, y sé que voy a tener que trabajar duro.

-Sí, lo sé -dice Kaim.

-Estoy contento, pero al mismo tiempo no lo quiero.
No es que esté avergonzado por ello ni nada de eso. Solo que, no sé, quiero abandonarlo todo y salir corriendo a otra parte… muy lejos…

-Así que ahora se asoma la verdad -dice Kaim con una risa.

-¿Qué quieres decir?

-Acabas de decir que quieres "salir corriendo", no "viajar".

Es probable que este sea el verdadero sentimiento de Hosee, el cual admite a regañadientes.
-Supongo… ¿Cómo si no podría expresarlo?

Kaim casi desea haber sido un poco más duro con Hosee.

¿Cómo respondería Hosee si le dijera por ejemplo,
que empezó a hablar de viajar cuando la tripa de Cintia comenzó a abultarse?

¿Qué cara podría Hosee si le preguntara
por qué le propuso matrimonio a Cintia si considera que la familia es un grillete?

¿Cómo apartaría la mirada Hosee si le dijera a la cara que,
si tanto quiere salir de esa ciudad, no tiene que viajar con *el,* que puede largarse él solo?

Pero Kaim no tiene la malicia para hacer tales preguntas ni le gusta inmiscuirse en los asuntos privados de la gente.

En su lugar, apura la copa hasta la última gota y propone:-Salgamos de aquí.

Incluso después de salir de la taberna,
Hosee continúa hablando de la estupidez de pasar el resto de su vida en esta ciudad.

El ancho cielo nocturno está despejado.
La luna ha salido y está perfectamente redonda.

-Te lo pido de nuevo, hermano mayor.

Cuando dejes esta ciudad, avísame. ¿No te vendría bien un compañero de viaje?

Hosee vuelve a insistir cuando Kaim lo interrumpe.

-¿No dijiste que querías salir de aquí tú solo?
Viajar con un compañero no es exactamente un viaje en solitario.

-No, bueno, ya ves, esto… Tienes razón: solo te acompañaría una parte del camino. Puedes dejar que te siga un tiempo, y después me iría solo.

-Me harías ir más lento.

-Lo sé. Lo sé. Seguro que viajar es duro y puede que mi vida esté a veces en peligro, lo sé. Pero eso es lo que lo hace tan emocionante…

-Arriesgar la vida no es un juego.

-Mira, si te resulto un lastre, simplemente puedes dejarme atrás. Eso es. No me importaría. Fíjate, estoy dispuesto a dejar a mis padres, mi mujer y mi hijo atrás.

Esto no va a terminar nunca. Kaim asiente y con un suspiro dice: -De acuerdo.

-¿Me llevarás contigo?

La cara de Hosee se ilumina.

Llevo en esta ciudad demasiado tiempo -dice Kaim-. Es hora de que salga a caminar con el viento en la cara.

-Sí, eso es, eso es. Caminar con el viento en la cara.
Vivir en la carretera.
¿Cuándo nos vamos? Ya es bastante tarde esta año. No querrás estar en la carretera en invierno, ¿no? Veamos, ¿qué tal después de que la nieve del paso se haya derretido?

Kaim señala a la luna del cielo nocturno.

-¿Eh?- Hosee parece confuso al mirar hacia arriba.

-La noche en que la luna vuelva a estar perfectamente redonda después de haber menguado y crecido.

-¿Qué quieres decir?

-Exactamente dentro de un mes desde esta noche.

La cara de Hosee empieza a moverse como si quisiera decir algo.
Probablemente quiere decir "es demasiado pronto".
Su cara lo traiciona con una mirada de duda y confusión que estaba ausente mientras estaba ocupado con su interminable charla de siempre.

-¿Un mes desde ahora? Eso es a mitad del invierno, hermano mayor.

-Lo sé.

-¿No será difícil cruzar el paso?

-¿No quieres ir?

No, no es eso...

Me marcho la noche de la próxima luna llena.

Eso es todo.
De acuerdo entonces, hermano mayor, iré. Definitivamente voy.

La noche de la siguiente luna llena.

Cintia estará teniendo el bebé para entonces.

El mes transcurre.

Al principio, Hosee está nervioso, y siempre que se encuentran le recuerda a Kaim que no se olvide de su promesa.

Sin embargo, después de que la luna menguante haya desaparecido del cielo, empieza a mostrarse más reservado.

La desaparecida luna resurge en el cielo, y según crece poco a poco, Hosee deja de seguir a Kaim.
A veces llega a escabullirse entre la multitud cuando ve a Kaim acercándose por la plaza del mercado.
Kaim se da cuenta del cambio de actitud en Hosee.
Es algo que esperaba que ocurriera e incluso contaba con ello.

Con las manos sobre su vientre abultado, Cintia tiene una sonrisa de profunda serenidad cuando compra en el mercado.

No solo Hosee, sino todos los que se encuentran con esa sonrisa suya deben llegar a comprender
esto: seguro que los sueños del joven implican hacer lo que quiera, pero ese no es el único tipo de

sueño que hay.

A medida que uno madura, ve que hay otra clase de sueño, y es desear la sonrisa de la persona que amas y que te ama:

Anhelarla siempre y para siempre.
Esa es la otra clase de sueño que la gente llega a comprender cuando madura.

Hay luna llena de nuevo.

Con su perfecta redondez, la luna inunda de brillante luz la vacía carretera empedrada.

Hosee llega corriendo, sin aliento,
a la habitación vacía en la que Kaim ha terminado los preparativos para el viaje.

Hosee no trae nada. Ni siquiera se ha cambiado la ropa de cada día.

Hermano mayor, ¡lo siento! - dice jadeando, luchando por respirar.

Agacha la cabeza repetidas veces como disculpa ante Kaim.
¿Has cambiado de idea? - pregunta Kaim, intentando no sonreír.

-No, en absoluto.
Me voy a ir. He planeado marcharme contigo, hermano mayor. Solo…

Dice que Cintia se puso de parto al ponerse el sol.
Han llamado a la matrona más habilidosa y experimentada de la ciudad, pero Hosee aún no ha oído al bebé llorar. Está tardando en nacer más de lo que debería.

Cintia lo está dando todo.

Mi madre y mi padre están rezando a más no poder. Así que hasta que al menos el bebé haya nacido y esté a salvo, quiero quedarme con Cintia. Dice que se siente mejor cuando le doy la mano, así que bueno, en verdad no puedo dejarla ahora…

Kaim asiente con total comprensión.

-Por eso, hermano mayor, espera un poco más. En cuanto nazca el bebé, me iré de casa, lo juro, definitivamente me voy, solo un poco más…

Incluso conforme hablaba, sus pies golpean impacientemente el suelo con el entusiasmo de correr de vuelta a casa.

-Lo entiendo-dice Kaim-. Esperaré a que la luna esté justo en lo más alto del cielo nocturno.
-No te preocupes, no tardará tanto.
Solo tendrás que esperar un poquito más, solo un poquito.

-No hay prisa. Pero por otra parte, quiero que me prometas una cosa.
-¿El qué?

-Cuando el bebé nazca, quiero que lo cojas en tus brazos. No vuelvas aquí hasta que abraces al bebé. ¿Entendido?

Hosee lo mira confuso, pero asiente.
-Comprendido. Haré eso exactamente, hermano mayor. ¡Pero tú espérame!
Hosee sale de la habitación más rápido incluso de lo que entró.

El sonido de sus pasos al correr sobre la piedra se aleja, y cuando Kaim está seguro de que se ha marchado, una sonrisa se extiende lentamente por su cara.

Hosee nunca volvió.

Cuando la luna alcanza su cenit y empieza a descender por el Oeste, aparecen indicios de luz en el cielo oriental. Kaim se aproxima al paso de montaña al borde de la ciudad.

Viajará solo.

Dirigiéndose al paso, camina rápido como si quisiera quitarse de encima el sonido de la voz de Hosee que permanece en sus oídos: mayor Kaim, lo siento, hermano mayor, lo siento…
Imagina con infinita claridad esa voz y a Hosee inclinando la cabeza en una disculpa lamentable.
No necesita oír la voz de verdad.

Mucho después de dejar la ciudad, sigue viendo la sonrisa de adoración de Hosee en su mente.
Hosee no serviría de mucha ayuda como compañero de viaje, pero un viaje juntos seguramente les hubiera dado a ambos mucho de lo que reírse.

Pero no importa. Está bien, se dice Kaim a sí mismo y acelera el paso más aún.

No está resentido o enfadado con Hosee lo más mínimo por haber roto su promesa. Al contrario, le gustaría bendecir a Hosee por elegir quedarse en su lugar de origen y proteger su hogar.
Tanto más cuanto que este es un sueño que Kaim nunca podrá cumplir.

Un viento helado azota el paso antes del amanecer.

Si el llanto del recién nacido pudiera volar sobre ese viento hasta aquí…

Kaim se ríe de la idea.

¿Abandonará el sueño de marcharse de su ciudad natal? ¿O empezará a buscar otro "hermano mayor" que le ayude a ocultar el miedo de salir a la carretera solo?
No hay forma de que Kaim lo sepa. Es mejor dejarlo sin resolver.

Hosee no pudo partir la noche que su hijo nació.
Las manos con las que agarró al recién nacido eran inútiles para hacer los preparativos de viaje.

Aunque solo fuera por esa razón, había supuesto un paso más en su transformación en un adulto maduro.

-Vamos -dice Kaim entre dientes conforme cruza el paso.

Mira, Cintia, está sonriendo…

La sonrisa de felicidad que Hosee fija en el bebé será suficiente compañero de viaje para Kaim hasta que alcance la próxima ciudad.

Fin

Todos llaman al general el Carnicero.

A la hora de combatir es como una roca, posee excelentes dotes tácticas, aprovecha como nadie el tiempo y las características del terreno y, sobre todo, destaca por su habilidad como guerrero.

No obstante, la victoria en el campo de batalla no implica necesariamente una carnicería.

Los generales reciben un sobrenombre indicativo de sus capacidades militares, el Victorioso, el Indomable, el Invencible… pero solo a uno lo llaman el Carnicero.

La tragedia del general Carnicero

¿Sabes por qué, Kaim?
-pregunta el general mientras se recrea contemplando el vasto mar de cadáveres.

Kaim no contesta. Entró en liza como mercenario pero sus logros superaron con mucho los de las propias tropas. Que el general llame a un hombre a su presencia y hable con él cara a cara es un honor que muchos oficiales no alcanzarán ni en sus mejores sueños.

-No solo por ganar batallas -prosigue el general-. Sería demasiado fácil limitarse a matar al general enemigo. Acabar con el líder y punto. ¿Verdad?

Kaim asiente en silencio. Así es como debería haber terminado este combate, en lugar de haberse alargado la batalla durante tres días. El general enemigo se rindió apenas iniciado el conflicto. Ofreció su cabeza a cambio de las vidas de su ejército y su pueblo.
Sin embargo el Carnicero rechazó la oferta y continuó luchando contra un enemigo que había abandonado la voluntad de combatir, hasta masacrarlo. Al día siguiente se prendió fuego al bosque al que habían huido los sumisos aldeanos.

-El combate no termina cuando entonas la canción de la victoria en el campo de batalla. Basta que sobreviva una sola persona para que la semilla del odio germine. Hablo del deseo de venganza. Nada bueno puede ocurrir si lo dejamos crecer.

Hay que cortar de raíz los problemas que puedan surgir.

Por esto es por lo que las tropas a las órdenes del general aniquilaron a los jóvenes del pueblo tras examinar a los soldados enemigos. También asesinaron a los inermes ancianos. Segaron la vida de las madres que huían con sus hijos en brazos. Acabaron con los niños que permanecían aferrados a los cadáveres de sus madres.

-¿Crees que soy cruel, Kaim?

-Sí -respondió el mercenario asintiendo con la cabeza.

Los oficiales que había alrededor de ambos se quedaron pálidos, pero el Carnicero sonrió y prosiguió.

-Supongo que tú no hiciste nada de eso.

-Mi trabajo consiste en matar soldados en el campo de batalla.
En mi contrato no se estipula otra cosa.

-Y yo te digo que esa es una manera necia de ver las cosas.

Esos soldados que has matado han dejado atrás hermanos e hijos. ¿Acaso quieres vivir temeroso de su venganza? 1 Es absurdo. Si acabas con la familia entera, vivirás sin esa preocupación,

¿entiendes?

El general vomita una carcajada estentórea y los oficiales le responden con una sonrisa.

Kaim sin embargo, se mantiene inexpresivo y se aleja.
-¿Adónde vas, Kaim?

No ha más que decir, ¿no? He cumplido mi parte del trato.

-Eso no importa. Espera.

Al decir esto el general, varios soldados se interponen en el camino de Kaim.

-Escucha, Kaim. Hemos recibido algunos informes que hablan de tus proezas en el frente. ¿Qué te parece luchar bajo mi mando de ahora en adelante? Aprovecharías al máximo tus dotes marciales.

-No me interesa.

-¿Cómo dices?

-Jamás emplearé mi espada contra un oponente desarmado.
El carnicero se queda estupefacto por un momento y retuerce el gesto confundido.

Todavía no lo entiendes, ¿verdad? Deberías repasar los libros de Historia. Te darías cuenta de que el odio solo engendra más odio. Esto es lo que acaba destruyendo las naciones y potencias más prósperas, y por eso me aseguro de acabar con el problema de raíz.

-En mi opinión general, una batalla y una matanza son cosas distintas.

-¿Qué estás…

-Igual que el valor y la crueldad.

-Tú, un vulgar mercenario, te atreves a darme lecciones…

-Permíteme decirte una cosa más acerca del odio, general.
No se extingue solo con asesinar a las personas.
Permanece en la tierra, en las nubes, en el viento.
Es lo que he creído siempre y pienso seguir haciéndolo.

-Estúpido…

-El exterminio es la solución de los cobardes. Eso es lo que creo.

-¿Cómo osas…

El general mira a Kaim y sus hombres desenvainan.
En ese preciso instante se oyen procedentes del bosque calcinado los gritos de unos soldados.

-¡Aquí hay más! ¡Todavía quedan cinco! ¡No, seis! ¡Por allí! ¡Han huido por allí!
El general, distraído por los gritos, comienza a dar órdenes a sus hombres:

-¡Aprisa, cogedlos! ¡Que no se escape ni uno! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡No los dejéis marchar!

Los hombres que bloquean el paso de Kaim se ponen nerviosos y ninguno piensa en detenerlo cuando empieza a alejarse.

-¿Habéis oído? ¡Que no se escapen! Como falte uno solo, despedíos de vuestra cabeza, ¡todos!

Los gritos del general son a todas luces los de un cobarde.

Después de aquel día, el Carnicero dirigió infinidad de batallas y redujo a cenizas incontables aldeas, asesinando siempre a todos los habitantes.

Entonces, una noche, ocurrió algo.

El general sintió un picor extraño en el dorso de la mano.

No era como cuando le picaba un insecto o le salía un sarpullido. La picazón era mucho más profunda y parecía retorcerle la carne.

-Qué raro…

Por mucho que se rascó, no obtuvo el menor alivio. Era muy extraño; no tenía ningún enrojecimiento ni ninguna roncha y no se veía señal alguna de erupción.
-Me habrá picado una polilla venenosa.

Aquel día el general había incendiado otra aldea. Hasta entonces ese pueblo, rodeado de hermosas praderas como estaba, se le conocía en tiempo de paz como "la Villa Florida". En honor al nombre, los habitantes se dedicaban en cuerpo y alma a cultivar flores de todos los colores; las que habían terminado de desarrollarse para esta época del año eran del color del sol poniente.

De hecho, todo el pueblo parecía teñido del color del más magnífico de los crepúsculos. Esta fue la aldea sobre la que el general desató un incendio más resplandeciente que cualquier atardecer.

A los aldeanos, que corrían despavoridos en círculos, los mataron uno a uno. Más roja que el cielo arrebolado, más roja que la más intensa llama era la sangre que empapaba la tierra.

-Pero siempre ha sido así. Hoy no he hecho nada especial.
El general sacude la mano, que no deja de picarle, y toma un trago de licor.

Sucedió en ese momento.

Una especie de granitos empezaron a rasgarle la piel del dorso de la mano.

No sangró.

No sintió ningún dolor.

Igual que las plantas cuando brotan de la tierra.

En efecto, las cosas que estaban cubriendo el dorso de la mano ante sus propios ojos eran, sin la menor duda, brotes de plantas.

El general, espantado, cogió una navaja e intentó cortarse esas cosas.

Sin embargo, cuando las tocó con la hoja, empezaron a emitir lo que parecían gemidos humanos, iguales a los gritos de una persona al coserla a espadazos, o al quemarla.

-¡Callaos, malditos! Callaos, demonios…

Puesto que con una mano sostenía la navaja para quitarse lo que le salía de la otra, no podía taparse los oídos.

Cuando acabó de cortarse esas criaturas del dorso de la mano, tenía el cuerpo cubierto de un sudor pegajoso. Para descargar su rabia, llamó a gritos a los hombres que se suponían que debían de estar protegiéndolo.

-¿Dónde estabais?

-¿Señor?

-¡Tendríais que haber acudido corriendo al oír los gritos en mi tienda! ¡Es vuestro deber como guardias!

Los guardias se miraron confusos y el primero de ellos adujo trastabillando:

-Disculpe, señor, hemos permanecido todo el tiempo junto a la puerta pero no hemos oído ningún…

El general miró a sus hombres, colérico, pero una vez hubo dominado la ira que lo embargaba, gritó: -No importa. ¡Fuera de aquí!

Estaba demasiado furioso como para perder el tiempo con los subordinados.

Al instante siguiente, empezó a picarle otra vez el dorso de la mano.

Solo que esta vez la quemazón no se limitaba a la mano:
También los costados, los hombros, las nalgas, las corvas,
todo el cuerpo empezó a arderle.

El general, que se encontraba solo de nuevo, se arrancó la ropa de dormir y se examinó todo el cuerpo aprovechando la luz de la luna que atravesaba la tela de la tienda.

Ahora esas criaturillas le brotaban de todas partes; a algunas incluso les salían hojas.

El general profirió un grito sordo y empezó a cortarse los retoños que iban apareciendo.

Según se iba deshaciendo de ellos, emitían gritos espantosos que le helaban la sangre.

Vio cómo las sábanas se iban tiñendo de verde y pronto los incontrolables brotes empezaron a transformarse en un sinfín de cadáveres humanos. Cubrieron no solo su cama, sino el mundo entero antes de fundirse con la negrura de la noche y desaparecer.

Las noches sin dormir se sucedían sin piedad.

Las horripilantes criaturas seguían brotando de su piel aunque las cortara mil veces.
Los ungüentos no surtían el menor efecto. Tomaba todos los antídotos que caían en sus manos, pero ninguno servía de nada.

No podía hablar de esto con sus subordinados.

Si corriera el rumor de que al Carnicero le habían salido unas plantas misteriosas por todo el cuerpo, sus enemigos se envalentonarían y sus aliados se desalentarían.
Tal vez hasta sus subordinados intentaran cortarle la cabeza una noche.

Por su cobardía lo conocían como el Carnicero y precisamente ese pánico lo había convertido en un hombre solitario y aislado.

No tenía a nadie con quien hablar de esto.

Todas las noches libraba en soledad la misma batalla,
aunque quizá no se tratara de un combate propiamente dicho. Las criaturas brotaban sin más de su cuerpo y no ofrecían la menor resistencia. Cuando las tocaba con la navaja, gritaban y se desprendían. Lo que hacía era más propio de un carnicero que de un guerrero.

Pasaron algunas noches más.

Las plantitas no dejaban de brotar. El único aspecto positivo podría ser que las criaturas solo le salían en las partes del cuerpo a las que alcanzaba con la navaja. Sin embargo, esto también podría haber sido un martirio. Al general no le quedaba otro remedio que seguir amputándose retoños precisamente porque llegaba a ellos.

Dado que bastaba él solo para llevar a cabo la carnicería, no podía pedir ayuda.

La matanza en soledad no cesaba.

Las noches sin dormir no se acababan.

Su cuerpo se iba consumiendo poco a poco.

"*¿Por qué me pasa esto?*", se preguntaba el general.

"*¿Por qué tiene que pasarme esto a mí?*

Es tiempo de guerra. Estoy en el campo de batalla. Debo matar al enemigo para sobrevivir. Para vivir tranquilo, tengo que aniquilarlos a todos, tanto si van armados como si no".

-Es pura lógica -gruñía el general-. Solo he hecho lo más prudente de la manera más sensata.

Esa noche le volvieron a retoñar las plantas.

Una vez más, se las cortó con la navaja.

De nuevo escuchó los alaridos de sufrimiento.

De nuevo contempló el mar de cadáveres.

De nuevo oyó al gallo anunciar el inicio del nuevo día.

De nuevo pasó la noche sin el alivio del sueño.

El general veía cómo su cuerpo, su arma más letal ante el enemigo, se marchitaba día a día. Junto con su vitalidad, también fue perdiendo la cabeza.

Se pasaba los días postrado en la cama.

Abriera o cerrara los ojos, solo veía imágenes de las matanzas que había llevado a cabo.

Ahora recordaba las palabras de un mercenario capaz pero insolente.

El odio no se extingue al poner fin a una vida.

Permanece… en la tierra, en las nubes, en el viento.

El general quería volver a ver a ese hombre…
Verlo y preguntarle otra vez si acaso se había equivocado todos estos años.

Tal vez este guerrero, un hombre silencioso, no respondiera a su pregunta. Con todo, el general necesitaba verlo una vez más, al mercenario, a ese tal Kaim.

El sol se puso. La noche se fue cerrando.

Como siempre, el cuerpo comenzó a picarle y los retoños volvieron a brotar.

Pero el general, que sostenía la navaja entre unos dedos que ahora más bien se asemejaban a ramas marchitas, ya no tenía fuerza para seguir cortándoselos.

Empezó a picarle la espalda.

Era la primera vez que las criaturillas le salían en partes a las que no alcanzaba, como si hubieran estado aguardando el momento oportuno.

El general, tumbado sobre la cama, dejó caer la navaja.

"*Basta.*
Ya no puedo más".

Las plantitas siguieron naciendo y lo fueron envolviendo hasta cubrirlo por completo.
Entonces le abrió la espalda, de la que surgió un retoño más grande de lo normal.
Al amanecer la planta ya había madurado y antes de que cantara el gallo ya había echado una flor del color del atardecer.

Han pasado largos años.

Cuando visita el antiguo campo de batalla, Kaim se encuentra con un jardín.

Hay una plétora de flores de colores y formas distintos a los de las plantas de los bordes.

Junto al jardín hay un monumento de piedra con una inscripción de la historia del lugar:

En este campo terminó sus días un gran general.
Era conocido como el Carnicero. Murió de repente una noche
y de su cuerpo brotaron multitud de plantas florecientes.
Eran Flores de la Tarde, que solo crecían en una
aldea que el general había incendiado. Cuenta la leyenda que la semilla de la
Flor de la Tarde se aloja en el cuerpo de quienes tienen el alma abonada
de odio y que las raíces alimentan las flores con su carne.

Las flores del jardín, del color del sol poniente, se mecen al son de la suave brisa.

Kaim se queda allí un rato, contemplando la infinidad de flores nacidas del odio, antes de seguir su camino en silencio.

Se dice que en el centro del jardín hay enterrada una armadura, pero nadie la ha encontrado nunca…

Fin

Todo el mundo consideraba al anciano Greo el mejor zapatero del país.

Sus zapatos eran ligeros como una pluma y resistentes como el acero. También eran caros (triplicaban el precio normal del mercado). La gente que desconocía su reputación se quedaba tan anonadada al conocer lo que cobraba que exclamaba: "¡El anciano debe de hacer los zapatos por amor al arte!".

Por supuesto, no era tal caso. Empezó como aprendiz de artesano a una tierna edad y cada vez que adquiría los conocimientos con un maestro, se marchaba a trabajar con otros zapateros de mayor prestigio. Antes de darse cuenta, ya estaba haciendo zapatos para los nietos de sus primeros clientes.

La historia del anciano Greo

Greo era un artesano tan habilidoso que podía confeccionar cualquier tipo de zapato que el cliente le encargara, pero lo que mejor se le daba (y con lo que más disfrutaba) era el calzado de suela gruesa para caminantes.

Todos sus clientes estaban de acuerdo:"Una vez que has viajado con los zapatos del anciano Greo, ya no puedes calzarte con otros".

Algunos decían:"¿Alguna vez os habéis puesto sus zapatos? No te cansas nunca. Solo quieres seguir caminando, tan lejos como puedas. Casi odias llegar a tu destino".

No obstante, pese al excelente artesano que era, anciano Greo casi nunca hablaba con sus clientes y en ocasiones se llegaba a mostrar muy desagradable. Cuando alguien alababa su trabajo, ni siquiera sonreía. Tan solo se limitaba a poner otro trozo de piel en la horma de madera y comenzaba a martillear.

Las únicas ocasiones en las que se le veía esbozar una sonrisa casi inapreciable era cuando algún cliente visitaba su taller para realizar un pedido.

Tampoco era que le entusiasmara que le hicieran encargos. Cuando más disfrutaba era cuando un cliente le traía un par de zapatos completamente deteriorados. Examinaba con ternura las suelas desgastadas y los empeines ajados y les hablaba:

"Parece que habéis visto mucho mundo...".

Los clientes habituales nunca se deshacían de los zapatos viejos porque sabían cuánto disfrutaba el anciano con ellos. Ni tampoco osaban limpiarlos jamás antes de dejarlos en manos del viejo artesano.

Los prefería recién utilizados, cubiertos de polvo, mugrientos y hediondos.

-Son mis sustitutos - decía, y les buscaba un lugar de honor en el almacén.

-Caminan por mí. Han hecho su trabajo.

Odio tirarlos solo porque ya no sirvan.

Pese a lo mucho que le satisfacía su trabajo, el anciano Greo jamás se calzaba sus zapatos.

No habría podido, aunque hubiera querido.

Le faltaban las piernas de las rodillas para abajo.

Una enfermedad terrible le devoró los huesos cuando era muy joven y tuvieron que amputarle las

piernas para salvarle la vida.

Llevaba toda su larga vida en una silla de ruedas. Jamás salió de su pueblo.

A esto se refería cuando decía que sus zapatos viajaban por él.

-Hacía tiempo que no te veía -dice el anciano Greo sin apartar la vista de su obra cuando Kaim aparece en el umbral. Aunque el artesano se encuentra de espaldas a la puerta, el sonido de los pasos le avisa cuando llega un cliente habitual.

-¿Ha atravesado el desierto?

El sonido le dice lo desgastados que están los zapatos y qué terreno han pisado. El anciano Greo es un artesano de primera.

-Ha sido un viaje horrible -contesta Kaim con una sonrisa mientras se acomoda en una silla de un rincón de la tienda.

Cuando el anciano Greo está dando los últimos toques a un trabajo, casi nada desvía su atención, como bien saben sus clientes habituales.

-¿Han estado a la altura mis zapatos?

-¡Como nunca! Nadie me hubiera hecho unos mejores.

-Me alegro.

El anciano no muestra el menor entusiasmo, lo que es de esperar.
Greo es especialmente seco cuando trabaja. Si Kaim desea verlo sonreír, tendrá que esperar hasta entregarle los zapatos viejos en un descanso.

-¿Vas a encargar otro par?

-Ajá.

-¿Adónde vas ahora?

-Al Norte, seguramente.

-¿Al mar o a las montañas?

-Puede que recorra la costa.

-¿Para luchar?

-Es posible.

El anciano Greo asiente con la cabeza.
Guarda silencio durante un momento.

El único ruido que se escucha en todo el taller lo produce su mazo de madrea.

Como en los viejos tiempos. El golpeteo le trae recuerdos a Kaim.

Ha encargado incontables pares de zapatos en esta tienda.
Incluso antes de que pasara a regentarla el anciano.

Kaim es uno de los clientes más antiguos del anciano Greo. En otras palabras, es de los pocos que ha sobrevivido a sus viajes.

Entre golpeteos y palabras dispersas, el anciano va hablándole a Kaim sobre la muerte de algunos de sus clientes de siempre. Uno enfermó y murió mientras viajaba. Otro perdió la vida en un accidente. En cuanto al que murió en combate…

-Es duro cuando solo vuelven los zapatos.

Kaim asiente con la cabeza.

-Hace unas semanas murió un muchacho. Llevaba el primer par de zapatos que me había encargado. Las suelas apenas estaban gastadas.

-Háblame de él.

-Bueno, lo de siempre. Deja su hogar en busca de una vida más interesante. Los padres intentan hacerle recapacitar, pero se marcha de todas maneras.

-Me sorprende que pudiera permitirse unos zapatos tuyos.
-Se lo pagaron los padres. Triste, ¿verdad? Entregan a su hijo todo su amor y cariño y cuando apenas ha dejado de ser un crío, dice que se va de casa. Al final acceden y deciden dejarlo marchar. Piensan que por lo menos pueden entregar un par de zapatos míos como regalo de despedida. En menos de un mes el muchacho regresa con los pies por delante. No sé, creo que los padres de ahora no saben criar a sus hijos.
-Greo parece escupir cada palabra.

Kaim sabe que los sentimientos del anciano son mucho más profundos. El anciano Greo lo dejaría
todo para tener listo un nuevo par de zapatos para el funeral de un muchacho desgraciado que pasó

a mejor vida cuando intentaba cumplir su sueño. Se los calzaría al cadáver en el ataúd y rezaría por que consiguiera terminar este último viaje.

Greo guarda silencio de nuevo y coge el mazo.

Kaim se fija en lo encorvado y enjuto que se ha quedado el viejo.

Hace mucho que lo conoce. Sus días acabarán pronto, piensa Kaim con aflicción.

El anciano Greo decide que se puede permitir darse la vuelta y mira a su cliente.

-Me alegro de verte por aquí, Kaim.

Tiene el rostro surcado de arrugas. A Kaim le vuelve a llamar la atención cuánto ha envejecido.

-¿Adónde decías que te diriges ahora?

-Al desierto.

-Sí, eso me ha parecido.

Kaim menea la cabeza. El viejo parece no concentrarse como antes cuando no está trabajando y a veces le falla la memoria.

Poco a poco pero inequívocamente, el anciano Greo se va perdiendo en la frontera que separa la realidad de los sueños. La gente envejece y muere. La certeza de este destino inevitable estremece a Kaim con especial intensidad cada vez que finaliza un viaje largo.

-Veo que también has sobrevivido ahora.

Kaim lo mira forzando una sonrisa.

-¿Lo has olvidado? No puedo morir.

-Oh, supongo que ya lo sabía…

Tampoco envejezco. Tengo el mismo aspecto que el día que me conociste, ¿no crees?
Por un momento, el anciano parece confuso.

-Claro, entonces eras un niño.
Acababas de recuperarte de aquella enfermedad pero habías perdido las piernas y te pasabas el día

llorando.

-Es verdad... Me acuerdo...

-Me llamabas hermano mayor Kaim y jugabas con mis zapatos viejos. ¿Te acuerdas?

-SÍ, desde luego.

Ahora Greo está seguro de lo que dice. O la niebla se ha dispersado o los recuerdos lejanos han vuelto con especial claridad porque proceden de un pasado muy distante.

-Tenía unos cuantos agujeros, cierto tufillo acre a barro y sudor y las suelas estaban desgastadas.

Cualquiera hubiera pensado que no eran más que unos zapatos viejos que había que tirar, pero para mí escondían un tesoro.

Recuerdo que pasé el dedo por la capa de suciedad que los cubría y que intentaba adivinar qué parajes había recorrido. ¡Me divertí tanto con ellos! ¡Tanto!

-Fue todo gracias a ti, Kaim.

De no haberte conocido, me habría pasado la vida maldiciendo mi suerte. Sin embargo he sido feliz. Soy feliz ahora. Aunque no pueda salir de este taller, mis hijos pueden viajar por mí. He llevado una vida plena.

-Guarda silencio-.

¡Bueno, basta de palabrería! -exclama Greo entre avergonzado y sonriente. Le tiende su gruesa mano a Kaim.

-Muy bien, venga, dame a mis hijos -dice, y Kaim le entrega un par de zapatos destrozados.

El viejo los acaricia con cariño y dice suspirando:

-Has luchado en multitud de batallas.

-También fui mercenario durante un tiempo.

-Lo sé -dice Greo-. Huelo la sangre. Siempre me traes los zapatos igual.

-¿Te disgusta?

-En absoluto. Me alegro de que hayas regresado sano y salvo.

-Me marcharé otra vez en cuanto me prepares los nuevos.

-¿Otro viaje de esos? ¿A la guerra?

-Ajá...

-Y cuando el viaje acabe, ¿volverás a partir?

-Es posible…

-¿Cuánto aguantarás así?

Kaim contesta con una sonrisa apagada. *Siempre.* Esta no es una palabra que se deba pronunciar a la ligera en presencia de alguien que ha consumido el poco tiempo que se le ha dado.

-Oh, bueno, qué más da -dice el viejo, que da la espalda a Kaim para volver a su trabajo.

-Espera tres días. Podrás salir la mañana del cuarto.

-Muy bien.

-Y luego, ¿cuándo nos volveremos a ver?

-Dentro de dos años, quizá. Tal vez tres. Puede que un poco más tarde.

-¿De verdad? En fin, en ese caso puede que este sea el último par de zapatos que hago para ti.

Kaim cree que así será. No es muy probable que el anciano resista tres años más. Kaim desea de corazón que viva más tiempo, pero no basta con tan solo desearlo.

Solo quienes viven eternamente saben que este es el motivo por el que el tiempo que se le concede a una persona es tan precioso e irrecuperable.

-Oye, Kaim…

-Dime.

-¿Te importaría si hago un segundo par de zapatos del mismo cuero iguales a los tuyos?

Explica que serán para él mismo, para meterlos en su ataúd a la hora de emprender su último viaje.

-Cómo no -responde Kaim. El anciano comienza a golpetear con el mazo en lugar de darle las gracias.

El ruido es más triste y lúgubre de lo normal.

-Eso sí, ahora que lo pienso, Kaim, vuelve alguna vez por aquí, aunque yo haya muerto. Deja tus zapatos viejos junto a mi tumba.

-Lo haré.

-Me gustaría decir que llegaré al cielo antes que tú y que te estaré esperando, pero en este caso no es apropiado.
-No, por desgracia.

¿Cómo es eso de no acabar nunca el viaje? ¿Te hace feliz? ¿Te entristece?

-Es más bien una desgracia -contesta Kaim pero su voz se ahoga bajo el golpeteo cada vez más fuerte del mazo de Greo, de manera que ni él mismo se oye.

El anciano Greo llegó al término de sus días poco después de la visita de Kaim.

Puesto que Greo no tenía familia, su tumba del cementerio del límite del pueblo estaba atendida por sus muchos hijos. Tal como era su deseo, sus clientes habituales dejaban sus zapatos viejos junto a su tumba.

Entre ellos se contaban los de Kaim.

El epitafio lo escogió el propio Greo.

Esta fue la explicación que le dio a Kaim: "Se lo decía a cada par de zapatos antes de entregárselos a los clientes. A ellos también se lo deseaba siempre. A mí, sin embargo, nunca me lo dijo nadie.

Por eso quiero que lo ponga en mi lápida.

Estas son las palabras con las que quiero que me despidan cuando parta hacia el cielo".

Han pasado varias décadas.

No solo el anciano Greo sino también todos los clientes que lo conocieron abandonaron este mundo hace mucho.

El único que sigue viniendo a presentarle sus respetos es Kaim.

Ya no calza los zapatos que le confeccionó el viejo. Al igual que la de un hombre, la vida de unos zapatos es limitada.

Con todo, Kaim viene al pueblo antes de iniciar cada viaje para tocar el suelo con la frente ante la tumba del anciano.

La tumba está cubierta de musgo, aunque, por extraño que parezca, la inscripción tallada en la lápida se sigue leyendo con claridad.

"¡Que tengas un buen viaje!".

Esto fue lo que el anciano le deseó siempre a todo el mundo.

Las palabras brotaban con sequedad de sus labios, aunque siempre cargadas de sentimiento.

Fin

Sé que ahora probablemente me odias, Aneira.

O quizás, como descendiente del noble clan de las alas blancas,
no albergas una emoción tan vulgar como el odio.

Co tu amabilidad y dulzura, quizás me has perdonado. Quizás hayas aceptado lo que hice, y ahora me compadeces por estar atrapada de nuevo en la prisión de la soledad.

Pero aún así, buen y amable Aneira, insisto en hacer una última petición egoísta:

Por favor, ódiame.

Ódiame por toda la eternidad.

Si sé que me odias, puedo seguir conectada a ti.

Si sé que no me has perdonado, ese dolor me permitirá sentirte cerca de mí.

¿Te ríes de mi enrevesado razonamiento?

Entonces deja que lo diga de forma más sencilla.

Me siento sola.

Temo la soledad eterna.

Ese miedo ha estado en mí desde que te maté con mis propias manos…

Habían pasado novecientos años desde que nos conocimos.

De modo convencional, me casé. De forma incluso más convencional, tuve un hijo.

Poco después de llamar a mi niño "Sed", mi marido murió a causa de una epidemia.

Por supuesto, junto a su lecho maldije el destino que no me dejaba morir.

Si no hubieras estado allí conmigo, Aneira, jamás habría podido encontrar la fuerza para criar a Sed por mí misma.

-No hay mayor alegría para un niño que nacer y crecer sano- me dijiste.

Palabras dignas de ti, único superviviente del clan de las alas blancas.

-Estará bien, Sez. Ya no estás sola. Ahora tienes a Sed. Mientras él esté contigo nunca estarás sola.

Asentí reconociendo tristemente la verdad de tus palabras, y continuaste con cierta vergüenza:

-Déjame a Sed a mí. Lo entrenaré para ser un hombre de mar hecho y derecho. Si alguien se atreve a amenazarlo, lo protegeré con mi vida.

Qué amable fuiste, Aneira.

Qué amable de verdad.

Todavía ahora recuerdo la sonrisa despreocupada de tu cara mientras jugabas con Sed.

Era un niño frágil, pero armaste tu corazón de valor para entrenarlo severamente, y en esos días en los que lloraba hasta quedarse dormido, a menudo te pillaba de perfil, observándolo mientras dormía con tu cara embargada de una ternura indescriptible.

Cómo me alegro, Aneira, de que el destino nos uniera.

Puedo afirmar sin titubeos que fuiste el mejor compañero de mi larga e interminable vida.

Entonces, Aneira, ¿por qué los acontecimientos acabaron así?

Ni siquiera hoy tengo idea de porqué.

¿Y tú?

¿Sabías por qué estas cosas te estaban pasando?

Eso es lo que me gustaría saber.

Tanto más cuanto que ya no puedo conocer la respuesta y quiero saberla desesperadamente.

El sueño de Sez - parte II

Sucedió hace 30 años.

Os dije adiós a ti y a Sed y partí hacia la Torre de los Espejos.

Había recuperado la memoria: la misión por la que había venido a este mundo; la tarea que me habían enviado a cumplir, y la razón por la que poseía recuerdos de mil años pasados en este mundo.

Era una pirata que valoraba la libertad sobre todo. Y lo que más disfrutaba de todo era vivir desenfrenadamente en mar abierto. Yo misma no sabía por qué exactamente me atraía tanto la libertad.

Pero fue entonces cuando lo comprendí: en lo profundo del corazón del que desea libertad yace el dolor de la libertad negada.

Fuiste tú, Aneira, quien me enseñó la expresión "prisión de la soledad".

Y era cierto; estaba atrapada en la prisión de la soledad.

No obstante, no solo porque estaba recluida en una cueva de una isla desierta. Para mí, estar en este mundo era la prisión de la soledad.

Cuando comprendí esto, me dirigí a la Torre de los Espejos, para volver al mundo del que había venido.

Alentada por mis mil años de recuerdos (recuerdos de haber vivido en este mundo) iba a volver al mundo al que pertenecía.

En la Torre de los Espejos, él estaba esperando: Gengara, el hombre con el que se supone debía volver a mi mundo de origen.

Sin embargo, ignoraba que se trataba de una trampa que Gengara me había tendido.

No puedo olvidar cómo estaba allí, con las piernas abiertas y desafiante, delante de la Torre de los Espejos, riéndose con es arrogante risa suya. Se me revuelve el estómago cuando recuerdo su odiosa cara y se me pone la piel de gallina cuando pienso en su astuta y aterradora trampa.

Gengara no tenía la intención de volver a nuestro antiguo mundo. En su lugar, había urdido una diabólica conspiración para convertirse en el gobernante de este mundo, y cualquiera que se le resistiera sería aplastado sin piedad.

Yo era una de las que se interpuso en su camino.

En cuanto descubrí su malvado plan, huí de vuelta a mi barco pirata.

Obviamente, un monstruo así no iba a conformarse con esperarme allí sin más.

Conociéndolo…
Tenía un presentimiento terrible.

-¡Sed!¡Aneira! -grité conforme saltaba al barco.

Al segundo siguiente, comprobé boquiabierta que mi presentimiento era acertado.

Ambos estabais allí en cubierta.

Sed yacía en el suelo, sangrando.

Y tú…

Cuando fuiste consciente de mi presencia y te giraste lentamente en mi dirección, tenías un brillo extraño en la mirada.

Y tenías algo en la boca.

Era la pierna de Sed. Se la habías arrancado del cuerpo.

Todo sonido se desvaneció.

Sed estaba allí en un charco de sangre, con la pierna arrancada, intentando llamarme a gritos.

No podía oír nada.

No podía ver sus ojos llenos de pena a pesar de su súplica:

-¡No culpes a Aneira! ¡No es culpa suya!

Debí decir algo, como "¿qué ha ocurrido?", o quizás "¿cómo ha pasado esto?" o "cálmate, Aneira", o "sé fuerte, Sed".

O también, puede que simplemente gritara, demasiado nerviosa para producir palabras coherentes.

En cualquier caso, no podía oír mi propia voz.

Me estabas mirando, Aneira. Los ojos te brillaban de un modo horrible.

Ya no eras el Aneira que yo conocía.
Te había poseído totalmente algún otro ser.

¿Por qué, Aneira, por qué?

Intentaste escupir la pierna de Sed y la dejaste caer sobre la cubierta.

Y entonces viniste a por mí.

La voz de Sed rompió el silencio cuando gritó "¡Alto!".

¿Acaso te gritaba a ti, Aneira, para que te detuvieras, o era a mí?

Toda la escena quedó envuelta de luz blanca.

Cuando recuperé la consciencia, estaba tirada en la cubierta.

Conforme abría los ojos lentamente y me levantaba, comprobé que mi espada había desparecido.
De mi cintura colgaba una vaina vacía.

Miré a mi alrededor impactada, y allí estabas, Aneira, tumbado boca arriba.

Mi espada se hallaba clavada en tu pecho y permanecía allí como la marca de una tumba.

-¡Aneira! - grité y corrí hacia ti.

Empecé a moverte, pero tenías los ojos cerrados con fuerza y no había señal de que fueran a abrirse de nuevo.

Te grité que despertaras, que volvieras.

Entonces le grité a Sed:

-¡Rápido, Sed! Ven aquí, Aneira está...

Pero no hubo respuesta de Sed. La hemorragia le había hecho perder el conocimiento.

¡Ojalá hubieras estado consciente, Aneira!

Ojalá hubieras estado herido de gravedad pero vivo.

Ojalá hubieras empezado a respirar de nuevo.

Pero mi espada había hecho su trabajo con una perfección horrorosa. Te había atravesado el pecho exactamente en el lugar necesario para quitarte la vida.

Contemplé tu cadáver con estupor.

¡Oh Aneira, único superviviente del orgulloso clan de las alas blancas!

Dime, por favor dime, ¿qué sucedió?

¿Fui yo quien te mató?

Sentí que alguien se acercaba por detrás.

Me giré y vi a Gengara mirándome sin expresión alguna.

-Lo has matado- dijo suavemente con una voz carente de entonación.

Negué con la cabeza, haciendo un gesto de dolor.

-No…

Mi voz era ronca, temblaba…

Gengara siguió, como si metiera lentamente sus palabras en mis oídos:

-Has sido tú. Lo has matado.

-¡No! Yo nunca haría eso.

El temblor de mi voz se extendió a todo el cuerpo. Pensar que podía haberte matado. Aneira, con mis propias manos, era imposible. Eso era lo que quería creer, pero la realidad que se presentaba hizo pedazos tales esperanzas.

Gengara echó la cabeza hacia atrás con una risa despectiva, proclamando su victoria sobre mí.

-Mira lo que has hecho, Sez, has matado a quien más amabas.

De nuevo rió en voz alta.

Seguía riendo cuando abandonó la cubierta, ese hombre que, sabiendo que nunca moriría, me tendió una trampa más cruel que la muerte misma.

Me derrumbé donde estaba.

Mirando al cielo, sentía las lágrimas corriendo por mi cara, lágrimas de sangre.

De nuevo me sumergía en la soledad eterna, y la muerte nunca me liberaría de ella.

Gengara logró encerrar mi corazón en las tinieblas de nuevo, sellando mis recuerdos con él.

Lloré sin control.

Grité hasta que me destrocé la garganta.

Si mi corazón, mi mente y mi alma, hubieran sido algo alojado en mi pecho, lo hubiera arrancado.

¡Ayúdame, Aneira, Ayúdame!

Fin

-La lluvia brillante empezará pronto -dice el chico, señalando al mar.

-¿La lluvia brillante? -pregunta Kaim.
-Pues sí. Ocurre todas las noches, allí a lo lejos -dice con una sonrisa despreocupada-. Es muy bonita.

-Lluvia brillante, ¿eh?

-Sí. Si quieres puedes verla conmigo esta noche es muy bonita, de verdad.

Lluvia brillante

En sus diez años de vida el chico nunca ha salido de la isla.

La isla es pequeña y pobre la única forma de ganarse la vida es pescando en canoa o recogiendo frutas silvestres. Un monótono día tras otro, los isleños se levantan al amanecer y duermen bajo un

cielo estrellado. El chico no comprende que esta es la mayor felicidad de todas.
El niño empieza a hablar con Kaim, que se vuelve en su dirección.

Agachado en la playa a la luz de la luna, el chico parece de perfil una exquisita escultura de chocolate.

-Allí, donde cae la lluvia brillante, eso es una gran isla, ¿verdad? Lo sé todo sobre ella. Esa isla es mucho mayor que esta y pasan un montón de cosas y está *llena* de cosas brillantes y bonitas y la comida es mucho mejor de lo que se puede imaginar, ¿verdad? No te preocupes, lo sé todo sobre ella.

Kaim no dice nada, pero sonríe al niño con tristeza.

Más allá del horizonte hay una gran isla, en realidad un inmenso continente. Kaim estuvo allí hace cuatro días. Después, mecido en la bodega de un carguero durante durante tres días y tres noches, cruzó el mar hasta esta isla.

-Lo sé todo sobre ella, pero nunca la he visto -dice el niño bajando la voz.

Ladea la cabeza, desviando la luz de la luna de su cara. Su piel marrón se funde con la oscuridad.

-¿Te gustaría ir allí? -pregunta Kaim.

Claro que sí -responde el chico sin dudar-. Aquí todos los niños quieren ir.

-Supongo que todos dejan la isla.

-Claro. Tanto chicos como chicas.

En cuanto tienen edad para trabajar, se van al "otro país". Yo también, dentro de cinco años… Estaré listo en tres. Entonces cogeré el barco en el que tú has venido e iré al otro país, trabajaré duro y comeré montones de cosas ricas.

El niño levanta la cara de nuevo. Sus ojos brillan, fijos en el océano. Están llenos de esperanzas y sueños.

Pero no sabe nada del "otro país". Nunca sabrá nada de él mientras siga aquí.

Ninguno de los jóvenes que cruzaron el mar, con los ojos brillantes por las esperanzas y los sueños como los del chico, regresó nunca.

-Claro que no -diría el chico-. El otro país es mucho más divertido. Volver no sirve de nada.

El niño cree en la felicidad que le espera en el otro país del que no conoce nada.

Solo cuando deja la isla aprende la gente morena que su piel es diferente de la piel de la gente del otro país.

Que el idioma de la isla no sirve en el otro país.

Que la gente del otro país mira fríamente a los isleños.

Que el único modo de conocer gente con la misma piel morena, el mismo idioma y el mismo lugar de nacimiento es ir al gueto de gente de la isla que hay en la ciudad.

Las primeras palabras del idioma del otro país que el chico aprendería seguro serían las que la gente del otro país utiliza para la gente como él: inmigrante ilegal.

Para cuando las aprendiera, estaría dando tumbos por la colina hacia el gueto.

El niño se aleja corriendo de la playa y vuelve unos minutos después con un puñado inmenso de fruta. Dice que crecen donde el viento del océano se encuentra con el viento de las montañas.

-Está mejor las noches de luna llena. Vamos, pruébalas.

Limpia una pieza de fruta con su gastada camisa y se la da a Kaim.

-¿Cómo las llamáis? -pregunta Kaim.

-Tiene un nombre raro, te haría mucha gracia: "grano de la felicidad".

-Bonito nombre.

Kaim muerde un grano de la felicidad. Tiene la forma de una manzana del otro país, pero es dos veces más pequeña y mucho más llena de jugosa dulzura.

-Sabe genial -dice Kaim.

-¿De verdad te gusta? Me alegro -dice el niño con una sonrisa, pero pronto vuelve a dejar caer la cabeza y a suspirar.

-A mí también me gustan mucho -dice el chico-, pero apuesto a que el otro país tiene todo tipo de cosas mejores que esta. ¿Verdad?

Kaim no le responde y da otro bocado al grano de la felicidad.

El chico tiene razón: en el otro país hay montones de comidas mucho más deliciosas que estos granos de la felicidad.

O, para ser precisos, *había*.

Sin embargo, el otro país se ha convertido ahora en un campo de batalla.

La guerra comenzó hace seis meses.

Fue entonces cuando el niño empezó a ver la "lluvia brillante" cada noche.

La prosperidad del "otro país" es extrema. La felicidad más relumbrante allí está disponible para cualquiera que tenga suficiente dinero, y el dinero allí está disponible sin restricción para cualquiera que tenga suficiente poder.

El poder da la razón.

La riqueza da la valía.

Aquellos que no tienen ni poder ni riqueza obtiene razón y valía buscando a otros más débiles y pobres que ellos, ridiculizándolos, despreciándolos y persiguiéndolos.

La gente de la isla, cuyo idioma y color de piel es diferente de la del otro país, son vistos como la sombra del otro país.

Aunque no es una sombra que se forme porque haya luz.

La propia existencia de la sombra es lo que hace más brillante la luz. Este es el único modo en que saben pensar los habitantes del otro país.

Sin embargo, con el tiempo, la fuerza alcanza un punto de saturación, la riqueza que ha seguido su curso empieza a estancarse y la expansión es la única solución.

Los deseos solo pueden cumplirse mediante una inflación continua.

Para que el otro país siga siendo fuerte y los ricos sigan siendo ricos, los líderes del otro país

declararon la guerra al país vecino.

-Ahora en cualquier momento -dice el chico mirando al mar de nuevo con una risa despreocupada-, la lluvia brillante empezará a caer, a lo lejos, sobre el mar.

Se supone que la guerra iba a terminar rápido. Todos en el otro país creían que con su riqueza y

fuerza aplastante sería fácil hacer que el país vecino se postrara.
Por supuesto, al principio la guerra fue según lo planeado. Las zonas ocupadas crecían día tras día y la euforia reinaba entre todos los habitantes del otro país.

Sin embargo, uno tras otro los países de los alrededores se pusieron de parte del país vecino: postura lógica, ya que si el país vecino caía, ellos mismos podrían ser el siguiente objetivo del otro país.

Toda la estrategia diplomática del otro país fracasó, como era natural: ningún país del mundo querría aliarse con un país que solo sabía hacer alarde de su riqueza y poder.

Se organizó una fuerza aliada del país vecino. Junto, los países vecinos querían rodear y cercar al otro país.

Zonas limitadas de combate veían avanzar y retroceder a las tropas y una y otra vez, mientras que la riqueza y el poder del otro país se consumía poco a poco. La repulsa por la guerra empezó a extenderse entre la población y, como respuesta, los militares empezaron a hacer circular propaganda falsa:

La situación militar se desarrolla a nuestro favor.
Nuestro ejército ha vuelto a aplastar a las tropas enemigas.

La verdad era que los territorios ocupados estaban siendo recapturados uno tras otro y que ahora las fuerzas aliadas estaban cruzando la frontera dentro del territorio del otro país.

En respuesta al insensato ataque enemigo, nuestros decididos combatientes han lanzado un contraataque y aniquilado sus fuerzas.

El día en que cantaremos victoria está cerca.

Detener la guerra no era la opción. Admitir la derrota no era una opción. La gente había creído que la riqueza y el poder permitirían controlar todo, pero ahora conocían el terror de perder ambos.

A las fuerzas aliadas se les unió un poderoso partidario. Un fuerte imperio que ejercía autoridad sobre la parte norte del continente se unió a la batalla con la intención de terminar lo que los vecinos habían comenzado, y aplastar al otro país de una vez por todas.

Pero el poderoso imperio no se conformaba solo con destruir a una nación advenediza y se volvió con su impresionante poderío militar contra las fuerzas aliadas. Como había hecho tantas veces en

su historia, aprovechó la oportunidad de su choque con los países vecinos para expandir su propio poder.

Al haber perdido a sus líderes y al haber convertido en un páramo hasta donde alcanza la vista, el

otro país se convirtió en el nuevo campo de batalla.
Superado en número, el ejército aliado contrató mercenarios de otro continente.

Kaim era uno de ellos.

Durante muchos días participó en una batalla perdida en la que no había forma de decir qué bando luchaba por lo correcto.

Después de que exterminaran a su unidad de mercenarios, Kaim se dirigió al puerto.
La isla del chico ha mantenido una posición neutral durante la guerra. No podía hacer otra cosa, dado su reducido tamaño. Carece de la capacidad de combate para participar en la batalla y no tiene riquezas que atraigan la atención de los países en lucha.

Pero Kaim sabe lo que pasará.

Cuando las líneas de combate se extiendan, esta isla será valiosa como punto estratégico militar. Un bando o el otro ocupará la isla y bien construirá una base, bien reducirá a cenizas la isla entera para evitar que el enemigo saque partido de ella. Esto no ocurrirá en un futuro distante. Como muy tarde, ocurrirá dentro de unas pocas semanas, y como muy pronto quizás dentro de dos o tres días…

Kaim ha venido a la isla para transmitir este mensaje.

Para decirle a la gente que todos los que puedan deberían embarcarse mañana en el ferry de la mañana para la isla cercana.

Quiere empezar enviando a los niños.

Espera no tener que volver a ver nunca la tragedia de jóvenes vidas aplastadas como insectos.

-¡Mira! ¡Ahí va! -grita el niño con felicidad señalando al horizonte-. ¡Es la lluvia brillante!

A lo lejos en el mar, un brillo blanco tiñe el cielo nocturno. El poderoso imperio ha comenzado los bombardeos nocturnos.

El niño no tiene ni idea de lo que es en realidad la lluvia brillante.

La mira con ojos centelleantes y murmura:

-Seguro que vista desde lejos, la lluvia brillante es genuinamente bella, como un millón de estrellas fugaces que cruzan el cielo al unísono.

Pero solo vista desde lejos.

Un ruido sordo apagado resuena en el cielo.

Otro ruido apagado, y otro y otro.

-¡Truenos? Vaya, si llueve no podremos ir a pescar mañana -dice el niño con una sonrisa encogiéndose de hombros.

Kaim piensa que es un chico muy amistoso.

El niño lo había visto en la orilla y le había hablado sin dudar.

Tras preguntarle si era un viajero, había seguido hablando con él como un viejo amigo.

Kaim quiere que los niños como este sean los primeros en subir al ferry de mañana.

-Me voy a casa -dice el niño-. ¿Qué vas a hacer?

-Oh, creo que echaré un sueño bajo un árbol.

-Puedes dormir en nuestro granero. ¿Por qué no pasas allí la noche?

-Gracias -dice Kaim-, pero quiero mirar el mar un poco más. Aunque mañana me gustaría que me enseñaras esto.

-Lo pillo. Quieres ver al jefe del pueblo. Conozco un atajo a través de los bosques, justo allí.

Kaim espera convencer al jefe del pueblo de que evacúe la isla. Si actúan enseguida, pueden lograrlo. Pueden salvar a muchos isleños.

Pero…

El chico se pone de pie, se sacude la arena de sus pantalones y mira al cielo de forma inquisitiva.

-Qué raro -dice-, suena diferente de los truenos.

Los ruidos apagados continúan sin cesar.

Poco a poco se acercan.

Kaim sacude la cabeza hacia arriba y grita al chico: -¡Al bosque! ¡Corre al bosque!

-¿Qué…?
-¡Deprisa!

Su voz queda apagado por el estruendo ensordecedor de las ametralladoras.

La lluvia brillante ha empezado.

La isla se ha convertido en un objetivo mucho antes de lo que Kaim imaginaba.

-¡Deprisa! -grita Kaim mientras agarra la mano del niño.

El bosque es la única esperanza del niño.

-¡Oye, espera un momento! -grita el niño, soltándose de Kaim y mirando al cielo.

-¡Es la lluvia brillante! ¡Ahora cae aquí también! ¡Guau! ¡Qué pasada!

Bailando de alegría, el niño echa a correr hacia la playa, hasta que queda bañado de pies a cabeza por la lluvia brillante.

Una sola noche de bombardeos es todo lo que hace falta para reducir la isla a cenizas.

Sin haber comprendido jamás el valor de la felicidad que poseían, sin haber sabido jamás que les habían arrebatado esa felicidad en el transcurso de una noche, la gente que llenaba la isla con sus vidas hasta es noche ya no está por la mañana; todos están muertos salvo uno: el inmortal Kaim.

El único sonido de la playa al amanecer es el de las olas.

Sin duda, hoy otra vez, la guerra urbana diezmará las calles, y esta noche, la lluvia brillante volverá a caer sobre la ciudad.

El chico que decía que la lluvia era bella nunca volverá a abrir los ojos con asombro.

Kaim pone el cuerpo del chico en una pequeña canoa que ha sobrevivido a las llamas.

Coloca un grano de la felicidad maduro sobre el pecho del niño y cruza los brazos sobre él, con la esperanza de que sacie su sed en el largo camino hacia el cielo.

Pone la canoa en el agua y la empuja hacia mar abierto.

Mecido por las olas, el bote se desliza de la orilla atrapado por la marea que se retira.

Ese chico tan amistoso sonríe incluso en la muerte. Quizás es el regalo que los dioses pudieron otorgarle.

El chico parte de viaje.

Kaim ruega que nunca llegue a ese otro país.

O a cualquier país.

Kaim lo sabe: no hay lugar que esté libre para siempre de la lluvia brillante.

Y haberlo le hace derramar lágrimas por el chico.

La lluvia cae sobre su corazón: fría, triste y silenciosa lluvia.

Vacío de bombarderos, el cielo es azul, ancho y bello hasta la exasperación.

Fin

Una terrible epidemia está diezmando la población del reino.

La enfermedad se manifiesta de manera repentina. Debido a factores genéticos o tal vez hormonales, solo afecta a los varones. El enfermo experimenta fiebre alta, dolores de cabeza atenazadores y, a menudo, una muerte muy rápida.

El valor de la vida

No obstante, al menos este mal tiene dos lados positivos.

En primer lugar, una vez que el individuo sobrevive al padecimiento, ya no debe temer sufrirlo de nuevo, puesto que una vez lo supera, es inmune a él.

Por otro lado, existe un medicamento muy eficaz. Si se toma como medida preventiva o en los estadios iniciales del proceso, esta medicina, una pastilla elaborada principalmente a partir de una planta que crece en la montaña, casi siempre conlleva a la curación.

¿Significa esto que la gente puede confiarse y que no hay por qué preocuparse?

Por desgracia no, ya que la vida suele jugar irónicamente con el destino de la gente demasiado a menudo.

La planta empleada en la elaboración del medicamento (tan eficaz a la hora de prevenir la enfermedad y de detenerla en su inicio), crece a una gran altura y escasea, tanto que está a punto de extinguirse.

En otras palabras, no queda medicina suficiente para todos los súbditos, sólo para unos pocos elegidos.

-¿Entiendes a qué me refiero? -pregunta Dok, un hombre silencioso encargado de patrullar el mercado de la capital con su compañero de la policía, Kaim.

Sin dejar de mirar con atención a un callejón detrás de otro, Kaim responde:

-¿Quieres decir que clasifican a la gente para decidir quiénes reciben el medicamento?

-Exacto -dice Dok-. Establecen categorías y nos etiquetan como "súbditos imprescindibles para el país" o como "otros súbditos".

Los policías militares de la capital reciben el medicamento relativamente pronto, lo que demuestra que se les considera "súbditos imprescindibles para el país".

-Supongo que tiene sentido -comenta Dok-. Si muriéramos todos, el caos se adueñaría de la capital en un abrir y cerrar de ojos. Siempre tenemos que parecer la encarnación de la salud cuando patrullamos la ciudad, ¿verdad, Kaim? "Por el bien de la patria", como dicen ellos.

-Supongo…
-Primero reciben la medicina la familia real. Luego la guardia real. Después los políticos, los financieros que se encargan de la economía del país, la policía, los bomberos los médicos y por último nosotros, la policía militar de la capital. No hay bastante para todo el mundo.

A Dok le duele decir esto último y pregunta:

-¿Tú qué piensas, Kaim? Los súbditos normales también son personas. ¿Es correcto "clasificarlos" así?

En principio Kaim debería responder sin vacilar que por supuesto no está bien.
Sin embargo, adopta una perspectiva realista y contesta:
-No queda más remedio.- Después de decir algo así, no se atreve a mirar a Dok a los ojos.

-¿No queda más remedio? -murmura asqueado-. Puede que tengas razón. Tal vez no haya otra solución. -Habla como si intentara convencerse a sí mismo. De hecho, parece lo más razonable.

-La gente de este mercado conoce la enfermedad, obviamente.

-Obviamente -repite Dok.

-Si el miedo se adueña del pueblo, este podría rebelarse en cualquier momento.

-Desde luego.

-Lo único que podemos hacer es mantener el orden patrullando las calles, como estamos haciendo ahora.
-Sé a qué te refieres.
-Si la enfermedad acabara con nosotros, esta gente quedaría expuesta a un riesgo aún mayor. Puesto que no hay dosis para todos los súbditos, lo único que podemos hacer es pensar en la mejor manera de minimizar el daño o el impacto de la enfermedad.

-Yo no habría podido expresarlo mejor, Kaim. Es justo lo que pensaba. ¡Claro que sí!

Sus alabanzas esconden punzantes espinas.

Kaim se da cuenta y se queda callado. Los afilados elogios de Dok no solo esconden el dolor del sarcasmo mordaz, sino también la tristeza de la impotencia.

Un niño y una niña pequeños pasan corriendo alegremente por delante de ellos. Puede que los críos, vestidos con harapos, vengan del suburbio de detrás del mercado para recoger sobras de verduras.

Dok los señala mientras se alejan.

-Me gustaría hacerte una pregunta, Kaim.

-Adelante...

-Esos niños… ¿Son "súbditos imprescindibles para el país"?

Kaim no sabe qué responderle. Precisamente porque conoce la respuesta demasiado bien, no puede sino callar.

Dok esboza una sonrisa amarga ante el silencio de Kaim y prosigue:

-Según tu manera de enfocarlo, Kaim, si esos niños mueren, es porque "no queda más remedio". O al menos los policías de la capital tenemos más derechos que ellos a recibir tratamiento. ¿Me equivoco, Kaim? ¿No es esa tu postura?

Kaim no podía refutar su razonamiento.

De nuevo en respuesta al silencio de Kaim, Dok continúa:

-No me malinterpretes. No pretendo acusarte. Es solo que todo el mundo es imprescindible para alguien. Incluso esos niños. Puede que para el Estado solo sea un estorbo, simples mendigos, pero para sus padres son lo más valioso y querrán protegerlos a toda costa. ¿Me equivoco?

Este es un hombre muy bondadoso, piensa Kaim, *quizá incluso demasiado para ser soldado.*

Procedente del castillo llega el tañido de la campana mayor:

La señal de asamblea de emergencia para los soldados que patrullan las calles.

Parece que han llegado sus dosis del medicamento.

-Volvamos -exclama Dok, como olvidándose del dilema-. Seamos buenos y tomemos la medicina milagrosa que nos va a salvar la vida y nos permitirá proteger el reino.

Las espinas de desconsuelo que brotan con sus palabras arañan el corazón de Kaim.

No es hasta el día siguiente cuando Dok le confiesa a Kaim su plan de desertar.

-Solo te lo he contado a ti, Kaim -dice cuando vuelven a patrullar por el mercado-.
Soy consciente de que el castigo por desertar es muy severo. No sé si lo conseguiré, pero si me cogen, es seguro que me juzgarán en consejo de guerra y que me ejecutarán.

Dice que acepta esa posibilidad, motivo por el que quiere asegurarse de que Kaim sepa el propósito de su deserción.

-No pretendo traicionar ni al país ni al ejército. Es solo que debo entregar… esto.

Abre la palma de la mano para dejar ver la pastilla que le proporcionaron el día anterior.

-¿No te la tomaste? -pregunta Kaim sorprendido.

-No, los engañé -contesta con una risita antes de ponerse serio otra vez y cerrar la mano.

-¿Se la vas a dar a alguien?

-Ajá.

Dok extiende el brazo y señala la cordillera del sur de la capital.

-Al pie de esas montañas está la aldea donde nací. Mi esposa y mi hijo viven allí. El niño solo tiene cinco años y su salud es delicada desde que nació. Si contrae esa enfermedad, será su sentencia de muerte.

-¿Entonces le vas a dar tu pastilla?

-¿Crees que está mal por mi parte?

Kaim, paralizado por la mirada de Dok, se queda sin palabras.

De pronto los tiernos ojos del desertor destellan con furia asesina.

Puede que sea un soldado que debe servir a su país, pero antes que eso soy padre y, ante todo, un ser humano.
Me importa un bledo a quién considera "imprescindible" el reino y a quién no.

Lo que yo quiero es salvarle la vida a quien es insustituible para mí.

Los ojos de Dok cobran aún más fuerza. Ahora los tiene inyectados en sangre, prueba de su resolución.

-Si salgo ahora, podré estar de vuelta en el cuartel cuando pasen revista por la mañana.
Regresaré en cuanto le dé la pastilla, así que te pido que me hagas un favor: no des la alarma hasta entonces.
-No, claro que no, pero...
-No sé si lo lograré, pero seguro que mi hijo morirá si me quedo aquí. Si le doy la medicina, vivirá.
Si existe una sola posibilidad, no tengo otra opción: debo asumir el riesgo.

-Si te cogen, te matarán.

-No me importa. Moriré con orgullo, sabiendo que lo hice para salvarle la vida a quien más importa.
-¿Y si el que enferma eres *tú*?

-Eso lo dejo en manos del destino -Dok sonríe-. Las personas no controlan su suerte, pero quiero hacer todo lo posible *como* ser humano.

Esto es por lo que Dok le ha revelado su intención a Kaim.

-Una cosa más, Kaim. Si me matan o si enfermo y muero, me gustaría contar contigo para que vayas a mi pueblo y les digas a mi esposa y a mi hijo lo que ocurrió.
Que sepan que no deserté porque me harté del ejército, sino para salvarle la vida a mi hijo, que para mí es muchísimo más importante que la fidelidad al ejército y que mi propia vida.
Sonríe y dice que si este mensaje les llega, todo habrá valido la pena. Kaim no puede objetar nada.

No es que acepte del todo lo que Dok le ha contado. No está tan convencido como él de su razonamiento, puesto que lo abruma algo que va más allá de la lógica: el impulso de la vida, el deseo firme y tenaz de Dok de salvar una vida precisamente porque la muerte acabará segándola.

-Escaparé mientras patrullamos por el mercado. Tú hazte el despistado un segundo. Diles que desaparecí cuando te diste la vuelta.

Lo único que puede hacer Kaim es aceptar la voluntad de Dok.

Comprende que en lo más recóndito del corazón de quienes aman la vida finita hay un hueco al que no se puede asomar quienes soportan irrevocablemente la carga de una existencia eterna.

Llegan al límite del mercado.

-En fin, lamento hacerte pasar por esto… -dice Dok.

Se gira hacia la salida y está a punto de perderse entre el gentío cuando de pronto sucede.

Una niña sale corriendo del callejón.

Es la misma mendiguilla harapienta del suburbio que se cruzó ayer con ellos, feliz e inocente. Hoy está sola y llora desconsolada.

Mira a su alrededor con desesperación y cuando ve a Kaim y Dok con sus uniformes, corre hacia ellos y les grita: -¡Socorro! ¡Ayuda!

-¿Qué te pasa? -le pregunta Dok.

La niña lo coge de la mano y lo lleva hacia el callejón, como si no quisiera que nadie oyera lo que le iba a decir.

-¡Es mi hermano! -contesta la pequeña-. ¡Está enfermo!¡Tiene mucha fiebre y no para de tiritar!

¡Tenemos que hacer algo o se va a morir!

Kaim y Dok se miran.

-¿Y tus padres? ¿No pueden cuidarlo tu padre o tu madre? -pregunta Kaim.

-¿Qué padres? -replica la niña entre sollozos-. Murieron hace mucho. Solo estamos mi hermano mayor y yo. ¡Oh, por favor, ayudadlo, os lo ruego!

-Justa ahora que… -murmura Dok sin saber si irse o no.
Mira a Kaim con ojos suplicantes.

Kaim se arrodilla y mira a la niña a los ojos.
-¿Desde cuándo tiene fiebre? -le pregunta.

-Desde hace un rato -contesta la mendiguilla-, íbamos a buscar sobras de verduras cuando se cayó…

No ha pasado mucho desde que se ha manifestado el mal.

Todavía se puede salvar con el medicamento. Aunque, claro está, las medicinas no son para los niños de la calle.

A juzgar por el aspecto famélico de la niña, su hermano tampoco debe de estar muy bien alimentado. La enfermedad no tardará en consumir su cuerpo desnutrido y le arrebatará la vida en cuestión de horas.

La niña no enfermará, evidentemente, pero aun así, en cuanto pierda al único miembro de su familia que le queda y ya no tenga a nadie que cuide de ella, la pobrecilla acabará reuniéndose con sus padres y su hermano más pronto que tarde.

-Por favor, ayudad a mi hermano… ¡Por favor!

Se abraza a Kaim y Dok, incapaz de contener el llanto.

Kaim asiente con la cabeza en silencio. Se levanta despacio y se lleva la mano al pequeño zurrón que lleva colgado de la empuñadura de su espada.

Antes de llegar a introducir los dedos en él, oye a Dok decirle a la niña:

-No te preocupes.

Ve cómo le tiende la mano y le sonríe con ternura. Forma un cuenco con los dedos en el que sostiene la pastilla.

-Dásela a tu hermano -le dice-. Todavía puedes salvarlo.

La niña lo mira perpleja y vacila hasta que él lo apremia:

-Corre. ¡Llévasela ya!
La niña estira el brazo temerosa y la coge con suma delicadeza.

-¡Corre a casa, vamos! -le dice Dok con una sonrisa.

-¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!
Su vocecilla frágil y quebrada resuena hasta que se pierde por el callejón.

-Me alegro de que haya sido así, Kaim -dice Dok encogiéndose de hombros y sonriendo con aflicción-. A mí ya no me tacharán de desertor y tú no tendrás de qué preocuparte. No, así está mejor.

Parece que intenta convencerse a si mismo. Incluso con la cabeza para sí.

No cabe duda de que en parte se arrepiente, sobre todo porque su hijo podría enfermar y morir.

Aun así, habla con tranquilidad. -No he podido evitarlo. Cuando he visto a esa niña llorando así… Sé que mi hijo lo entendería -vuelve a afirmar con la cabeza.

-Sí, Dok, pero…

-Déjalo. No digas nada. Dok lo interrumpe y mira de reojo hacia el callejón por el que se marchó la mendiguilla.
No se puede clasificar a las personas. Lo que importa es salvar una vida si tienes la oportunidad.

-Sé a qué te refieres -dice Kaim.

-Que haya evitado la muerte de un niño de la calle no quiere decir que el muchacho, de mayor, vaya a ser el orgullo de la nación.

Puede que lo único que haya conseguido sea prolongarle la vida a otra rémora del país. Quizá cuando vuelva al cuartel empiece a pensar en a quién debería haber salvado en lugar de a él.

-Por otro lado, Kaim -dice, interrumpiéndose y mirando a su compañero mientras considera otra posibilidad-, también lo veo de esta manera:
Tal vez esté en el instinto del ser humano el impulso de ayudar a alguien cuando la oportunidad se

te presenta.
Es posible que sea después cuando aprendemos a clasificar:
"por el país", "por el pueblo" o incluso "por mi hijo".

Puede que haya fracasado como soldado y como padre, pero creo que he hecho lo correcto como persona, pero creo que he hecho lo correcto como persona.

Dok se queda callado y comienza a caminar sin esperar la respuesta de Kaim. Puede que pretenda ocultar la vergüenza de su disyuntiva martirizadora.

Al darse cuenta, Kaim se ríe y llama a Dok con despreocupación, como si fuera a proponerle ir a tomar algo a la taberna.

-¡Eh, Dok!

-¿Sí?

-¡Te olvidas esto!

Kaim, ahora sí, hunde los dedos en el zurrón que lleva atado a la empuñadura de su espada.

Extrae de él una pildorita.

-¿Qué?¿Es que…

-No me la tomé.

Kaim, con quien no puede ninguna enfermedad, no iba a aprovechar el medicamento.

Por supuesto, esto no se lo va a revelar al soldado. Aunque quisiera convencerlo de que lleva mil años en este mundo, no es probable que Dok lo tomara en serio.

-Tienes una familia, Dok. Harías cualquier cosa por protegerla.

Eso es algo maravilloso.

Kaim extiende la mano y le ofrece la pastilla, igual que hizo Dok antes con la niña.

-Te envidio -le dice con una sonrisa.

Un momento, Kaim, espera… Y tú…

-Yo no tengo familia -explica ensanchando la sonrisa.
En respuesta al gesto de Kaim, frío y cálido a partes iguales, Dok acepta la pastilla sin decir nada más.

-¡Bueno, mira qué cielo tan hermoso! -exclama Kaim-. Creo que me quedaré aquí un rato a contemplarlo, sin pensar en nada. Este podría ser un buen momento para que salgas corriendo a ver a tu hijo.

Pierde la mirada entre las nubes.
No tarda en oír unos pasos que se alejan raudos por el adoquinado.

-Procura volver vivo, Dok -murmura.

Sigue la ronda sin dejar de mirar al cielo añil, hasta que se pierde entre la muchedumbre.

Fin

En esta aldea rodeada de montañas escarpadas las mujeres dan a luz muchos hijos.

No es raro que tengan cinco o seis hijos. Precisamente el otro día, la esposa del jefe del pueblo trajo al mundo a su décimo vástago.

La aldea más cercana al paraíso

-¿Y a qué crees que se debe? -pregunta el chico al viajero sin dejar de mirar la aldea cubierta de nieve.

Kaim ladea la cabeza intentando dar con la respuesta.

Mientras tanto, el joven extrae de un pequeño zurrón lo que parece un caramelo de cristal. Se lo introduce en la boca y dice riendo:
-A que mueren muy pequeños.

-¿Los niños?

-Pues sí. Casi ninguno llega a adulto. La mayoría muere al cabo de cinco o seis veranos. La mujer del jefe, por ejemplo, ya ha perdido a siete hijos.

Explica que desde tiempos inmemoriales, bien por un defecto genético o por una enfermedad endémica, los habitantes de este pueblo siempre han vivido pocos años.

-Ahora que lo dices -comenta Kaim-, no se ve ningún anciano por aquí.

-A eso me refiero. Dicen que hace unas décadas vivió una persona que llegó a los cincuenta años, pero a gente asegura que eso es lo máximo a lo que se ha llegado en toda la historia de la aldea.

Por eso tenemos tantos hijos: porque la mayoría muere pronto.

Sin embargo, basta con que uno llegue a adulto para preservar el linaje y que la historia del pueblo prosiga. ¿Me entiendes ahora?

El joven tiene dieciséis años, como su esposa.

Esperan que su primogénito nazca en cualquier momento (tal vez hoy mismo o mañana).

El joven mastica el caramelo.

-En marcha -dice antes de empezar a enrollarse en las muñecas las cuerdas con las que tira del trineo. Aunque todavía no lo ha cargado, le agota arrastrarlo por la empinada cuesta nevada. Por esto -anuncia-, es por lo que pagan tan bien.

No hace muchos días perdió a su buen amigo y compañero de trabajo, que era tres años mayor que él. Cuando apareció Kaim, el joven le preguntó si le importaría ayudarlo empujando el trineo hasta dejar atrás el paso. Kaim accedió y en seguida formaron un equipo.

Cuando Kaim se coloca detrás del trineo, pregunta:

-¿No tienes bestias de tiro?

-Me temo que no -responde el joven. -Sé que es raro, pero los caballos, el ganado y los burros mueren antes de tiempo. Aunque te gastes una fortuna en el mercado de la ciudad para comprar el mejor animal, estirará la pata antes de que consigas hacerle trabajar. Por eso lo mejor es que seamos nosotros mismo los que aremos el campo y tiremos del trineo.
El joven cuenta con unos musculosos brazos con los que tirar del trineo y se abre camino por la nieve con paso firme.

Dice que su compañero de trabajo era todavía más fuerte.
-Me enseño a tirar del trineo, a colocar trampas para conejos, a encender un fuego... a todo lo necesario para vivir, con todo el cariño que se alecciona a un hermano menor. Cuando me di cuenta, ya se había marchado.

Afirma que aquí todo el mundo se muere de repente.

-Un instante eres fuerte como la piedra, al siguiente eres ceniza que arrastra el viento. No llegas a sufrir. Es inmediato. No da tiempo a llamar al médico. Y aunque este acuda, no hay nada que hacer.

-¿Así murió tu amigo?

-Pues sí. Estaba retirando con la pala la nieve que se amontona por la noche, despejando el camino, cuando se desplomó sin más. Antes de que nos diera tiempo a llegar a él ya se había ido. Siempre es así. Así es como mueren adultos, niños... Todos.

-Entonces tú también...

-Supongo. Nadie sabe cuándo llegará su hora. Podrían pasar décadas o podría ser mañana.

Después de esta sombría afirmación, el joven se gira para mirar a Kaim y, señalándose el pecho, dice sonriente:

-incluso ahora mismo.

La sonrisa es sincera, despojada del menor atisbo de desesperación o amargura ante la crueldad de su destino.

"¿No tienes miedo a morir?", desea preguntarle Kaim, aunque al final decide guardar silencio. Concluye que es una pregunta estúpida que no tiene derecho a formular, precisamente él.

¿Cómo un hombre condenado a la vida eterna va a encontrar las palabras adecuadas para dirigirse a alguien sometido a la amenaza de una muerte espontánea?

Kaim y el joven siguen subiendo el trineo por el empinado sendero de la montaña. Se dirigen hacia el lago del otro lado del paso. El trabajo del muchacho consiste en cortar bloques de hielo de la superficie del lago congelado y transportarlos hasta la aldea.

-En el pueblo a este lago lo llamamos la Fuente de la Vida. Si buscas el origen del agua que brota del suelo en algunos puntos de la aldea, llegarás a la Fuente de la Vida.

Kaim asiente en silencio.

-El hielo de la Fuente de la Vida tarda una eternidad en derretirse. Por eso se puede hacer esto, mira…

El joven saca otro caramelo de cristal (otro trozo de hielo, mejor dicho) de su zurrón y se lo lleva a la boca.

-Te da energía. Es imprescindible para realizar cualquier trabajo arduo y también para las embarazadas y los niños. Basta con meterte un trocito en la boca para recuperar las fuerzas al instante.

El muchacho le ofrece un pedazo a Kaim, que de nuevo asiente sin decir nada.

-Se supone que no debemos compartirlo con los forasteros, pero tú eres especial porque te estoy haciendo trabajar. Eso sí, como te lo he dado, tendrás que ayudarme a cargar el hielo en el trineo. A la vuelta podré apañármelas solo.

Sin mediar palabra, Kaim toma el hielo del joven, que afirma:
-El hielo debería estar helado, no obstante resulta un tanto dulce al gusto.

Tal como Kaim esperaba.

Lo escupe en cuanto el chico deja de mirarlo.

Veneno; conozco el sabor, piensa Kaim.

La gente de la aldea no sospecha nada porque está acostumbrada al sabor.

No obstante, sin lugar a duda, el hielo está envenenado.

El paso del tiempo cauteriza las heridas que deja la historia. La nieve perpetua de las montañas ha hecho que la gente se olvide del vasto mundo que se extiende al otro lado.

El muchacho llama a este lago la Fuente de la Vida, pero quienes viven más allá de los riscos, en el

nacimiento del río que alimenta el lago, lo conocen como el Pozo de la Muerte.

Hace mucho, mucho tiempo (varios siglos atrás), la zona que circundaba el nacimiento del río quedó contaminada por los residuos metálicos y venenosos de una mina.

El río estaba lleno de peces muertos flotando boca arriba y el gas mefítico que se elevaba del suelo como la bruma asfixiaba tanto a los animales terrestres como a las aves.

Los bosques se secaron y la ciudad bulliciosa que había crecido gracias a la explotación de la mina se redujo a un desierto en ruinas.

El entorno tardó varios años en recuperarse, pero con el paso del tiempo los bosques recuperaron su color verde, lo que atrajo a los animales pequeños y más tarde a los depredadores.

Más la gente jamás regresó y no hubo nadie que dejara constancia de la tragedia que aconteció en el nacimiento del río, en el corazón de las montañas.

El único que sabe lo que ocurrió es Kaim, el hombre que ha vivido mil años.

El joven está de pie junto al lago congelado y se estira de placer.

-¿Sabes? -le dice al viajero-, a veces pienso que esta puede ser la aldea más cercana al paraíso del mundo entero. Quizá es por vivir tan cerca del cielo por lo que los dioses nos llaman tan pronto. ¿No crees que podría ser así de verdad?

Kaim responde guardando silencio.

Año tras año este lago ha ido acumulando la ponzoña metálica que bajaba con el río. Y con el tiempo el veneno absorbido por la tierra se ha ido mezclando con el agua del subsuelo, hasta fluir junto al agua de manantial con que los aldeanos aplacan la sed.

Nadie conoce con certeza la composición química del veneno, pero al menos no hace que los aldeanos sufran hasta que, llegada la hora, las toxinas acumuladas acaban con ellos. Este podría ser el lado positivo. Sin embargo, esto mismo podría hacer que la desgracia que siembra resulte todavía más impactante.

-Aun así -dice el joven mientras sierra un bloque de hielo en la orilla,- espero que los hijos que tengamos mi esposa y yo consigan vivir más tiempo. Por ejemplo, si tenemos cinco, al menos que uno viva lo suficiente para poder tener descendencia. Así, para mí, habrá tenido algún sentido el haber nacido en este mundo. Fue igual para mis padres y abuelos. Tuvieron una legión de niños y lloraron la muerte de todos ellos, excepto de uno o dos que consiguieron ver llegar a adultos antes de morir. Es lo que da sentido a nuestra existencia.

Se enjuga el sudor de la frente y se lleva otro caramelo helado a la boca.

Si le dijera cuanto sé, piensa Kaim, si le contara cuanto ha quedado sumido en las entrañas de la historia y si avisara a los demás aldeanos, tal vez no se repitiera la tragedia.

El muchacho continúa:
-Aquí cuando nace un niño tocan la campana del pueblo. Cuando muere alguien también. Es lo mismo en ambos casos: vida y muerte son dos caras de la misma moneda. Por eso la muerte no trae tristeza. A quienes se van los despedimos con una sonrisa y un deseo: "Tú que te marchas al paraíso antes que nosotros, resérvanos un buen sitio". ¿Entiendes esa manera de verlo?
-Si -contesta Kaim-. Te entiendo.

-Así es como lo hemos hecho siempre; recibimos decenas de nuevas vidas en la aldea y enviamos decenas de nuevas vidas al cielo. Nunca fui buen estudiante, así que no sé expresarlo muy bien, pero creo que quizá "la ladea más cercana al paraíso" es un lugar donde la vida y la muerte mantienen una relación muy estrecha.

El joven sonríe a Kaim un tanto avergonzado de sus palabras.

-Puede que sea porque voy a tener un hijo por lo que me da por pensar en estas cosas tan raras.

-No, es normal, te comprendo perfectamente -dice Kaim.

Apenas termina de hablar, se oye una campana al pie de la colina; emite varias campanadas largas y pesadas.

-¡Ya está! -exclama el muchacho-. ¡Ha nacido mi hijo! -Agacha la cabeza y repite, como paladeando el sonido de las palabras-. ¡Mi hijo!

Pese a que la campana suena lo mismo para anunciar un nacimiento que una muerte, comenta el muchacho, existe una sutil diferencia entre ambos sonidos. Cuando un joven aprende a diferenciarlos, se le empieza a tratar como un adulto.

-Espero que este viva mucho… -balbucea el muchacho, que se ahoga en el torrente de emociones que se agolpan en su rostro, aunque en seguida continúa como si renunciara a toda esperanza.- En cualquier caso, viva mucho o no, mi hijo acaba de llegar a este mundo. Es lo importante. Me siento tan feliz, tan feliz…

Con los ojos rebosantes de lágrimas, mira a Kaim beatíficamente.

Y en ese preciso momento…

Todavía sonriendo, se desploma.

Kaim carga el cadáver del joven en el trineo y regresa al pueblo.

Tal como dijo el muchacho, los aldeanos reciben la muerte de su vecino con la misma sonrisa que pusieron ante el nacimiento de su bebé.
La muerte no es motivo de tristeza.
Solo marca el momento en que se parte hacia el cielo.

La esposa del muchacho saca un caramelo helado del zurrón de su marido y lo introduce con delicadeza en la boca de su hijo.

-Quiero que crezcas sano y fuerte -le susurra. -Papá te va a reservar un lugar maravilloso en el cielo. Pero no tengas prisa por ir, no… Y hasta el día que te marches al cielo, quiero que crezcas aquí, en la aldea, hasta que seas guapo y grandote.

Sus palabras brotan con la suavidad de una canción de cuna.

Kaim no dice nada.
Si ante todo debe defender lo correcto, su silencio podría equivaler a un crimen. Pero, condenado a una vida eterna, sabe lo sospechoso que puede llegar a ser lo "correcto". A lo largo de la historia, los hombres han luchado y se han matado entre ellos en el nombre de lo que consideraban "correcto". En comparación, el gesto del cadáver del joven es de absoluta tranquilidad.

No cabe duda de que "la aldea más cercana al paraíso" está repleta de felicidad.

El bebé rompe a llorar; su llanto penetrante parece ser una celebración del inicio de su vida, por muy corta que esta pueda ser.

Kaim deja la aldea con una sonrisa en los labios.

La campana empieza a repicar y resonar con claridad cristalina entre las montañas lejanas, como si bendijera al joven que aprovechó la vida al máximo, sin albergar rencor ni lamentar nada.

Cuando esta vida interminable con la que cargo llegue a su fin, piensa Kaim, *a mí también me gustaría partir arropado por las campanas.*

Sabedor de que ese día no llegará jamás, Kaim sigue caminando sin detenerse en ningún momento, sin mirar nunca atrás.
Aún le queda un largo viaje por delante.

Fin

La catarata se halla en el seno del bosque,
a más de un día de viaje desde el pueblo más cercano.
Se dice que es un lugar sagrado.

Los peregrinos, que buscan el encuentro con los dioses entre las imponentes cumbres,
se colocan bajo el salto del agua como colofón de su práctica sectica.

El agua de la catarata fluye helada.
Aquel que pierde la concentración por un momento, es arrastrado por el agua furiosa.

Los peregrinos llaman a esta catarata las Piedras del Cielo.
Piensan que el cielo pone a prueba su resistencia física y mental
arrojando contra ellos un torrente incesante de "rocas"
en forma de poderosa catarata.

Piedras del Cielo

-Y estas piedras están imbuidas de un poder misterioso -le explica un antiguo peregrino a Kaim con una sonrisa dolorida. Añade que fracasó durante la penitencia final.

-Sobre cada persona caen Piedras del Cielo distintas.

Es como si pudieran ver el interior de tu corazón.

-¿A qué te refieres? -pregunta Kaim.
-Las cargas que has soportado y los sueños que has tenido en el mundo seglar se muestran ante ti uno detrás de otro.
En su caso, comenta, primero le llegaron las voces de las mujeres.
-El estruendo del agua empezó a sonar como voces de mujeres.
Voces dulces que me susurraban al oído, sollozos,
gemidos de un abrazo de amantes... Un torbellino de ellas.
Y para bien o para mal, las reconocí todas.
Me emocioné con algunas y odié escuchar otras.
-Se diría que las mujeres te han dado más de un quebradero de cabeza.
-Así es. No es por presumir, pero nadie se maneja en estas lides tan bien como yo. Aunque sobreviví, hice llorar a muchas y amé a demasiadas. Mi intención al someterme a la penitencia era olvidarme de esa vida, pero las Piedras del Cielo saben lo que hacen.

En la última de todas, atacan tu punto más débil. Si tienes la menor duda, estás perdido. El agua te derriba y se acabó la expiación.

El hombre echa una rama a la hoguera.
-Y no soy el único -prosigue-. Un compañero oyó la voz de su madre, a la que no veía desde niño; otro percibió los lamentos de su hijo muerto.
-¿Siempre son voces?
-Ojalá. Si dejas atrás las voces, la neblina de la catarata va tomando forma de persona. Puedes ver a alguien a quien odiabas tanto en el mundo seglar que lo querías matar, o a un usurero de quien te veías obligado a esconderte.
Si vacilas, estás perdido.
Esta penitencia en concreto solo se puede afrontar una vez.

No hay segundas oportunidades.
A quien resiste durante un día y una noche pero fracasa al final, no le queda otra opción que regresar derrotado al mundo terrenal, como este hombre.
-Tampoco es que me resultara fácil seguir adelante cuando volví.
Suelta una risita y llama al joven peregrino o, mejor dicho, a un joven que era peregrino hasta hace un momento, puesto que acaba de salir del lago de la catarata completamente abatido.

-Eh, muchacho, arrímate al fuego. Tengo licor para que entres en calor y un poco de carne recién asada. Toma algo y recupera fuerzas antes de regresar al pueblo.

Ahora el antiguo penitente se gana la vida regentando una cabaña de té junto a la catarata. Por

supuesto, los peregrinos que buscan la purificación no traen dinero consigo, pero el hombre no pretende enriquecerse con este trabajo.

A quienes han soportado durante largas horas las heladas aguas de la catarata, él les ofrece el calor

de una hoguera, comida y bebida y a veces incluso dinero para que salgan adelante o regresar al pueblo. Ya se lo devolverán. Los penitentes le pueden reembolsar la cantidad prestada una vez que han empezado a obtener ingresos con los trabajos que encuentran en el mundo seglar.

Nunca pone fecha límite ni acepta pagarés. Asegura que así se arregla.

-¿No hay nadie que no pague nunca? -pregunta Kaim.

-Desde luego que sí -contesta el hombre con naturalidad-. Pero para mí regentar esta cabaña de té es cuestión de disciplina.

-¿Cuestión de disciplina?
-Sí. Las Piedras del Cielo solo aceptan a las personas más fuertes, a las que no se dejan perturbar por nada. Lo que yo quiero es acoger a aquellos a quienes las Piedras del Cielo rechazan, a los débiles. Mi propósito es aceptar al miserable, a aquel que no solo sucumbe a las Piedras del Cielo, sino que además evita pagar por lo que come y lo que bebe.

-¿Eso es disciplina?
-En efecto. Es una vida dura, no te quepa duda. Me había resignado a lidiar con los embusteros y los pusilánimes, pero he visto que son más de los que nunca habría imaginado -admite con una carcajada efusiva.

-Sin embargo, al instante siguiente se pone serio de nuevo y dice:
-Para serte sincero, más que como disciplina, me sirve para desquitarme.
-¿Para desquitarte? ¿Con quién?

-Con esos dioses, o lo que sean, que arrojan sus Piedras del Cielo.
Los humanos son débiles débiles (en extremo, a los ojos de un dios). Pero creo (y no solo por lo que me ocurrió a mí) que la debilidad es lo mejor de las personas. Despierta nuestra astucia pero también nos hace bondadosos.
Nos atormenta pero al mismo tiempo es nuestra salvación.

Nos atormenta pero al mismo tiempo es nuestra salvación.
¿Lo entiendes?
Si los dioses lanzan sus Piedras del Cielo solo para que la gente sea consciente de su flaqueza, solo

para que saboreemos nuestra impotencia, entonces no dudaré en bajarme los pantalones y enseñarles el culo.

Me daré un par de azotes en el trasero y les gritaré: "¡Yo no soy como vosotros! ¡No pienso castigar a nadie porque sea débil! ¡Acepto a las personas como son, con todos sus defectos!".

El hombre alimenta la hoguera con otra rama y dice encogiéndose un poco de hombros:

-Supongo que me he dejado llevar.
Kaim sonríe y menea la cabeza como para decir "en absoluto".
-Pero cuéntame -continúa el antiguo penitente-, se ve que estás de viaje, aunque no tienes aspecto de peregrino.
-Tienes razón, no he venido a purificarme -explica Kaim-. Quería atravesar el paso pero tomé el camino equivocado.
-Entonces, ya que estás aquí, ¿por qué no te enfrentas a las Piedras del Cielo? Así podrás contar cómo es.
-No, gracias -dice Kaim sonriendo.
-¿Por qué no? ¿Acaso temes que te muestren lo que no quieres ver?
-El hombre sonríe y asiente con la cabeza -. No te culpo.
El antiguo peregrino se equivoca con Kaim, que no teme en absoluto algo así.
Lo que lo asustaría sería lo contrario: no percibir *nada* y descubrir que es incapaz de sentir.
-En cualquier caso, sería un suicidio enfrentarse a la catarata sin preparación.
-¿A qué te refieres?
-Hace un frío que pela, para empezar. Además, el agua que brota del manantial del lago está aún más fría. Hasta los más preparados deben entrar con precaución y tomarse su tiempo para acostumbrarse a una temperatura tan baja. Si entras de golpe, se te puede parar el corazón.
El hombre apunta con la barbilla hacia la catarata como para decir: "Mira a esos".

Dos nuevos peregrinos se están preparando para el desafío de las Piedras del Cielo. Parecen hermanos. El mayor se arrodilla al borde del lago, se moja con agua fría y se frota desde los pies hasta el pecho. El menor no es tan paciente. Está ansioso por colocarse bajo la catarata. El mayor le aconseja que no tenga tanta prisa y se toma todo el tiempo que necesita para adaptase a la nueva temperatura.
Tiene la templanza de quien se ha sometido al entrenamiento más riguroso.
-Vaya, vaya -le dice el propietario de la cabaña de té a Kaim-. Somos unos privilegiados. Creo que vamos a ser testigos del primer intento fructífero en mucho tiempo.
-¿Cómo lo sabes? -pregunta Kaim.

-Llegas a intuirlo cuando llevas aquí tanto tiempo como yo.
Se gana o se pierde antes incluso de situarse bajo la catarata.
Una vez que han terminado de prepararse, el mayor entra en el lago.
Incluso entonces avanza despacio y con cuidado.

El menor lo sigue, levantando una cortina de agua a cada paso.
-El más joven no tiene nada que hacer -El más joven no tiene nada que hacer y echa otra rama al fuego-.
Será mejor que vaya preparando el licor -murmura para sí.

Se introducen juntos en la atronadora catarata.

Las Piedras del Cielo caen con violencia sobre ellos.
Tal como predijo el antiguo peregrino, el mayor de los hermanos, que mantiene la calma en todo momento, resiste el chaparrón de visiones que las Piedras del Cielo vierten sobre él.
También tal como dijo el hombre, las Piedras del Cielo derriban al hermano menor, que cae al lago.

Sin embargo, sucede algo que el hombre no había imaginado.
El menor de los hermanos se retuerce agónica y vanamente en el lago, incapaz de ponerse de pie.
Se está ahogando.
Se lleva las manos al pecho. Su corazón no puede más
No estaba preparado del todo para entrar en el agua gélida.

-¡Ayúdame, hermano! ¡Por favor!

Sin embargo, el hermano mayor no se mueve.

Permanece bajo la catarata en total concentración.

-¡Eh! ¡¿Qué haces?! ¡Ayúdalo, deprisa!-grita el antiguo peregrino, pero el hermano mayor permanece inexpresivo. No se inmuta.
-¡Se está ahogando! ¡Haz algo! ¡Se va a morir!
El hermano mayor permanece inmóvil.
Aprieta los dientes, cierra fuerte los ojos y no muestra ninguna intención de salir de la catarata, como si declarara: "¡Por fin! ¡Esta es la prueba final de las Piedras del Cielo!"

El hombre le grita un insulto y acto seguido se zambulle en las aguas revueltas del lago en un intento desesperado por salvar al hermano menor.

En cuanto su cuerpo desentrenado entra en contacto con el agua helada, el tremendo contraste de temperaturas le paraliza el corazón.
Aun así, consigue llegar hasta el joven, que las aguas empiezan a tragarse.
Todo su cuerpo se estremece y, entre gruñidos de dolor, coge al muchacho por la muñeca y tira hacia sí de su cuerpo inmóvil.
Intenta regresar a la orilla pero le fallan las fuerzas y se hunde.

Ahora es Kaim quien se tira al lago. Coge al muchacho y al antiguo peregrino y tira de ellos hasta la orilla.

Las Piedras del Cielo caen con violencia sobre Kaim, que recibe una visión detrás de otra: batallas, paisajes, estrellas fugaces, soles ponientes y nacientes, vientos enfurecidos y las incontables muertes de las personas que ha conocido a lo largo de su existencia interminable.

No insistáis, dice para sí pensando en los dioses que le arrojan sus Piedras del Cielo.

Mi corazón no se arredra.
Mi vida es mucho más cruel que cualquier fantasma que me mostréis.

No está seguro de si su inmortalidad es una señal de su fuerza.
No presume de ella ni hablará de ella con nadie.
Solo sabe que hasta ahora ha sobrevivido, que el paso de los años no ha podido con él.
Kaim sale a la orilla y tiende junto al fuego al propietario de la cabaña de té y al muchacho.

Mientras entra en calor, él también, piensa:
Los dioses que lanzan las Piedras del Cielo son dioses inferiores.
Si de verdad lo viera todo, no habrían cometido el error de enviarle visiones de su pasado, puesto que lo que más le hubiera inquietado habría sido recibir un inesperado atisbo de lo que le depara su futuro sin límite.

Y si le hubieran preguntado algo tan sencillo como "¿Para qué naciste?", se habría venido abajo al instante.

El primero que vuelve en sí es el joven peregrino.
El propietario de la cabaña de té se encuentra grave.
Aunque Kaim ha intentado calentarlo y le ha masajeado el corazón, no ha conseguido nada.
-¡Vamos, despierta! Mira, tenemos un fuego…
¡Lo encendiste tú! ¡Entra en calor!
Kaim sigue hablándole al oído hasta que por fin el hombre entreabre los ojos y separa apenas sus labios amoratados.
-¿Es… ¿Está bien?
-Claro, se ha recuperado, no te preocupes.
-Oh, bien… Bien…
-¡Aguanta, amigo!
-Pero dime… ¿La fuerza reside en la frialdad?
-¡No importa! ¡No hables!
-Porque si es así… si la frialdad nos da fuerza, yo no la quiero…
El hombre sonríe débilmente a Kaim y cierra los ojos.
Ya no volverá a abrirlos.
Los humanos son débiles y frágiles.
Basta que el corazón, un órgano del tamaño de un puño,
deje de latir para que una persona muera.

Por otro lado, la bondad de los hombres puede deberse al hecho de que son conscientes de la delicadeza de la vida.
Al ver el cadáver del propietario de la cabaña
de té, el joven agacha la cabeza y rompe a llorar.
Este muchacho débil, derrotado por las Piedras del Cielo, derrama lágrimas sinceras por el hombre que le salvó la vida.

Mientras tanto, su hermano mayor, más fuerte, sigue enfrentándose a la cascada, impasible bajo las Piedras del Cielo.

No cabe duda de que los dioses admirarán su resistencia y completará su entrenamiento ascético.

Pese a todo, Kaim cree que el rostro surcado de lágrimas del muchacho es hermoso de un modo que nunca será el de su imperturbable hermano mayor y desearía poder entristecerse igual que el joven.

La última sonrisa del antiguo penitente, que dio su vida para salvar la de un completo desconocido, irradiaba una nobleza incomparable; Kaim desearía poder sentir él también algo así.

¿Y mi rostro?

Llevar vivo mil años no significa ser más fuerte.

Con todo, ¿conseguirá algún día Kaim, que carga con el lastre de una vida eterna, transformar la debilidad en bondad?

No lo sabe.

No le queda más remedio que vivir ignorando la respuesta.

Solo puede seguir adelante.

Solo puede continuar con su viaje.

Mira su reflejo en el lago de la catarata.

En la superficie ondulante ve

el rostro trémulo de un caminante solitario.

Fin

-Me iré pronto -dice Anri-.

Una vida así tampoco supone una gran diferencia.

Señal

Sonríe con esfuerzo, colocando una pastilla gris en la lengua y se la traga.

El uso o posesión de esta medicina por parte de gente corriente está prohibido por la ley de forma estricta. La persona que la toma siente como si todos los huesos del cuerpo se le derritieran. Todas la preocupaciones y problemas de la vida desaparecen conforme la persona vaga entre la languidez y el placer.

-¿Por qué no tomas una tú también?

Anri saca otra pastilla de la bolsa de piel y se la ofrece a Kaim, que permanece junto a su cama.

-¡Cobarde! -dice con una macabra sonrisa cuando él menea la cabeza en silencio.
Acto seguido, se coloca una segunda pastilla en la lengua.
-¿Cuántas pastillas llevas hoy con esa? -pregunta Kaim.
-Umm, no me acuerdo…

Con una mirada inanimada, Anri contempla el vacío y suspira.
Se trata de una adicción, una muy grave.

-¿Cómo te sientes? -pregunta.
-No estoy mal -dice ella-. Muy feliz.

Ella sonríe. Es una sonrisa más sentida y suave que la anterior, quizás demasiado. Parece una sonrisa de dicha absoluta, pero, por esa misma razón, tiene algo que hace que le suba un escalofrío por la espalda.

La droga se llama "señal".

Por supuesto, este no es su nombre oficial.

La gente empezó a llamarla así, como nombre en código para evitar problemas, y el término se puso de moda.

Sin embargo, ese nombre la define a la perfección.

Cada pastilla lleva a quien la toma un paso más allá en la carretera. Y cuando aparece el síndrome de abstinencia, la persona se precipita en tomar la siguiente pastilla, avanzando así otro paso.

Más y más lejos…

La carretera que indica esta señal es tranquila, completamente libre de dolor o sufrimiento.

Sin embargo, al final de la carretera solo espera la muerte.

El uso y la posesión de señal está estrictamente prohibidos porque se considera como una invitación a un suicidio gradual.

-Me pregunto cuántas pastillas más aguantaré… -masculla Anri, estirando su escuálido cuerpo por completo en la cama.

Es una pregunta que Kaim no sabe responder. Lo único que sabe es que ella se acerca al final del viaje con señales.

Por eso han contratado a Kaim en este hospital,
un complejo para enfermos al borde de la muerte.

-No me arrepiento de nada -dice Anri-.

De nada. de esta forma puedo morir placentera y tranquilamente, como si me fuera a dormir.
Sus ojos vacíos están fijos en Kaim, pero parecen no ver nada.

-Estaré bien.

De nuevo mete la mano en la bolsa de piel.

-Probablemente no deberías hacer eso -dice Kaim.

-Te repito que estoy bien -dice, con una débil sonrisa, colocándose una tercera señal en la boca.
Cierra los ojos.

Las cuencas de sus ojos hundidos albergan oscuras sombras.

Kaim se acomoda en una silla junto a la cama.

Espera a que diga algo más, pero parece que se ha quedado dormida.

Respira de forma tranquila y en su cara dormida se ve una leve sonrisa. Parece que la señal funciona. Sin la droga, terribles dolores de espalda y violentos temblores impedirían que durmiera. El miedo a la cercana muerte sería pero incluso que el sufrimiento físico.

Siendo más una niña que una mujer, la joven Anri se vio afectada por una enfermedad mortal. Al final de su larga batalla con la enfermedad, el médico abandonó toda esperanza de tratarla y en su lugar le recetó señal.

No se permite que la gente común use la droga, pero a los pacientes que no tienen esperanza de recuperarse se les otorga un permiso especial para concederles una muerte pacífica y acabar con sus

vidas de forma tranquila; dicho de otro modo, para permitirles morir sin tener que lidiar con el arrepentimiento ni la desesperación.

Antes de que Kaim empezara en este trabajo, el médico le explicó los efectos de la sustancia y terminó diciendo con una sonrisa:

-En otras palabras, la señal perdona todas las deudas que la persona haya acumulado con la vida.

Anri se despierta.

Después de comprobar que Kaim está junto a la cama, le dice que no tiene de qué preocuparse y cierra los ojos de nuevo con una sonrisa.

-Estoy bien. No me importa irme así…

Así pues, ella sabe que hay otras posibilidades.

En algunos casos extraños, la señal puede provocar efectos secundarios no deseados. A veces, justo al final, cuando la persona empieza a hundirse en el abismo de la muerte, puede sufrir un ataque de pesadillas. El paciente sufre literalmente la agonía de la muerte. Aunque la señal proporciona una partida excepcionalmente tranquila en el último viaje de la persona, hasta el último retazo de tranquilidad puede desaparecer al borde de la muerte.

En los peores casos, algunos pacientes terminan el episodio alucinatorio con un frenético arrebato físico. Es posible que apenas tengan fuerza para respirar hasta que, atormentados por las pesadillas, atacan con la suficiente violencia como para romper la cama o incluso estrangular a la persona que los atiende. Tales pueden ser los misterios del cuerpo humano, o más en concreto, del corazón humano.

Por eso Kaim está aquí.

Tiene que velar el lecho de muerte de Anri ante la remota posibilidad de que pueda verse atormentada por las pesadillas y se vuelva loca bajo la influencia de los efectos secundarios de la señal.

El médico también le ha proporcionado otra sustancia.

Es un veneno que mata al paciente al momento.

A Kaim le han ordenado que se lo administre a Anri en cuanto comience a mostrar un comportamiento extraño.

-Créeme, es una medicina humanitaria -dice el médico-, de ningún modo es un asesinato. La cara de un paciente que sufre los efectos secundarios de la droga es verdaderamente grotesca, no es algo que cualquiera soporte ver.

Nadie debería tener una muerte tan atroz.

Este es el último favor para dar a la persona un final tranquilo y pacífico.

Kaim no estaba del todo convencido con el razonamiento del médico. Sin embargo, tampoco era capaz de llegar a discrepar con él.

Ahora él solo podía esperar que, guiada por su señal, Anri fuera capaz de pasar sus últimos momentos en paz.

Puede que alguna parte de su interior se paralice en ese momento y que sus ojos vacíos jamás recobren su brillo anterior, pero si así es feliz, nadie tiene derecho a negárselo.

Al despertar de nuevo, Anri busca otra señal,
pero la bolsa de cuero se le cae.
-Perdona... ¿Podrías recogérmela? -le pide a Kaim.
Ya ni siquiera tiene fuerzas para agarrar la bolsa.
Se acerca el momento final.

Kaim recoge la bolsa del suelo, pero cuando ella le pide que le ponga una pastilla en la boca, duda por un segundo antes de acceder.
Tiene la lengua seca y áspera como papel de lija. El fin ha de estar muy próximo.

Al tomar otra señal, Anri parece embargada de nuevo por esa sensación de languidez. Mueve la carne de las mejillas de una forma extraña, suelta un débil suspiro y dice:

-Estaba soñando...
-¿Con qué?
-Con cuando era pequeña... Todos estaban allí... Mi padre, mi madre, mi hermano mayor y mi hermana... Todos sonrientes.

Esto no es buena señal. La droga debe de estar teniendo un mal efecto. Si la señal estuviera funcionando bien, no debería estar soñando, y menos aún con su familia. Cuanto más persistente es el apego, el arrepentimiento o la tristeza que la persona retiene, más probable es que se den efectos secundarios. Por eso precisamente nunca se permite que la familia pase a la habitación del paciente.

Las últimas despedidas se hacen antes de administrar la señal y solo una vez que todo ha terminado se "encuentran" de nuevo.

-¡Todos estaban de tan buen humor!

Kaim se pregunta si debería darle otra pastilla.

-Seguro que cuando nací mis padres jamás imaginaron que moriría tan pronto.

Probablemente un cuidador más experimentado le habría dado otra pastilla sin dudar. Entonces Anri caería en otro pacífico sueño si pensamientos que la molestasen, quizás para no despertar

jamás.

Sin embargo, Kaim pone la bolsa de piel en una estantería y espera a oír qué más tiene que decir.

Anri no pide otra señal, sino que mueve de nuevo la carne hundida de sus mejillas.
Esta vez el movimiento se convierte en una lenta sonrisa.

-¿Sabes? -dice a Kaim-, empiezo a preguntarme…

-¿El qué?

-Por qué llegué a nacer.

Kaim se queda sin palabras, pero esto no impide que ella siga.

-Quiero decir, si voy a morir tan joven, cuando nunca he tenido la oportunidad de enamorarme, ¿no hubiera sido mejor no haber nacido jamás?

Kaim asiente como si le dijera que la comprende.

¿Por qué llegué a nacer?

Esta es la pregunta sobre la que Kaim ha estado reflexionando a lo largo de su interminable viaje.

Todavía no ha encontrado la respuesta, y quizás nunca lo haga.

-Seguro que mi madre y mi padre se pondrán tristes.

-Será mejor que descanses.

-Quizás nací para entristecer a mis padres.

Cierra los ojos y respira hondo unas cuantas veces.
-¿Puedo tomar más señal?
Esta vez se la da sin dudar.
-Gracias -dice por primera vez cerrando los ojos.
-Creo que es posible que no despierte nunca más.

-Es posible.

-Es bueno morir sin sufrir, ¿verdad?
-Supongo.

-Y morir con la cabeza atontada, sin pensar ni sentir nada…
Eso también está bien, ¿no?
Kaim no dice nada.

No puede responder a esa pregunta, no quiere responder a esa pregunta.
Anri se queda dormida sin preguntar nada más.

Todavía está dormida cuando el médico la examina.

-Probablemente morirá antes de que la noche acabe -le dice a Kaim.

Es tarde por la noche, cerca del amanecer, cuando Anri empieza a sufrir.

-Lo siento, mami, siento haberme comido la mermelada. He sido yo.
Sufre una fiebre muy alta y grandes gotas de sudor surcan su frente mientras gime delirando.

-¿Por qué tardas tanto, papi? ¡Deprisa, deprisa, la mariposa se va volando!
Kaim se pregunta si estará reviviendo recuerdos de su tierna infancia.

-¡Me has pegado! Los hermanos mayores no deberían pegar a sus hermanitas! ¡Eres malo! ¡Se lo diré a mami!
Su cuerpo entero se sacude con las convulsiones.

-¡Déjame entrar! ¡Quiero jugar con las niñas grandes!

Esto no termina con el delirio.

Empieza a mover los brazos como si intentara abrazar a los miembros de su familia que flotan por encima de ella.

Esto es lo que temían: los efectos secundarios.

-¡Por favor, llevadme con vosotros! ¡No quiero quedarme aquí! ¡No me dejéis!
Sus gritos se mezclan con las lágrimas. Parece que en sus ojos vacíos las alucinaciones han sustituido a los antiguos recuerdos.

-¡Por favor, seré buena! ¡Papi, mami, haré todo lo que me digáis! ¡Llevadme con vosotros!

De hecho, lo que está ocurriendo es todo lo contrario:
la que se queda atrás es la familia que tanto amaba a su hija menor, Anri.

-¡No me dejéis sola! ¡Papi! ¡Mami! ¡Volved, por favor!

Kaim siente su dolor y tristeza.

Sus convulsiones son cada vez más violentas. La agonía le retuerce el rostro.

Un médico, alarmado por el alboroto, irrumpe en la habitación.
-¿Qué estás haciendo? -le grita a Kaim. -¡Acaba ya con su sufrimiento!

Kaim sabe lo que debería hacer.

Para esto le contrataron.

El veneno que impedirá que Anri sufra más está al alcance.

Pero lo que él coge, con suavidad, no es el veneno sino las manos que Anri extiende hacia el espacio vacío.

-¿Qué estás haciendo? -grita el médico-.
¡Para ahora mismo! ¡Esto es una violación flagrante de tus obligaciones! ¡Está despedido!

Kaim se gira hacia el enfadado médico. -Cállese, por favor.

-¿Qué demonios estás…

Pero el médico deja de gritar cuando ve la expresión en la cara de Anri.

Está sonriendo.

-¿Son estas las manos de mi madre? ¿De mi padre? ¿De mi hermano mayor? ¿De mi hermana mayor? Dime, ¿de quién son? -pregunta alegre.

Siente la fuerza del apretón de Kaim y ella le corresponde. En su cara aparece una sonrisa de felicidad casi indescriptible; las lágrimas le caen de los ojos.
-Estaré aquí con vosotros… Juntos… Para siempre…

Las convulsiones han cesado y su respiración se ha calmado.

Kaim le susurra al oído. -Gracias, Anri.

-¿Papi?

-Sonríe a través de las lágrimas-¡Sé que eres tú!

Kaim le devuelve una sonrisa. -Hablo por todos nosotros, por mí, por tu madre, tu hermano y tu hermana. Todos te damos las gracias, Anri.

Anri casi parece avergonzada cuando pregunta por qué.
-Por haber nacido, Anri. Por haber estado con nosotros. Por dejarnos compartir tiempo contigo, Mami y yo y tu hermano y tu hermana, todos te lo agradecemos.

Por desgracia, la vida tiene límites. Hay vidas largas y vidas cortas.
Y en la vida, por desgracia también, hay felicidad e infelicidad.

Hay vidas felices y vidas infelices.

Sin embargo, por todo esto,
por la oportunidad de vivir en el mundo, la oportunidad de haber vivido en este mundo, lo único que se puede decir es "gracias".

Cuando Kaim le dice esto, Anri menea el delgado mentón.

-No, debería ser yo la que os dé las gracias, ¡a todos!
Esas son las últimas palabras de Anri.

La expresión de su cara al morir tras el tormento de las pesadillas provocadas por las drogas no es tranquila ni pacífica.

Sin embargo, es feliz.

-¿De verdad te marchas? -pregunta el médico a Kaim, mostrando auténtico arrepentimiento.

Vestido para viajar, Kaim le sonríe.
-No creo que pueda volver a cumplir con mis obligaciones de cuidador en condiciones.
-A decir verdad, Kaim, todavía no puedo asimilar el hecho de que es posible hacerlo a tu modo -dice el médico con expresión seria-.
Me pregunto si tus manos despiden alguna sustancia como la señal. De lo contario, no me imagino cómo puede haber muerto tan feliz.

Kaim le enseña las palmas al médico.
-Son manos comunes, nada especial.
-No estoy seguro de eso -dice el médico-. Si pasamos un tiempo estudiándolas bien, quizá…
Kaim menea la cabeza como si dijera "no encontraría nada".
Pero hay algo que sí quiere aclarar con el médico.

-He visto morir a muchas personas solas, probablemente muchas más que cualquiera de ustedes, los médicos. Por eso quería reunirla con su familia al final.

Esa es la única razón por la que cogí sus manos.
El ligero asentimiento del médico sugiere que no está convencido.
Pero Kaim ha terminado de hablar con él.
Se aleja a zancadas hacia la carretera.

Debe continuar con su viaje.
El viaje continuará hasta que sea capaz de responder a la pregunta de Anri.

¿Por qué llegué a nacer?

Al menos Anri tenía familia.

Su vida fue unirse y dejar a su familia.

Kaim ni siquiera ha tenido eso.

¿De dónde vengo?

¿Adónde voy?

¿Por qué el viento pasajero arrastra a Kaim en su interminable viaje?

Un viaje sin señales.

Por eso Kaim siempre es libre.

Siempre está solo.

Fin

Están demoliendo el muro.

Los mazos resuenan a ambos lados.

El muro representó durante décadas la frontera nacional… hasta ayer. Aunque "frontera" tal vez no sea la palabra exacta. En un principio, ambos lados conformaban una única nación. El país se dividió debido a diferencias ideológicas, y entre los dos lados surgió tal antagonismo mutuo que hubo de construirse un muro alto y grueso.

Al otro lado del muro

Pero esos días han quedado atrás.

Hace un año, los dirigentes de ambos lados se dieron un apretón de manos en una reconciliación histórica.

Hoy, tras numerosos preparativos y esfuerzos conjuntos, el muro que simbolizaba la rivalidad entre ambos bandos está siendo demolido. Cada golpe de mazo señala el final del enfrentamiento y ensalza el resurgir de la paz.

-¡Venga ya, esto es demasiado! -dice Yuguno, escupiendo en el suelo mirando hacia la gente que se aglomera junto al muro-. Míralos, sonriendo como bobos. ¡Es increíble!

Mira a Kaim, que está a su lado, como buscando su aprobación.

Su rostro aniñado no esconde su repugna.

-Dime, Kaim, tú que conoces un montón de países distintos y has visto todo tipo de gente. ¿Acaso puede uno olvidarse de años de odio y deshacerse de él sin más?

En lugar de responder, Kaim le dirige una sonrisa contrariada.
Yuguno es un joven que se convirtió en el primer amigo de Kaim poco después de su llegada a esta ciudad fronteriza.
En general es agradable, salvo por su odio empecinado hacia la gente "del otro lado".

-Un maldito apretón de manos y adiós trabajo. En serio, esto es demasiado.

Yuguno trabajaba como guarda fronterizo, y por tanto había tenido que vigilar el muro. Se había presentado voluntario para aquel trabajo, ansioso por matar a todo aquel que osara traspasar el muro desde el otro lado. Si sus superiores se lo hubieran permitido, habría cruzado con gusto al territorio de enfrente y atacado a sus odiados vecinos en lugar de esperar a repeler una invasión.

Sin embargo, una de las condiciones ineludibles de la reconciliación era el desmantelamiento de las patrullas fronterizas. Al contrario que sus colegas, que pronto comenzaron nuevas vidas, Yuguno no supo adaptarse a los tiempos cambiantes.

-Dime Kaim, ¿cómo puede la gente desprenderse de su resentimiento tan fácilmente? ¿Es que no les importa un carajo?

Kaim no responde a la pregunta.

Sabe que Yuguno es una víctima de la época de confrontación.

Yuguno, aún joven -casi un niño, de hecho-, ha vivido desde su infancia intensamente condicionado para ver a los del otro lado como enemigos.

Cuidado: los del otro lado podrían atacar en cualquier momento.

Cuidado: los del otro lado son rufianes crueles y despiadados.

Cuidado: si el otro lado nos invadiera y tomara nuestras ciudades, quemarían nuestras casas, nos robarían nuestras posesiones, matarían a nuestros hombres y violarían a nuestras mujeres.

Cuidado: no está lejos el día que nos invadirán. Podría ser dentro de tres días, o mañana mismo. Podrían asaltar el muro hoy. Ahora mismo.

Cuidado: ya tienen espías entre nosotros. Y es fácil saber quiénes son: son aquellos que ensalzan y simpatizan con el otro lado de palabra y acto.

Cuidado: están buscando el más mínimo punto débil de nuestra resistencia psicológica. Estad alerta y listos para desenvainar la espada en cualquier momento.

Cuidado, cuidado, cuidado, cuidado.

En los libros de Historia de las escuelas de este lado se podía aprender mucho sobre el otro lado. Las imágenes de las gentes del otro lado los presentaban como demonios feroces.

-Yo no soy el único, a decir verdad. A todos nos enseñaron lo mismo. Pero entonces, ¿cómo es que todos menos yo están tan contentos con la demolición del muro? -Yuguno se pregunta esto ante el desconcierto que le provocan los nuevos acontecimientos. Se repite una y otra vez su incredulidad.

Hasta que Kaim se ve obligado a contestarle.

-Eras demasiado puro -le dice.

-¿Cómo?

-No es culpa tuya, Yuguno.
Es culpa de quienes llenaron tu corazón puro y honrado de odio.

-Un segundo, Kaim. Los animales que viven al otro lado del muro son los que me hicieron esto, esas cosas horribles que hacen…

Kaim le interrumpe secamente.

-¿Te han hecho algo horrible alguna vez? *¿A ti?*

-Bueno, no, claro, a mí concretamente no, pero…

-Entonces, *¿por qué* odias tanto a los del otro lado?

-Bueno, verás…

Yuguno se queda un instante sin palabras, hasta que lo único que puede hacer es alzar la voz y soltar: -Aun así, es verdad. ¡Todos ellos no son más que seres despreciables!

-¿Por qué son despreciables? ¿Has visto a alguno de ellos hacer algo? ¿Cuándo? ¿Dónde? Yuguno se atasca y farfulla.

-¿Acaso has *conocido* a una sola persona del otro lado? -le pregunta Kaim.

Yuguno agacha la cabeza y la sacude de lado a lado.

-Pues yo *sí* -responde Kaim con una sonrisa amarga-, y no son demonios ni diablos, ni nada por el estilo. ¿Cómo iban a serlo? ¡Si antes formabais un mismo país! De todos modos, todo eso está fuera de toda discusión: países, razas, tribus. Sois todos seres humanos. Todos iguales.

Yuguno permanece callado, la cabeza gacha.

Cerca del muro se oyen vítores.

El muro que llevaba décadas separando a los dos países acaba de ser abierto.

Representantes de ambos lados atraviesan la abertura y se saludan con grandes sonrisas, apretones de manos y abrazos.

Los gritos de júbilo aumentan, y la gente, en su mayoría de las generaciones más jóvenes, se reúne en círculos diseminados mientras expresa su alegría.

Yuguno, no levanta la vista de su propia sombra.

-Entonces, ¿qué debería hacer ahora? Todo lo que he hecho en mi vida ha sido odiar.

Todo lo que sé hacer es odiarles.

-No es tarde para cambiar. Puedes empezar ahora mismo -le dice Kaim, pone su mano sobre el hombro de Yuguno.

-¿Crees que puedo?

-Claro que puedes.

Kaim está seguro porque sabe cómo era el país cuando ambas mitades formaban una sola nación. Era un lugar agradable. Para nada rico, pero era un país feliz, lleno de gente compasiva.

-Te lo digo yo, Yuguno; la gente puede cambiar.
-Si tú lo dices…

-Mira eso, Yuguno. Mira a esa gente disfrutando.

No sin cierta hesitación, Yuguno levanta la cabeza. Alrededor del muro han comenzado una fiesta. Los jóvenes bailan, cantan, brindan con los demás, conversan… Y todos ellos eran compañeros de Yuguno, que recibieron la misma educación que él. Ni que decir tiene que los jóvenes del otro lado habían sido educados igualmente para odiar.

-¿Qué ves ahí? ¿Demonios? ¿Diablos?

Yuguno sacude la cabeza y relaja los hombros de su tensión.

-Empiezo a preguntarme, Kaim, por qué hasta hoy he sido tan…

-La gente puede cambiar -le interrumpe Kaim, poniéndole de nuevo una mano en el hombro para indicarle que le comprende-. Pueden pasar del odio al amor, y del amor al odio.

Kaim también sabe eso, pues vio cómo el país se dividía en dos tras una cruel guerra civil.

-No cambiéis más -dice Kaim, a toda la gente sonriente, incluido Yuguno.

Una joven se acerca vacilante a Yuguno.

Es del otro lado. Lleva una bandeja llena de galletas.

-¿Quieres galletas? Las he hecho esta mañana.

Las galletas tienen forma de corazón.

Alentado por le sonriente Kaim, Yuguno coge una galleta mientras su cara adquiere un rojo intenso.
-Gracias -dice tímidamente, y muerde la galleta.
-¿Está buena? -pregunta la chica.
-¡Riquísima! -dice Yuguno, todavía más rojo.

Unos pájaros blancos cruzan el cielo

azul del otro lado a este lado,
de este lado al otro.

Se diría que los pájaros blancos surcan el cielo con alegría, como si quisieran decir a la gente, por debajo de ellos:
"*Al principio, no había fronteras*".

Fin

Ese bosque es el hogar de un tesoro de valor incalculable.

Aquí vive una criatura maravillosa y extraordinaria.

Aunque recorrieras todo el continente, no encontrarías un hábitat igual.

Un coro de cigarras

-Por supuesto, el valor de nuestro "tesoro" no se aprecia a simple vista.

El anciano del pueblo sostiene una taza de licor de bayas fermentadas mientras habla. Sus ancestros han cuidado de esta pequeña aldea durante generaciones.

Es verano y el canto bullicioso de millares de cigarras inunda el pequeño fuerte que protege la entrada a la aldea. El coro de insectos suena como una lluvia monótona.

-¿Entendéis lo que quiero decir?

El anciano mira a la decena de hombres fornidos que se han juntado en el fuerte.

Todos tienen expresión de asombro. Es decir, todos excepto uno.

-¿Dices que te llamas Kaim? -pregunta uno de los aldeanos.

Parece que sabes de qué habla.

Kaim asiente con la cabeza y señala hacia arriba.

-Son las cigarras -dice.

Los aldeanos se extrañan.

Con una sonrisa de deleite, el anciano dice:
-Así que lo sabes, ¿verdad?
Los hombres de las armaduras, lejos de sentir ningún deleite, comparten miradas de recelo. Todos son mercenarios.

Los habitantes del pueblo los han contratado para proteger el "tesoro" del bosque.

-Eh, eh, un momento -protesta un soldado, tal vez envalentonado por el licor-. ¿Me estás diciendo que el "tesoro" que tenemos que proteger son solo unas cigarras? ¿Qué tienen de especial? Las hay por todas partes.

-Cierto -confirma el anciano-. Por eso digo que el valor de nuestro "tesoro" no se aprecia a simple vista. -Hacen el mismo ruido que las demás cigarras.

Otro de los mercenarios dice con cara de incredulidad:
-Eso, ¿Por qué este "coro de cigarras" es diferente de los demás? Suenan igual que las de mi pueblo.

Los demás soldados se ríen y asienten.

-Totalmente -asegura uno.

-No hay ninguna diferencia -corrobora otro.

Al anciano y los aldeanos no les hace gracia.
Miran a Kaim cuando el anciano le pregunta:
-¿Nos ayudarás a proteger nuestro "tesoro"?

-Para eso he venido -contesta.

-Cuéntame, Kaim. ¿De verdad conoces el significado del "tesoro" de este bosque?

-Sí...

-Entonces déjame preguntarte una cosa.
¿Sabes cuándo dará fruto la batalla de este verano?

Kaim toma un sorbo de su licor, espira pausadamente y contesta:

-Dentro de setenta y cinco años.
Vamos a luchar por el verano de dentro de setenta y cinco años. ¿Te refieres a eso?

Los aldeanos se vuelven a quedar sorprendidos.

El anciano, con gesto de satisfacción, asiente despacio con la cabeza y rellena la taza de Kaim.

El anciano habla a los atónitos mercenarios:

-Hemos protegido los coros de cigarras generación tras generación. Los que hicieron posible que escuchemos el canto de este verano, eso que suena cual diluvio, son los aldeanos que eran adultas hace setenta y cinco años, cuando yo era un crío.

Por el coro que inundó el bosque el verano pasado se combatió hace setenta y seis años, y el próximo verano oiremos a las cigarras que recibieron protección hace setenta y cuatro años. Así es como hemos cuidado de las cigarras del bosque toda la vida. ¿Comprendéis ahora lo que significa para nosotros?
Es cuestión de aritmética.
Una vez que las cigarras entierran los huevos, las crías pasan setenta y cinco largos años en fase larvaria. Al cabo de este tiempo, en el verano de su septuagésimo quinto año, se transforman en insectos adulos, brotan del suelo y cantan como locas en las copas de los árboles durante los diez o quince días que tienen de vida.

Justo antes de morir, descienden de los árboles, se aparean y entierran los huevos bajo el humus. La nueva postura pasa otros setenta y cinco largos años bajo tierra...

-El hecho de que este verano podamos escuchar el canto de las cigarras solo significa una cosa: que hace setenta y cinco años este bosque estaba en paz.
Del mismo modo, si permanece en paz este verano, los aldeanos escucharán el coro que nacerá dentro de setenta y cinco años.
Hemos reunido el poco dinero que nos queda para pagaros por hacer posible una cosa: que el bosque retumbe con la canción de las cigarras dentro de 75 años.

Todos los mercenarios excepto Kaim muestran su decepción.

-Espera un momento, abuelo - gruñe uno de los soldados poniéndose firme.
¿Quieres decir que vamos a arriesgar la vida para proteger a un puñado de bichos?
-Exacto.
-¿Y aun cumpliendo el encargo por el que nos ponemos en peligro no habrá resultados hasta dentro de setenta y cinco años?
-Es justo lo que quiero decir.
-Venga ya, viejo.
-Estarás de broma…
Si se tratara de dinero o bienes, sería otra cosa, pero nos jugamos el pellejo, ¿Y por qué? ¿Por unos bichos?
-Bueno, *sois* mercenarios, al fin y al cabo.
-Vamos a ver, abuelo, te lo voy a preguntar por última vez.
Entiendo que este sea un pueblo pobre y sé que habéis tenido que pasar muchas necesidades para reunir el dinero. De eso no cabe duda.
Pero cuando dices que todo esto es por unos bichejos… Que no pasará nada hasta dentro de setenta y cinco años… Creo que no vivimos en el mismo mundo. ¿Os arruináis y nos ponéis en peligro por algo así? ¿Estáis locos?

-Queremos que los niños que vivan aquí dentro de setenta y cinco años escuchen el canto de las cigarras. ¿Qué tiene de raro? Nosotros *sí que* no *te* entendemos.

-¡No juegues conmigo, viejo! ¡No pienso aceptar un trabajo así!

-brama el mercenario antes de abandonar el fuerte. Sus compañeros lo llaman:
-¡Eh, espérame! ¡Me voy contigo! ¿Jugárnosla por unos insectos? ¡Vaya negocio!
-¡Nos quedamos el anticipo! -añade alguno de ellos.
Así, uno a uno, se van marchando.

El único combatiente que queda en el fuerte es Kaim.

El "diluvio" de las cigarras continúa sin cesar.
El bosque suena como una criatura gigantesca.

En la atalaya del fuerte hay un joven que sustituye a los mercenarios.

Le pregunta a Kaim:
-¿Estás bien?
-Sí. Sabía dónde me estaba metiendo.

Me enteré cuando se marcharon… Vaya panda de indeseables.

-Es posible. En realidad solo les interesa lo que pueden ganar una vez terminado el trabajo. No dan problemas hasta que terminan de proteger la aldea del enemigo. Luego empiezan a pedir "primas". Se apropian de los bienes y de las mujeres. Suelen decir: "Os hemos salvado el pueblo, ¿no? Lo justo es que tengáis algún detalle".
La razón por la que los mercenarios de este año han abandonado es porque se han dado cuenta de que *aquí* no obtendrían ninguna paga extraordinaria.

-¿Por qué te has quedado, Kaim? -le pregunta el muchacho -. Podrías encontrar muchos otros trabajos por los que te pagarían más.

-Pensé que no sería mala idea hacer algo distinto y jugármela por algo que ocurrirá dentro de setenta y cinco años. Eso es todo.
-Me alegro.
El joven asiente pensativo con la cabeza. Luego le cuenta a Kaim una de las historias más antiguas del pueblo.

Hace mucho, mucho tiempo, mucho antes de que yo naciera, cuando el anciano era todavía un muchacho, hubo un verano en que no se oyó el canto de una sola cigarra.

Claro está, eso significa que, setenta y cinco años antes, se libró una batalla que arrasó el bosque. El anciano cuenta que el bosque en verano sin el coro de cigarras resultaba tan lúgubre e inhóspito que daba miedo adentrarse, tanto que le ponía los pelos de punta.

Los árboles estaban vivos pero daba la sensación de que el bosque estaba muerto. Se sentó en medio del bosque y se sintió tan solo que le entraron ganas de llorar.

Y, lo que es peor, se enfureció con nuestros ancestros por no haber protegido el bosque setenta y cinco años antes.

El anciano siempre cuenta esta historia cuando ha tomado una taza de más.

Kaim asiente con la cabeza.

"Ya lo sé", quiere decir, pero guarda silencio y se limita a sonreír.

El muchacho prosigue:

-Entonces, cuando el anciano estaba sentado llorando en medio del bosque, cuenta, apareció un forastero.

Un muchacho. Alto y fuerte, como tú, Kaim. Y le dijo al anciano:

"No olvides nunca lo triste y solo que te sientes hoy. Cuando crezcas, asegúrate de que no permitirás que los niños que vengan aquí dentro de setenta y cinco años se sientan así".
El anciano dice que aunque no recuerda el rostro del forastero, nunca olvidará sus palabras.
Siempre que puede se lo cuenta a los jóvenes de la aldea.
Kaim asiente de nuevo con la cabeza sin decir nada, pero nota cómo se le pone la carne de gallina.

-Durante todos estos años, el anciano ha respetado la promesa que le hizo al viajero. Por mucho que le hayan presionado los mercaderes, nunca les ha permitido hacer nada perjudicial para el bosque. Ha mantenido buenas relaciones con las aldeas vecinas para evitar hacerse enemigos. A veces ha cerrado tratos que nos perjudicaban y ha dejado pasar muchas oportunidades de ganar dinero. Por eso el pueblo es tan pobre.

El muchacho chasquea la lengua con resignación.
-Aun así, nadie ha culpado nunca de nada al anciano.
Los niños del pueblo siempre han podido "zambullirse" en el canto de las cigarras.
Así es como nos educaron: forma parte de nosotros. No le estamos sino agradecidos, a él y a todos los ancestros que le precedieron, que nos han permitido escuchar la canción de las cigarras cada año.

Kaim no dice nada pero un escalofrío le recorre la espalda.

Le viene a la memoria el rostro del muchacho con el que se encontró hace tanto tiempo, más de ochenta años atrás.

"¿Por qué no cantan las cigarras?", solloza. "¿Por qué este año no se oye ni una sola? ¿Por qué nuestros ancestros quemaron el bosque entonces?".

Pero le brillaba la mirada y ese mismo destello, oculto bajo un mar de arrugas, aún arde en los ojos del anciano.

Transmitido de generación en generación, se percibe también en los ojos del muchacho que protege el fuerte junto a Kaim.

Esta es la verdadera razón por la que Kaim está aquí.

Ahora el pueblo, que durante tantos años ha permanecido en paz, está a punto de ser atacado. Los territorios circundantes están extendiendo su dominio. Su ejército ha traspasado la frontera y se dirige hacia aquí.

Las probabilidades de alzarse con la victoria son mínimas.

El anciano dice:

-Defiéndenos durante el verano, no necesitamos más. Lo único que te pedimos es que nos ayudes a que no quemen el bosque antes de que las cigarras pongan los huevos.

Los territorios colindantes no mostrarán mucho interés por esta aldea arruinada, que no es más que parte del camino para el ejército que marcha hacia la ciudad del otro lado del bosque. Si la aldea resiste hasta el final del verano y se rinde al llegar el otoño, es posible que el enemigo atraviese el bosque derecho hacia la ciudad.

El anciano dice:
-Y cuando, tras una agradable visita, nos dejen en paz, tendremos que hacerles un regalo de despedida.
Que se lleven mi cabeza -dice riendo y haciendo un gesto de decapitación.

El anciano ya ha cumplido con su cometido en este mundo. Ha vivido con plenitud. Ahora lo único que desea hacer con el tiempo que le queda es dar la oportunidad de escuchar a las cigarras a los niños que vendrán dentro de setenta y cinco años.

-Contéstame a una cosa -le dice Kaim al muchacho a la vez que se lleva la mano a la espada.

-¿De qué se trata?

-Cuando seas mayor, ¡te jugarás la vida por lo que ocurrirá setenta y cinco años más tarde?

-Sí -contesta el joven sin vacilar-.
Ahora no podemos ver el rostro de los niños que vivirán aquí dentro de setenta y cinco años, pero sé que el bosque debe vibrar cada verano con el canto de las cigarras; este año, el próximo, dentro de setenta y cinco años y también un siglo después. Es lo que los adultos llaman responsabilidad.
Y no soy el único que piensa así: todos los jóvenes de la aldea opinamos igual.

-Veo que el anciano ha sabido educar a su pueblo.

-Perdón, ¿cómo dices?

-Nada, no he dicho nada.

Kaim se pone firme y mira a lo lejos.

El horizonte se cubre de nubes de polvo. Parece que se acerca una unidad enemiga.

Las cigarras cantan sin tregua.

El enemigo se acerca.

-Te escucho. Ha llegado la hora. Kaim sale al encuentro de los invasores.
El coro de cigarras continúa insaciable como si entonara la canción de la vida.

Fin

La madre permanece en el muelle de la isla, esperando a su hijo.

Su equipaje es más grande que ella. Vestida con sus mejores ropas de viaje, apenas parece capaz de contener la emoción conforme habla con Kaim, que espera a que el mismo barco llegue.

La vuelta del lugareño

-Recibí una carta suya -dice.

Casi treinta años han pasado desde que su único hijo dejó la isla en la que nació. No ha habido noticias suyas en todo este tiempo hasta que hace poco escribió anunciando sus éxitos y su idea de

llevarla al continente.

-He estado sola desde que perdí a mi marido, así que pensar en la posibilidad de pasar el resto de mi vida con mi hijo, su esposa y mis nietos…

Vendió la casa en la que ha vivido siempre y ha estado esperando a que su hijo venga a por ella.

La carta llegó hace una semana, más o menos.

-Me pregunto por qué se retrasa tanto. Los mares están en calma.

Kaim llegó aquí en el ferry de ayer.

-¿Quiere decir que llega tarde? -Pregunta Kaim con cierta sorpresa.

-Mucho -responde ella, esforzándose por sonreír -. ¿Qué le habrá pasado? Quizás de repente ha tenido mucho lío y no puede librarse del trabajo.

-¿No ha vuelto a escribir para dar una explicación?

-Nunca se ha molestado con cosas como esa, ni siquiera de niño -dice, forzando de nuevo una sonrisa y mirando al horizonte.

Aunque al principio no era más que un punto en la distancia, ahora el barco es lo bastante grande como para ver claramente la silueta del mástil.

-De todas formas, no estoy preocupada. Sé que vendrá en este barco -dice levantándose de la caja en la que había estado sentada y agitando un pañuelo hacia el navío que se aproxima.

Kaim también mira el barco fijamente, lo cual da a sus ojos una expresión severa.

-Joven…

Con el sonido de la voz de la madre, Kaim se apresura en suavizar la mirada antes de volverse hacia ella.

-¿Eres un viajero, verdad?

-Así es -dice.

-Te vi llegar en el ferry de ayer. ¿Te marchas ya?

Obviamente ella siente curiosidad por este extraño, pero su cara no muestra recelo hacia los forasteros.

Aliviado al ver esto, Kaim responde:

-Hago lo mismo que usted, esperar a que alguien llegue.

-¿En este barco?

-Sí, probablemente.

-¿No te han avisado de cuándo venía?

-No, no marcamos una fecha fija.
También puede que esté esperando para nada.

-¿De veras?

Kaim evita más preguntas con una sonrisa forzada.

No es algo de lo que se pueda hablar con cualquiera.

Tiene una misión secreta, una en la que no debe fallar.

La mujer aún parece desconcertada, pero la conversación se pierde en el alboroto general que hay en tierra cuando se acerca un barco.

Por fin llega el ferry. Uno a uno, los pasajeros descienden tras un viaje de medio día desde la capital del continente.

Agarrando el pañuelo contra el pecho, la madre los escudriña a todos.
Hay vendedores ambulantes que viajan de isla en isla ofreciendo su mercancía, hombres que vienen a comerciar al por mayor, hombres y mujeres jóvenes quemados por el sol que vienen del continente en grupos para trabajar en las granjas de la isla y hombres que vuelven a su hogar en la isla después de una temporada de trabajo en el continente.

Sin embargo, de entre las docenas de pasajeros ninguno es el hijo de la mujer.

Una vez que desembarcan los pasajeros con destino a la isla, el ferry se lleva a la gente que viaja al

continente. Los que saludan en el muelle dejan sitio para los que dicen adiós.

La madre da la espalda al ajetreo y el bullicio del muelle y camina lenta y pesadamente hacia la ciudad. Carga un pesado fardo a la espalda y lleva una gran maleta con cada mano, pero solo ha dado unos pasos cuando el fardo empieza a resbalar.
Kaim extiende la mano para evitar que caiga.

La mujer se gira sorprendida y cuando comprende que Kaim está solo le pregunta:

-¿Entonces esa persona no vino tampoco?

-Eso parece.

Al haber un solo ferry al día desde el continente, lo único que pueden hacer es esperar hasta mañana.

-¿Vas a estar en la isla hasta que venga tu amigo?

-Puede que sí…

-Pues tu factura del hotel va a ser de impresión…

-No, eso no es problema. Estoy acostumbrado a dormir al raso.

-¿Al raso? -exclama con asombro.

Entonces sonríe y continúa-.

Oh, bueno, eres joven y estás en forma. Dormir unos días al aire libre no debería ser muy duro para ti.

-¿Qué vas a hacer, señora? ¿Volver a casa?

-Ojalá pudiera.
Vendí mi casa la semana pasada. Estaba tan segura de que mi hijo vendría a recogerme en seguida…
Un indicio de desaliento le oscurece la cara, pero rápidamente recupera la sonrisa y continúa:

-Conseguí un buen dinerillo por la casa, así que he decidido gastarlo a manos llenas para variar. ¿Ves ese gran hotel de allí? Me quedo en la habitación más grande y me lo tomo con calma día y noche. Me siento decepcionada cuando él no aparece, claro, pero me he dejado la piel trabajando todos estos años. Me merezco mimarme un poquito.

Aunque dichas con una sonrisa, esas palabras le llegan a Kaim muy hondo.

En su caso, "dejarse la piel" no es solo una forma de hablar, como demuestra su cara bronceada, la cual no está hecha para los cosméticos que se ha puesto para saludar a su hijo, y en especial sus huesudos dedos, tan mal disimulados por los anillos baratos que lleva.
A pesar de que sin duda ha trabajado duro, la vida le ha concedido pocas recompensas. No hay nada caro en su equipaje.

-Seguro que su hijo estará aquí mañana -dice Kaim.

En su arrugada cara aparece una sonrisa de felicidad.

-Sí, por supuesto, seguro que mañana -dice asintiendo-. Espero que la persona que esperas también venga en el barco de mañana.

-Muchas gracias -responde Kaim.

-Tengo una idea -dice ella-. Ya estarás harto de acampar.

Si quieres, podrías quedarte en mi hotel. Seguro que podemos arreglar algo para una persona extra.

Kaim siente que no lo sugiere por simple amabilidad, y por eso precisamente pone objeciones con una sonrisa y asiente.

-Gracias de todos modos -dice-, pero no se preocupe por mí. Tan solo tómese el descanso que merece después de todos estos largos años de duro trabajo.

-Si tú lo dices… -Ella parece un poco decepcionada pero no lo presiona para que acepte.

Según la mira caminar con dificultad sola hacia el hotel, abultada por los inmensos fardos, Kaim se pregunta si quizás ella espera que su compañía pudiera aliviar la preocupación de que su hijo no apareciera después de todo.
No obstante, decide no correr tras ella y retractarse de su negativa. Él no es el hombre adecuado para pasar tiempo con una madre cuyo único sueño es tener una vejez feliz.

Lo más probable es que cuando el barco de mañana llegue, por fin se reúna con el hijo que ha anhelado ver todos estos años.

Es casi seguro que la persona que Kaim espera también llegue a la isla mañana.

Sin duda la madre derramará muchas lágrimas cuando el encuentro tenga lugar.

Por su parte, Kaim tendrá que llevar a cabo un trabajo sangriento cuando encuentre al hombre que espera.

Kaim lo ha estado persiguiendo. El hombre es un fugitivo y hay una recompensa por su cabeza. Se le conoce como el jefe de una banda del hampa en la capital y ha cometido innumerables crímenes: robo, fraude, extorsión, agresión e incluso asesinato. Para rematar una vida de crimen, traicionó a su propia banda y escapó con un montón de dinero. Hace solo unos días la banda oyó que se dirigía hacia esta isla, lugar en el que nació, y contrataron a Kaim para que se encargara de él.

El hecho de que contrataran a Kaim significa que desean que lo maten en cuanto aparezca.
Kaim y la madre se encuentran otra vez en el muelle al día siguiente a la misma hora.

Y otra vez al día siguiente,

y al siguiente,

y al siguiente.

Los que ellos esperan nunca llegan.

Pasa una semana.

La madre cambia de alojamiento, de su caro hotel a una posada barata frecuentada por vendedores ambulantes.

Le dice a Kaim con una sonrisa que en realidad está más cómoda en un sitio barato como ese, pero es más probable que se le haya acabado el dinero en el primer hotel.

-Quien esperas también llega muy tarde -comenta.

-Cierto…

-¿Quién es?

Él esquiva el tema con una sonrisa tensa.

No puede responder a esa pregunta si va a cumplir con su obligación.

Y además, por dentro siente una pequeña premonición.

La madre deja de preguntarle.

Pasan otros tres días.

Un mensajero de la banda, disfrazado de vendedor ambulante, susurra un mensaje a Kaim al bajar del ferry:

Kaim asiente en silencio y mira al barco.

Incluso después de que los pasajeros desciendan, la madre permanece en el muelle, mirando a la cubierta vacía del barco.

-Permíteme que te pregunte, joven… -dice la madre a Kaim tres días después -El sitio en el que acampas… ¿tiene un techo para resguardarse del rocío?

Kaim ha estado durmiendo en una vieja casa desvencijada que encontró cerca del puerto.

Lo único que necesito es un sitio donde dormir -continúa la mujer-. ¿Te importaría si me uno a ti allí?

-¿Cómo dice?

-El sitio en el que estoy ahora no es mucho mejor que una ruina. Estoy segura de que estaré bien donde quiera que estés. Sí, estoy segura de que estaré bien.

Sonríe como un niño que ha encontrado una nueva fuente de travesuras.

Kaim no la rechaza.

Para ser más preciso, no puede rechazarla.

Probablemente se haya quedado sin dinero siquiera para dormir en el albergue actual.

Kaim se ha dado cuenta de que los anillos baratos han ido desapareciendo gradualmente de sus huesudos dedos.

Conforme pasan la noche en el edificio abandonado, y con la luna como única fuente de luz, la madre revela recuerdos de su hijo sin que Kaim le anime a ello.

De ningún modo son recuerdos agradables. Conocido como gatillo desde sus primeros años, todos los vecinos odiaban al chico, quien abochornaba a sus padres.

-Nos robaba el dinero, se quedaba toda la noche de fiesta y antes de que nos diéramos cuenta era el mayor delincuente de la isla.

Siempre estaba metiéndose en peleas y molestando a las chicas.
Durante las fiesta de la isla se volvía loco y la emprendía contra todo, y luego mi marido y yo teníamos que ir pidiendo disculpas a todos.

El padre, un cantero experto, perdió el trabajo cuando su hijo robó ciertos objetos de valor de la casa del jefe.

La madre apenas podía ir por la calle sin que los vecinos la miraran y la señalaran con el dedo. Las cosas se pusieron especialmente mal después de que su hijo prendiera fuego a la sala de la asamblea de la isla solo por diversión.

Sus padres no le han dado educación, el mal comportamiento del chico es responsabilidad de los padres, el hijo se ha convertido en un gamberro porque su madre lo mimó demasiado, es culpa de los padres, culpa del padre, culpa de la madre, tu culpa. Oyeron de todo.

-¡Nos resultó tan duro a estar en una isla pequeña como esta!

El chico tenía dieciocho cuando finalmente se escapó de casa, o mejor dicho, dejó la isla cuando sus padres casi lo habían repudiado.

Los otros isleños se alegraron como si una plaga hubiera desaparecido.
Un hombre llegó hasta a expresar su alegría.

-Espero que es desgraciado vaya a la capital y muera en una alcantarilla.

El padre del chico murió cinco años atrás.

Ni siquiera al final perdonó a su hijo, y en su último delirio, todavía pedía disculpas a los isleños.

Pero a pesar de todo, una madre, un hijo es el bebé que una vez llenó tu vientre. Nunca tuve noticias suyas, pero seguía rezando para que estuviera sano en la capital, para que no sufriera la epidemia de turno y para que no se metiera en peleas. Supongo que así soy yo.

Sonrió a Kaim con amargura.

-O quizás solo soy una madre -añadió.

Supongo que tú también tienes padres.
¡Claro que sí! Todo el mundo tiene padres.

-Cierto.
-¿Tu padre y tu madre están vivos y bien?

Kaim asiente con la cabeza en silencio.

En un viaje sin un principio claro ni un fin preciso, Kaim es incapaz de responder a una pregunta como esa.

En su lugar, pregunta algo a la mujer.

-¿Qué es lo primero que dirás cuando por fin te encuentres con tu hijo?

-Buena pregunta -dice la madre. Tras pensarlo unos momentos, responde -
En realidad no *diría* nada. Creo que solo lo abrazaría y no diría nada en absoluto. Lo estrecharía fuerte y le haría saber cuánto me alegro de que esté sano y salvo.

Sin embargo, supongamos -presiona Kaim con suavidad- que supieras que ha llevado una vida poco ejemplar en la capital; ¿le seguirías dando un abrazo?

Su respuesta es instantánea.
-Primero lo abrazaría y después le daría una buena regañina.

Sonríe a Kaim con timidez y añade: -De eso trata el ser madre.

A la mañana siguiente ella tiene mucha fiebre. Puede que haya sobrevivido al rocío, pero una noche en un edificio en ruinas ha pasado factura a la salud de la anciana.

Sin embargo, cuando es hora de que llegue el ferry, se esfuerza por ponerse en pie y se dirige hacia el muelle con pasos inseguros.

Preocupado, Kaim la retiene.

-No estás en condiciones de salir -le dice.

A pesar de sus intentos de bajarle la fiebre con agua fresca de un manantial del bosque, sigue igual de alta. Su fatigosa respiración se ha convertido en un ruido de congestión.

Tengo que ir -insiste-. Mi hijo viene a por mí. Voy a verlo…

Ella aparta la mano de Kaim que la frena, pero el esfuerzo hace que pierda el quilibrio y caiga de rodillas.

-Si está a bordo, lo traeré aquí -le asegura Kaim -. Dime cómo puedo reconocerlo.

Sostenida por los brazos de Kaim, medio delirando por la fiebre, la anciana murmura:-Antes de dejar la isla… Se metió en una pelea… Alguien le cortó… Tiene una cicatriz… En la mejilla izquierda…

Kaim asiente y tumba a la anciana en una estera de paja extendida en el suelo.

Reprime un suspiro y cierra los ojos un momento, antes de mirar fijamente a través de una pequeña ventana hacia el muelle del ferry.

Sus sospechas eran correctas después de todo, aunque estuvo seguro la noche anterior.

Cuando aceptó el encargo de la banda, Kaim recibió una descripción escrita del hombre.

No había duda posible: "cicatriz en la mejilla izquierda".

El ferry se acerca al puerto.
El muelle muestra señales de actividad.

Kaim se dirige a la puerta.

Detrás de él, oye decir a la mujer:

-Por favor… No lo mates… No mates a mi niño….

Kaim se detiene un momento, pero en lugar de girarse, se muerde el labio.

-No sé lo que ha hecho… En la capital.. Pero no lo mates… Por favor…

Así que ella también lo sabe.

Lo sabe todo.

-Si tienes que matarlo… Si realmente tienes que matarlo… Por favor, antes de hacerlo… solo déjame…

Kaim deja el lugar en silencio.

Sus pasos son inseguros conforme avanza bajo la deslumbrante luz del sol de la tarde.

Esta vez el hombre está aquí.

Intentando perderse entre los vendedores ambulantes, el hombre de la cicatriz en la mejilla

izquierda cuya cabeza tiene precio baja al muelle.
Está mucho más escuálido de lo que la descripción por escrito había hecho creer a Kaim. Sin duda está agotado por todo este tiempo de vida fugitiva. Aun así, ha cumplido la promesa que le hizo a su madre de volver a la isla en la que nació.

Sus ojos recorren el muelle con temor.

Su expresión cambia de la de un hombre que busca a alguien a la de un niño aterrado que se ha separado de sus padres.

Kaim se planta lentamente delante de él.

Por supuesto, el hombre no sabe nada de la misión de Kaim y nunca antes se han encontrado. Pero tiene los instintos de un habitante de los callejones. La cara se le paraliza y se gira para huir. Kaim lo agarra del hombro, pero con suavidad, de forma que un espectador pensaría que estaba contemplando un alegre encuentro entre viejos amigos. En vano, el hombre trata de sacudirse la mano.
A Kaim le resultaría fácil matarlo en el sitio.

Sus ojos muestran que no le quedan fuerzas para luchar. Kaim tiene mucha más experiencia que el hombre en resolver encuentros potencialmente mortales.

El hombre no lo sabe.

-Si vas a matarme, hazlo ya -gruñe-.
Pero si te queda algo de bondad, dame una última oportunidad de hacer algo bueno por mi madre. No tardaré mucho. Tan solo déjame verla. Una vez. Después puedes hacer lo que te dé la gana conmigo.

Kaim le quita la mano del hombro.

No va a escapar.

-Así que después de todo no lo logré… -dice con una sonrisa forzada. Su cara le dice a Kaim que probablemente ha aceptado su destino. También sugiere un aire de alivio al poner fin a una vida de fugitivo.

-¡A cuántos hombres has matado? -pregunta a Kaim.

-No tengo por qué contestarte.

-Y en realidad no quiero que me lo digas. Pero, mirándote, diría que soy mayor que tú, y hay algunas cosas que las personas comprenden cuando han vivido el tiempo suficiente. Piensa en los

tipos que has matado. Todos ellos tenían padres.
Matar a una persona significa matar al hijo de alguien. ¿Lo entiendes?

Cuando lo comprendí, dejé la banda. Las bandas no pagan pensiones de jubilación, así que "tomé prestado" un poco de su dinero y pensé en usarlo para…

No sé, he hecho que mi madre lo pase tan mal todos estos años…

Su voz se hace más profunda y sorda. Se deshace de la emoción y proclama con una risa:

-¡Al cuerno! Todo eso no son más que tonterías sentimentales. No sé cuántos tipos he matado estos años, así que supongo que tengo lo que me merezco. No puedo odiarte por lo que estás haciendo.

Llega un grito desde la cubierta del ferry.

Kaim mira fijamente al hombre y dice:- Solo dime una cosa.

El hombre no dice nada, pero Kaim sigue:

-¿Qué es lo primero que vas a hacer cuando veas a tu madre?

-¿Eh? ¿De qué estás hablando?

-No importa, tan solo responde a la pregunta.

-Le diré que he vuelto. No, no diré nada. Tan solo la abrazaré. Eso es todo.

-¿Le darás un gran abrazo?
-Claro. De eso se trata lo de ser padres e hijos.

Kaim relaja la sombría expresión de su cara y sacude la barbilla hacia el bosque más allá del muelle.

-Hay una vieja casa destartalada en el bosque. Tu madre te está esperando allí. Ve con ella.

-¿De qué estás hablando?

-Nunca vuelvas a la capital. Y no te quedes en esta isla. Coge otro ferry y ve a otra isla muy lejos.

Con tu madre.

El hombre parece atónito.

La voz le tiembla.
Kaim no dice nada más.

Deja atrás al hombre y se dirige hacia el barco antes de que parta.

Misión cumplida.

A Kaim no le preocupa si, debido a esta acción, se le considerará un traidor al que la banda perseguirá. La imagen de sus padres preocupados por el bienestar de su hijo hace mucho que se desvaneció de su memoria.
-¡Nos vamos! ¡Deprisa!
Suena un gran gong. Sobresaltados por los sonidos que retumban entre la vasta extensión del océano y el cielo abierto, unos pájaros de colores brillantes salen disparados del bosque. Pájaros grandes y pequeños, acaso padres e hijos. Los pájaros grandes casi parecen estar protegiendo a los pequeños bajo sus alas extendidas.

Fin

Tener hijos es como jugar a la lotería.

Así fue como el inspector de policía lo explicó, con una sonrisa deprimente y un suspiro. Era el responsable de la seguridad interna.

-A veces te toca un ganador y a veces un perdedor.

Así es la vida. No se puede controlar.

Perdedores

Kaim asintió en silencio.

No es que estuviera convencido de que la gente pudiera dividirse entre “ganadores” y “perdedores”.

Pero así es como lo hacían en este país del tamaño de una ciudad. No tenía otra opción salvo reconocer que era una realidad, pues el hombre que mantenía la paz así lo creía, y a esta nación se la conocía por ser la más segura de todas las de la región.

Todos los chicos de ahí son perdedores
-soltó, señalando con la barbilla hacia la prisión juvenil que se veía desde la ventana de la oficina.

Construida para albergar a criminales jóvenes, esta era la mayor prisión (además de la más estricta y vigilada) que se podía encontrar en los países vecinos.

El tratamiento que se les daba a los jóvenes presos también era el más severo.

-Eres forastero, Kaim, así que puede que no lo apruebes, pero aquí tenemos nuestra propia forma de hacer las cosas.

-Ya veo –dijo Kaim.

-Los perdedores son perdedores. No se puede hacer nada para convertir a los perdedores en ganadores. Eso nunca va a pasar. En absoluto. Si mimas a los perdedores, se convierten en perdedores mayores y crean un montón de problemas a la gente decente. ¿Comprendes a lo que me refiero?
-Es una forma de ver las cosas.

El inspector de policía no captó la ironía deliberada de Kaim.

-No, es la única forma, si se quiere tener un país seguro y pacífico –declaró-, y esperamos que tú también te atengas a este punto de vista.

Kaim no tenía nada más que decirle.

Si se empeñase en enfrentarse al inspector de policía, esto podría verse como si cuestionara a las autoridades y podría hacer que fuera a parar a la prisión de adultos. El inspector de policía podría hacer que esto sucediera fácilmente; en realidad, cualquier persona de la ciudad estado del lado del poder podría conseguirlo.

El inspector miró de nuevo hacia la prisión juvenil.

-Construyeron ese lugar hace ochenta años –dijo-. Lo que significa que el primer edificio que se construyó cuando el actual sistema político tomó forma fue una prisión para arrojar en ella a los jóvenes delincuentes.

Kaim lo sabía.
Para Kaim, cuya vida era eterna, los sucesos de hace ochenta años bien podrían haber ocurrido ayer.

Ochenta años antes, este país había sufrido un golpe de estado. El gobierno revolucionario instauró una dictadura militar y encarceló a todos los sospechosos de perturbar la paz y el orden.

-Hay un límite que los crímenes de un muchacho no pueden sobrepasar.

Deja que excedan impunemente ese límite y ten por seguro que lo siguiente que harán será algo realmente malo. Puede que al principio se contenten con hurtar, pero pronto estarán metidos en robos, atracos, uso de armas y al final empezarán a pensar en matar gente.
Hay que cortarlos de raíz.

A los chicos que enviaban a prisión los alimentaban con lo mínimo para mantenerlos vivos. Si enfermaban o se hacían daño, ningún médico los visitaba, sometidos a un encarcelamiento tan duro, sucumbían uno tras otro, y más de uno terminó como un frío cadáver arrojado por la puerta de atrás.

Si alguno lograba cumplir su sentencia y volver al mundo exterior, descubría que era imposible quitarse el sambenito de "perdedor".

La sociedad respetable rechazaba por completo a los muchachos con antecedentes penales. El sistema social se estructuraba de tal modo que no lograban nada; empleo, matrimonio, ni siquiera un sitio para vivir.

Expulsados por la sociedad, estos chicos y chicas volvían al crimen como forma de vida, y con el tiempo acababan en la cárcel para adultos.

El oficial de policía dirigió una sonrisa amarga a Kaim.
-Estoy seguro de que todo esto le suena terrible a un forastero como tú.

Kaim asintió ligeramente.

Esto solo sirvió para aumentar la amargura de la sonrisa del inspector.

-Sé lo que estás pensando –dijo-.

Y en verdad, a veces yo también pienso que el sistema es demasiado severo con ellos.

Pero tienes que comprender que no solo castigamos a los chicos malos:

¿Qué pensarían si vieran a los antiguos criminales otra vez en las calles campando a sus anchas como si nunca hubiera pasado nada? Creerían que aunque se metieran en líos, pasaran unos años en la cárcel, podrían volver a sus vidas anteriores, que el castigo de la sociedad no es para tanto, que pueden quedar impunes de una asesinato. Y no queremos que nuestros muchachos sean así, ¿verdad? Así que lo único que podemos hacer los adultos es enseñarles. Mirad a esos, podemos decir. Lo único que hace falta es una mala acción y se te acaba la vida. Más os vale escuchar a vuestro padres y profesores y portaros bien.

Después de todo, Kaim estaba dispuesto a aceptar que en eso tenía razón.

Pero aun así, el inspector debió de notar la sombra que cruzó la cara de Kaim y elevó el tono de voz, hasta convertirla en una declaración de convicción burocrática.

Por supuesto los militares lo tienen todo controlado, así que no hay nada de qué preocuparse. Podrían neutralizarlo de antemano ahora mismo si quisieran. Podrían atacar fácilmente a los agitadores y capturar a los cabecillas de la conspiración. Aunque en este caso, han decidido dejar que empiece para poner al descubierto hasta al último de los elementos reaccionarios.

Según la información del gobierno, el levantamiento iba a suceder esa misma noche.

-Estamos preparados para casi cualquier eventualidad, pero siempre existe la posibilidad de lo inesperado.

Si hubiera un motín en la prisión juvenil que coincidiera con la rebelión, podría ser un auténtico problema.

Por eso han contratado a Kaim como guarda temporal de la cárcel, como un guardaespaldas del estado.

-Confiamos en tus habilidades como mercenario experimentado, por eso te encomendamos una responsabilidad tan importante.
Asegúrate de no defraudarnos. Si tienes que recurrir a la violencia, no tenemos problema alguno. Hagas lo que hagas, será por el bien de la ley y el orden. Será para proteger las felices vidas de los ciudadanos decentes de nuestra nación. Cumple con tus obligaciones y entrégate a ellas en cuerpo y alma.
El inspector le dio a Kaim un documento de una hoja.
Literalmente, era una licencia para matar.

-Actúa sin contenerte lo más mínimo. Todos los guardas de la cárcel tienen uno de estos.

-Pero aun así…

-Si dudas en imponer la pena capital a un solo “perdedor”, entonces innumerables “ganadores” entre los ciudadanos pueden sufrir las consecuencias. Seguro que lo entiendes. Un perdedor siempre será un perdedor. En lugar de vivir con una carga así, puede que ellos mismos se alegren de que los mates y termine todo.

Kaim aceptó el documento del inspector sin decir nada.

-Con esto concluye el acuerdo contractual.

Ahora ve a tu puesto –dijo el inspector, tras lo que advirtió a Kaim, con expresión severa-. Y asegúrate de que la compasión no se interponga en tu camino.

A pesar de ser pleno invierno, Kaim no encontró ni rastro de fuegos ardiendo en la prisión juvenil. Dentro de sus pequeñas y solitarias celdas, los jóvenes presos yacían indefensos a oscuras, envueltos en mantas andrajosas.
De una celda salían quejidos de dolor, lo que sugería que su inquilino podía estar enfermo con fiebre. De otra provenía una risa aguda incesante, que solo podía significar que la mente de esa persona se había quebrado.

-Lo que ves es lo que hay –dijo el guarda veterano guiando a Kaim en su primera ronda de inspección-.
Ni una de esas caras muestra señales de vida. Así que aunque fuera a suceder algo, estas penosas criaturas no podrían hacer nada en absoluto.
Claro que son “perdedores”. Respiran, pero eso es todo.

-¿De verdad no hay posibilidad de que se rehabiliten y se conviertan en ganadores?

El otro guardia miró a Kaim con expresión vacía durante un momento y entonces dijo con una sonrisa y agitando la mano: -No, no, no, para nada.

En los ochenta años transcurridos desde la revolución el relevo generacional casi había reemplazado a todas las personas de esa época. Desde que fue mayor de edad, al guarda de la cárcel, que desconoce cómo era la vida antes de la revolución, le han implantado la idea de que las personas son “ganadores” o “perdedores”, y probablemente nunca lo haya puesto en duda.

-Se han salido de su estilo para contratarte, así que puede que suene un poco raro que diga esto, pero estoy seguro de que estos muchachos nunca van a rebelarse, por muy feas que se pongan las cosas fuera. Échales un poco de agua fría y se calmarán al momento. Casi no hay ninguno del que preocuparse.

-¿Casi?

-Bueno, no puedo afirmar eso de todos ellos. Por desgracia, hay perdedores incluso entre los perdedores.

El guarda llevó a Kaim al final del corredor y allí abrió la cerradura de una puerta tan gruesa que podía confundirse con una parte de la pared.

-Detrás están las celdas de castigo. Aquí es donde metemos a los perdedores incorregibles, los que han dado problemas en las cuadrillas de trabajo, los que tienen una actitud desafiante y los que no muestran signos de arrepentirse de sus crímenes.

De repente todo estuvo claro para Kaim.

Estuvo claro porque había pasado por innumerables campos de batalla durante su vida.

Las celdas de castigo eran mucho más frías y oscuras que las celdas normales. Pero desde las profundidades de las tinieblas, desde el interior de cada celda, emanaba un calor contenido que no podía sentirse en las celdas normales.

Esa gente estaba viva.

No solamente respiraban. Estaban vivos y rezumaban pasión.

Los crímenes por los que al principio los metieron aquí no eran nada del otro mundo: algún robo, quitar carteras, sacar un cuchillo, cosas así. Si hubieran cumplido su sentencia tranquilamente, ahora estarían fuera, llevando una vida triste en otra parte.

En cambio, se resistieron y se siguen resistiendo.

Pidieron un tratamiento mejor para los presos. Solicitaron que terminara la discriminación en contra de los antiguos prisioneros. Sus “crímenes” se multiplicaron, hasta que estuvo claro que jamás saldrían con vida.

-Cuando crezcan irán directos de aquí a la cárcel para adultos. Pasarán veinte o treinta años antes de que puedan volver a respirar el aire de fuera, si es que viven entonces, lo cual sería un milagro.

El guarda soltó una carajada, que quedó interrumpida por una voz que resonaba desde una oscura celda.

-Deja de reírte.

Era una voz tranquila pero autoritaria, que conservaba un deje aniñado.

Una mirada de miedo cruzó la cara del guarda, aunque rápidamente la convirtió en una burla.

-Este es el mayor incordio que tenemos –dijo-. Se llama Diran. Dicen que fuera era el líder de una banda de delincuentes juveniles, pero aquí solo es un alborotador.

El guarda cogió del suelo del corredor un cubo de agua que tenía una fina capa de hielo en la superficie y lanzó el contenido a la celda de Diran.

-Esto es lo que mejor funciona con estos muchachos.

Detrás de las barras, el chico empapado se había hecho un ovillo.

-Con eso debería bastar para que murieran congelados, pero el agua se congela de nuevo por la mañana temprano. Así que el cabello, las pestañas, o cualquier otro pelo que tengan se les cubre de hielo. Algunos han perdido dedos de las manos y los pies por congelación.

El guarda rió de nuevo.

Diran permaneció acurrucado, pero sus ojos brillaban con tal intensidad que parecía que intentara derretir el hielo con el calor que ardía en su pecho.

Kaim conocía esos ojos. Eran los ojos de un guerrero. Y no de un guerrero *cualquiera*, sino de uno de la primera línea de una batalla perdida que busca la oportunidad de volver el combate a su favor.

Y Kaim sabía algo más:
que el sistema estaba empezando a deshacerse. Desde la revolución, había mantenido a la gente en un estado de represión durante ochenta largos años, pero el momento de su caída había llegado.

Esa noche empezaron los fuegos en la cárcel.

-¡Kaim! ¡Es el golpe de estado! – el guarda vino corriendo a informar de la situación en el exterior. Dijo que había fuegos por toda la ciudad.

Por supuesto, este era el levantamiento que el servicio secreto del gobierno había anunciado. Se declaró la ley marcial y el gobierno estaba movilizando a toda la policía y al ejército. También se decía que los cabecillas ya habían sido arrestados.

Avivadas por vientos intempestivos, las llamas corrían por toda la ciudad.

Sin embargo, hubo un elemento que no se había previsto del todo. El guarda le informó:

Avivadas por vientos intempestivos, las llamas corrían por toda la ciudad.

-Por orden del inspector, *no* vamos a apagar los incendios dentro de la prisión juvenil. ¿Está claro? *No* te dediques a extinguir el fuego aquí.

Dicho de otra forma, nadie vendría a salvar a los presos.

-No podemos evitarlo –dijo el guarda-. El ejército y el departamento de bomberos están haciendo todo lo que pueden por extinguir los fuegos de la ciudad y evacuar a la gente. No pueden malgastar hombre protegiendo este sitio. Y se nos ha ordenado que nos unamos a las labores de rescate en la ciudad.

-Supongo que eso significa dejar salir a los muchachos.

Kaim daba esto por hecho. Si los dejaban encerrados en las celdas, los jóvenes presos morirían quemados.

-No seas ridículo –le espetó el guarda-. Todos estos chicos son perdedores. ¿Acaso nos tomamos la molestia de encerrarlos para tener que soltarlos ahora?

-¿Hablas en serio? –replicó Kaim.

-¿Hablas *tú* en serio?
No puedo creer que hayas dicho algo tan estúpido. Te lo estoy diciendo, son perdedores. No tenemos tiempo para salvarlos, y por supuesto no vamos a dejarlos sueltos. El inspector jamás lo permitiría.

Todo aquello que decía lo afirmaba con plena convicción.

Estaban planeando dejarlos morir.

Las llamas se extendían rápidamente y se podía escuchar gritos por toda la prisión.

No había tiempo para recurrir al inspector, y estaba seguro de que cualquier queja habría sido infructuosa.

-Dame las llaves de las celdas –dijo Kaim.

-Estás de guasa –dijo el guarda riendo.

Solo podía hacer una cosa.

Sin mediar palabra, Kaim le dio un puñetazo al guarda en el plexo solar.

El guarda se desplomó y Kaim arrancó el montón de llaves de su cinturón.

La primera celda que abrió fue la de Diran.

El chico parecía confuso al salir.

-¿Eres uno de los nuestros? –preguntó a Kaim-. ¿Estás con el golpe de estado?

-No me interesa –respondió.

-¿Entonces por qué nos dejas salir? –preguntó Diran.

-Porque no me gusta dividir a la gente entre "ganadores" y "perdedores".
-Gracias –dijo Diran.

Con una gran sonrisa, cogió las llaves de Kaim y se giró para empezar a abrir otras celdas.

-Quiero que volváis –le dijo Kaim desde detrás.

-¿Cómo dices?

Esto es una evacuación de emergencia.
Cuando salga el sol y los fuegos estén apagados, quiero que volváis aquí. Aún no habéis terminado de pagar por vuestros crímenes.

-Estarás de broma…

-Para nada –dijo Kaim-. Si escapáis, eso demostraría que tienen razón cuando dicen eso de que un perdedor siempre será un perdedor. ¿Os parece eso bien? ¿No queréis demostrar a los que gobiernan este país que están equivocados, que la gente puede cambiar?

-¡Pero jamás tendremos otra oportunidad como esta!

Este golpe va a fracasar.

Podéis corretear todo lo que queráis, pero al final os van a coger. Siempre se os tachará de perdedores. Incluso puede que os maten cuando os atrapen.

Diran se dio la vuelta para mirar a Kaim.

La prisión ya estaba rodeada por las llamas. Contra este brillante telón de fondo, los ojos de Diran aún ardían con el espíritu luchador de un guerrero.

-El sistema político de este país no puede durar mucho más. Llegará el día en que podáis dejar esta cárcel con la cabeza bien alta. Lo creo firmemente. Y como lo creo, no quiero veros morir inútilmente.

Kaim dio la espalda a Diran para levantar al guarda del suelo.
-Vuelve después del amanecer.

Con esta última advertencia para Diran, Kaim se echó el guarda a la espalda y se marchó caminando con dificultad.

Aquellos acontecimientos ocurrieron hace cincuenta años.

Un aire de libertad se respira ahora en el país cuando Kaim lo visita cincuenta años después.
Es cierto que se ven jóvenes matones y delincuentes juveniles donde discurre la vida nocturna, pero siente que esto es señal de una época libre y tranquila. Un anciano se dirige a él. -¿Eres un viajero?

Cuando Kaim asiente, el hombre le lanza una sonrisa.
-Estás de suerte. Hoy va a haber celebración en la Plaza de la Revolución. He oído que vendrá el héroe de la revolución. Durará toda la noche.

-¿Una celebración?

-Así es.
Veo que eres demasiado joven para saber lo que ocurrió aquí en los viejos tiempos.

Hace cincuenta años este mismo día hubo un golpe de estado. El golpe fue aplastado en una noche, pero las tropas rebeldes provocaron incendios a lo largo de toda la ciudad, así que el resto de nosotros corría como locos en todas direcciones.

Avivadas por el viento, las llamas rápidamente envolvieron la ciudad por completo y un montón de ciudadanos quedó atrapado en una duna junto al río.

-Yo era uno de ellos.
Conmigo estaban mi esposa embarazada y mi hija recién nacida, así que no podíamos lanzarnos al río y escapar. Antes de que nos diéramos cuenta, llovían chispas sobre nosotros, y pensé que estábamos acabados, que moriríamos abrasados en cuanto la hierba seca prendiera.
Justo cuando empezaba a perder la esperanza apareció una mano amiga del sitio más inesperado.

-Los chicos de la prisión juvenil venían a ayudarnos. Estaban en los huesos y los uniformes de la prisión se les caían a pedazos. El personal de la cárcel apenas los alimentaban, pero reunieron la

poca fuerza que les quedaba para salvar a los viejos y a los niños de aquella duna y luchar por apagar los fuegos que prendían en la hierba seca. Vi a un muchacho llevar a un niño al otro lado del río, derrumbarse y morir un segundo después de haber alcanzado la otra orilla; algunos de los que luchaban contra los fuegos de la hierba sucumbieron al humo y murieron abrasados. Arriesgaron sus vidas por salvarnos. Sus vidas no merecían la pena, pero esos "perdedores" las arriesgaron por salvar a unos "ganadores" como nosotros.

Cuando salió el sol y estaban seguros de que los incendios estaban apagados, los jóvenes presos volvieron a la prisión juvenil.

-Sí, es cierto.
Ese lugar era un verdadero infierno para ellos, pero volvieron igualmente. Ni uno solo aprovechó la confusión para escapar. Se diría que cumplieron escrupulosamente las normas. Su comportamiento nos emocionó profundamente y la gente comenzó a decir que quizás esos "perdedores" tenían algo bueno después de todo. Quizás eso de que un perdedor siempre sería un perdedor no fuera cierto, después de todo.

Los comentarios comenzaron a extenderse por todo el país, discretamente pero con certeza. Pronto surgió la idea de que debía mejorarse el tratamiento dado a los presos de la prisión juvenil.

Otra idea que fue ganando peso era que la sociedad debía acoger a los antiguos presos con más confianza una vez hubieran pagado por sus crímenes.

Al final, el cambio de actitud hacia los niños "perdedores" derivó en descontento con el sistema político que promovía la dictadura y, hace cuarenta años, hubo un segundo golpe de estado.

-Aquel segundo golpe se convirtió en una revolución ciudadana que involucró a las masas, y eso fue por lo que triunfó.
Así es como empezó la forma de gobierno que tenemos hoy día.

Al escuchar los recuerdos del anciano, Kaim se descubre a sí mismo sonriendo y asintiendo una y otra vez, profundamente emocionado.

Lo último que el anciano le dice es el nombre del héroe que guió la revolución y se convirtió en el primer presidente del nuevo gobierno: Diran.

Miles de personas se han reunido en la Plaza de la Revolución. Cuando los fuegos artificiales iluminan el cielo y la banda empieza a tocar el enardecedor himno nacional, el gran hombre de la revolución sube al escenario entre estruendosos vítores y aplausos.

-¡Diran!

-¡Diran!

-¡Nuestro Diran!

A pesar de su avanzada edad y del largo tiempo pasado lejos del centro de la política, Diran todavía

tiene un brillo de juventud y pasión en los ojos.
No hay forma de que vea a Kaim entre la multitud que se ha congregado. E incluso si lo viera, jamás podría imaginarse que este joven, que no ha cambiado en cincuenta años, era el guarda temporal de la prisión esa profética noche.

Mientras tanto, el viejo héroe se dirige a las masas.

-¡La gente puede cambiar! ¡No hay ganadores ni perdedores!

Sus palabras son acogidas con vítores y fuegos artificiales y la emoción de la celebración llega a lo más alto.

Kaim se abre paso hasta un puesto al final de la plaza y pide una copa de licor.

Alza la copa por el héroe de la revolución, quien, desde esta distante posición, no parece mayor que una mota.

Vacía la bebida de una vez. Cuando el intenso y fuerte licor pasa por la garganta, le deja un regusto dulce y añejo.

Fin

Mil años pueden cambiarlo todo, incluido el paisaje.
La reina Ming contempla la capital desde la ventana de palacio.
La vista panorámica es como un gran libro de Historia.

La soledad de la reina

100 años. 200 años. 300 años. 400 años. 500 años. 600 años. 700 años. 800 años. 900 años.

1000 años.

Mil años pueden cambiarlo todo, incluido el paisaje.
La reina Ming contempla la capital desde la ventana de palacio.
La vista panorámica es como un gran libro de Historia.

300
400
La ensenada que fuera una vez parte del mar fue convertida 500 años atrás en un pueblo para los pescadores que pasan la vida en el mar.

El río antes trazaba un gran arco sobre el paisaje, pero la inundación que se sucedió
hace 100
hace 200
hace 300 años propició la construcción de un importante sistema de control de inundaciones en forma de canal perfectamente recto. Donde el río solía describir una curva ahora hay un lago en el que los juncos crecen con profusión y las orillas proporcionan a la gente magníficas recompensas naturales.

Incluso la zona que antes era un páramo yermo lleno de rocas se convirtió en un inmenso

100 años
150 años

Jardín frutal gracias al proyecto de irrigación llevado a cabo hace 200 años.

La montaña que era el centro de la fe religiosa del pueblo quedó envuelta en llamas que
50
75
llegaban al cielo hace 100 años. El descollante pico que anteriormente estaba cubierto de espesa vegetación y se consideraba el hogar de los dioses, se transformó en un montón de rocas desnudas

debido a un incendio que duró tres días y tres noches. Casi todo lo que vivía en el bosque, por
supuesto los pájaros y los animales, pero también mucha gente, pereció presa de las llamas. La

gente del pueblo lloró la horrible transformación de la morada de los dioses, pero ahora, cien años después, la montaña está tan verde como siempre. Los habitantes del pueblo y de la montaña aún cuentan la historia del incendio, pero los niños de hoy apenas pueden imaginar que las fértiles y verdes laderas una vez estuvieron calcinadas y ennegrecidas.

Por supuesto, aunque la montaña ha recuperado su verde exuberancia original, podría quedar envuelta en llamas de nuevo; en cien años, doscientos o incluso mañana. Sin embargo, aun si quedara calcinada otra vez, los árboles volverían a brotar; los pájaros, los animales y los insectos que el fuego expulsó volverían a sus hogares, y con el tiempo suficiente, la montaña volvería a estar cubierta de verde como antes. Así funciona la naturaleza.

Con el tiempo suficiente, con asombrosos periodos de tiempo…

Pero no.

Asombrarse al pensar en inmensos periodos de tiempo es un privilegio de la gente común, aquellos que no tiene otra opción que emplear todas sus energías en vivir el presente.

Qué afortunados son de poder echar la vista atrás al pasado de hace 1000 años como un viejo contándole a un niño un cuento de hadas que empieza por un "Érase una vez, hace mucho, mucho tiempo…".

Y cuán verdaderamente afortunado sería uno al poder contar la historia del futuro de este país como un sueño optimista del modo en que los niños cuentan sus propios sueños de futuro con los ojos brillantes, y confiarle ese sueño al próximo reinado.

Ming permanece junto a la ventana como cada mañana.

Para ella es un momento especial del día, en el que piensa en la vida de sus súbditos, observa señales de incursiones enemigas y reflexiona sobre las medidas que desea adoptar.

Ha hecho esto cada día sin faltar durante los últimos mil años.

El país ha prosperado.

La gente ya no se muere de hambre como lo hacían cuando llegó al trono.

Los futuros historiadores sin duda cantarán alabanzas sobre el reinado de mil años de Ming. Se la ensalzará como "la reina de los mil años" y su noble figura quedará vívidamente grabada en los recuerdos de la gente. Sin embargo, la gente que conserva estos recuerdos morirá antes que ella. Igual que lo harán los historiadores que la alaban, quienes en lugar de contemplar su reinado hasta el fin, pasarán a formar parte ellos mismos de la historia.

Ming ha sido reina durante los últimos mil años.

Y es probable que también lo sea otros mil.

-Confío en que Su Majestad esté esta mañana de un humor excelente otra vez.
Oye la voz detrás de ella.

Con la mirada todavía fija en las calles de la ciudad, Ming responde.

-No es tan pronto si Su Majestad ya está observando el humo que se eleva de los calderos de su pueblo.

No necesita volverse para averiguar la identidad de la cara sonriente que tiene detrás. Pertenece a Nagram, su ministro en jefe. La sonrisa es amable y cordial. Pero ella sabe que tras esos estrechos ojos reside un brillo oscuro.

-Hoy acompañaré a Su Majestad en la revista de tropas.

-¿Tú?

-Sí, pues hoy hay un leve cambio en las tareas.

-¿Y a qué se debe?

-Apenas estoy capacitado para la tarea, pero haré todo lo que pueda si Su Majestad me permite servirla en este puesto. Le ruego su permiso.

Aún de espaldas a Nagram, Ming asiente en silencio.

Ah, sí, piensa con una amarga sonrisa. *Hoy llevan a cabo su plan.*

Ming sabe desde hace tiempo que Nagram no planea nada bueno. Al parecer se ha apoderado del mando de algunas unidades de la guardia real. Por otro lado, cuenta con gente dispersa por la ciudad, lista para provocar incendios en cuanto lleguen sus órdenes.

No hay duda al respecto: hoy, día previsto para la habitual ceremonia de revista de tropas, es el día perfecto para un golpe de estado.

Cuando Nagram se marcha, Ming entra en su despacho y llama a Hannes, el más antiguo de todos sus ministros, un verdadero hombre de estado anciano y su confidente más leal.

Hannes, que luce una noble barba, ha servido a Ming más de cuarenta años.

-Su Majestad, parece que Nagram ha estado aquí temprano.

-Sí, al parecer va a acompañarme en la revista de tropas.

Es todo lo que tiene que decirle.
Hannes se mesa su espesa barba. –Eso significa que se les ha agotado la paciencia.

-Lo sé –responde Ming-. Seguro que están deseando empezar.

-¡Qué necio es Nagram!
No tiene ni remota idea de que Su Majestad le ha dejado tenderse su propia trampa.
-Si fuera lo bastante listo para darse cuenta, se tomaría al menos dos años más para hacer preparativos.

Entonces dispondría de mucho más poder. Podría aliarse no solo con la guardia real sino también con el cuerpo principal del ejército y la fuerza policial. Podría conspirar con enemigos externos y arreglar una invasión justo cuando se estuvieran celebrando las ceremonias. Entonces es probable que su golpe tuviera éxito. Si tuviera visión de futuro a largo plazo para incluir a los comerciantes ricos y a los intelectuales entre sus aliados, puede que incluso pudiera organizar una revolución que derrocara a la propia monarquía.

-Eso es lo que yo haría si fuera Nagram. Si fuera a cometer el golpe, al menos pensaría en todo eso.

La sonrisa de Hannes no puede ocultar el hecho de que esta charla sobre una revolución exitosa le estaba haciendo sentir incómodo.
-Su majestad no tiene enemigo que la iguale excepto uno: ¡Su propia Majestad!

Puede que tenga razón, piensa Ming.

Si tuviera un enemigo con una vida eterna como la suya, deseoso de dedicar todo el tiempo necesario a planear una revolución, aunque llevara un siglo o incluso dos, el resultado seguramente iría más allá de una revolución y se transformaría en toda una guerra civil.
Sin embargo, las vidas humanas tienen una duración limitada.

Y por eso, los humanos se precipitan en lograr resultados antes de estar listos.

Nagram es uno de ellos. Si pudiera vivir doscientos años (por no decir mil), no trataría de levantarse en armas en un momento tan intermedio.

-Aún así –dice Hannes-, debo admitir que Nagram ha extendido sus fuerzas con mucho más éxito del que jamás imaginé. ¿Qué he estado haciendo todo este tiempo? Me avergüenzo totalmente de mí mismo.

-No te preocupes, Hannes. Gracias a tu "distracción", es probable que podamos poner al descubierto a muchos más traidores.

Ming suelta una risita de satisfacción.

Por su parte no es una simple bravuconada. Decidieron no arrestar a Nagram en una fase anterior y permitirle nadar libre por un tiempo para tener la oportunidad de pescar a toda la fuerza rebelde tanto dentro como fuera de palacio.

-Sí, lo sé – responde Hannes y procede a explicar el plan para aplastar el golpe.

Sus planes son impecables. Prácticamente el golpe no tiene oportunidad de tener éxito. Lo único que tiene que hacer es llevar a cabo un arresto general de las unidades de la guardia real que se subleven en el palacio y de los partidarios que merodeen la ciudad, y pasará algún tiempo antes de que más gente con enormes ambiciones aparezca de nuevo.

-Esta será nuestra primera gran purga en quince años –señala Hannes.
-¿Ya ha pasado tanto?
-En realidad sí, Su Majestad.
La última vez esta magnífica barba mía era de negro azabache.

Hannes estaba al mando de las tropas que sofocaron el golpe hace quince años. Leal, valiente y sereno, es el oficial de mando ideal. Sin ninguna duda, es uno de los mejores consejeros militares que Ming ha tenido durante sus mil años en el trono.

-Qué egoísta por mi parte, Hannes, debería haber permitido que te jubilaras hace años.

-Eso está fuera de toda consideración, Su Majestad. Servirla es mi vida. Me siento profundamente honrado de tener esta última oportunidad de ser de ayuda.

Cierto, es que ni siquiera este magnífico sirviente podría estar con ella toda la eternidad. Dentro de otros cinco años, diez como mucho, Hannes, como otros sirvientes leales en el pasado, recibirá con honores una última salva de despedida.

Siempre es así. Igual que los ambiciosos se precipitan en dejar su marca porque no pueden vivir para siempre, los leales en los que confía plenamente se juegan la vida por servirla porque no pueden vivir para siempre. Graban sus nombres en una única línea de la historia y después se separan de Ming para el resto de la eternidad.

Aunque la propia Ming sigue viviendo.

La juventud eterna. La inmortalidad. Ese era el sueño de la humanidad, ¿no?

Ninguno de ellos sabe lo solitaria que es la vida eterna.

Cuando Hannes se dirige otra vez a Ming, hay un nuevo tono de apremio en su voz.

-Sobre las tropas que sofocarán el alzamiento… Yo estaré al mando de las que están fuera de palacio. ¿Me otorgaría Su Majestad el permiso para poner el mando de los guardias del interior de palacio en manos de mi joven protegido, Yan?

-Ah, sí, Yan…

-Puede que sea joven, pero es extremadamente capaz. Lo he educado con cuidado. Sé que servirá a Su Majestad de forma espléndida cuando este viejo soldado ya no esté. Me gustaría darle la oportunidad de distinguirse en la emergencia actual.

La propia Ming es del todo consciente de las extraordinarias cualidades de Yan. Aun siendo ciertamente joven, supera con creces a otros chambelanes tanto en las artes civiles como militares. Sin duda es el principal candidato para suceder a Hannes como máximo general de Ming.

-¿Qué piensa Su Majestad sobre el asunto?

-Estoy de acuerdo. Deja que se haga cargo.

-Su Majestad tiene mi agradecimiento infinito. Estoy seguro de que Yan se alegrará enormemente al saber que se ha ganado vuestra confianza.

Hannes, con una expresión de alivio en el rostro tras haber conseguido el permiso de Ming, parecía reprimirse para no postrarse ante ella.

-Pero –continúa-, Su Majestad se ha mostrado recelosa con Nagram durante mucho tiempo.

-Cierto –dice.

Entretanto, este pobre soldado vuestro no tenía ni idea de que Nagram pudiera estar planeando una rebelión. Me avergüenza en extremo confesarlo ahora, pero me parecía un auténtico modelo de lealtad. ¿Cómo es que Su Majestad fue capaz de ver el lado traidor de Nagram?

Ming se limita a sonreír, sin responder a la pregunta.

-Lo mismo ocurrió en el momento del golpe de hace quince años –continúa Hannes-. La única razón por la que pudimos suprimir la revuelta antes de que empezara fue porque Su Majetad la vio venir antes que nadie. Entonces al igual que ahora estuve ciego ante la conspiración de los traidores.

-Si tú lo dices, Hannes…

-¿Su Majestad lo ha olvidado?

-Bueno, fue hace tanto tiempo…

Ming trata de evitar el asunto. No hay forma de que pueda olvidarlo.
El cabecilla del golpe de hace quince años era su servidor más leal. Cuando mencionó el tema a Hannes y a los otros por primera vez, advirtiéndoles de que estuvieran en guardia con ese hombre, todos sin excepción insistieron en que él, de entre todos, estaba más allá de todo reproche. Al final, las sospechas de Ming se hicieron realidad. Ella lo sabía. Por muy fielmente que cumpliera sus órdenes, por muy calurosamente que jurara su lealtad, ella lo sabía. Sin embargo, hoy día ha empezado a preguntarse si es algo de lo que estar agradecida.

El paisaje no es lo único que cambia en mil años.

Los corazones de la gente también cambian.

Después de innumerables encuentros y despedidas a lo largo de los siglos, Ming ha llegado a comprender la fragilidad, evanescencia, de la confianza.

Ella ya no confía en las palabras.

Tampoco puede confiar por completo en los actos.

Lo sabe mirando a una persona a los ojos.

De esa forma puede saberlo todo, hasta un grado misterioso y desalentador.

En los ojos de todos los que dañarían a este país, sin excepción, reside un brillo oscuro.

Está en todos ellos: el hombre que planea un golpe de estado, el hombre que en secreto trata con enemigos extranjeros, el hombre que engorda su bolsillo con cuantiosos impuestos pertenecientes al pueblo, la mujer espía que seduce a altos ministros para sonsacarles secretos de estado, el hombre que acepta inmensos sobornos de los mercaderes ansiosos por la gloria de convertirse en proveedor oficial de la Casa Real…

Ni sus palabras ni sus actos los delatan.

A menudo, el propio hombre no tiene ni idea de las fechorías que cometerá más tarde.

Pero Ming lo sabe.

Solo Ming, que ha vivido mil años.

Las voces silenciosas dicen:

Ten cuidado con este hombre.

No apartes la vista de esa mujer.

Eso no era así en su juventud. Pero al haber saboreado repetidas veces la amarga experiencia de la traición y haber sido atacada por sus propias lamentaciones y reproches, ha aprendido a dudar.

Ming puede ver lo que nadie más puede, ese brillo oscuro en el fondo de los ojos. Eso le ha permitido protegerse de diversos desastres antes de que pudieran surgir. El reino ha logrado prosperar porque Ming ha elegido más a menudo dudar que creer.

Esto es lo mejor que puede hacer como reina.

Sin embargo, es un modo de vivir infinitamente solitario.

El golpe de Nagram fracasa en un momento. Las unidades rebeldes de la guardia real que desenvainaron sus espadas contra Ming durante la revista de tropas en la plaza fueron presa de Yan y sus hombres, que habían estado ocultos en la zona. Mientras tanto, las fuerzas contrainsurgencia, bajo las órdenes de Hannes, se abalanzaron sobre los seguidores de Nagram, que habían estado reuniéndose para prender fuego a la ciudad, y los arrestaron sin resistencia.

El pobre Nagram se arrastra por el suelo, suplicando por su vida.

Ming tiene pocas palabras para él. –Te concedo en derecho de morir con honor.

Un soldado coloca una espada delante de Nagram.

Sin palabras, Ming transmite a Nagram que es hora de que se quite la vida. Ella se da la vuelta y regresa a palacio con una escolta armada.

Esto evita que nadie piense en fomentar una rebelión, al menos por un tiempo.

Se ha preservado la paz en el reino, pero no durará para siempre. Cuando el recuerdo del golpe de Nagram comience a desvanecerse, en diez años desde ahora, o en veinte, o incluso en cien, surgirá otro hombre con ambición como ha ocurrido tantas veces.

Suspirando, Ming se dice a sí misma que el papel de reina es aceptar este círculo que se repite interminablemente.

Ming permanece junto a la ventana de palacio, contemplando las calles de la ciudad debajo de ella, cuando Yan entra en la habitación.

-Su Majestad, estoy aquí para informar de que Nagram acaba de quitarse la vida.

-¿De veras? ¿Acabó consigo mismo con dignidad?

-Lo hizo. Aunque era un traidor, murió de forma apropiada para un general al mando.

-Devuelve el cuerpo a su familia con la debida ceremonia.

Se gira y observa discretamente a Yan, cuya espalda se pone rígida bajo la arremetida de su mirada.

Y entonces lo ve, sin ninguna duda. El brillo oscuro destella profundo en sus ojos durante un fugaz instante.

Así que Yan es otro más… piensa con una sonrisa triste.

Incapaz de comprender el significado de su sonrisa, Yan se queda sin palabras.

-Gracias por tus esfuerzos –le dice Ming.
Conteniendo un suspiro se vuelve otra vez hacia la ventana.

El cielo se estira por encima de una extensión azul.

Puede, que lo único que no haya cambiado en los últimos mil años sea el azul de este cielo.

Pero aun así, soy la reina, se dice Ming, meditando sobre su papel.

Soy quien gobierna este país y mantiene la felicidad de la gente.

Mira al cielo fijamente durante un tiempo, elevándose orgullosa en toda su altura.

-¡Eh, mira, es la Reina Ming!
Un niño pequeño en un callejón por debajo del castillo divisa a Ming y empieza a saludarla como loco.

-¡Reina Ming!¡Reina Ming!

Una mujer, sin duda la madre del niño, sale de una puerta y haciendo una humilde reverencia a Ming, empieza a regañar al niño por su comportamiento maleducado.

Sin embargo, la propia Ming corresponde el saludo, con una plácida sonrisa en la cara.

Sonriendo con alegría por esa inesperada respuesta de Su Majestad la Reina, el niño empieza a saltar arriba y abajo y a gritar alegremente.

-¡Larga vida a la Reina Ming! ¡Larga vida a la Reina Ming!

Ming mira de nuevo al cielo.
Aunque no ha cambiado en mil años,
el azul del cielo penetra más profundamente
en sus ojos y en su corazón
de lo que lo hizo nunca durante los días de su juventud.

Fin

